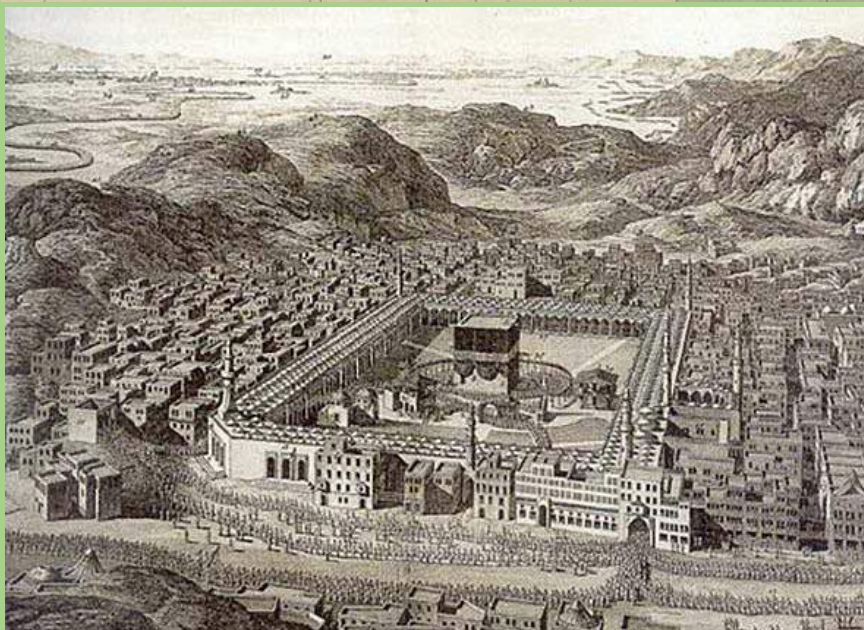
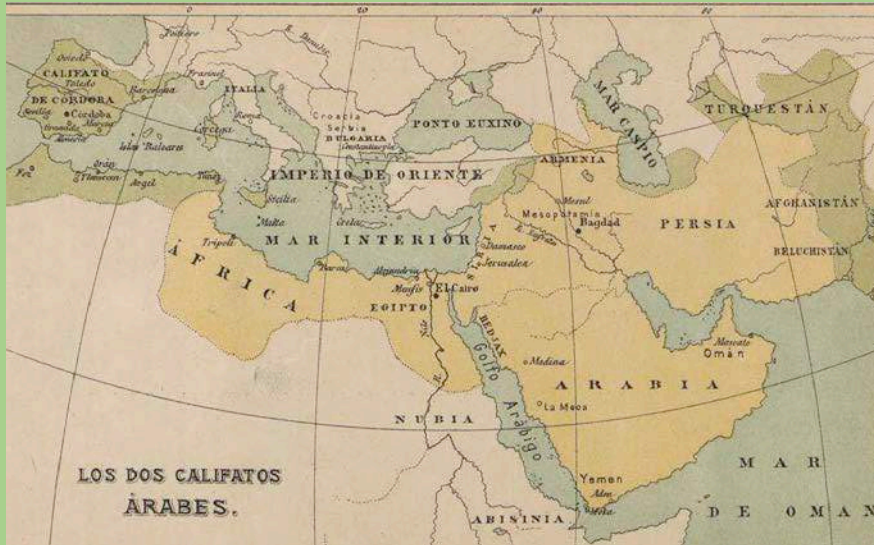


MANUEL ESPINAR MORENO

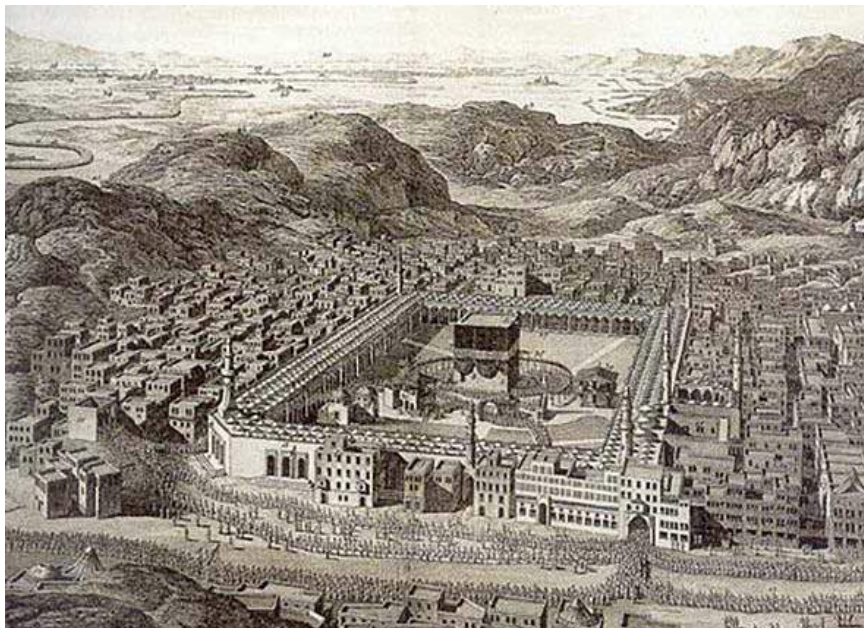
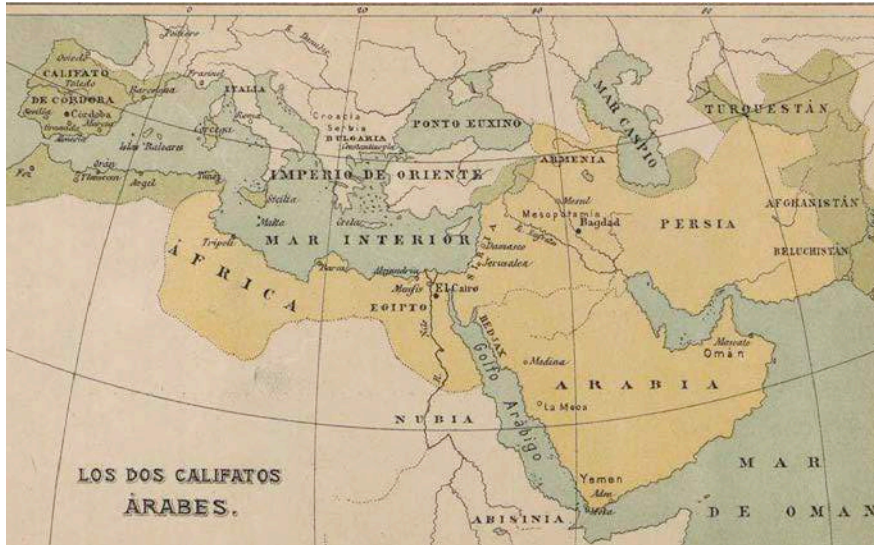
EL ISLAM EN LA EDAD MEDIA



LIBROS **EPCCM**
GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO

EL ISLAM EN LA EDAD MEDIA



LIBROS **EPCCM**
GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO

EL ISLAM EN LA EDAD MEDIA



LIBROSEPCCM

Granada, 2020

Editor: Manuel Espinar Moreno

©HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales

Primera edición: 2020

El Islam en la Edad Media

© Manuel Espinar Moreno

Diseño de cubierta: Manuel Espinar Moreno.

Motivo de cubierta: Escribanos medievales y página de manuscrito sacadas de internet.

Maquetación: Manuel Espinar Moreno

Anexo a la Revista: EPCCM. ISSN: 1575- 3840, ISSN: e-2341-3549 Digibug
<http://hdl.handle.net/10481/>

Edición del Grupo de Investigación HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales. Colaboración del Centro: “Manuel Espinar Moreno”, Centro Documental del Marquesado del Cenete y Departamento Historia Medieval y CCTTHH (Universidad de Granada)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© 2018 DOAJ.

The DOAJ site and its metadata are licensed under CC BY-SA

Introducción.

En los momentos actuales en que vivimos, como ya hemos dicho en otras ocasiones al ofrecer otros materiales de estudio a nuestros alumnos, a consecuencia del covid19, la enseñanza universitaria ha cambiado casi radicalmente, pues aquellas clases tradicionales, denominadas por los enseñantes “clases magistrales” se han tenido que cambiar para facilitar a los alumnos el acceso a las lecciones. En este sentido la asignatura Historia Medieval, del primer curso del Grado de Arqueología en la Universidad de Granada, exige ofrecer al alumnado materiales que faciliten su formación y de esta forma poder superar lo exigido al menos mínimamente en una asignatura tan amplia dado el enorme espacio de tiempo que abarca. En este sentido, ofrecemos estos materiales sobre el período que analiza la historia del Islam medieval desde su fundación por Mahoma hasta la entrega de la ciudad de Bizancio a los turcos en 1453 o de Granada a los Reyes Católicos. Así pues, la mayoría de estos apuntes están tomados de varias obras en especial de la Novísima Historia Universal desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días escrita por individuos del Instituto de Francia G. Maspero, J. Michelet, Ernesto Renán, Victor Duruy, et. Dirigida a partir del siglo IV, por Ernesto Lavisse, de la Real Academia Francesa, Profesor de la Universidad de París, y por Alfredo Rambaud, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de Vicente Blasco Ibañez. Tomo VI. Los Orígenes. Madrid, La editorial Española-Americana, Mesonero Romanos, 42. La hemos consultado en Biblioteca Nacional de España 52/508188, DN 18451, vol. 6, D 63987944.

Los capítulos 9º y 15º del tomo 6 de esta obra citada, elaborados por M. Wahl, agregado de Historia y Geografía, profesor del Liceo Condorcet, tienen el siguiente esquema:

Capítulo IX.

MAHOMA Y EL ISLAMISMO (622-750)

por M. Wahl

I.—La Arabia y los árabes

Arabia.—Origen de los árabes.—El Yemen: el reino himiarita.—Árabes de Irak y de Siria.—El Hedjaz: la Meca.—El Nedjd, páginas 233-235.

II.—Los árabes en el siglo VII

Las costumbres.—La Tregua sagrada; las ferias; los poetas.—Las creencias y el culto, páginas 236-238.

III.—Mahorna.—Fundación del islamismo

La juventud de Mahoma.—Vocación de Mahoma.— Primeros discípulos y primeras persecuciones. — La hégira.—Combate de Bedr.—Combate de Ohod; combate del Foso.—Sumisión de la Meca.—Conversión de la Arabia.—Muerte de Mahoma.—La obra de Mahoma: el Corán, páginas 239-246.

IV.—Los califas: formación del Imperio árabe

La sucesión de Mahoma.—Estado de los imperios persa y bizantino.—El ejército árabe.—Las primeras conquistas.—Conquista de Egipto.—Conquista de Persia.—Las guerras civiles.— Los omniadas.— Nuevas conquistas.—Estado de Africa.—Conquista de Africa. Estado de España.—Conquista de España.—El Imperio árabe después de las conquistas.—Organización política. — Musulmanes é infieles. — Caída de los omniadas: advenimiento de los abasidas.—Cuadro genealógico.—Bibliografía, páginas 250-263.

Cap. XV

· LOS IMPERIOS ARABES

Su civilización desde el siglo VIII al XIII

por M. Wahl

I.—Los imperios árabes

Los califas.—El califato de Bagdad.—El califato de Córdoba.—Califato del Cairo.—Desmembración de los califatos.—Causas de la desmembración.—Las sectas religiosas, páginas 404-422.

II.—La civilización árabe

Orígenes, centros y caracteres—Agricultura.—Industria.— Comercio.— Literatura.— Ciencias.— Arte.— Arquitectura.—Bibliografía, páginas 428-446.

En el tomo 7 dedicado a la Europa feudal y las cruzadas nos encontramos el capítulo 15 elaborado por A. Rambaud, miembro del Instituto y Profesor de la Facultad de Letras de Paris, el contenido es el siguiente:

CAPITULO XV. LA EUROPA DEL SURESTE Durante el período de las Cruzadas (1095-1261) Por A. Rambaud.

I.—El Imperio griego hasta 1204.

La dinastía de los Comnenos.— Usurpación de Andrónico.— Dinastía del Angel.— La intervención popular.— Debilitación del patriotismo romano-bizantino. — Vicios de la Constitución bizantina.— Prematura desmembración del Imperio.— Estado social.— Colonos y esclavos.— Administración municipal.— La Iglesia.— Persecuciones contra los herejes.— Los frailes bandoleros.— La industria y el comercio.— Exigencias fiscales.— Exacciones de los funcionarios.— Miseria económica del Imperio.— La marina militar.— El ejército.— La civilización bizantina.— Esplendor de Constantinopla, páginas 436-447.

II.—Los vecinos y los enemigos del Imperio.

Los turcos seldjúquidas.— Las razas turcas de Europa.— Croatas y dálmatas.— Servia.— Estéfano Nemanya.— Constitución de la unidad servia. Estéfano I y San Sava.— El reino de Servia.— Los búlgaros.— Los rumanos: sus orígenes.— Relaciones de los vlacos con Bizancio.— Fundación del Imperio vlaco-búlgaro.— El tsar Juannitsa.— Relaciones de Bizancio con Roma.— Los venecianos.— Los normandos de las Dos Sicilias.— Los alemanes.— Los cruzados, páginas 448-458.

III. — El Imperio latino y los Estados latinos.

Los cruzados en el Imperio griego.— Reparto del Imperio.— El emperador Balduino y el rey Bonifacio.— Conflicto entre el Imperio latino y el Imperio vlaco-búlgaro.— Reinado de Enrique de Flandes.— Pedro de Curtenay y Roberto de Namur.— Juan de Briena: nuevo conflicto con el Imperio vlaco-búlgaro.— Balduino II.— Los Estados franceses de la Hélada Central.— Ducado de Atenas. — Principado de Acaía: Guillermo de Champlitte.— Constitución del principado.— Godofredo de Villeharduino.— Guillermo de Villeharduino.— Los Estados venecianos.— Las Assisas de Romania.— Huellas de la dominación franca en el Imperio griego, páginas 460-471.

IV.—Reconstitución del Imperio griego.

Restos del Imperio griego en 1204.— Imperio de Trebizonda.— Despotado de Epiro.— Imperio de Nicea.— Teodoro Lascaris.— Juan III Yatzés. Advenimiento de los Paleólogos.— Miguel VIII. Reconquista de Constantinopla por los griegos (1261).— Bibliografía, páginas 471-475.

Por último en el tomo 8 dedicado a la Formación de los grandes estados encontramos el capítulo XVI dedicado a los últimos días de Bizancio, elaborado por A. Rambaud tiene el siguiente planteamiento:

LA EUROPA DEL SUD ESTE. Fin del imperio griego — Fundación del imperio otomano (1282-1481), por A. Rambaud.

I.— El Oriente hasta el siglo XV.

Aspecto general de Oriente. — La anarquía en Epiro. — La anarquía en la Hélada Central y en Morea. — La anarquía del Archipiélago.— Páginas 480-484.

II. —El Imperio griego.

Decadencia militar del Imperio griego. — Andrónico II.— La gran compañía catalana. Los alanos. Los turcos.— Las guerras civiles. Los dos Andrónicos. Usurpación de Cantacuzeno. Juan V. El imperio griego y Occidente. La cruzada en el siglo XIV.— Juan V y sus hijos. El imperio tributario de los turcos.— Manuel II y el Peloponeso.— Helenos y romanistas: La cuestión nacional.— Caracteres del gobierno: Repúblicas municipales y dinastías locales — Situación económica.— Controversias religiosas.— Derecho, literatura y ciencias. Lengua romaica.— Páginas 484-496.

III.—Los osmanlís. Primeros sultanes.

Desmembramiento del Imperio seldjukida. Los diez emiratos.— Ertoghrul: El feudo seldjukida. — Osman. Conversión de los osmanlís al islamismo.— Conquistas de Osman.— Urkhan. Instituciones y conquistas.—Páginas 496-500.

IV. — Los osmanlís en Europa.

Murad I. Andrinópolis. Maritza. Bulgaria. Kossovo.— Bayaceto I. Primera conquista de la península balcánica.— La Cruzada. Batalla de Nicópolis.— Consecuencias de la batalla de Nicópolis.— Conflicto entre el Imperio osmanlí y el Imperio mongólico. Batalla de Angora.— Consecuencias de la batalla de Angora.

La anarquía otomana.— Murat II: Restauración del Imperio turco.—Nuevas guerras entre los cristianos del Norte: Morava. Varna.— Campaña de Morea.— Campañas en Albania. Scander-Beg.— Segunda batalla de Kossovo.— La sucesión bizantina: Constantino Dragasés.— Páginas 500-501.

V. —Mohamed. Ruina del helenismo.

Carácter de Mohamed II.— Preparativos del sitio de Constantinopla.— Preparativos de los griegos,— Sitio y toma de Constantinopla.— Organización de la conquista.— Nuevas expediciones.— Conquista de los países servios. Servia, Bosnia y Herzegovina.— Conquista de los países griegos: Morea, Atenas.— Guerras en Albania y en el Norte.— Guerras contra Génova, Venecia y Nápoles.— Conquista en Asia: Trebisonda, Karamania.— Guerras en las islas asiáticas: Sitio de Rodas.— Situación del imperio turco en 1481.- Bibliografía.- Páginas 511-522...

Puede consultarse estos trabajos en nuestros apuntes ofrecidos a los alumnos en Digibug. Esta es la base del presente trabajo destinado a los alumnos, como decimos a ello hay que añadir otras notas tomadas de otros libros especializados en Edad Media. No obstante, añadimos unos pequeños resúmenes sobre todos los temas que se insertan en estas páginas pues de esta manera el alumno puede ver en muy pocas páginas lo más interesante de cada uno de los temas.

Puede consultar otros trabajos entre nuestras publicaciones en Digibug como ocurre con las invasiones, los reinos germánicos formados sobre el Imperio romano, las instituciones de estos nuevos pueblos, la cultura y las artes, etc. De la misma forma dedicamos trabajos a Bizancio, el Islám, mundo carolingio, feudalismo, Cruzadas, etc. etc. En todos ellos cuando sean más amplios pondremos los correspondientes resúmenes para facilitar al alumno su consulta.

Nuestra idea fundamental es que se pueda consultar toda esta información ya que a veces el alumno no puede acceder a los fondos de las Bibliotecas de los Departamentos, Facultad o incluso Universidad. También es verdad que no están acostumbrados a buscar materiales de estudio pues como ocurre en esta ocasión son alumnos de primer curso, no están acostumbrados ni a la asignatura pues de ella solo tienen nociones muy escasas y pobres ya que en sus anteriores estudios no tienen apenas temas dedicados a la Edad Media.

Junto a estos temas también le ofrecemos unos apuntes sobre la parte práctica de la asignatura donde pueden ver las prácticas que se les exigirán en el estudio de esta asignatura para que puedan hacer las practicas que se le exigen de acuerdo a lo reseñado en la Guía docente que hemos entregado para que aparezca en la página

web del Grado de Arqueología. La parte teórica suele valer un sesenta y cinco por ciento, mientras que la parte práctica vale un treinta y cinco.

También ofrecemos algunos mapas, cuadros genealógicos, comentarios de textos sobre este periodo que ya han sido publicados hace algunos años tanto por destacados especialistas como por mí. Se pueden consultar en Digibug pues teniendo en cuenta que sobre todo algunas obras sobre textos ya estaban agotadas y era difícil consultarlas. Por ello, decidimos incorporarlas a Digibug tal como fueron editadas en su día por las Editoriales que llevaron a cabo aquella acción. Con el correspondiente permiso hemos realizado esta nueva edición de los textos sobre los visigodos (dos libros), Bizancio en su primera etapa: de la dinastía constantiniana a la justiniana, otros textos sobre historia de España y de Granada, etc.

Por ahora publicamos sobre los pueblos germánicos dos trabajos, uno más amplio y completo. Pero este lleva al final un resumen de los principales temas. El segundo más ajustado a las necesidades del alumno está más resumido y así puede estudiarse el tema más fácilmente. En todo caso queremos que el alumno vaya haciéndose sus propios apuntes, realice sus prácticas, pues todo ello se lo vamos a exigir cuando acabe el curso para ver el esfuerzo que haya realizado. Ahora ofrezco otros dos trabajos sobre el Islam medieval que editamos también en Digibug.

Manuel Espinar Moreno, Octubre 2020.

MAHOMA¹ Y EL ISLAMISMO (622-750)

I.—Arabia y los árabes

ARABIA.

La gran península de Arabia es una región de naturaleza desierta. En sus tres caras marítimas acentúan su contorno cordilleras costeras casi continuas, cuya elevación no suele pasar de 300 metros. Sin embargo, en algunos puntos, como en el Omán, se aproximan á los 2.000. Hacia el centro se yergue la meseta de Nedjd, cuyos puntos culminantes (Djebel Tueik, Djebel y Aga) llegan á 1.000 y 1.500 metros.

Este núcleo de la Arabia está rodeado de un círculo de desiertos. Al Sur, el Dahna o gran desierto rojo, que cubre con sus arenales como una cuarta parte de la Península y la separa del litoral del Mar de las Indias; al Norte, el Hammad o desierto pedregoso, la aridez de Siria y la llanura del Eufrates; al Este y al Oeste lo recortan las sinuosidades de los Nefud, que hay que atravesar para ganar el Mar Rojo o el Golfo Pérsico.

Como en el Sahara y el Irán, la escasez de lluvias y la extremada sequía son las características del clima. El Hadramaut y sobre todo el Yemen y el Omán, sometidos al régimen de los monzones, se encuentran en condiciones relativamente favorables; el terreno es más fértil que en otras partes, las ciudades más numerosas y la población más densa. En otros lugares de Arabia, la esterilidad no es tampoco del todo absoluta.

A falta de ríos permanentes, los uadi forman depresiones donde se reúnen las aguas de la superficie o las subterráneas. En los Nefud, los fuldj, especie de hondonadas en forma de herradura, recogen bastante humedad para alimentar cultivos. Las mesetas del Nedjd están cubiertas de ciudades y pueblos, con oasis y jardines regados por pozos.

Los Nefud poseen una vegetación herbácea o arborescente que da alimento al ganado.

¹ La forma árabe es Mohamed, que significa digno de alabanza.

El clima y la naturaleza del terreno imponen a gran parte de la población la vida pastoril o nómada. Sin imposibilitarlo en absoluto dificultan el establecimiento de la unidad política entre las diversas regiones. El Yemen tiene comunicaciones más fáciles con Abisinia que con las demás provincias árabes, el Hedjaz con Siria, y el Omán con Persia. El Nedjd, más separado de las influencias extranjeras, es, no obstante, accesible hacia la parte del Mar Rojo por el Hedjaz, y hacia el Golfo Pérsico por el Haza, comunicándose por los caminos de caravana con las llanuras del Bajo Eufrates y el Tigris.

ORIGEN DE LOS ÁRABES.

Por aquellos caminos llegaron de Babilonia los antiguos pueblos designados con el nombre de Ariba. Uno de estos pueblos, el de los aditas, había alcanzado cierto grado de civilización y poderío. Las leyendas árabes les presentan como gigantes, y les atribuyen las construcciones megalíticas que todavía se encuentran en diversas partes de la Península. Después de haber vivido mucho tiempo en tiendas de campaña, habían tomado residencia fija edificando fortalezas y ejecutando obras de irrigación. El célebre dique de Mareb en el Yemen parece obra de uno de sus reyes llamado Lokman. En tiempo del profeta, los aditas, destruidos ó absorbidos, habían desaparecido hacía tiempo, pero quedaban en el interior de Arabia y en los desiertos de Siria algunos restos de los amalica, otro pueblo antiguo, oriundo también de Caldea y al cual se identifica con los amalecitas de la Biblia.

Antes de la predicación del Islam, las tribus árabes se dividían en dos grupos: los kahtanidas y los maaditas, o sea descendientes de Ismael y de Maad. El Yemen y el Hedjaz eran los centros de población desde donde se habían esparcido por toda la Península. Los kahtanidas habían marchado con preferencia hacia el Sur y los maaditas hacia el Centro y el Norte. Hablaron durante mucho tiempo diferentes idiomas, pero el árabe del Hedjaz venció al del Yemen o idioma himiarico, prevaleciendo definitivamente cuando gracias a los poetas fue la lengua literaria, y cuando gracias al Corán ocupó el rango de lengua sagrada.

Los kahtanidas se atribuían un origen oriental y semítico, pero los pueblos aribas les habían precedido en el Yemen y los elementos etíopes ó kuschitas habían contribuído igualmente a la formación de su raza. En cuanto a los maaditas, al remontar su filiación hasta Ismael, hijo de Abraham, se enlazaban con la tradición bíblica, pero esto no impedía que invocaran su parentesco con los kahtanidas (considerados durante mucho tiempo como raza superior), alegando casamientos de Ismael y de su descendiente Maad con mujeres de aquel pueblo. Seguramente hubo matrimonios que mezclaron ambas sangres, pero como cada tribu conservaba

cuidadosamente su genealogía, ismaelitas y kahtanidas se compenetraban sin confundirse, y seguían siendo distintos.

EL YEMEN: EL REINO HIMIARITA.

El Yemen o Arabia Feliz, de los griegos y romanos, se prestaba más que el resto de la península a la vida sedentaria. Allí hubo muy pronto ciudades y se constituyeron Estados. La dinastía de los himiaritas o tobbá preciábase de remontarse por sus fundadores Himiar, Abdchams y Yarob, a los propios orígenes de la raza kahtanida. Un siglo antes de la Era Cristiana, hallábase a la cabeza de un reino importante, cuya capital fue, sucesivamente, Mareb ó Saba, Zhafar y Sana, abarcando, además del Yemen, el Hadramaut y el Mahra, todo el Sur de la península. Ejercían soberanía sobre las tribus del Hedjaz y del Nedjd, hicieron frente a la expedición romana de Elio Galo (24) y llevaron a cabo incursiones victoriosas en África y Asia. Hacia el año 125, su fuerza sufrió un eclipse, hubo disturbios interiores, y la rotura de los famosos diques del Mareb (cuya conservación se descuidó) produjo el Seil-el-Arim, el desbordamiento de las aguas, cuya inundación devastó el país. Una parte de los habitantes, que ya no podía vivir en aquel terreno asolado, se decidió a emigrar y fue a fundar colonias en el Hedjaz, Irak y Siria. Sin embargo, los tobbá se recobraron y prosiguieron sus conquistas.

El judaísmo, y después el cristianismo, penetraron en el Yemen. Las persecuciones del rey Dhu-Nuvas contra los cristianos del Nedjran dieron un pretexto de agresión al negus o rey cristiano de Abisinia, impulsado por el emperador Justino. La batalla de Dhu-Djadan, en 525, destruyó para siempre el reino himiarita; pero los abisinios no conservaron su conquista, que les arrebataron los persas, llamados por los descontentos. En tiempo del profeta gobernaban virreyes persas el Yemen, el Hadramaut, el Mahra y el Oman.

ARABES DE IRAK Y DE SIRIA.

También dependían de Persia las tribus árabes establecidas en Irak, donde unos emigrados del Yemen habían fundado el reino de Hira. Los reyes de Hira, aliados y vasallos de los sasanidas, habían luchado contra los árabes de Siria, feudatarios del imperio romano, y contra este mismo Imperio. Aquella dinastía, llamada de los Nasr, acabó con Noman II, que había perdido el favor de Kesra o Cosroes II. En Hira se instaló un sátrapa persa.

En cambio, la influencia romana y bizantina fue la que dominó entre los árabes de Siria, descendientes de los antiguos Amálica, reforzados en diversas épocas por emigraciones del Yemen y el Hedjaz. El Imperio necesitaba su concurso para hacer

la guerra de vanguardia contra sus congéneres del Eufrates y para cubrir Siria, amenazada por los partos y luego por los persas. El célebre Odenat pertenecía a la familia de los odheina, investida desde muy antiguo del mando de aquellas tribus auxiliares. Sabido es cómo resistieron, primero él, y después de su muerte, su viuda Zenobia (la Zebba de los cronistas árabes), a las fuerzas romanas en Oriente. Destruído el efímero reino de Palmira, la investidura imperial pasó a otras familias y se fijó en la de los ghasanidas, que había de conservarla durante tres siglos. Los filarcas ghasanidas, convertidos al cristianismo con sus subditos, tomaron parte activa en las guerras contra los persas durante el siglo IV al VI. Uno de ellos, Harith V, el Aretas de Procopio, fue uno de los mejores tenientes de Belisario en las campañas de Asia.

EL HEDJAZ: LA MECA.

Menos accesible que los establecimientos de Irak y de Siria, y menos a propósito que el Yemen para excitar codicias, el Hedjaz había podido librarse, si no por completo de las influencias, siquiera del dominio de los extranjeros. En su parte Norte, tan próxima a Palestina, se había producido una infiltración de inmigrantes judíos, cuya masa principal, las grandes tribus de los benu-Nadhir y los koraiza, había llegado en los siglos I y II de la Era Cristiana, huyendo de los exterminios de la guerra de Roma. En el siglo IV se presentaron las tribus árabes de los aus y los khazradí, oriundos del Yemen; pero llevados, en virtud de viajes sucesivos, del Yemen al Hedjaz del Sur, del Hedjaz del Sur a Siria y de Siria al Hedjaz del Norte. Después de encarnizadas luchas, las tribus judías y las tribus árabes, ya vencedoras, ya sometidas, se repartieron las ciudades de Khaibar y Yatreb y las comarcas cercanas. En el Hedjaz del Sur, donde los mustariba, descendientes de Adnan, vivían al lado de las tribus kahtanidas, emigradas del Yemen, el santuario de la Kaaba había llegado a ser el centro de un pequeño Estado religioso, cuya importancia aumentó después de caer la hegemonía himiarita. La intendencia del templo, con las ganancias materiales y la influencia que proporcionaba, había pertenecido primeramente a los djorhomitas, y después á los khozaa, unos y otros oriundos del Yemen. Luego pasó a manos de los koraichitas, descendientes de Maad, hijo de Adnan. Hacia mediados del siglo V, el koraichita Kassoi, agrupó sus contríbulo dispersos hasta entonces, fundó la ciudad de la Meca, construyó el Dar-en-nadua o Cámara del Consejo; instituyó el estandarte sagrado ó liua; cobró el impuesto para sostén de los peregrinos pobres (rifada) y creó las funciones políticas y sacerdotales de la sikata, distribución de las aguas, y de la hidfaba, administración del templo. Sus sucesores, cuando la «guerra del elefante», rechazaron en 570 una invasión de los abisinios, dueños del Yemen. Desde entonces los koraichitas se titularon El-Hums, los héroes.

EL NEDJD.

La mayor parte de las tribus del Nedjd procedían de Maad, como los koraichitas.

Muy alborotadas y dispuestas siempre a lanzarse unas contra otras, pocas veces pudieron formar una poderosa agrupación. Solían encontrarse sometidas a Estados árabes del Hira y del Yemen, que se hallaban mejor constituidos y con los cuales estaban en contacto; pero esta sumisión nunca fue completa, y en sus frecuentes rebeliones solían salir victoriosas. La que estalló a fines del siglo V dió por resultado la formación de un reino independiente gobernado por Kolaib Uail. Su arrogancia, que llegó a ser proverbial, provocó una sublevación que le costó la vida. Después de la guerra de Bazus, se restauró por poco tiempo la dominación yemenita, derribada después por Mundhir III, rey de Hira, cuya soberanía aceptó un momento toda la Arabia Central. Más adelante, la influencia persa penetró por el Hira y el Yemen, pero los nómadas del Nedjd siguieron de hecho independientes. Los benutemin saqueaban las caravanas que el virrey persa del Yemen enviaba a su soberano. La tribu de los bakr después de la caída de Noman V, rey de Hira, tomó su partido contra Cosroes y derrotó completamente en la jornada de Dhou-Kar, en 611, a un cuerpo de caballería persa reforzado por auxiliares árabes.

II.—Los árabes en el siglo VII

LAS COSTUMBRES.

Una parte del pueblo árabe era sedentaria, habitando en ciudades y pueblos dedicada al comercio o a la labranza. Los de la Meca, por ejemplo, hacían el comercio de caravanas con Siria; pero el mayor número, tanto por gusto como por necesidad, seguía llevando una vida nómada, transportando de un lado á otro sus campamentos y rebaños. Sus costumbres ofrecían una extraña mezcla de crueldad salvaje y de generosidad magnífica, de sensualidad grosera y de delicadeza refinada. Había hombres como aquel Kais que, viendo a Mahoma llenar de besos a una niña, le preguntaba: «¿Qué oveja es esa que olfateas?»—«Es mi hija»—contestó el profeta.— «¡Por Alá!—replicó Kais—, yo he tenido muchas niñas así, y a todas las he enterrado vivas, sin olerlas”. Pero también se encontraban caracteres como el de Hatim, que, encargado de guardar los camellos de su abuelo, los regalaba a caminantes desconocidos, se detenía ante un enemigo desarmado y le daba su lanza, y no teniendo dinero para rescatar a un cautivo que le imploraba, ocupaba su lugar. Los árabes se entregaban a la embriaguez, al juego, a la orgía y a prácticas bárbaras, como la de enterrar vivas á las niñas. En cambio, la liberalidad, la munificencia con huéspedes y pobres, la fidelidad á la palabra empeñada, la

abnegación por parientes y amigos y la intrepidez guerrera eran como virtudes nativas de aquella raza enérgica, orgullosa y apasionada. Sobre todo, la solidaridad de familia era grandísima y suplía en cierto modo a la acción protectora que ejercen las leyes en una sociedad más organizada. Gracias a ella no estaba aislado el individuo. Si era víctima de alguna violencia, su parentela y su tribu salían a su defensa, y como al agresor también le sostenían los suyos, podría surgir una guerra general de un homicidio, de un accidente fortuito o de una contienda insignificante. La «guerra de Dahis», que hizo combatir durante cuarenta años a los abs y los dhobian, dos tribus congéneres del Nedjd, tuvo por origen una discusión sobre los méritos del caballo de Dahis y la yegua de Ghabra. En cuanto había corrido la sangre, como no hubiera un acuerdo inmediato para la reparación, empezaba una serie de represalias. Por una y otra parte había ataques por sorpresa, robos de rebaños, irrupciones en los campamentos, saqueos de caravanas, mezclado todo con combates singulares y batallas campales, pocas veces decisivas, hasta que, rendidos ambos partidos, llegaban por fin a un acuerdo. Se echaba la cuenta de los perjuicios y pérdidas respectivas, y a las familias de los muertos que no habían logrado venganza se les pagaba una indemnización, que solía consistir en cierto número de camellos. El precio de la sangre (día) era proporcional al valor personal, y sobre todo a la ilustración de la víctima.

LA TREGUA SAGRADA.—LAS FERIAS.—LOS POETAS.

Durante cuatro meses del año, que se consideraban sagrados, era costumbre interrumpir las hostilidades. Aquella tregua, casi nunca violada, daba un descanso a los beligerantes, hacía posibles las peregrinaciones, las reuniones pacíficas y la celebración de ferias anuales en Hira y en otras poblaciones. La más célebre y frecuentada de todas ellas era la de Okazh, entre Taif y Nakhia, a tres jornadas de la Meca. Abríase en el novilunio del mes de Dhou-el-Kada, a principios de la tregua, y duraba veinte días, acudiendo gente de todos los puntos de Arabia. Era como el punto de cita para negocios y diversiones. Allí se encontraban parientes, amigos y huéspedes, formábanse alianzas o se renovaban, y a veces, a pesar de la tregua, se concertaban desafíos.

También presentábanse en las ferias, improvisadores y poetas, ante un pueblo que los oía con gusto, siendo muy suficiente para apreciar su mérito. Era raro que un árabe de distinguido origen no supiera componer un discurso, dirigir una sátira, o escribir los versos de una kasida. Muchos eran los aficionados inteligentes, conocedores de la pureza del idioma, que sabían la brillantez de una imagen, la armonía de un período y lo exacto y enérgico de una expresión.

Un éxito literario en Okazh² proporcionaba mucha importancia. El afortunado poeta cuyos versos repetían todos los labios y recordaban todas las memorias, se convertía inmediatamente en personaje agasajado y temido. Los koraichitas, en lo más recio de su lucha contra Mahoma, supieron que el poeta Acha se iba a pasar al islamismo, y para evitarlo le ofrecieron valiosos presentes, temiendo que sus versos encendieran el ardor de los árabes contra ellos. La sátira era un arma peligrosa, pero no la única que manejaban los poetas, pues eran hombres de acción, tan caballeros como trovadores. Imrulkais, de la familia de los príncipes de Kinda, desterrado por su padre, llevó algún tiempo la libre existencia del guerrillero. «Cuando encontraba una cisterna, un prado o un lugar abundante en caza, se detenía y sacrificaba diariamente algunos camellos para alimentar a su séquito. Salía de caza y a la vuelta comía y bebía con sus compañeros, mientras que los músicos cantaban. Cuando se acababa el agua de la cisterna, abandonaba aquel sitio para dirigirse a otro lugar.» (Caussin de Perceval). Atacó a Mundhir III, rey de Hira, que amparaba al asesino de su padre. Sus enemigos le derrotaron y marchó á Constantinopla en busca de auxilio, muriendo al volver a Ancira.

Antar, hijo de un etíope, y esclavo en su infancia, se distinguió por su extraordinaria valentía, siendo emancipado y reconocido por su padre. Prendado de su prima Abla, cuya mano se le negó, supo conquistarla a fuerza de proezas. La historia de Murakkich es una completa elegía: no le quisieron casar con su parienta Esmah, por carecer de reputación y de fortuna; partió para alcanzarlas, y a su regreso la habían casado en un lejano país; fue en su busca, y extenuado por enfermedades y penas, siguió andando, y murió en el momento de encontrar a su amada.

Los moallakat que se conservan son a manera de cantos líricos. El asunto está tomado a veces de un suceso memorable, pero con frecuencia no tratan más que del mismo poeta o de aquello que personalmente le interesa: su amada, sus caballos, sus cacerías, sus festines, sus combates, su ilustre origen, su liberalidad, sus amores y sus venganzas, toda su existencia indolente, libre y aventurera. Es el nómada puro con todo el vigor de su enérgica personalidad, su desdén hacia cuanto le parece estrecho y mezquino, su magnanimidad algo teatral, sus pasiones ardientes, su ingenuo sensualismo, su concepto de la vida que se le aparece llena de amplitud, de placeres y de batallas, amándola por las alegrías que da, pero estando dispuesto a dejarla sin inútiles lamentaciones. «La vida (dice Tarafa) es un tesoro que decrece cada día. Lo que el tiempo sin cesar amengua acabará por aniquilarse.»

² Dícese que los mejores versos (moallakat) se fijaban en la bóveda de la Kaaba. Moallakat es una expresión metafórica que indica el alto rango que ocupaban en la poesía árabe.

Sin pretenderlo, esta brillante literatura ejerció una influencia que no se puede dejar de reconocer. Hizo que prevaleciera en las diversas regiones de Arabia el dialecto del Hedjaz, empleado preferentemente por los poetas. Dio forma a la lengua de que todos se servían para componer y recitar, acostumbrándose a hablarla y a oirla como el puro idioma de su raza. Constituyó un fondo común de sentimientos, de ideas, de recuerdos y de leyendas, y con ayuda de la genealogía que enlazaba a unas tribus con otras mediante parentescos reales o imaginarios, las fracciones dispersas del pueblo árabe empezaron, aunque de un modo vago, a sentirse nación.

LAS CREENCIAS Y EL CULTO.

Hacia la unidad tendían también en su confuso movimiento las ideas y creencias religiosas. Los árabes, y sobre todo los beduinos³, nunca fueron de complejión mística. Crédulos más bien que creyentes, consistía su religión en una mezcla de naturalismo y fetiquismo bastante grosero. Unos adoraban a los astros y otros rendían culto a divinidades locales, representadas por estatuillas cuando no por pedruscos informes. Aquellos dioses pertenecían a la especie mal definida de seres sobrehumanos con los djinn o genios, ghul u ogros y deva o demonios. Se les llevaban ofrendas, se les inmolaban víctimas y se les consultaba en casos de apuro. El procedimiento que solía emplearse para interrogar a los oráculos consistía en meter en un saco flechas sin punta y con diversas inscripciones, sacando una al azar. El poeta Imrulkais, al partir para vengar a su padre, se detuvo para consultar al dios Dhu-el-Kholoza, y por tres veces obtuvo respuesta negativa. Irritado Imrulkais, rompió las flechas, y arrojándolas a la cara del ídolo exclamó: «Miserable, si tu padre fuera el muerto, no me prohibirías que lo vengara.»

Cada dios tenía su templo: el de Dhu-el-Kholoza estaba en Tebala, en el Yemen; en el Nedjd estaba el de Rodha; en el Irak, el de Dhu-el-Kabat; en el Hedjaz, los de Lat, en Taif; el de Ozza, en Nakhla, y entre la Meca y Yatreb, el de Monat. Sus guardias y sus ministros recibían las ofrendas y celebraban las ceremonias de un culto organizado. Ninguno de estos templos podía rivalizar con la Kaaba de la Meca. Este templo pequeño, de forma cúbica, con murallas de piedra sin labrar, que apenas llegaban a la altura de un hombre, había empezado por tener una importancia puramente local; pero sus guardianes lograron transformarlo poco a poco en una especie de santuario nacional, sirviéndose para ello de dos medios. Reunieron en su recinto una multitud de ídolos (hasta 360) de todas las procedencias y atribuyeron sus orígenes a hechos enlazados con las tradiciones judías, cada vez más extendidas por Arabia. Ismael y su madre Agar habían sido llevados por Abraham al valle de la Meca, y para ellos había brotado el pozo Zemzem. Abraham

³ Gente del desierto o del campo.

e Ismael habían edificado juntos la Kaaba, y el ángel Gabriel les había traído la Piedra Negra, que era entonces de una blancura deslumbradora, habiendo sido ennegrecida después por los pecados de quienes la tocaban. La Kaaba había llegado a alcanzar una vastísima influencia religiosa, siendo el único templo a que acudían peregrinos de toda Arabia. Por una especie de pacto entre los viejos cultos idolátricos y las nuevas creencias monoteístas, era a un mismo tiempo la casa de todos los dioses, el Panteón de las divinidades regionales y el templo de Alah-Taala, Dios supremo, Dios de Ismael y Abraham, hacia el cual empezaba á dirigirse parte de Arabia.

Como Arabia estaba en contacto con Palestina y Siria, focos del judaismo y del cristianismo, no era posible que se librara por completo de la influencia de las dos grandes religiones monoteístas. El judaismo, llevado al Hedjaz por los nadhir, los khoraiza y otras tribus emigradas, se había ido esparciendo hasta el Yemen, y más tarde impusieronlo los tohba durante algún tiempo como religión del Estado. A su vez el cristianismo había penetrado al Norte por Siria y al Sur por Abisinia, siendo poderosamente sostenido por la acción política de los negus y de los emperadores. Había conquistado las tribus fronterizas (súbditas de los ghasanidas), a los árabes de Mesopotamia, del Irak y el Nedjran. En aquel tiempo, de intensísima actividad religiosa, cuando en el mismo seno del cristianismo pululaban los heterodoxos, se habían formado también en Arabia sectas particulares, cuya doctrina, tomada de las creencias judías y cristianas, aparecía como una restauración de la primitiva religión de los árabes. Aquellos hanyf o disidentes, llamados así porque se separaban de las opiniones comunes, afirmaban la existencia de un Dios único, el Dios de Abraham e Ismael, que había enviado a los profetas y verificado los milagros de que hablan los libros de los cristianos y los judíos. Los que se aproximaban más al cristianismo admitían la divinidad de Cristo, pero en una forma modificada y sin aceptar la Trinidad. Otros, como Varaka, Othman, hijo de Hououairith, y Obeidalah, acabaron por hacerse cristianos. Varaka y otro hanyf llamado Zaid, hijo de Amar, pueden ser considerados como precursores inmediatos de Mahoma y, hasta cierto punto, como maestros suyos.

III.—Mahoma. Fundación del islamismo

La juventud de Mahoma.

Mahoma nació en la Meca el 20 de Abril del año 571 de nuestra Era. Su padre Abdallah, hijo de Abd-el-Muttalib, pertenecía a la familia koraichita de los Hachem; su madre Amina, hija de Uahb, era también koraichita. Los biógrafos musulmanes registran los prodigios que anunciaron la venida al mundo del futuro profeta y las aventuras maravillosas que desde su más tierna infancia revelaron su

misión. Su madre vió en sueños una luz salida de su seno, que alumbraba los palacios de Bosra; la noche de su nacimiento se derrumbaron catorce torres del palacio de Cosroes, y el mubedan, o gran juez de los persas, soñó que camellos sin domar, arrastrando caballos árabes, pasaban el Tigris y se esparcían por los campos. En casa de su nodriza, la beduína Halima, presentáronse dos hombres vestidos de blanco, cogieron al niño, tendieronle en el suelo y le abrieron el pecho. Eran dos ángeles que habían tomado su corazón para lavarle en la nieve y llenarlo de fe y de piedad. A los doce años, durante un viaje a Siria en compañía de su tío Abu-Taleb, el monje cristiano Bahira conoció por señales misteriosas sus gloriosos destinos y los vaticinó. Aunque fuese verdadera esta anécdota, no parece que hizo gran impresión tal horóscopo en la familia de Mahoma. Su entrada en la vida había sido bien triste; pues antes de nacer, había muerto su padre Abdallah, en Yatreb, al regresar de un viaje a Siria. No tenía más que seis años cuando murió también su madre Amina, de naturaleza nerviosa y enfermiza. Toda la herencia del huérfano consistía en una casita, una esclava negra, cinco camellos y algunas ovejas. Le recogió su abuelo Abd-el-Muttalib, pero murió a los dos años, dejándolo confiado a la tutela de su tío Abu-Taleb, hombre de corazón generoso, pero tan pobre que no tenía con qué criar a sus propios hijos. Mahoma necesitaba ganarse la vida y ejerció el oficio de pastor, que los naturales de la Meca solían dejar para las muchachas y los esclavos. Más adelante se consolaba de haber vivido en tan humilde condición, recordando que habían hecho lo mismo Moisés y David, y que Dios había escogido siempre a sus profetas entre los pastores.

Vivía entonces en la Meca una parienta lejana de Mahoma, llamada Khadidja. Viuda de segundas nupcias, administraba personalmente sus bienes, que eran considerables, dedicándose, como todos los ricos de la ciudad, al comercio de caravanas. Abu-Taleb aconsejó a Mahoma que fuera a servirla y se encargó de procurárselo. En vez del salario acostumbrado de dos camellos, Mahoma alcanzó doble parte, y convertido en servidor de Khadidja, le agradó tal vez más por su distinción y por su temperamento dulce que por sus buenos servicios. Khadidja le ofreció su mano. Tenía Mahoma entonces veintinueve años, y ella cerca de cuarenta; pero parece que ninguno de los que les trataban encontraron mal la diferencia de edad. En cambio, a Kouailed, padre de Khadidja, no le parecía bien la diferencia de fortuna y hubo que arrancarle su consentimiento cuando estaba beodo. Aquel casamiento influyó de una manera decisiva en la vida de Mahoma. El espíritu elevado, la nobleza de alma de Khadidja, la energía con que le sostuvo y alentó en las primeras pruebas influyeron en su desarrollo moral. A ella debió la fortuna que había de proporcionarle una situación independiente y una importancia social que sus propios méritos no le habrían dado. Ya representaba algo el hijo de Abdallah; sus parientes, a quienes favoreció, se agruparon en torno suyo, y sus compatriotas hicieron justicia a la rectitud de su carácter. Le llamaban El Amin, el hombre

seguro, y a él se dirigían cuando tenían que realizar un depósito o resolver un litigio. Al reconstruirse la Kaaba, destruida por una inundación, las cuatro tribus koraichitas se disputaban el honor de colocar la Piedra Negra. Mahoma, elegido juez, aconsejó que la pusieran sobre un manto y que cada tribu levantase una punta. El fué designado por todos para coger la piedra con las manos y ponerla en su sitio.

VOCACIÓN DE MAHOMA.

Tenía entonces Mahoma treinta y cinco años. Era hombre de estatura media, de formas recias, anchos hombros, pecho desarrollado, cabeza fuerte, cara oval y de buen color, con barba poblada y cabellera negra que le caía en rizos sobre los hombros. Tenía la frente ancha, la nariz larga y ligeramente encorvada, boca grande, dientes hermosos y algo separados, ojos negros y brillantes, poblados de pestañas, y entre las cejas alargadas y finas aparecía una vena que se hinchaba con las emociones. Su fisonomía era abierta, aunque no miraba nunca de frente. Solía ir algo encorvado, y su andar era rápido, pero un poco pesado, como si trepara por una montaña. Cuidaba mucho su persona, se lavaba varias veces al día y se perfumaba la barba y el pelo. Era sencillo en aficiones y costumbres, ordeñaba por sí mismo las ovejas y se sentaba en el suelo para componerse la ropa y el calzado. Su carácter era dulce y paciente; cuidaba de no ser el primero en cortar la conversación, y si alguien le daba la mano, no retiraba la suya hasta que el otro la soltase. A pesar de sus grandes cualidades y de sus virtudes públicamente reconocidas, adolecía de cierto desequilibrio moral, a causa de su estado de salud. Hablaba poco, y nunca sin necesidad. No podía soportar ciertos olores y sufría abatimientos y desmayos. Cuando estaba enfermo se quejaba como los niños, y según la expresión de su mujer Aischa, chillaba como un camello. Desde muy joven había padecido perturbaciones nerviosas que, aumentando con la edad, determinaron verdaderas crisis. Primero experimentaba una sensación de abatimiento; se le enfriaban las extremidades, temblaba como si tuviera calentura y pedía que lo taparan. Le zumbaban los oídos; se le extraviaba la mirada y movía la cabeza convulsivamente, hasta que grandes gotas de sudor, que le corrían por la cara, anunciaban el fin de la crisis. Otras veces se desplomaba en tierra como un ebrio, y los circustantes tenían que echarle agua a la cara. Eran los síntomas de un histerismo bien caracterizado, y sabido es que estas afecciones predisponen a la exaltación mística y al delirio de grandezas.

Desde que su matrimonio le dejaba bastante tiempo libre, a ejemplo de los hanyf y bajo la influencia de algunos de ellos, ocupábase de la religión. Como la mayoría de los espíritus grandes, de los cerebros perturbados y de las imaginaciones ardientes de aquella época, obsesionábale el problema religioso. Su alma inquieta no se contentaba con el culto de su país ni con su naturalismo grosero, y buscaba

un dios distinto de Hobbal y Ozza. Todos los años se retiraba durante un mes al monte Hira, cerca de la Meca, para entregarse a la meditación, a la oración y al ayuno. Erraba solo por los lugares agrestes de aquella triste montaña, y tenía sueños, pesadillas y alucinaciones. Despierto, oía voces que salían de las piedras y de las colinas. Contaba cuarenta años cuando tuvo la aparición que había de decidir el resto de su vida. Un ser sobrenatural se presentó ante él, y llamándole por su nombre, pronunció la palabra Ikra (¡lee!). Después se sucedieron otras visiones. Al principio, creyéndose poseído de los demonios, se asustó, tenía miedo de volverse loco y pensó en el suicidio. Khadidja se esforzó por calmarle y fué a consultar a su primo Varaka, el hanyf «que había estudiado los libros y había aprendido mucho estudiando a los doctores de los judíos y de los cristianos». «Dios santo—exclamó Varaka—, el ángel Gabriel, que en otro tiempo se apareció a Moisés, es el que se ha aparecido a tu esposo, e indudablemente llegará a ser el profeta de nuestra nación.» Tranquilizado Mahoma, se decidió a creer que la obsesión que padecía era de origen divino y que había sido elegido para transmitir a los árabes la revelación de la verdadera fe. La surata (versículo) del Corán que comienza por las palabras: “Levántate, tú que estás envuelto en tu manto», y en la cual es interpelado «para advertir a los hombres y llamarlos á Dios», marca el momento en que, convencido de su misión, estaba resuelto a cumplirla. Entonces comenzó a redactar el Corán, cuyos versículos surgían uno a uno, según la inspiración y bajo el imperio de las circunstancias, con alumbramiento doloroso a veces. Sus conversaciones con Varaka, con Zaid, con los esclavos cristianos que vivían en la Meca y con los rabinos del Hedjaz, le dieron a conocer, de una manera indirecta, el Antiguo y el Nuevo Testamento, enterándole de las leyendas y tradiciones bíblicas.

Su doctrina, que en un principio vino a ser la de los hanyf, consistió en el Islam; el abandono, la sumisión a la voluntad del Dios Todopoderoso que creó a los profetas y a Mahoma después de ellos, y que debe distribuir al final de la vida los castigos y las recompensas.

PRIMEROS DISCÍPULOS Y PRIMERAS PERSECUCIONES.

Entre la gente que le rodeaba encontró sus primeros discípulos: Khadidja, que había creído en su misión antes que él mismo; el joven Alí, hijo de su tío Abu-Taleb, a quien él había recogido durante una época de hambre; su aliado Zaid, hijo de Haritha; algunos personajes notables, como su amigo Abu-Bekr, Omar, Othman; pero, sobre todo, los jóvenes, los extranjeros, las mujeres y los esclavos.

La propaganda se hizo al principio de una manera tímida, en el secreto de la intimidad. Mahoma no se atrevía resueltamente a atacar el culto de los ídolos y continuaba haciendo sus oraciones en la Kaaba, no espontaneándose más que con

personas de su confianza, iniciadas ya por las confidencias de sus amigos. Mientras esperaba el momento de hablar en alta voz, se ensayaba con su familia.

Un día reunió a la mesa, en un gran banquete, a todos sus allegados, próximamente en número de cuarenta, les anunció que les proporcionaría los bienes de este mundo y del otro y pidió alguien que quisiera ayudarlo para ser su hermano, su delegado y su vicario. Sólo el joven Alí respondió a este llamamiento; los otros permanecieron mudos, y cuando Mahoma, abrazando a su primo, le proclamó como lugarteniente, a quien todos debían obedecer, los convidados se rieron a carcajadas, diciéndole a Abu-Taleb: «Ahora te toca a ti obedecer a tu hijo.» A pesar de estas burlas, el espíritu de familia dominaba de tal suerte entre los árabes, que los Hachem, sin adherirse en su mayoría a las doctrinas de Mahoma, le protegieron cuando sus predicaciones amotinaron a los koraichitas.

En vano los jefes de la aristocracia de la Meca fueron a pedir á Abu-Taleb que hiciera callar a su sobrino o se vengarían de él.

Abu-Taleb se limitó a comunicárselo a Mahoma, pidiéndole cariñosamente que evitase cualquier desgracia para él y los suyos. «¡Por Alá!—gritó exaltado Mahoma.—Si pusieran el sol a mi derecha y la luna a mi izquierda, no renunciaría a mi obra.» Y se alejó llorando. Abu-Taleb fué a llamarle. «¡Sobrino mío, vuelve y predica lo que quieras; por nada te haré traición!»

Para evitar una lucha que hubiera podido ser desastrosa, los koraichitas, no atreviéndose a usar de violencias, emprendieron contra Mahoma una guerra de burlas, sarcasmos e insultos. Le trataron de loco, de charlatán y de impostor; le retaron a probar su misión divina por medio de milagros; le acusaron de reproducir las fábulas antiguas y de copiar a los extranjeros en contra de la religión nacional. Los más atrevidos le arrojaban piedras, le escupían al rostro y en una ocasión estuvieron a punto de estrangularlo. Sólo la enérgica actitud de sus parientes le salvaba la vida. Los adversarios de Mahoma no se atrevían con Abu-Bekr, Omar, Othman y Alí; pero las pobres gentes, los esclavos, que no tenían familia, no eran respetados y se les maltrataba, se les torturaba y varios fueron condenados a muerte.

Mahoma aconsejó a aquellos cuya situación se hacía intolerable, que se retiraran a Abisinia, donde fueron bien acogidos, negándose el rey a entregarlos a los koraichitas. Este rey sólo veía en ellos a los adeptos de una secta cristiana, y los versículos que Mahoma le envió, y en los cuales se trata de la aparición del Espíritu Santo a la Virgen bajo la figura de un bello joven, no eran para desengañarle. Por la misma época Mahoma reconocía como potencias intermedias entre Dios y el hombre a las divinidades Lat, Ozza y Monat, y por su parte, los koraichitas se

prosternaron con él ante Alá. Pero Mahoma, avergonzado en seguida de su debilidad, se retractó de sus concesiones y volvieron a comenzar las hostilidades. El profeta, sus adeptos y su familia fueron puestos en entredicho. Los otros koraichitas se comprometieron por un acto en regla a no aliarse con ellos en matrimonio, a no comprarles ni venderles nada y hasta a no hablarles. Este ensañamiento, unido a la muerte de Khadidja y la de Abu-Taleb, que a pesar de todo siempre le había apoyado y cuya pérdida le hizo sentir más cruelmente el ensañamiento de la persecución, decidieron a Mahoma a buscar en otro sitio la ayuda que la Meca le negaba. Desde algún tiempo hacía, había aprovechado las peregrinaciones para predicar a los árabes del exterior. Su reputación se había extendido de este modo por todas partes; pero ninguna tribu se declaraba en favor suyo. Intentó incorporar a su partido a la ciudad de Taeif, situada a tres jornadas de la Meca, e hizo a ella un viaje acompañado de su liberto Zaid. Los jefes le recibieron con palabras de desprecio y el populacho le expulsó a pedradas.

LA HÉGIRA.

Mejor éxito alcanzó entre los habitantes de Yatreb. Las tribus árabes de los aus y de los khazradj, que habitaban en aquella ciudad y sus cercanías, vivían mezcladas con las tribus judías y habían adoptado en parte su religión o al menos se habían dejado penetrar por sus creencias y sus esperanzas mesiánicas. Estaban bien preparadas para ver en Mahoma al Mesías anunciado por los judíos, a un Mesías árabe, una especie de profeta de los gentiles, que no viniera para los judíos solos. Arabes o judíos, todas las gentes del Yatreb eran mal vistas de los de la Meca y les pagaban en la misma moneda. La hostilidad de los koraichitas era un título a su simpatía. En la peregrinación de 621, seis hombres de la tribu de Khazradj tuvieron una entrevista con Mahoma en el valle de Mina; expuso su doctrina, recitó las suratas que había compuesto del Corán y ganó la adhesión de sus oyentes. Como habló de acompañarles a la ciudad, le pidieron que les dejara tiempo de preparar el terreno, de propagar las creencias que acababan de aceptar, y de conciliar a los partidos que luchaban. Se dieron cita para el año próximo y aquella vez 70 hombres y dos mujeres de Yatreb se encontraron con Mahoma en la colina de Akaba. Acompañaba al profeta su tío Abbas, que les preguntó si sabrían defender a aquel que iba a confiarse a ellos. Contestaron afirmativamente, y volviéndose hacia Mahoma invitaronle a que expusiera sus condiciones. Le juraron no adorar más que a su Dios, observar los preceptos de su religión y obedecerle y defenderle, a él y a sus compañeros, como defenderían a sus mujeres y a sus hijos. El, por su parte, prometió ser amigo de quienes lo fueran suyos, no abandonarlos nunca y vivir y morir con ellos. Cada circunstancia le estrechó la mano, empeñando así su palabra.

Empezó entonces la emigración. Salían aislados o en grupos para que les dejaran marchar. Mahoma, Abu-Bekr y Alí quedáronse los últimos. Los koraichitas, que estaban alerta, los vigilaban mucho; pues sabían que Mahoma al hallarse en Yatreb armaría contra ellos a los aus y los khazradj. Se celebró un consejo en el Dar-en-Nadua, y se decidió matar a Mahoma, pero para no atraer sobre una sola casa la venganza de los parientes, se acordó que tomaran parte en ello once hombres de las principales familias. Mahoma, enterado de esta maquinación, no vaciló ya en partir. Tiempo hacía que Abu-Bekr lo tenía todo preparado: dinero, camellos y un guía. Alí, envuelto en la capa verde del profeta, se tendió en su cama y burló de este modo la vigilancia de sus enemigos. Mahoma y Abu-Bekr salieron de la ciudad, y mientras los buscaban por el camino de Yatreb, se refugiaron en una caverna del monte Thur, situado al Sur de la Meca, en dirección contraria. Al cabo de tres días salieron, llegando sin dificultad a Yatreb, donde se les unió pronto Alí. Se había realizado la fuga o hégira. Empezaba la era musulmana (16 de Julio de 622, aunque a veces se citan otras fechas).

En Yatreb, convertido en Medina, la ciudad por excelencia, ocupóse Mahoma en organizar el culto y el mando. Con muros de piedra y ladrillo y troncos de palmeras colocados como columnas para sostener la techumbre, construyóse una mezquita en la que se reunían los fieles para orar. El liberto mulato Bilal, elegido por su voz sonora, se encargó de congregarlos, siendo el primer muezin. Todos los creyentes⁴ estaban obligados a apartar de sus bienes un diezmo, el zekkat o parte de Dios, que el profeta y sus representantes aplicaban a remediar a los pobres o a las necesidades del Estado. Mahoma estaba completamente seguro de la adhesión de los mohadjir o emigrados de la Meca que se habían desterrado en obsequio suyo. La mayoría de los medinenses le habían acogido con entusiasmo y él les llamaba ansar o defensores. Para prevenir los conflictos, estableció entre las dos categorías de musulmanes una fraternidad religiosa: cada mohadjir se convertía en hermano de un ansar, y tal parentesco de adopción era tan estrecho que prevalecía sobre los lazos de la sangre. Todo esto no se hizo sin que murmuraran algunos aus y algunos khadraj, aunque la mayor oposición fue la de los judíos. Mahoma esperaba encontrar entre ellos sus aliados naturales. ¿No era el continuador de sus profetas, el Mesías esperado? Pero los judíos, con raras excepciones, no lo reconocieron así y discutían y argumentaban contra él con una insistencia que echaba por tierra muchas veces su erudición teológica. La indignación del profeta había de producir terribles efectos, traducándose, por lo pronto, en ciertas reformas que anunciaban una completa ruptura con el judaísmo. Hasta entonces los musulmanes habían observado los ayunos de los judíos y habían orado con ellos, volviendo el rostro

⁴ Moslemin, musulmanes.

hacia Jerusalén. Desde entonces, tuvieron un ayuno aparte, el del Ramadán y la Kibla, y el punto hacia que se orientaban durante sus oraciones, no fue Jerusalén, sino la Kaaba de la Meca.

COMBATE DE BEDR.

El carácter de Mahoma se había modificado. Las persecuciones, las humillaciones, y el destierro habían alterado su nativa afabilidad. El que poco tiempo antes predicaba la paciencia y la resignación, no tenía ahora en los labios sino palabras de cólera y de venganza: «Matad a los infieles donde los encontréis, hacedlos prisioneros, sitiadlos, armad emboscadas contra ellos.» Los infieles eran sobre todo los de la Meca, que no habían querido creer en él. Desde el primer año de la hégira, organizó contra ellos una guerra de persecución que no tuvo al principio grandes resultados. En Enero del 624, se enteró del regreso de una caravana, a la que había perseguido en vano algunos meses antes, cuando se dirigía a Siria. Se decidió a caer sobre ella y salió de Medina con 314 hombres. Advertido el jefe de la caravana, Abu-Sofeian, pidió socorros a la Meca. Todo el pueblo hábil, un millar de hombres, salió a toda prisa. Abu-Sofeian, que había podido evitar el encuentro con Mahoma, previno a aquel pequeño ejército que se cruzó con él. Trescientos hombres, creyendo terminada su misión, se retiraron a la Meca, pero los otros avanzaron hasta los pozos de Bedr, donde encontraron a los musulmanes, y después de una corta indecisión, les atacaron. El profeta prometió a sus fieles que todos los que muriesen aquel día de una herida en el rostro, irían derechos al paraíso. «¿Qué?—gritó un joven que estaba a su lado comiendo algunos dátiles— ¿Basta dejarse matar por esas gentes para entrar en el paraíso?» Arrojó los dátiles, sacó su sable, se lanzó a la pelea y sucumbió, no sin haber derribado a varios enemigos. Este fanático entusiasmo era irresistible. Los koraichitas fueron derrotados, y en el combate, mucho más sangriento de lo que acostumbraban a ser los encuentros entre árabes, perdieron los musulmanes catorce hombres; setenta koraichitas quedaron sobre el campo de batalla, entre ellos Abu-Djahl, enemigo personal del profeta. Los prisioneros fueron setenta también. Únicamente a dos se les condenó a muerte, y los demás fueron rescatados o curados gratuitamente.

Esta victoria aumentó la autoridad de Mahoma en Medina y se aprovechó de ella para vengar su rencor contra los judíos. Varios de ellos que se habían significado por su hostilidad contra el profeta, fueron asesinados, y estas muertes quedaron impunes. Con cualquier pretexto fueron asaltados los arrabales en que vivían los kainoka, quienes, después de resistir quince días, tuvieron que entregarse a discreción. La intercesión de un jefe khazradj les salvó la vida; pero fueron expulsados, arrebatándoseles sus bienes, que Mahoma repartió entre los suyos, después de quedarse para él con la quinta parte. Un poco más tarde se atacó a otra

tribu judía, los nadhir, que también tuvieron que salir de Medina. Sus propiedades se repartieron entre los mohadjir.

COMBATE DE OHOD; COMBATE DEL FOSO.

Siguió la guerra contra los koraichitas. Después de algunas escaramuzas, los de la Meca, llevando consigo a sus confederados los ahabich y los kinana, nómadas de orillas del Mar Rojo, formaron un ejército de 3.000 hombres. Abu-Sofeian, que lo mandaba, salió contra Medina. Su mujer Hind y otras koraichitas les seguían tocando atabales y entonando cantos de guerra, acompañados de gritos de venganza. Mahoma quería permanecer a la defensiva, pero el recuerdo de Bedr exaltaba a sus hombres y hubo que guiarlos contra el enemigo. El encuentro se verificó al pie del monte Ohod. Esta vez el profeta no se apartó para orar como en la jornada de Bedr. Tomó parte activa en la acción; pero a pesar de esto, fué una derrota. Pereció su tío Hamza, «el león de Dios», y el mismo Mahoma, herido en la cara, debió la vida a la abnegación de algunos hombres intrépidos que le cubrieron con su cuerpo. Dueños los koraichitas del campo de batalla, mutilaron los cadáveres de los musulmanes. No sacaron otro partido de su victoria. Mahoma pudo reconquistar la confianza de sus fieles y organizar entre los nómadas una activa propaganda, que había de costar la vida a muchos misioneros.

Mientras tanto, los jefes de los nadhir expulsados de Medina, se habían aliado con los ahabich, los kinana y varias tribus del Nedjd. A principios del año 627, 10.000 hombres salieron contra Medina.

Para la Arabia era un ejército formidable, y no tardaron en unirse a él los koraiza, única tribu judía que hasta entonces había estado en paz con los musulmanes. Mahoma, por consejo del persa Selman, cubrió con un muro y una trinchera la parte de la ciudad que no estaba fortificada. Aquel obstáculo imprevisto paró en seco a los asaltantes. Trataron de atraer a los musulmanes a una acción en campo raso, pero el profeta había conseguido imponer a sus hombres una estricta disciplina, y no se movieron. Todo se limitó a algunos combates singulares en los que Alí alardeó de su brillante valor. Entre tanto los confederados padecían los rigores de la intemperie; perecían sus cabalgaduras y sus ganados; la lluvia apagaba sus hogueras, y el viento destrozaba las tiendas y volcaba los calderos. Emisarios de Mahoma, dispersos por sus filas, sembraban desconfianzas y discordias. Los koraichitas con Abu-Sofeian a la cabeza, fueron los primeros en retirarse, y luego los siguieron los contingentes del Nedjd. En cuanto se vió libre de ellos Mahoma, cayó sobre los koraiza, los sitió en un utum, y cuando se rindieron los pasó a cuchillo implacablemente hasta el último hombre. Los niños y las mujeres fueron vendidos como esclavos y los bienes de las víctimas repartidos entre los vencedores.

SUMISIÓN DE LA MECA.

El terror, la persuasión y el cebo del botín, poderosísimo en el alma ávida de los beduinos, atraían cada día nuevos reclutas. El islamismo pasaba a ser, de secta perseguida, religión militante y victoriosa. Mahoma, a fin de facilitar las conversiones, afectaba aceptar los ritos del antiguo culto, ya que no sus creencias. El sexto año de la hégira anunció su intención de hacer una peregrinación a la Kaaba.

Los de la Meca, alarmados, empezaron por cerrarle el camino; pero como asegurase que sus intenciones eran pacíficas, acordaron una tregua, en virtud de la cual pudo al otro año visitar los santos lugares.

Llegó escoltado de dos mil hombres, dió alrededor del templo las siete vueltas procesionales, inmoló camellos en el Valle de Mina y se marchó después de asombrar a todos con su poderío.

Acababa de arrebatar sus fortalezas a los judíos de Khaibar, enviaba mensajes para que se convirtieran, no sólo a los jefes árabes, como el rey cristiano del Yemama y el rey de los ghasanidas, sino también al virrey persa del Yemen, al gobernador bizantino de Egipto, al rey de Abisinia y hasta a los soberanos de las dos grandes monarquías de Oriente, el emperador griego y el rey de Persia.

Cosroes Parnir rompió despreciativamente la carta, y la escrita a Heraclio no llegó a su destino, o no se hizo caso de ella. Pero Badham, virrey del Yemen, se declaró musulmán; el copto Djarih, que se había hecho casi independiente en Egipto, pidió tiempo para decidirse, y envió una respuesta lisonjera, acompañada de presentes.

Un pequeño ejército musulmán que fué a explorar las fronteras de Siria, resultó derrotado, pero este fracaso lejano tuvo poca resonancia y no perjudicó al prestigio del profeta. Los solaim, los abs y los dhobian, importantes tribus nómadas, uniéronse á él. Hasta los koraichitas vacilaron. Algunos de los más elevados, como Othman, hijo de Zalha, que tenía la hidjaba o guarda de las llaves del templo; Amr, el más sutil de los políticos de la Meca, y Khalid, el excelente capitán que había ganado la batalla de Ohod, fueron a someterse a Medina. Mahoma juzgó llegada la ocasión de caer sobre la Meca. Además de satisfacer su orgullo la idea de entrar como dueño en la ciudad que había abandonado como fugitivo, era muy importante para el islamismo conquistar la ciudad de las peregrinaciones, la metrópoli religiosa de Arabia. La tregua de diez años, recién acordada con los koraichitas, no le importaba gran cosa. Precisamente los Benu-Bakr, clientes de aquéllos, acababan

de atacar a los khozana, a quienes él protegía. Ya tenía pretexto, y sin hacer caso de las disculpas y satisfacciones de los koraichitas realizó sus preparativos rápida y secretamente. Todavía ignoraban los de la Meca cuáles eran sus intenciones, cuando se presentó delante de la ciudad con los mohadjir, los ansar y los auxiliares beduinos, que acudieron a la primera llamada. Llevaba 10.000 hombres ebrios de entusiasmo, de venganza o de codicia. La resistencia era imposible. Comprendiéndolo los koraichitas y el mismo Abu-Sofeian, su jefe más enérgico, fue al campamento de Mahoma a negociar una capitulación, y se convino en que no se haría daño a quienes permanecieran encerrados en sus casas o en la Kaaba. Sólo algunos exaltados quisieron detener a la tropa musulmana, pero se les venció fácilmente. Montado en su camello, con un turbante negro en la cabeza, fue el profeta a la Kaaba. Le dió siete vueltas, tocó respetuosamente la Piedra Negra con el bastón encorvado que llevaba en la mano y mandó derribar las imágenes y los ídolos. Todos los hombres de la Meca fueron a jurarle obediencia.

Por cálculo de profunda política o por renovación de afecto a la tribu de que procedía, concedió una amnistía general, exceptuando solamente a diez personas, y de ellas aún acabó por indultar a seis. Ocurrió esto durante el mes del Ramadán del año octavo de la hégira (Enero del 630).

CONVERSIÓN DE LA ARABIA.

Los acontecimientos sucesivos justificaron la importancia señalada por Mahoma a la conquista de la Meca. Había producido un efecto inmenso. El noveno año de la hégira se llamó en la historia musulmana el año de las embajadas. Llegaban de todas partes, del Hedjaz, del Yemen, de Mahra, de Oman y del Nedjd; los idólatras dejaban destruir sus ídolos, y poblaciones hasta entonces cristianas aceptaban el islam. Sin embargo, aún hubo ciertas resistencias.

La tribu de los hauazin no cedió hasta después de una tremenda batalla; las gentes de Taeif, encerradas en su ciudad, se defendieron contra el profeta hasta que, hostigadas por los nómadas, ofrecieron someterse a cambio de que se les dispensase de la oración y que les dejaran durante tres años su dios Lat. Mahoma no pensaba oponerse a este singular ofrecimiento, pero Omar se lo impidió. Los taifitas, como otros muchos, cedieron a la fuerza, contando con que algún día podrían librarse de aquel yugo. El profeta no ignoraba estas disposiciones, que tampoco se ocultaban mucho. Si hubiera podido hacerse alguna ilusión, las rebeliones y las apostasías que sucedían casi inmediatamente a las conversiones, le habrían recordado la volubilidad de sus compatriotas.

Mahoma, mientras tanto, preparaba una expedición contra Siria. Cuando la muerte le sorprendió, el ejército estaba ya reunido y el jefe designado. Podrá verse en estos proyectos de conquista el impulso de una creciente ambición; pero también presentan al perspicaz hombre de Estado en que se había convertido el contemplativo soñador de otro tiempo. El número de sus partidarios fue insignificante mientras que se presentó como apóstol pacífico, acrecentándose desde el día en que prometió la guerra, el pillaje y el despojo de los infieles. La masa de los árabes no poseía el sincero entusiasmo de los primeros creyentes, y para atraerles a la nueva fe había que seducir su imaginación y lisonjear sus instintos batalladores y codiciosos. El islamismo sólo podía vivir saliendo de Arabia con las armas en la mano. De no hacerlo así, estaba condenado a perecer entre las guerras civiles y entre la anarquía.

MUERTE DE MAHOMA.

En el mes de Marzo del 630, Mahoma, seguido de una gran multitud, llevó a cabo la peregrinación a la Meca, su peregrinación de despedida. Después volvió a entrar en Medina, de donde no había de salir ya. Perdía visiblemente fuerzas; en Marzo cayó enfermo, y, sintiendo próxima la muerte, se preparó a recibirla con serenidad. Sus últimos momentos fueron de verdadera grandeza: habló y obró como jefe de Estado y como jefe de religión, dando sus instrucciones supremas a su general Uçama ofreciendo reparación a todos los que hubieran sufrido de su parte alguna injusticia, recomendando a la solicitud de los musulmanes sus fieles Ansar, y a Dios, a todos los musulmanes. El lunes 12 del mes del primer Rabí (8-de Junio) se presentó aún en la mezquita, con la frente envuelta en una banda y apoyado en sus dos primos, Alí y Fadhl. Habló al pueblo y tomó parte en la oración de la mañana.

Volvió en seguida a casa de Aischa, su mujer preferida, y se tendió en su lecho. Comenzó la agonía: tenía cerca de sí un vaso lleno de agua, en la que templaba su mano para llevarla a la frente, que ardía de fiebre. Sus últimas palabras fueron invocaciones y plegarias: «¡Oh, Dios mío, ayudadme a soportar la angustia de la muerte... Dios mío, llevadme con la compañía de allá arriba!»...

Después, su cabeza cayó pesadamente en el seno de Aischa; ella le miró; sus ojos estaban fijos y sus facciones inmóviles. Aischa descansó suavemente aquella cabeza sobre un cojín, y se puso a gemir y a golpearse el rostro. El profeta había muerto.

LA OBRA DE MAHOMA: EL CORÁN.

No murió completamente. La tarea a la cual había dedicado su vida se había realizado. La Arabia, que había encontrado dividida en tribus enemigas, formaba ahora un estado teocrático que tenía su ley y su fe común. La obra política estuvo a punto de no sobrevivirle y si duró fué transformándose. La obra religiosa era más sólida, y después de los siglos transcurridos, el islamismo vive aún y nada hace suponer que haya de desaparecer en breve plazo. Aunque haya sufrido las naturales alteraciones, busca siempre en el Corán la exposición de su dogma, los ritos de su culto, las reglas de su moral, los principios de su legislación, y aún es obedecida esta máxima, una de las últimas que pronunció el profeta: «Que el Corán os sirva de guía. Haced lo que os prescribe o lo que os permite. Evitad lo que os prohíbe.»

La palabra Corán significa lectura, recitación. El libro así denominado es el conjunto de las recitaciones de Mahoma, de las palabras que pronunciaba como profesa inspirado, dictadas por la revelación divina. Sus oyentes las escribían en trozos de papel o de pergamino, en hojas de palmera, en piedras, en huesos, o las recogían sencillamente en su memoria, que era diestra y segura. Después de su muerte, sus compañeros Abu-Bekr y Omar encargaron a su antiguo secretario, Zeid-Ibn-Tsabit, que reuniese para su uso particular los fragmentos dispersos del libro sagrado. Más tarde se compusieron otros manuscritos, pero muchas veces daban versiones distintas, y el califa Othman, después que se hubo procedido a una redacción definitiva, ordenó destruir todas las que discrepaban, y así resultó que no hubo más que un texto oficial, cuyas copias fueron difundidas por todo el mundo musulmán, sin ulteriores modificaciones. Divídese el Corán en 116 suras o capítulos, subdivididos en versículos muy desiguales en extensión e importancia: El más largo contiene 286 versículos, y el más corto no tiene más que tres. No están escalonados con arreglo a las materias ni en orden cronológico, y parece ser que en la clasificación no se tuvo en cuenta más que las dimensiones, poniendo los más largos al principio, para acabar con los más cortos. Cada uno de los suras no forma siquiera un conjunto armónico. Muchos contienen fragmentos dispersos, sin enlace lógico y sin relación entre sí. Tal confusión hace bastante penosa la lectura del Corán.

Estos defectos no los ven los musulmanes, pues para ellos el Corán es la misma palabra de Dios, el libro por excelencia, y ha de ser perfecto en todos sentidos. No todos los orientalistas europeos comparten esta admiración sin reservas: algunos ven en el Corán los rasgos de una composición difícil, de una prolijidad enfadosa, de mal gusto, un lenguaje forzado e incorrecto, lleno de expresiones extrañas, y otros, por el contrario, contrastan la majestad del tono, lo brillante de sus imágenes,

la rica variedad de las descripciones y la pureza del estilo, admitiendo de buen grado las instantáneas conversiones producidas por la simple lectura de un capítulo. Mahorna, que no sabía leer ni escribir, no era, seguramente, un literato tan refinado como los poetas de su época; pero, a falta del arte consumado que encanta a los exquisitos, tenía poderosa elocuencia, formada por grandes ideas y enérgicas pasiones, que iba directamente al corazón de los sencillos y arrastraba a las multitudes. Los que aceptaron de buen grado el Islam, siendo sus mártires entusiastas o sus fanáticos apóstoles, no se dejaban seducir por las bellezas literarias. El Corán fue para ellos el libro divino, porque respondía a sus necesidades religiosas, porque daba a sus almas inquietas afirmaciones categóricas que ellos tomaban como verdades, y porque para gobernar su vida señalaba reglas que les bastaba seguir para asegurar su felicidad en este mundo y su salvación en la eternidad.

El dogma musulmán, tal como está expuesto en el Corán y en la Sounna (Sunna), o tradición que le completa, es de una extraordinaria sencillez. La unidad y la omnipotencia de Dios, la vida futura con los castigos y las recompensas, y la misión divina de Mahoma, son artículos de fe. Dios, el creador de todo ser y de toda cosa, “que ha levantado los cielos sin columnas visibles...; que ha sometido al sol y a la luna...; que ha extendido la tierra, colocando sobre ella montañas y ríos; que ha puesto en ella parejas en todas las especies; que ordena a la noche envolver al día..., es único en los cielos y en la tierra; no ha sido engendrado y ha engendrado; no tiene hijos ni compañero». Existen ángeles, cuyo cuerpo puro y sutil ha sido hecho de fuego; pero no son más que los fieles servidores del Todopoderoso. Satán ó Iblis fue también un ángel, pero después de su rebelión se transformó en el más indomable de los demonios. Los demonios, déva, div, afrid; las hadas, peri, se confunden con los genios, djinn, «creados antes que el hombre, de fuego puro sin humo», y están divididos, como los hombres, en creyentes é infieles.

Dios se comunica con los hombres por medio de las revelaciones de los profetas, que están recogidas en los libros sagrados: «Cada nación ha tenido su profeta y cada época su libro sagrado.» Los mayores profetas, anteriores al Islam, son Adán, Noé, Abraham, Moisés y Jesús. El «hijo de María», Jesús, nació de una manera sobrenatural; hizo milagros, pero no era hijo de Dios; no era más que un hombre inspirado. Subsisten algunos de los libros antiguos: el Pentateuco, los Salmos y los Evangelios; pero han sido alterados por la malignidad y la mala fe.

El Corán los anula a todos y es como la última palabra de Dios. Mahoma, nacido después de todos los demás profetas, es el profeta por excelencia, y no habrá ninguno después de él; la revelación que él ha dado es la revelación definitiva.

No acaba todo para el hombre después de la muerte. Llegará el día del juicio, en que cada uno habrá de dar cuenta de sus actos: «Dios os resucitará un día, a fin de que el término fijado de antemano se cumpla; volveréis a él en seguida, y entonces os dirá lo que habéis de hacer.» Los mercaderes, los impíos y los infieles serán precipitados en la Gehenna (mazmorra), para vivir en el fuego ardiente. Cuando el fuego haya consumido su piel, volverá una nueva piel a recubrirla, a fin de hacerles padecer nuevos suplicios. Tendrán que beber agua hirviendo, que quemará sus entrañas.

A los verdaderos creyentes, a los justos, se les abrirán las puertas del paraíso, del jardín de delicias, regado de aguas cristalinas, donde no sufrirán ni el calor del sol ni el frío gracial. A la sombra de los árboles, yendo vestidos de seda y brocados, no oirán varios discursos ni palabras de pecado; sentados al lado de las vírgenes de negros ojos, se nutrirán de frutos exquisitos, libando en copas de plata bebidas sabrosas, sus delicias serán eternas, como los castigos de aquéllos.

Para merecer los goces del paraíso, el hombre tiene que cumplir cinco deberes: creer en los dogmas esenciales del Islam, unidad de Dios, misión de Mahoma, castigos y recompensas de la vida futura; practicar los ritos esenciales del culto, plegarias, ayuno, peregrinaciones y limosnas⁵ (1). La oración debe hacerse cinco veces por día: al salir el sol, después de las abluciones, al medio día, a la hora de la siesta, al ponerse el sol y después de la caída de la noche. El ayuno está prescrito durante todo el mes del Ramadán, desde la hora del alba hasta la noche. La peregrinación a la Meca está sometida al ceremonial antiguo: purificaciones, visitas y lanzamientos de piedras en el valle de Mina, así como paseos procesionales alrededor de la Kaaba. La limosna que el profeta había predicado con el ejemplo, está recomendada con una verdadera efusión. «Oh, creyentes, dad limosna de las mejores cosas que hayáis adquirido, de los frutos que para vosotros habéis hecho brotar de la tierra. No distribuyáis en dilapidaciones la parte más vil de vuestros bienes. No llegaréis á la piedad perfecta sino cuando hayáis dado en limosna lo que más apreciéis. Todo Lo que hayáis dado, Dios lo sabrá.»

La moral se enlaza íntimamente con la religión. El Corán condena la avaricia, la mentira, el orgullo, la maldad y el libertinaje. Para reprimir los vicios favoritos de los árabes, prohíbe terminantemente el vino y los juegos de azar, «esas abominaciones inventadas por Satán». Recomienda la modestia, la castidad, la rectitud, la paciencia, la resignación, la humildad, el perdón de las ofensas y, sobre

⁵ De la circuncisión no se trata en el Corán. Existía entre los árabes antes de Mahoma; existía y existe aún en razas que no son mulsumanas.

todo, la caridad. El verdadero musulmán debe rescatar a los cautivos, alimentar al huérfano en los días de inopia y al pobre sumergido en el abandono. Los creyentes son todos hermanos. En cuanto a los no creyentes, para los cuales Mahoma establece una distinción, entre los hombres de la Escritura, los judíos y los cristianos, y los paganos idólatras, el lenguaje del Corán varía, respecto a ellos, según las circunstancias. Tan pronto declara que los que siguen la religión judía y los cristianos que crean y que hayan hecho el bien, recibirán una recompensa, como prohíbe a los creyentes considerarlos como amigos. Prescribe algunas veces la tolerancia. «Decid a los infieles: yo no adoro lo que vosotros adoráis, vosotros no adoráis lo que yo adoro. Vosotros tenéis vuestra religión y yo tengo la mía. No escuchéis a los infieles ni a los hipócritas; pero no les hagáis daño.» En otro pasaje recomienda la lucha a sangre y fuego y hasta la exterminación: «Haced la guerra a los que no creen en Dios ni en el juicio final, a los que no consideran como prohibido lo que Dios y sus apóstoles prohibieron, y a aquellos hombres de las Escrituras que no profesan la creencia de la verdad. Hacedles la guerra hasta que paguen el tributo, todos sin excepción y que sean humillados.» «Cuando os encontréis con los infieles... Pues bien; matadlos, y haced con ellos una gran carnicería y cerrad bien las salidas para que no se escapen.»

El djihad, la guerra santa, se impone como un deber a todo buen musulmán. Los que combaten «en el sendero de Dios», ya triunfen, ya sucumban, obtendrán las más altas recompensas. “No digáis que los que han muerto en el sendero de Dios han muerto. No, están vivos; pero vosotros no lo comprendéis.»

Cuando Mahoma recomendó para con los infieles una actitud reservada, pero conciliadora, fue en el período de la predicación pacífica, que precedió a la hégira; cuando habló con moderación respecto a los judíos, fue en los primeros tiempos de su residencia en Yatrib, entonces pensaba reclutar partidarios entre las tribus judías. Predicó la guerra santa después que la lucha había comenzado; en el momento en que para no sucumbir, tuvo necesidad de contar con soldados adictos, y, más tarde aún, cuando la conquista se le apareció como la más segura de las propagandas. No hay que olvidar que el Corán fue compuesto día por día y como dictado por los acontecimientos. Siempre que Mahoma debió hacer frente a un nuevo peligro, resolver una situación difícil, disipar dudas, o apagar escrúpulos, llegaba una revelación que le sacaba del apuro. Así justificaba todas las violencias de una política con frecuencia pérfida y sanguinaria, cubriendo sus propias debilidades y las extravagancias de los suyos. Su mujer preferida, Aischa, fue acusada de adulterio, no sin serias presunciones; pero una divina revelación la justificó y al mismo tiempo introdujo en la legislación una pena de ochenta latigazos contra el que acusara a una mujer honrada sin poder demostrar su acusación con cuatro

testigos. La nueva ley se aplicó en seguida a los difamadores de Aischa, que de este modo quedó absuelta y vengada.

Por lo que se ve, la legislación del Corán se resiente mucho de las preocupaciones de su autor y es circunstancial en muchas partes. No se puede negar, sin embargo, que, tanto en el orden civil como en el penal, constituyera un positivo progreso para los árabes. Autorizaba la poligamia, pero limitando a cuatro, excepto para el profeta, el número de esposas legítimas. Prohibió las uniones incestuosas, tan frecuentes entonces en Arabia. Elevó la condición de la mujer, protegiéndola cuando niña contra el infanticidio, autorizándola en los casos legítimamente graves a pedir el divorcio y asegurándola una dote o una parte en las sucesiones. Es suave con los débiles, con los huérfanos y con los esclavos. Aunque admite el principio del Talión, las penas que dicta son relativamente moderadas.

Hasta para el homicidio voluntario autoriza el indulto, si el pariente más próximo de la víctima, su vengador natural, quiere contentarse con él. Profesa el respeto a la vida humana: «El que haya matado a un hombre, o sembrado el desorden en el país, será considerado como homicida del género humano; y el que haya salvado la vida a un hombre será considerado como salvador del género humano.»

La obra de Mahoma aparece falta de originalidad, aunque su autor no la pretendía, puesto que presentaba su religión como una vuelta a las antiguas creencias de Arabia. El islamismo no inventó nada. Del judaísmo y del cristianismo tomó la noción de un Dios todopoderoso, el juicio final y, con algunas adaptaciones apropiadas al carácter árabe, las descripciones del infierno y del paraíso. Los ángeles y los demonios, el cielo y el infierno, unidos por un estrecho puente que sólo los justos pueden franquear, pertenecen también al parsismo. Sólo hay que de esta parte las influencias fueron directas: los judíos sirvieron de intermediarios. Hasta el paganismo árabe se encuentra en algunos puntos de esta religión que se lisonjeaba de negarlo. Los ídolos habían sido implacablemente destruídos; pero los djinn, los div y los péri continuaban flotando entre los hombres y la divinidad. Se conservaba el santuario del antiguo culto y también todo aquel ceremonial simbólico de peregrinaciones, aunque desfigurado por una interpretación que le vinculaba en parte de las tradiciones bíblicas. Se ha observado, muy exactamente, que esta falta de originalidad fue una de las grandes fuerzas del islamismo y una de las causas de su rápida propaganda. Causando una perturbación profunda en la vida de los árabes, les dejaba la más general é inveterada de sus costumbres religiosas.

En las poblaciones cristianas de Asia y de África, cuya ortodoxia había sufrido más de un desfallecimiento, apareció como una de las innumerables sectas que nacían a

cada instante en la fermentación religiosa del mundo oriental. Los persas reconocieron de ella las partes esenciales de su doctrina, de su mitología y de su cosmogonía. Pero, sobre todo, la religión de Mahoma había de seducir a las masas ignorantes, por la extraordinaria claridad de su dogma, por la sencillez de su culto y por el carácter práctico de su moral, que tenía muy en cuenta las pasiones y debilidades de la humanidad.

IV.—Los califas: formación del imperio árabe.

LA SUCESIÓN DE MAHOMA.

La muerte de Mahoma produjo una crisis que amenazó con echarlo todo por tierra. Estaba aún insepulto, cuando ya los de Medina deliberaban acerca de la elección de su sucesor, que pretendían escoger entre los suyos, costando no poco trabajo que aceptaran un koraichita. Fué proclamado Abu-Bekr, y al día siguiente recibió en la Mezquita el juramento de los mohadjir y de los ansar. Tomó el nombre de califa (Khalifa raçoul Allah: lugarteniente del enviado de Dios). Era el más antiguo y más devoto de los amigos del profeta, su único compañero en la hégira y su prudente consejero en los días de prueba.

No sobraba la experiencia de tal hombre, en medio de la tempestad que se desencadenaba en todas partes. La inmensa mayoría de los árabes, que consideraban el Islam y sus leyes como una insostenible coacción, habían acogido con una señal de emancipación la muerte de Mahoma. «Si hubiera sido realmente un profeta—decían—no habría muerto.» Diariamente regresaban a Medina los recaudadores musulmanes encargados de percibir el zekkat, a los cuales se había amenazado, viéndose obligados á huir.

Los imitadores o parodiadores de Mahoma, Moseilema y Toulaia, arrastraban en tropel a sus partidarios; Sedjah, una profetisa llegada de Mesopotamia, se disponía a hacer por las armas una propaganda mezclada con el pillaje. Todo el Nedjd, el Mahra, el Hadramaut y el Oman estaban en plena revolución; Yemen vacilaba; en el Hedjaz, los beduinos, como asombrados de su larga obediencia, se creían en el deber de atacar a Medina. Los mohadjir y los ansar estaban consternados.

En medio de esta crisis, Abu-Bekr mostró una sangre fría, una decisión y una firmeza notables.

Se le quiso obligar a que retuviese para la defensa de Medina el ejército que Mahoma había destinado a la expedición de Siria, pero Abu-Bekr se negó a revocar las órdenes del profeta. La arrogancia de los koraichitas se sublevaba ante la idea

de servir a las órdenes de Ucama, un muchacho muy joven y, además, hijo de un liberto. Ornar pidió en su nombre otro jefe. «¿Qué dices tú, hijo de Khettab?— exclamó el califa, cogiéndole por la barba—. ¿Quieres que destituya a un general nombrado por el profeta?» El ejército partió con Ucama al frente. Las tribus de Nedjd ofrecieron su sumisión con tal que se las dispensase del zekkat, pero Abu-Bekr no quiso hacer ninguna concesión. La ley del Islam era la ley, y había que aceptarla toda o nada. Estaba decidido a luchar con quien le diese una crin de camello menos que a Mahoma. A todo el que estaba hábil en Medina le puso en pie de guerra. Logró derrotar a los beduinos, que estrechaban demasiado el cerco, y con esto hubo una tregua que le permitió llamar a las tropas de Ucama. Volvieron cargadas de botín después de una campaña de cuarenta días en la frontera de Siria. Cuando las tuvo a mano, tomó la ofensiva, apoyándose en las tribus fieles. Once pequeños cuerpos de tropa, formando un total de 8.000 hombres, a quienes debían agregarse los indecisos, fueron lanzados contra los rebeldes, en todas direcciones. Khalid, cuyo talento militar le había valido ya de parte de Mahoma el sobrenombre de espada de Dios, dio los golpes decisivos. Desafió primero a Toulaía. Moseilema, el profeta del Yemama, opuso una resistencia vigorosa. Por un momento sus tropas llevaron ventaja y penetraron en el campo de Khalid; pero después fueron diezmadas en un jardín en que se habían atrincherado y que se llamó desde entonces Hadikat-el-Mout, el Campo de la Muerte. La represión fué terrible. Abu-Bekr había dado a su lugarteniente la orden de exterminarlos sin piedad, a sangre y fuego. Todos los que quedaron se sometieron. Cuando acabó el año undécimo de la hégira, Arabia entera proclamó el islamismo, reconociendo la autoridad del califa.

ESTADO DE LOS IMPERIOS PERSA Y BIZANTINO.

Apenas ocupada Arabia, Abu-Bekr atacó simultáneamente a sus dos vecinos, los del Este y los del Oeste, el imperio persa y el imperio bizantino. Parecía abrumadora la desproporción de fuerzas entre la pequeña teocracia árabe y los dos poderosos Estados que conmovían al mundo oriental. Pero ¿no había dicho el profeta: «Después de mí, vosotros conquistaréis Persia y Siria»? Mahoma, al hablar de este modo, se había apoyado en razones que no eran desconocidas para Abu-Bekr. En la audacia de esta empresa, el cálculo político era factor tan importante como el entusiasmo religioso. El califa tenía noticias del estado interior de los dos Imperios, sobre todo de la situación de las provincias contiguas a Arabia. Había observado las operaciones del ejército musulmán y sabía lo que podía esperar de él.

Los bizantinos y los sasanidas se habían hecho mutuamente mucho daño. Los persas consiguieron victorias durante el reinado de Cosmes I, fueron derrotados después de él; y habiendo vuelto a recobrase bajo el reinado de Cosroes II, acampaban frente a Constantinopla.

Pero Heraclio acababa de penetrar en su país, incendiando su capital y derribando los altares de los magos. Persia estaba perturbada por las diferencias religiosas y las revoluciones palaciegas. El maniqueísmo⁶ había dejado entre ellos huellas muy profundas. Durante el reinado de Kobad había aparecido Mazdak, que predicaba la indiferencia del bien y del mal, la igualdad social y la comunidad de mujeres y bienes. Cosroes I había iniciado una reacción que costó la vida a Mazdak y a cien mil partidarios suyos. A partir de este rey, ningún soberano murió de muerte natural; sus hijos los mataban para ocupar el trono. La confusión llegó a ser espantosa después de las victorias de Heraclio.

El trono, que había quedado vacante por el homicidio de Cosroes II, fue ocupado, en cuatro años, por nueve reyes. No habiendo gobierno ni ejército, los sátrapas, los merzahbans, los isphbeds y los señores, dighans, se erigieron en potestades independientes. El Imperio se desmoronaba.

El advenimiento de Heraclio había llevado al imperio bizantino una aparente normalidad, pero su agotamiento era absoluto. El exagerado desarrollo de la vida monacal y el exceso de bienes de la Iglesia restaban tierras al impuesto y sustraían hombres a la actividad social y al servicio militar. La Iglesia, en un momento de supremo peligro, suministró recursos para rechazar a los ávaros y los persas; pero, pasado el conflicto, quiso recuperar sus ventajas. Se inventaron nuevos impuestos, y las exigencias de la fiscalización imperial fueron mayores cada vez. El ejército, que había perdido 200.000 hombres en la guerra de Persia, no había sido renovado. Los comandantes de las plazas fronterizas y los jefes auxiliares ya no tenían sueldo. El patriarca Sergio, que había sido el inspirador de las enérgicas medidas, reavivó, sin embargo, las disputas religiosas. Llegóse a crear una secta más, los monotelitas, que se unieron a los nestorianos, a los monofisitas y a los jacobitas. Todos estos disidentes odiaban al gobierno, que les perseguía en nombre de la ortodoxia, y su hostilidad era más peligrosa cada vez. En Egipto, casi todos los campesinos coptos eran jacobitas, y de este modo los odios religiosos, el malestar económico y las antipatías nacionales, coadyuvaban a separar del imperio la gran masa de la población.

⁶ Religión fundada por Manes o Maní, nacido en Harnub (Persia hacia el 240. Había sido esclavo siete años; después fue instruido por una rica viuda de Otesipho. Enseñó la doctrina de los dos dioses, el bien y el mal, y se hizo pasar por el Varáclito, el Consolador o el Espíritu Santo. Fue hecho prisionero en Persia, proscrito en el imperio griego, siendo heresiarca a su vez para los zoroastricos y los cristianos. Finalmente, fue cruelmente condenado al suplicio por orden del rey de Persia Varanés (en 274 ó 276). El maniqueismo fue origen de herejías en la religión musulmana como en la religión cristiana. Véase la historia de los albigenses.

EL EJÉRCITO ÁRABE.

Ni los persas ni los bizantinos estaban en disposición de resistir al ejército árabe. Iba a la guerra santa: sus combatientes sabían que al morir habían de marchar directamente al paraíso. Muchos no deseaban otra cosa que la muerte santa, como aquel Zaid que se negó a aceptar un mando “porque el deber de un general es cuidar de su persona y él quería combatir y morir como mártir de la fe». Para los escépticos koraichitas y para la masa de los convertidos por la violencia, había otras perspectivas de orden más positivo. Se les prometió el saqueo Irak y Siria, cuyas campiñas fértiles y cuyas ciudades opulentas excitaron desde luego la codicia de aquel pueblo ávido y pobre. Antes de emprender una batalla, Khalid hizo leer ante las tropas el capítulo El-Anfal, en el cual el profeta determina las reglas para repartir el botín.

En cada cuerpo de ejército había un secretario encargado de llevar las cuentas y de hacer las particiones. Salvo una quinta parte, destinada al Estado, todo el botín se distribuía entre las tropas. Los fanáticos y saqueadores sólo constituían hordas, pero había una organización regular, en forma de divisiones, subdivisiones, compañías y escuadrones de diez hombres. Los oficiales elegidos entre los antiguos musulmanes se distinguían por su experiencia militar, adquirida en tantas batallas, contando con el ascendiente moral de haber sido compañeros del profeta. Constituían cuadros de ejército de una absoluta solidez. Los generales procedían, en su mayor parte, de la nobleza koraichita, como Khalid, Amr, Moauya, Ikrima y Sad; algunos eran hijos de libertos y otros eran libertos, como Ucama y Ammar. Con raras excepciones mostráronse a la altura de su misión. Fueron frecuentemente crueles y rapaces, pero de una admirable bravura, llenos de audacia. Estos antiguos jefes de bandos poníanse inmediatamente en pie de guerra. Improvisaban una táctica y manejaban muy bien a su rápida caballería y a sus hábiles arqueros, que hacían blanco en los ojos de sus enemigos y en los ojos de los elefantes. En Mheavend se habían atrincherado los persas; un ataque directo hubiera sido peligroso, pero se les atrajo a campo raso simulando una retirada, y, de repente, formó en orden de batalla el ejército musulmán. En Damasco, los emires empleaban máquinas de guerra, que habían aprendido a manejar. Aprovechábanse también de los recursos políticos; sabían negociar en ocasión oportuna y explotaban cualquier causa de descontento a fin de provocar defecciones. La disciplina era severísima, pero los generales eran los primeros en dar ejemplo de obediencia. Estaban vigilados y se les tenía bajo mano. Sad, vencedor de los persas, se había hecho edificar en Koufa un magnífico palacio, al cual adosó la puerta del palacio real de Ctesiphon. Omar envió un mensajero que incendió la puerta y el palacio. El glorioso Khalid, jamás vencido, y gozando de una gran popularidad militar, fue privado de

su mando y se resignó a servir en una jerarquía inferior, diciendo que obedecería a un niño si así se lo ordenaban.

El califa, al combatir toda autoridad rival de la suya, no toleraba que los generales obrasen a su capricho. En todas las circunstancias graves se acudía a él. Organizaba las operaciones, combinaba los movimientos estratégicos, retenía las impacencias y regulaba la invasión de manera, que se avanzase sobre seguro. Abu-Bekr y Omar no prescindieron por un instante de aquella vigilancia firme que aseguraba la unidad del mando, ni de aquella prudencia que no quería fiar nada al azar.

LAS PRIMERAS CONQUISTAS.

Las primeras campañas fueron muy rudas. En 634, los emires de Siria, después de algunos triunfos parciales, se encontraron detenidos en las márgenes del Yermouk. Abu-Bekr llamó a Khalid, que de un solo empuje había conquistado el antiguo reino de Hira. Khalid atravesó en línea recta el imperio de Siria, se lanzó sobre Bosra, de la que se apoderó, se unió a los suyos en el Yermouk y ganó una gran batalla. Tomó a Damasco y luego a Tiberiades y a Palmira. Heraclio se despidió de Siria; pero aún intentó ponerse de acuerdo con los persas para una acción combinada contra el enemigo común.

Paralizados por el peso de un espantoso desorden, los persas lograron imponer una reconciliación a los dos jefes de partido, Firouzán y Roustem. Unidos en derredor de su rey, Yezdedger, volvieron a tomar la ofensiva, y por un momento expulsaron a los árabes de Irak. Pero Sad, un nuevo general, llegó con refuerzos, y el gran ejército persa, después de una lucha de tres días, fue aniquilado en Kadesiah. Roustem pereció, y el delantal de cuero y el estandarte nacional de los sasanidas quedó en manos de los vencedores (636). Los árabes franquearon el Tigris, se apoderaron de Ctesiphon y fundaron, para consolidar sus conquistas, las dos nuevas ciudades de Koufa y de Basora. Los persas ya no podían ponerse en contacto con los bizantinos. Estos, además de Emesy, perdieron las ciudades de la costa. Jerusalén capituló. Omar fue a posesionarse de la ciudad santa de los judíos y de los cristianos, que por un momento se convirtió en la ciudad santa del Islam. Los bizantinos intentaron volver a la ofensiva; pero las tropas que habían sacado de Mesopotamia sufrieron un contra ataque, y el hijo del emperador, el joven Constantino, que había llegado por mar, se vió obligado a volver por el mismo camino. Los árabes recobraron Antioquía, entraron en Mesopotamia, se apoderaron de Edesa, de Dara y de Nisiva, y después de la rendición de Cesárea, toda Siria y Mesopotamia les perteneció.

CONQUISTA DE EGIPTO.

Omar, califa desde 634, pensó entonces detenerse. Cuando más, permitió la conquista de Ahouaz, entre el Chat-el-Arab y El Karoun, no atreviéndose a autorizar la invasión de Egipto. Amr, ya en marcha con su ejército, recibió orden de no ir más adelante y de detenerse en la frontera. Pero Egipto estaba frente a él con sus 20.000 ciudades, sus pueblos, sus aldeas, su admirable llanura del Nilo y sus coptos jacobitas, dispuestos a la insurrección. La ocasión era tentadora. Amr no abrió las cartas del califa sino después de haber traspuesto la frontera. Pelusa se rindió. La ciudad de Misr fue atacada desde el puente del Delta. El pueblo se unió a los coptos, que la defendían. Amr recordó el antiguo parentesco que unía a los árabes con Egipto por medio de Agar, madre de Ismael e hija de un rey de Misr. Mokaoukas, el jefe de los jacobitas, mostróse dispuesto a una defección: «Los bizantinos — dijo — quieren combatir; pero yo, ni en este mundo ni en el otro, deseo nada con ellos. Reniego del tirano de Bizancio, de su concilio de Calcedonia y de sus esclavos los melkhitas (ortodoxos imperiales)...» Se acordó que los coptos conservasen el libre ejercicio de su culto, reconociendo la soberanía temporal de los califas y pagando un tributo moderado. Misr abrió sus puertas. Alejandría, más griega que egipcia, tenía un contingente de población melkhita que se resistió durante catorce meses. Poco después, a la primera aparición de una flota griega, volvió a sublevarse, pero esta insurrección, exclusivamente local, fue prontamente reprimida.

Egipto prefería sus nuevos dueños a los antiguos porque no eran tan tiranos. Los árabes seguían internándose, marchando sus avanzadas a través de Nubia y Cirenaica, sitiando y saqueando a Trípoli; pero Omar se negó a ir más allá. No quiso que sus tropas se aventurasen en el interior del Moghreb⁷, «el pérfido lejano».

CONQUISTA DE PERSIA.

Sin embargo, le obligaron a ir más lejos de lo que quería. Los persas, atrincherados en las montañas de la antigua Susiana, preparaban un ataque contra Irak. Omar tuvo que decidirse a acabar con ellos haciendo frente a la conquista del imperio sasanida.

El ejército musulmán se internó en los montes del Louristán y derrotó en Nehaveud al viejo general Firouzán, «el hombre de las cejas juntas» (643). Fué la última batalla importante. El desgraciado rey Yezdedgerd, que no había aparecido ni una sola vez a la cabeza de sus tropas, huyó de ciudad en ciudad, llevando consigo el fuego sagrado y arrastrando todo el tren del harén: mujeres, esclavos, palafreneros

⁷ El Moghreb, el país del poniente: Túnez, Argelia y Marruecos.

y cocineros. En todas partes se le abandonó: sátrapas y señores hicieron aisladamente la paz con los árabes. Yezdedgerd dirigió un llamamiento desesperado a los turcos, a los sogdians y a los chinos y después pereció, probablemente asesinado por los suyos, como en otra ocasión Darío. La invasión musulmana se esparcía en todas direcciones, penetrando en Armenia y avanzando hasta el Cáucaso y Derbent. Por el Korassan alcanzó a Oxus; por el Remaní, al Mekran, al Seistan y hasta el Sind. Se puso en contacto con los cazaros, con los turcos y con la India. El islamismo fue implantado en Herat, en Merv y en Kandahar y el rey del Sind fue batido por las tropas árabes.

LAS GUERRAS CIVILES.

Omar murió en 644. En los años siguientes, los árabes reprimieron varias sublevaciones en Persia, llegaron al Moghreb e hicieron excursiones marítimas por el Mediterráneo oriental. Sin embargo, su entusiasmo guerrero disminuyó visiblemente, acabando por extinguirse. El Islam parecía perder su fuerza de expansión. El sucesor de Abu-Bekr y de Omar no supo mantener la unión ni imponer la obediencia. El advenimiento de Othman inició una era de agitaciones, de discordias y de guerras civiles.

Ninguna ley establecía la transmisión de poderes. El califato no era hereditario ni, a decir verdad, electivo. Abu-Bekr, que había sido elegido por los mohadjir y los ansar, después de una deliberación tumultuosa, tuvo cuidado, momentos antes de morir, de nombrar sucesor. Omar, herido de muerte por un abisinio, aún pudo tomar sus últimas disposiciones nombrando una especie de conclave que debía elegir al califa. Alí y Othman formaron parte de él. Alí, primo y yerno del profeta, su discípulo devoto y su intrépido lugarteniente, era el genuino candidato de los musulmanes; pero la aristocracia koraichita, a quien Abu-Bekr y Omar siempre respetaron, prefería á Othman, viejecito afable, cuya debilidad estaba descontada. Una sutil intriga dirigida por Amr hizo triunfar a Othman, cuyo gobierno desencadenó bien pronto una oposición formidable. Los creyentes le acusaban de renovar las antiguas prácticas paganas. Censurábanle que reservase su confianza a los Moauya, a los Meruan, a los Walid y a los Abdallah-ben-Sad, enemigos del profeta o hijos de sus enemigos. Reprochábanle también que prodigase los empleos y el dinero del Tesoro entre sus parientes los ommyadas⁸. Las provincias se quejaban de su indulgencia con los crímenes de sus favoritos: “Ornar tenía el pie sobre la cerviz de todos sus agentes, mientras que tú les sueltas la brida», decía le despiadadamente Alí. Este y sus amigos, después de algunas tentativas para atraerse al califa, rompieron en absoluto con él, y se pusieron de acuerdo con los

⁸ Ommyadas, Ommyadas, Omeiadas, descendientes de Omeia.

descontentos de Egipto y de Irak. Bien pronto, multitudes armadas cayeron sobre Medina, con la intención de destronar o de matar al califa. El viejecito, vacilaba de un consejo en otro y hacía concesiones que retiraba en seguida. Sin embargo, como se negase a abdicar, se le sitió en su casa y se le asesinó. Los habitantes de Medina no se cuidaron de defenderle. Alí y los otros jefes de la nobleza religiosa se habían retirado al campo para no tomar parte en aquel asesinato. Un hijo de Abu-Bekr hallábase entre los asesinos.

Fué proclamado Alí. Era un magnífico soldado, pero un mediocre político. Comenzó por destituir a todos los agentes de su antecesor, creándose con esto muchos enemigos. Se le acusaba de haber sido cómplice en el asesinato de Othman; en realidad, nada había hecho por impedirlo, ni había intentado vengarle. Su prestigio había decaído y su rigidez disgustó a los que, de acuerdo con él, habían conspirado contra Othman. Fueron a la Meca a unirse con Aischa, la viuda del profeta, «la madre de los creyentes», que, después de haber reclamado la destitución de Othman, declaró que era un deber de todos los musulmanes castigar su muerte. Ambiciosa y vengativa, no perdonó a Alí el haber sospechado de su virtud. La Meca se insurreccionó. Las provincias no acogieron bien a los gobernantes de Alí y algunos, amenazados de muerte, tuvieron que retirarse.

Siria, en la que Moauya, biznieto de Othman, contaba con numerosas fuerzas, tomó las armas en su favor.

Aischa y sus aliados Talha y Zobeir, no confiando en poder mantenerse en la Meca, fueron a sublevar a Basora. Alí se dirigió contra ellos. La viuda del profeta tuvo buen cuidado de asistir a la lucha presentándose montada en su camello; pero todo había de ser en vano. Aquel combate, conocido con el nombre de la Jornada del camello, le fué hostil. Talha y Zobeir fueron muertos, y ella misma hubo de pedir perdón. Pero, no era tan fácil reducir Siria. Cada día, en la mezquita de Damasco, se enseñaba al pueblo la camisa ensangrentada de Othman; treinta mil hombres habían prometido no dormir en el lecho, ni beber agua fresca ni lavarse, hasta haber vengado al viejo califa. Moauya se hacía más fuerte cada vez. Se hallaba en situación de medirse con Alí cuando éste decidió atacarle. Los dos ejércitos se encontraron en Ciffin, a la orilla izquierda del Eufrates. Antes de trabar combate, se llevaron a cabo negociaciones, y después hubo algunas escaramuzas, interrumpidas por treguas y por nuevas embajadas que no se pusieron de acuerdo. Por fin se empeñó la acción general, que fue muy sangrienta. Los dos bandos se batían con igual furia. «Alí recorría las filas arengando a los soldados. Su sable, por efecto de los muchos golpes, estaba torcido, y la empuñadura se clavaba en su mano.» Hubo un momento en que se encontró cerca de su rival. «¿Por qué hacer morir á tantos hombres ? — le gritó—. Ven; combatiremos y así se verá por quien

decide Dios.» Moauya no respondía, y como Amr le instase a aceptar el desafío, le replicó si quería llevarle a la muerte. Nadie había salido vivo de un combate singular con el hijo de Abu-Taleb.

La impetuosidad de Alí y la de su lugarteniente Malik iban a decidir la victoria. Los sirios huían, y entonces Amr hizo que los soldados de Moauya clavarán en sus lanzas unas copias del Corán, logrando que las gentes de Irak les temieran como al libro divino. Las tropas de Alí se detuvieron, exigiendo que se escucharan las proposiciones del enemigo. Se convino en que dos árbitros se encargaran de allanar las diferencias, y siendo Amr uno de estos árbitros, no podía dudarse cuál fuese el resultado. Alí no se avino a nada y prosiguió la lucha, que ya no había de serle favorable. Habíase formado en su propio partido una secta disidente, que le echó en cara el no haber aceptado el arbitraje. Estos kharedjitas tomaron las armas y fue preciso empujarlas hacia Nehreouan. Además, las gentes del Irak mostrábase más remisas cada vez; cuando Alí pidió sesenta mil soldados, sólo le enviaron tres mil. Los generales omniadas entraron en Medina. El mismo hermano de Alí le hizo defección. Los hharedjitas, cuyo fanatismo se había excitado por la derrota, declaraban que no hacía falta ningún imán (jefe de la oración). Tres de ellos se pusieron de acuerdo para acabar a la vez con Moauya, Amr y Alí. Moauya se pudo librar por hallarse herido; Amr esquivó la amenaza, gracias a una ausencia oportuna, y Alí fue herido mortalmente (661). Su muerte dio el último golpe a una causa que ya estaba comprometida. Su primogénito Hasan, pactó con Moauya. Hosein, el segundo hijo de Alí, que más tarde intentó aprovecharse de la muerte de Moauya para sublevar Irak, fué asesinado en Kerbela, cerca de Koufa (680).

LOS OMMIADAS.

La derrota de los aliados no trajo consigo la pacificación. Abdallah-ben-Zobeir, hijo de aquel compañero del profeta, que había sido rival de Alí, se hizo proclamar califa en Arabia y fué dueño de Irak, de Egipto y hasta de una parte de Siria. Sucumbió en 692, después de largas luchas, durante las cuales las ciudades santas se vieron ferozmente saqueadas. En Medina se asesinó a casi toda la población. La caballería siria entró en la mezquita y ató sus caballos en aquel sagrado lugar, entre la silla del profeta y su tumba. La Meca sufrió dos asedios; la Kaaba fue abierta en brechas por las máquinas de guerra y consumida por un incendio. No sólo entraban en juego las competencias personales, sino también la antigua rivalidad de tribu y los odios tradicionales de jemenitas (yemenitas) y maditas, complicados ahora por la lucha de las sectas. Los omniadas mantuviéronse cerca de un siglo en medio de estas agitaciones, que sólo se apaciguaban para renacer otra vez. Hubo, sin embargo, treguas bastante prolongadas, para que el gobierno pudiera afirmarse y renovar la política de conquista de los primeros califas. Así ocurrió durante el reinado de

Moauya, después de la muerte de Alí, y bajo el mando de Abdelmelik y sus hijos, después de la derrota de Abdallah-ben-Zobeir. Este último período (692-740) es el menos inquieto y el más brillante de la historia de los omniadas.

NUEVAS CONQUISTAS.

Hacia Oriente, los árabes se afirmaron en el Khorassan y en las provincias limítrofes, dominadas en otro tiempo por los sasanidas. Se extendieron a lo largo del Oxus y después le franquearon, hallándose frente á una vigorosa resistencia de los turcos. Durante el reinado de Walid I (705-715), Hedjadj, el vencedor de Abdallah-ben-Zobeir, investido del gobierno de toda la antigua Persia, dirigió hacia esta parte a su lugarteniente Kotaiba, que sometió á Kharezm (Khiva), a la Sogdiana. (Bokhara, Samarcanda), al Ferghana (Khokand) y avanzó hasta Kachgar, donde se puso en contacto con los chinos. Otros ejércitos acabaron la conquista de Cabul y batieron al rey del Sind, Daher, apoderándose del valle del Indo. Penetraron en el Pendjab, y se dirigían hacia el Ganges, cuando fueron detenidos por la muerte de Hedjadj y de Walid. Al Norte, hacia Armenia y el Cáucaso, los árabes habían pactado con los cazaros, que después tomaron la ofensiva, costando mucho rechazarles. A fin de tenerlos a raya, se instaló en Derbent una colonia militar. El verdadero adversario era aún el imperio bizantino, más poderoso que la monarquía persa. El campo de batalla entre ambos estaba en Asia Menor. Los musulmanes la habían asaltado por Armenia y Asiría, sin lograr fijar el pie en ella. Moauya, antes de su advenimiento al califato, había dispuesto de una armada que, saliendo de los puertos de Siria, pudo apoderarse de varias islas. En 672, atacó a Constantinopla. Constantino Pogonato defendió la ciudad, y el ejército y la marina árabe, después de siete años de grandes luchas, sufrieron un desastre completo.

Esta misma empresa, renovada en 717-719, bajo Soleimán y Omar II, tuvo igual resultado. Los árabes, para tomar a Constantinopla, necesitaban ser dueños del Asia Menor, pues faltos de esta base de operaciones, sólo podían contar con su marina, que no era bastante poderosa.

ESTADO DE AFRICA.

Las grandes conquistas de aquella época fueron África y España. África, arrancada al imperio romano por los vándalos, fue recuperada por Justiniano; pero la invasión bárbara y las guerras religiosas habían causado en ella grandes destrozos no reparados por los bizantinos. El arbitrario régimen fiscal, la miseria y las persecuciones contra los arrianos, los donatistas y los judíos, determinaron una gran emigración. Procopio calcula que durante el reinado de Justiniano perdió África cinco millones de habitantes. La población romana y la asimilada disminuían

notablemente, mientras que el contingente berberisco⁹ aumentaba. Desde la derrota de los vándalos hasta las primeras incursiones árabes (533-644) la dominación griega se vió quebrantada por la insurrección de los indígenas, o por la sublevación de las tropas y de los gobernadores. En la Mauritania Cesárea, los bizantinos no dominaron más que el litoral; en la Tingitania se acantonaron en algunos puertos, y hasta en las provincias orientales sólo ocuparon realmente las ciudades y sus barriadas. Los berberiscos habían vuelto a gozar de su independencia. Las tribus de los louata en el Este, las de los senhadja en el Oeste, y las de los zenata en el Sur, formaron pequeños reinos o confederaciones, unas veces tributarias y otras enemigas del Imperio. Nada quedaba ya de la civilización romana. La mayoría había olvidado el cristianismo; existían algunas tribus judías, pero dominaban sobre todo los cultos naturalistas y fetiquistas, que habían persistido a través de los siglos con una amalgama de creencias y de prácticas fenicias, romanas, cristianas y judías. Africa no constituía un Estado, ni un grupo de provincias homogéneas. Los árabes, más que contra los griegos, tuvieron que luchar con los berberiscos, cuya resistencia habría sido insuperable si se hubieran reunido en nación, asociados en una acción común; pero su desmembración política facilitó su derrota, al mismo tiempo que su anarquía religiosa los preparaba para la conversión al islamismo.

CONQUISTA DE AFRICA.

Durante el califato de Othman, los árabes habían vencido a Gregorio, patricio de Sufétula, sublevado contra Constantinopla y abandonado a sus propias fuerzas por el exarca de Cartago. Impusieron al país una fuerte contribución, y se retiraron en seguida. Volvieron a presentarse bajo el califato de Moauya, y esta vez, su jefe Okba, después de fundar la plaza de Kernan, se internó en el Sahara y sometió a Gadames y los oasis de Fezzan (669). Durante una segunda expedición, en 682, recorrió el Ziban y, lanzándose a la ventura, atravesó espada en mano todo el Moghreb, llegando hasta el Océano. Los bizantinos, derrotados en Susa, parecieron renunciar a la lucha, sosteniéndose únicamente en Cartago, Lámbese, Tiaret y Tánger. Okba creía completamente sometidos a los bereberes y no se cuidó para nada de este pueblo rencoroso y vengativo. En 684, exasperados por sus crueldades, le sorprendieron en Tehonda, cerca de Biskra, y le asesinaron con una pequeña escolta que le acompañaba. Kocella, que había dirigido aquella insurrección, entró en Keirowan y los árabes tuvieron que replegarse hacia la Cirenáica.

⁹ Entendemos por berberiscos las razas que ocupaban el país antes de la conquista romana, númidas, mauros y gétulos. Ellas han absorbido cuanto podía subsistir de los invasores y de los colonos púnicos, romanos vándalos y bizantinos.

Algunos años más tarde se vengaron de Koceila, pero no pudieron conservar a Keirowan. En 696, Hasan-ben-Noman, enviado por Abdelmelik, atacó a los griegos y se apoderó fácilmente de Cartago, aunque no consiguió el mismo éxito sobre los bereberes. Mandábalos ahora una judía, llamada Damiah, la Kahina, reina de los djeraona, que desafió a Hasan y lo arrojó al desierto de Barka. Hasan no pudo volver a tomar la ofensiva hasta cinco años más tarde. La Kahina sucumbió esta vez, y sus hijos, a los cuales ella misma había preparado la sumisión, se pasaron a los vencedores. Con su concurso y el de los contingentes bereberes, Hasan y Muza, su sucesor, pudieron acabar la conquista. Las plazas bizantinas se rindieron. Tánger abrió sus puertas. Únicamente resistió en Ceuta el conde Julián. Con esta sola excepción, toda el Africa del Noroeste fue de los árabes. Sus guarniciones ocupaban los puntos estratégicos y sus misiones recorrían las tribus para convertirlas al islamismo. Era el medio de aproximar los conquistadores a las masas indígenas, fundando algo que fuese más duradero que una simple ocupación militar como había sido la de los vándalos y bizantinos.

ESTADO DE ESPAÑA.

Desde Tánger, los árabes divisaron a España, el país «que valía tanto como Siria por la dulzura del clima y la pureza del cielo, tanto como Yemen por la riqueza de la tierra, tanto como la India por las flores y los perfumes y tanto como Aden por sus puertos y sus hermosas costas». El reino bárbaro que se había fundado en ella después de las grandes invasiones, hallábase en la decadencia. Los visigodos habían fusionado el clero católico con la antigua aristocracia hispano-romana y todos juntos formaban una clase dominadora que detentaba la propiedad territorial, acaparaba el poder y gravitaba pesadamente sobre el resto del país. Los vecinos de las ciudades hallábanse arruinados desde largo tiempo, no significando nada para el Estado. Los habitantes del campo veíanse sometidos a la servidumbre. Los judíos mostrábanse dispuestos a la rebelión por las innumerables vejaciones sufridas, por la prohibición de su culto y por el robo de sus bienes y de su libertad. La aristocracia reprimía a duras penas las iras que suscitaban su dureza y su intolerancia. La energía guerrera de los compañeros de Alarico se había debilitado en una larga paz; la corrupción de las costumbres alcanzaba al clero; el espíritu político no estaba a más altura que el espíritu militar, y los reyes no tenían poder efectivo, pues los concilios de obispos y magnates podían nombrarlos y destituirlos. Sólo había intrigas, conspiraciones y atentados. Los odios llegaban hasta la violencia de provocar guerras civiles, y las pasiones eran lo bastante ciegas para llamar al extranjero.

CONQUISTA DE ESPAÑA.

El conde Julián, aunque gobernaba en Ceuta en nombre del emperador de Oriente, mantenía con España relaciones tan constantes como con Constantinopla. Mezclado en las querellas de los godos, era enemigo declarado de Rodrigo, que había suplantado y condenado a muerte al rey Witiza¹⁰. Ceuta era el asilo de los parientes de Witiza, el refugio de los descontentos y el foco de las conspiraciones contra el rey Rodrigo. Julián y sus aliados sugirieron a los jefes árabes la invasión de la Península, proporcionándoles los medios de realizarla. Muza pidió instrucciones al califa, que le previno que obrase con prudencia. Envió por delante un destacamento de 500 hombres, que saqueó los alrededores de Algeciras (710). Al año siguiente, una poderosa vanguardia de 7.000 hombres pasó el Estrecho en cuatro barcos proporcionados por Julián, y no tardó en reunírseles un refuerzo de 5.000 hombres. Su jefe Tarik¹¹ y la mayoría de los soldados eran bereberes, pues apenas se contaban 300 árabes. Después de algunos combates parciales, los musulmanes se encontraron frente a Rodrigo, que llegaba con todas las fuerzas que había podido reunir. La batalla, que comunmente se llama del Guadalete, se dió en realidad el 19 de Julio de 711, en las orillas de Wadi-Becca (el Salado), riachuelo que desemboca cerca del cabo de Trafalgar. Los siervos que componían parte del ejército de los godos, no tenían más que hoces, hondas y palos, y carecían totalmente de entusiasmo. Todo el partido hostil a Rodrigo hacía votos por su derrota. Los hijos o los parientes de Witiza, que mandaban los flancos del ejército, se retiraron sin combatir; el centro, donde estaba el rey, fue destrozado, y Rodrigo pereció o desapareció en la derrota. Tarik comprendió todo el provecho que podía sacar de su victoria, y a pesar de las órdenes de Muza., marchó directamente hacia Toledo, mientras que otros destacamentos iban a ocupar Córdoba, Archidona y Elvira. Los judíos, hacían causa común con los musulmanes; los nobles visigodos huían o se pasaban al enemigo, y los siervos permanecían impassibles ante una revolución en la que nada tenían que perder. Muza se apresuró a pasar a España antes de que se acabase la conquista en ausencia suya. Empleó un año en terminar la sumisión de Andalucía y de las provincias limítrofes. Mérida, que era entonces una grande y populosa ciudad, le retuvo bastante tiempo frente a sus muros, y luego que la hubo rendido, avanzó hacia Toledo. Tarik acudió respetuosamente a su encuentro, pero Muza le colmó de reproches, que transparentaban su envidia; le golpeó con el látigo que llevaba en la mano y le arrebató el mando, aunque una orden de Walid le obligó a devolvérselo.

¹⁰ Según las leyendas, el conde Julián habla tenido que vengar en Rodrigo la deshonra de su hija.

¹¹ Llegó al pie del promontorio de Caspe, que se ha llamado después Djebel-Tarik (montaña de Tarik), de donde viene el nombre de Gibraltar.

Muza, Tarik y Abdelazis (hijo de Muza), prosiguieron juntos la conquista. Casi ya tocaba a su término, cuando Tarik fué destituido y Muza cayó en desgracia. Abdelazis, que se había casado con la viuda de Rodrigo, la bella Egilona, trataba bien a los cristianos y se iba formando, poco a poco, una posición casi independiente. Soleimán, sucesor de Walid, le mandó asesinar (715). Mientras tanto, iba avanzando la invasión musulmana. Una corriente continua traía a España emigrantes árabes o bereberes, que hallando ocupadas las provincias del Sur, seguían hacia el Norte y hacia el Noroeste. Anteriormente, Muza, después de la toma de Zaragoza, había llegado hasta los Pirineos. Sus sucesores los atravesaron, instalándose en Narbona, que vino a ser la plaza de armas de donde partían las columnas lanzadas a través de la Galia. El emir Samah fue asesinado en 621 delante de Tolosa. Después, Abderrahman renovó la guerra, derrotando a los aquitanos, asaltando a Burdeos y marchando hacia el Loira. Los francos le detuvieron en Poitiers (732). Mucho más que esta batalla contribuyeron a impedir la invasión árabe, las insurrecciones de los bereberes sublevados en Africa y las guerras civiles mantenidas en España por los emigrados bereberes, los árabes de origen medinense y los sirios, que enviados a Africa por el califa Hisham, habían pasado después a la Península. Estas luchas entre conquistadores permitieron la organización del reino cristiano fundado por Pelayo, favoreciendo además el ataque de los francos contra las avanzadas árabes de la Galia. Sin embargo, los musulanes invadieron la Provenza y se mantuvieron en la Septimania, no siendo expulsados de Narbona hasta el año 759.

EL IMPERIO ÁRABE DESPUÉS DE LAS CONQUISTAS.

El imperio árabe había llegado al límite de su rápida expansión. Desde Arabia y Siria, que formaban su posición central, se extendía, al Norte, sobre Mesopotamia y Armenia, llegando hasta el Cáucaso y desbordándose a lo largo del mar Caspio; al Este ocupaba todo el Irán, la India central y la mayor parte de la llanura turaniana¹²: Bokara, Samarcanda y Khiva; al Oeste rodeaba Asia Menor, poseía a Chipre, se extendía a lo largo del Norte de Africa hasta el Sahara y el Océano y ocupaba, excepto el ángulo montañoso del Noroeste, la Península ibérica, teniendo como anejas las Baleares y Septimania.

ORGANIZACIÓN POLÍTICA.

La organización del Estado musulmán había sido esbozada por el mismo Mahoma. Las conquistas vinieron a complicarla después, y durante los omniadas sufrió

¹² El Turquestán. Los iranianos (Persia, Afghanistan, etc.) dan el nombre de turanianos a las razas no iranianas del Norte.

perturbaciones que cambiaron profundamente su carácter. Los primeros califas eran ante todo religiosos, pareciendo ser su función principal la de presidir el culto, edificar con sus costumbres a los piadosos habitantes de Medina, recibir las quejas, escuchar los consejos y vivir modestamente, como en otro tiempo lo hiciera el profeta. El sátrapa persa Hormazdan, que estuvo prisionero en Medina en tiempos de Omar, vió un hombre que dormía en un rincón con el rostro vuelto hacia el muro. Llevaba una túnica remendada y tenía por almohada un látigo. Al preguntar quién era, le contestaron que el califa. Los omniadas gastaron otro tren en su palacio de Damasco. Sin haberse establecido determinadamente la ley de sucesión, estos califas hereditarios formaron dinastía. Algunos eran unos vicarios del profeta bien singulares. Yezid I gustaba del vino, de la caza y del baile, y esto para nadie era un secreto. Walid II, francamente impío, se ejercitaba en tirar al arco, sirviéndole de blanco el Corán. Omar II fue una especie de santo que constituyó una excepción en la familia. Moauya, Abdelmelik y Walid I se abstuvieron de enfriar los sentimientos religiosos de los musulmanes, sabiendo servirse de ellos; pero los intereses del Estado les tocaban más de cerca que los de la fe, gobernando más como políticos que como apóstoles. Los generales y los gobernadores fueron transformándose como los califas. En un principio eran jefes religiosos, encargados de la dirección espiritunl lo mismo que del mando militar. Luego fueron convirtiéndose en administradores y soldados profesionales, ocupándose menos en asuntos de religión que en asuntos guerreros, económicos y temporales. La extensión de su mando, la importancia de los intereses y de las fuerzas de que disponían, y la distancia enorme que los separaba de la capital, creábales una posición formidable, de la cual algunos abusaron. Era muy difícil tenerlos a raya, como hacía Omar I.

MUSULMANES E INFIELES.

Omar se había preocupado de establecer una separación completa entre creyentes e infieles. No pretendía hacer prosélitos fuera de Arabia. Los infieles podían conservar sus costumbres, sus leyes, su jurisdicción aparte y el libre ejercicio de su culto, a condición de no usar armas, de no llevar los vestidos reservados a los musulmanes, de ser deferentes con ellos y de no permitirse ningún propósito ofensivo para la religión del profeta. Conservaban sus tierras, pero a título de usufructuarios. La propiedad del país conquistado pertenecía al Estado, al cual, además del impuesto personal (djezieh), debían pagar el kharadj, recompensa por las tierras que se les dejaba. El producto de estos impuestos alimentaba el Tesoro, y un diván, ó un contador, reglamentaba su empleo. Servía para abonar pensiones a las viudas del profeta, a los miembros de su familia y de la aristocracia religiosa, y para pagar a los jefes militares y a las tropas, que en tiempo de guerra recibían,

cuando más, los cuatro quintos del botín. La población estaba dividida en dos clases, perfectamente distintas: los muslines¹³, árabes, casta religiosa y guerrera, que oraba y peleaba, y los infieles, que trabajaban y pagaban. Las conversiones impuestas por ciertos generales muslines vinieron a trastornarlo todo. Estas conversiones fueron muchas veces voluntarias y espontáneas, llegando a ser tan numerosas que un gobernador de Egipto expuso el temor de que se hiciesen musulmanes todos los cristianos y perdiera el Tesoro sus fuentes de ingreso. Al mismo tiempo los árabes se iban instalando en el país, acaparando una parte de las tierras, haciéndolas cultivar por su cuenta o dándolas en arriendo a los antiguos poseedores. La clase dominante de los muslines dejó de ser puramente árabe, pues se habían mezclado con ella extranjeros convertidos y hasta esclavos, «libertos de Dios». Los árabes no formaban ya una masa homogénea, un compacto ejército siempre movilizado. Según la comarca en que se establecieron, pasaron a ser sirios, persas, africanos o españoles, dejando que las religiones y las supersticiones indígenas actuaran sobre sus creencias. La conquista absorbía a los conquistadores.

CAÍDA DE LOS OMMIADAS. ADVENIMIENTO DE LOS ABASIDAS.

La legitimidad de los omniadas había sido impugnada por las sectas, a la vez religiosas y políticas, que se habían formado en las provincias orientales. Sostenían unos que el califato debía concederse por elección, y los otros, imbuidos por la tradición persa de la herencia, estimaban que Alí, el yerno de Mahoma, había sido descartado del poder por una usurpación, considerando a sus descendientes como a los únicos imanes. La familia de Alí no se había extinguido. Sus descendientes, divididos en varias ramas rivales, no tenían la entereza, la perseverancia ni la actividad que eran indispensables para el mando. En general, se contentaban con que los admirasen por sus virtudes, como hacía el hijo de Hosein, Zein el Abedin, o su primo, Abu-Hachin-Adballah. Se reunían con los omniadas y vivían en la corte de Damasco. Durante el califato de Hischam, Zaid intentó una sublevación, pero abandonado por las gentes de Kufa, como en otro tiempo le ocurriera a Hosein, pereció con las armas en la mano. La misma suerte tuvieron sus hijos, refugiados en el Korassan. Los cadáveres decapitados de estos descendientes del profeta fueron colgados en la horca. Otra familia ocupó entonces el puesto de los aliados y congregó a sus partidarios y a todos los descontentos, entre los que se contaban los descendientes de Abbas, tío del profeta. Apoyábanse en una cesión hecha en su favor por el aliado Abu-Hachim; pero, aunque su autenticidad era dudosa, los títulos

¹³ La misma palabra que moslemin. Pagaban únicamente el zakkat ó achour (diezmo).

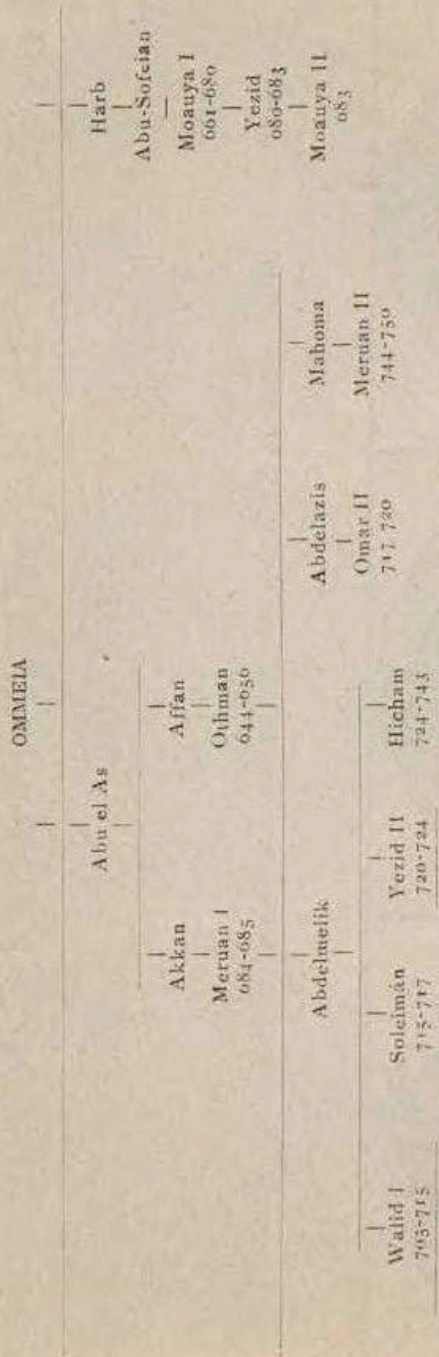
de Abu-Hachim, descendiente de Alí, pero no de Fátima, prevalecieron sobre los de la rama de Hosein.

A falta de derechos bien consolidados, los abasidas pusieron al servicio de su causa una tenacidad que ante nada había de retroceder. Supieron preparar hábilmente su terreno y aprovecharse de las circunstancias. Una propaganda perfectamente organizada se extendió por el imperio. Los emisarios explotaban todas aquellas cuestiones locales que originasen descontento, aprovechándolas para combatir a los omniadas y hacer propaganda en favor de los abasidas. El califa Hicham, que desconfiaba de estos emisarios, metió en la cárcel al abasida Mohamed-ben-Alí, por deudor al Tesoro; pero sus partidarios pagaron por él y fue puesto en libertad.

A la muerte de Hicham (743), la dinastía omniada estaba ya quebrantadísima. Un formidable alzamiento, provocado por las excitaciones de las sectas disidentes, y por las exacciones de los gobernantes, surgió entre los árabes del Africa y se extendió hasta España. Keruan pudo salvarse por la sangrienta victoria de El-Asnam; pero el Moghreb occidental se hallaba en plena revolución, alcanzando también a España. En Oriente, Abu-Moslim, el agente más activo de los abasidas, pereció en Korassan entre el tumulto de la insurrección. La ruina de los omniadas fue precipitada por sus discordias. Tres califas se sucedieron en el espacio de un año. Walid II, Yezid III e Ibrahim. Meruan II, nieto de Abdelmelik, combatió enérgicamente las insurrecciones que estallaban hasta en la misma Siria. Fue entonces cuando Abu-Moslim, apoderándose de Merv, capital del Korassan, arrió la bandera verde de los omniadas e izó la de colores negros de los abasidas. El imán Ibrahim, hijo de Mahoma, cayó en manos de Meruan II y fue condenado a muerte. Los abasidas proclamaron a su hermano Abu-el-Abbas, que mereció el siniestro sobrenombre de Es-Saffah (el Sanguinario). La insurrección ganaba terreno, Meruan II la hizo frente, pero en las márgenes del Zab, atacado por todas partes, tuvo que huir a través de Mesopotamia y Siria. Los habitantes de Damasco le rechazaron. Sorprendido en un templo copto, en el que había buscado refugio, fue muerto (750). Los vencedores anunciaron que acababan de vengar a Hosein el mártir, a su nieto Zaid y a su último imán Ibrahim. Estos odios de secta fueron explotados por una política implacable que quiso exterminar hasta la última raíz de la antigua dinastía, y hasta con los muertos se encarnizó. Abriéronse las tumbas de los califas omniadas, para desenterrar sus huesos y quemarlos. Setenta príncipes, viejos o niños en su mayoría, que se habían entregado ante la promesa de una amnistía, fueron muertos a hachazos. Se extendió un tapiz en la sala en que se había cometido esta carnicería, y se sirvió un festín sobre los cuerpos destrozados. Sin embargo, la familia omniada no estaba completamente extinguida. Abderrahman, nieto del califa Hicham, había podido escapar a Africa, de donde pasó a España, en la que muy pronto había de resucitar brillantemente los triunfos de su dinastía.

Ya hablaremos de la suerte de los diversos Estados musulmanes que se constituyeron sobre las ruinas del primer imperio árabe. Como el imperio carlovingio, el imperio fundado por Mahoma y los primeros califas, después de haber conquistado vastas regiones en el antiguo mundo, acabó por sembrar en él sus ruinas y sus despojos, disolviéndose bajo la acción de las mismas causas: guerras civiles por el poder, tendencia de los jefes subalternos a emanciparse y reacción de las nacionalidades y de las razas.

Los omniadas.—CUADRO GENEALÓGICO



Orden de sucesión de los califas omniadas

Moauya.....	Walid I.....	Walid II.....	743-744
Yezid I.....	Solehman.....	Yezid III.....	744
Moauya II.....	Omar II.....	Ibrahim.....	744
Meruan I.....	Yezid II.....	Meruan II.....	744-750
Abdhmelik.....	Hicham.....		

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS.— Le Coram, traducción de Kazimirski, París, 1840.—Le Coram analysé par Jules La Beaume, París, en 4.º, 1878.—Salle, Introduction á la lecture du Coram, traducción por Solvet y Alger.—G. Weill, Hist. Kritische Einleitung in den Koran, 1844.—Nöldeke, Gesch. des Qorans, Goett, 1860.—Tabari, Chronique, traducción de Zotenberg, París, 1867-1874, cuatro volúmenes en 8. Ibn Khaldoun, Histoire des Berbères, traducción de Slane, 1852-1856, cuatro volúmenes. — Aboulféda, Vie de Mahomet, traducción de Desvergers, 1837.

LIBROS.— Ed. Glaser, Skizze d. Geschichte und Geographie Arabiens von der ältesten Zeiten zum Propheten Mohammad, Berlín, 1890.—Palgrave, Voyage dans l'Arabie centrale (en inglés), traducción francesa, París, 1886, dos volúmenes en 8.º—Lady Anna Blunt, Voyage en Arabie, Pélerinage au Nedjed, traducción francesa, 1883, París, en 8.º— d'Avril, l'Arabie contemporaine, París, 1868.— Noel Desvergers, l'Arabie (Univers pittoresque), París, 1847, en 8.º— Fulgencio Fresnel, Lettres sur l'histoire des Arabes, París, 1836 y siguientes, en 8.º—A. S. de Sacy, les Arabes avant Mahomet, en las Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, tomo XLVIII, París, en 4.º— Caussin de Perceval, Essai sur l'histoire des Arabes, París, 1847, tres volúmenes.—Sedillot, Hist. des Arabes, un volumen en 12.º 1854; segunda edición, dos volúmenes en 8.º, 1862.— Gilman, Sarracens from the earliest times to the fall of Bagdad, Londres, 1888.—Ph. Berger, L'Arabie avant Mahomet, según las inscripciones (encuadernado), París, 1885.— Dozy, Essai sur l'histoire de l'islamisme, traducción del holandés, Leyde y París, 1879, en 8.º—Sprenger, Das Leben und die Lehre des Mohammed, Berlín, 1868, en 8.º; Discussion sur quelques points de la vie de Mahomet (Revue Germanique), traducido por Renán.—Muir, The life of Mahomet.—Bartlelemy Saint-Hilaire, Mahomet et le Coran, París, 1865, en 8.—Vie de Mahomet, por Delaporte, 1874.— Idem, por Lamaisse y Dujarric, 1897.—G. Weill, Mohammed der Prophet, 1843. — Gesch. d. Chalifen, Manheim, 184-6-1851, tres volúmenes. —Gesch. d. islamischen Voelker, Stuttg., 1866. — Renán, Etudes d'histoire religieuse, 1856, nueva edición (1863-1864). Müller, Der Islam im Morgen und Abendland (colección Oncken), Berlín, 1885-1886, en 8.º—Garcin de Tassy, Science des religions; l'islamisme, 1874.—P. Perron, Les femmes arabes avant et depuis l'islamisme, 1858. — Conde H. de Castries, l'Islam, 1896.—Doutté, l'Islam algérien, Alger, 1900. O. Houdas, l'islamisme, París, 1904. H. Fournel, les Berbères, essai sur la conquête de l'Afrique par les Arabes, dos volúmenes en 4.º. 1873 y 1881.—Wenrich, Rerum. ab Arabibus in Italia, etc., Leipzig, 1845.— Amari, Storia dei Musulmani da Sicilia, tres volúmenes, 1856.—Rosseeuw Saint-Hilaire, Histoire d'Espagne, nueva edición, 1846 -1875. — Hammer-Purgstall,

Littera turgeschichte der Araber, Viena. siete volúmenes, 1850-1856. C. Brockelmann, *Gesch. d. Arabischem Litteratur*, Weimar, un volumen, 1897-1898; un resumen de este trabajo del mismo autor, Leipzig, 1901.— Arbuthnot, *Arabic authors*, Londres, 1890.—Clement Huart, *Littérature arabe*, París, 1902.— *Les aventures de Antar* (cuadro de las costumbres de los árabes anteriores al Islam), primera parte, traducida por L. Marcel Devic, París (sin fecha).

EL ISLAMISMO¹.

Tradiciones y leyendas. — Mahoma y el Alcorán.

ARTICULO I

Duraba todavía en el Oriente la agitación producida por la ruina del imperio romano y del politeísmo, cuando Mahoma emprendió fundar en él un nuevo imperio y nuevo culto. Si en la estimación de los derechos que tienen los hombres a la fama debiesen tenerse en cuenta su origen, las dificultades de la ejecución y los más prodigiosos resultados, quizás ningún mortal se hallaría que pudiese compararse con Mahoma. Privado de las circunstancias favorables que las más veces preparan los acontecimientos, si ya no los motivan; aislado en una época en que todo era quietud en su país, en que ningún sistema de innovación agitaba los ánimos, Mahoma, o Mohammed, según los árabes, traza de repente y lleva a cabo un proyecto, cuya concepción por sí sola hubiera arredrado al más atrevido innovador, pues consistía en derribar las instituciones existentes, en reformar las costumbres nacionales, en destruirlo todo, arrastrarlo todo tras sí, y aparecer en fin a sus compatriotas como profeta, legislador y rey.

Aunque vivían los árabes en la más ridícula superstición, y en absoluta corrupción de costumbres, era un crimen capital atacar su culto, o censurar sus leyes y sus usos aun en la parte más insignificante; severas penas castigaban a los infractores, y ni los apóstoles cristianos se atrevían a buscar neófitos en la Meca. Cuando una superior inteligencia lleva a cabo una vasta empresa, nada más común que suponer facilísima la ejecución; porque raras veces calcula el vulgo todos los peligros y obstáculos, antes bien juzga de las cosas por su éxito. Nada más difícil que introducir entonces algún cambio, ya religioso, ya político, en la Arabia. Estaba reservado a Mahoma el vencer todos los obstáculos, derribar los ídolos, desarraigar las antiguas supersticiones, promulgar nuevas leyes, imponer nuevas costumbres, y por decirlo así, crear una nueva nación.

¹ Estos trabajos sobre Islamismo se publicaron en el *Album pintoresco universal, adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto. Colección de artículos relativos a toda clase de ciencias y artes: parte recopilados de las obras europeas más acreditadas, y parte originales escritos por los principales escritores españoles, como son: Don Pedro de Madrazo, Don Eugenio de Ochoa, Don Pedro Pidal, Don Patricio de la Escosura, Don Antonio María Segovia (El Estudiante)*. Tomo Primero, Barcelona, Imprenta de D. Francisco Oliva, Editor, 1842. Biblioteca Nacional de España, pp. 504-509.

Pero antes de referir la vida del Profeta, y de analizar el Alcorán, demos una ojeada a las fábulas que cuentan los Orientales sobre las personas que le precedieron, fábulas que en su mayor parte están tomadas del Talmud y de los libros rabínicos: dijérase que, exceptuando lo que sacaron de la Biblia, trataron los musulmanes de reunir las circunstancias más extrañas y distantes de la razón.

Reconocen, como nosotros, ángeles buenos y malos. Entre los primeros, distinguen particularmente los cuatro arcángeles Gabriel, Miguel, Azrael y Azrafael, que llaman los allegados, porque no se separan jamás del trono de Dios, dispuestos siempre a ejecutar sus órdenes de esta suerte; Gabriel cuida de los mensajes celestes; Miguel manda a los elementos, y en particular a la lluvia; Azrael recibe las almas de los hombres, por lo cual le nombran *ángel de la muerte*; y por último Azrafael guarda la trompeta del cielo con la cual tocará en el fin del mundo. Los musulmanes dan la preferencia a Gabriel, porque, dicen, este arcángel ha sido siempre amigo de su nación, y él fue quien anunció de parte del Eterno a Mahoma su divina misión; así su nombre vese repetido en todos los monumentos; ya se le da la denominación de *Pavón del jardín del Paraíso*, porque Gabriel brilla entre los seres celestiales como el pavo real entre las aves; ya se le nombra *fiel secretario*, *Espíritu Santo*, porque es el confidente de la voluntad de Dios, y como tal pudo comunicar a Mahoma todos los preceptos que hoy rigen en el islamismo; y el mismo Profeta dice en su Alcorán: “ ¡Quién sea enemigo de Gabriel, confundido sea!” Al arcángel Miguel lo consideran los musulmanes con cierta desconfianza, pues, según ellos, amaba a los judíos, y si Dios hubiese hecho caso de sus consejos, jamás floreciera el islamismo en la tierra. Entre los ángeles malos es el más famoso Iblis, que por haberse puesto al frente de los ángeles rebeldes, fue con ellos lanzado del cielo a pedradas con guijarros ardientes; y en memoria de esto, llamanle los árabes *el apedreado*.

Después de los ángeles, admiten los mahometanos una raza intermedia, la de los genios, que, según el Alcorán, se asemejan a los ángeles en que como ellos fueron creados de la substancia del fuego, y se parecen al hombre en que como él comen y beben, y se dividen en macho y hembra. Como en concepto de los árabes existía antes de Adán la tierra u otra cosa por este estilo, suponen que por millares de años la habitaron los genios, y que solo después de conocer que era imposible mantenerlos en la senda de la virtud resolvió Dios crear el hombre. Entonces extinguióse casi enteramente aquella raza, y los pocos que escaparon del desastre, fueron confinados a ciertos rincones de la tierra. Volvieron a figurar cuando

Salomón les forzó a trabajar en los edificios que le inmortalizaron; y posteriormente, algunos abrazaron la religión de Mahoma.

En la creación de Adán y Eva no andan los musulmanes tan discordes de la Biblia; pero añaden que, tras su pecado, el ángel del Señor echó a Adán a la isla de Ceylan, allá donde todavía hay la montaña llamada *Pico de Adan*, y que Eva fue desterrada a la orilla del mar Rojo, allá donde después se edificó la Meca. Más de dos siglos estuvieron así separados los dos esposos; pero compadecido al fin de sus penas, reuniólos el Eterno en las cercanías de la Meca, donde aún se enseñan los restos que recuerdan su morada. Después de engendrar el linaje humano, el ángel de la muerte bajó a ellos de parte de Dios, y les presentó una copa con cuya bebida murieron. Esta copa, dicen los historiadores árabes, sirvió sucesivamente para todos los profetas; y de ahí sin duda, decimos nosotros, procede la expresión tan común entre los Orientales de *beber en la copa de la muerte*, o más breve, *catar tu muerte* en vez, de *morir*. Adán es tenido por profeta, y créese que llevaba en la frente un rayo luminoso con corta diferencia igual al que ponen los pintores a Moisés añaden que Dios le envió diez libros de revelación, a favor de los cuales debían sus descendientes seguir la senda de la rectitud; pero desgraciadamente ignórase su paradero.

Pasó el rayo profético de Adán a Seth, de Seth a Enoc, de Enoc a Noé, y de Noé a su hijo Sem; y después de este mencionan los musulmanes dos profetas de que no habla la Biblia, y son Houd y Salch, a Houd mandó el Señor que fuese a predicar la fe a ciertas tribus de árabes nómadas, pueblos notables por su prodigiosa estatura, pues los más pequeños de sus individuos tenían sesenta codos, y apenas había árboles bastante altos para sostener sus tiendas. Como había mucho que padecían horrible sequía, presentóseles Houd diciéndoles: "Hermanos míos! adorad al Dios verdadero, al Dios único, y él enviará la lluvia del cielo a vuestros secos campos.» Aquellos impíos no quisieron escucharle, y hasta le motejaron de loco y le amenazaron con la muerte. Pero irritado el Señor, movió contra ellos un viento espantoso que los exterminó, no perdonando más que a los pocos que creyeron a Houd; y este acontecimiento hallase mencionado en el Alcorán.

Encargósele a Sach que convirtiese ciertos pueblos del Arabia llamados Temonditas, que, según la opinión común, vivían en un fértil valle de la Arabia Petrea, hacia el mediodía del mar Muerto. Cercados por todos lados de altas montañas, cavaron los Temonditas en las rocas su vivienda, y desafiaban de este modo la venganza divina. Fuese Salch a ellos de parte de Dios, y les dijo: "Hermanos míos! ¡haced penitencia! ¡adorad al Dios verdadero!" Respondieron

los Temonditas que por nada de este mundo abandonarían el culto de sus padres; y en vano para convencerles del error en que vivían hizo Salch salir de una roca una camella pronta a parir, pues aquellos impíos no abandonaron sus creencias, y acusando a Salch de mágico, mataron a la camella y a su hijo. Entonces envió Dios contra ellos un ángel que les sorprendió por una mañana en sus cavernas y los mató. Los musulmanes conservan profundo recuerdo de la impiedad de los Temonditas y de la venganza divina; todavía enseñan los lugares que mancharon con su impura mansión, creen oír aun por las cercanías los agudos gritos de la camella, y cuando pasan por allí, procuran hacerlo lo más lejos posible de la fatal roca. El hijo de la camella ha venido a parar en símbolo de las mayores calamidades; de manera que, cuando les amenaza algún infortunio, dicen: “Es el grito del camellejo de Salch!» Esto aconteció en los tiempos que precedieron a Abraham, llamado por los musulmanes Ibrahím, con quien comienza en cierto modo una nueva era. Consideránelo el favorito de Dios y padre de los creyentes; algunas tribus se honran de descender de él, y no hay en Oriente nombre más venerado. Pero, si se exceptúa lo sacado de la Biblia, la vida de Abraham, tal como el Alcorán la cuenta, no es más que un tejido de patrañas, de las cuales mencionamos las más singulares.

Abraham era hijo de Azar, oficial de Nembrod, rey de Babilonia, quien, habiendo visto por la noche elevarse un astro en el horizonte, y eclipsar con su brillo las demás estrellas, espantóse y consultó a sus adivinos. Contestáronle todos que aquel prodigio anunciaba el nacimiento de un varón extraordinario, que dominaría los príncipes más poderosos. Amedrentado Nembrod, mando separar los hombres de las hembras; pero como ignoraba que la esposa de Azar estaba en cinta, retiróse ésta de la corte, y a poco dio a luz a Abraham. Todo fue inaudito en él: Dios mismo cuidó de su subsistencia, y uno de sus dedos manaba para el niño leche exquisita, y miel otro; de manera que, a los quince meses, ya era tan aventajado de cuerpo como *un* joven de quince años. Marchó entonces a Babilonia, resuelto a poner en ejecución las grandes acciones a que se sentía llamado; bien que no estaba del todo instruido en punto a la religión verdadera. Como en aquella época dábase el género humano a la idolatría y al culto de los astros, tanto que hasta Nembrod se hacía adorar por Dios, no sin grande admiración, contempló Abraham los majestuosos globos que giran en el espacio; sí hemos de creer al Alcorán, cuando vio brillar en el horizonte la estrella de Venus, quiso adorarla, pero reconoció su error al verla desaparecer; puso entonces su atención en la luna, y luego en el sol, más viendo que todos estos astros solo un breve momento asomaban en el teatro del mundo, marchó con firme paso por el camino de Dios. Solo una cosa le traía confuso, y era lo que de Nembrod y de su pujanza oyera; es verdad que a primera vista le fascinó tanta grandeza; pero como Nembrod era horriblemente feo, fácilmente conoció que no

podía Dios manifestarse bajo tan deformes facciones, y ya no vaciló en rendir culto a la verdad.

Predicó en la ciudad de Babilonia, donde pocos le creyeron; sobre todo Nembrod mantúvose rebelde a sus exhortaciones, y negándose Abraham a adorarle, mando le echasen en un horno ardiente. Afortunadamente, dice Mahoma en su Alcorán, vino Dios al socorro de su siervo; el fuego se puso frio, y no falta quien dice que se convirtió en un jardín de rosas. Los musulmanes creen que Nembrod ya en vida fue castigado por tan excesiva impiedad: para confundir su orgullo, permitió Dios que un mosquito se le metiese en el cerebro; en vano daba Nembrod de cabeza en las paredes, pues murió en medio de espantosos dolores; y todavía en Oriente designan con su nombre a los tiranos y a cuantos son azote de la especie humana.

De Babilonia fue Abraham a visitar Siria y Palestina. Los musulmanes citan algunas circunstancias de que no hablan nuestros libros santos. Así cuando Sara y Agar hubieron dado cada uno un hijo al patriarca, no pudiendo vivir juntos en buena paz y armonía, tomó Abraham a Agar y su hijo Ismael, y los condujo al lugar donde hoy está la Meca, entonces país desierto y enteramente árido. No encontrando allí ninguna fuente para apagar su sed, iba a continuar su viaje, cuando un ángel hizo con el pie brotar un manantial de agua viva; y es el pozo que ahora hay junto a la Caaba, llamado pozo de Zemzem. Construyó el patriarca la Caaba, y mientras él trabajaba en la fábrica, preparaba y traía Ismael los materiales, y aun se enseña la piedra en que suponen ponía los pies. Arregló las ceremonias de la peregrinación, y desde entonces fue la Caaba punto de reunión de todos los pueblos de la Arabia. He aquí cómo se expresa Mahoma acerca de aquel patriarca: “Abraham no era ni judío, ni cristiano, sino ortodoxo y musulmán.» De semejante artificio se valió el falso Profeta para hacer creer que no era ninguna cosa nueva su religión, y, que si en algo difería de la que se profesaba en lo antiguo, era porque la corrompieron algunos impíos.

Isaac e Ismael heredaron el rayo profético: más como Ismael pasa por padre de la tribu a que pertenecía Mahoma, los musulmanes le colocan en primer lugar, lo consideran el único hijo legítimo de Abraham y de él cuentan lo que de Isaac la Biblia. Pocos detalles hay sobre Jacob; pero José o Joussof, como pronuncian los musulmanes, hace gran papel en Oriente. Mahoma le consagró un capítulo entero, y tan extraño es lo que allí dice, que hasta algunos de sus mismos discípulos han tratado de impostura buena parte de su relación. Sabido es que José fue vendido a un egipcio llamado Putifar, que creen los Orientales era primer ministro de Faraón, afirmando al mismo tiempo que era José tan hermoso, que ninguna mujer podía

verle sin amarle. Así apenas le vio la esposa de Putifar, enamoróse de él perdidamente; y ya iba José a ceder, cuando la sombra de su padre le recordó sus deberes. Cundió la fama de este lance por la capital de Egipto, dice el Alcorán; y no hubo dama que no alzase el grito contra la debilidad de la mujer de Putifar, y no se mostrase indignada de que diese su corazón a un esclavo. Quiso ella vengarse, y para ello convidó algunas a comer granadas: mientras que estaban a la mesa, presentóse repentinamente José, y tanto sorprendió a las damas su belleza, que desatinadas y sin cuidar lo que hacían, cortáronse los dedos en vez de las granadas. Muerto José, transcurrieron muchos años sin que apareciese ningún sujeto celebre; y Moisés, o Moussa según la ortografía oriental, fue el elegido de Dios para que recordase los famosos nombres de Noé y de Abraham. En el Alcorán Mahoma le cita frecuentemente, y fácil es dar con la razón de ello; como se halló en una posición a poca diferencia igual a la de aquel patriarca, como lo mismo que él tuvo que abandonar su país, y esta emigración ensanchó su poderío, no es extraño que tanto gustase de mencionar el legislador de los Hebreos y de autorizarse con su ejemplo. En concepto de los Orientales, Moisés poseía la alquimia y todos los secretos de la naturaleza; y muchos de los prodigios que hizo fueron obra de su propia mano, que representan blanca como la nieve, y luciente como las estrellas. Así es que cuando quieren decir de uno que es elocuente, o hablar de un médico que hace curas milagrosas, dicen que tiene la mano blanca de Moisés.

No menos ilustre es entre los musulmanes que entre nosotros David, o Daoud como le nombran los pueblos de Oriente; y sus salmos le han colocado al lado de Moisés, Jesús y Mahoma, cuyos libros efectivamente son los únicos que los musulmanes reconocen como inspirados. Tan perfecta idea se forman los árabes de la melodía del rey profeta, que pretenden que su voz regocijaba las aves, ablandaba el hierro y allanaba los montes, y que cuando cantaba los elogios de Dios, la naturaleza toda se unía a sus acentos armoniosos. Para probar con cuanta compunción lloró David su falta, escriben los musulmanes que, durante los cuarenta días de su penitencia, yerbas y plantas crecían con la abundancia de sus lágrimas; y queriendo ensalzar la pureza de su vida y la delicadeza de sus sentimientos, afirman que David tenía escrúpulo de gozar de las riquezas de la corona. No solo en las grandes circunstancias salía con un sencillo vestido de lana blanca, que era el de los profetas, sino que, a ejemplo de estos, escogiera una profesión para proveer a sus necesidades; y así el rey David era armero y fabricante de cotas de mallas. Pero débese saber que, testigos cada día de los abusos del despotismo, muy poco dispuestos se sienten los Orientales a respetar las grandezas de este mundo, de manera que el famoso Aureng-Zeb, que hace más de un siglo reinaba en la Judea, vestíase y manteníase del producto de las copias que hacía del Alcorán.

A David sucedióle en el trono y *en* la luz profética su hijo Salomón, que los Orientales llaman Solimán; no hay prodigio que no se le haya atribuido, y su nombre ha venido a ser emblema de cuanto hay grande sobre la tierra Salomón, dicen los árabes, sometió a su autoridad no solo los hombres y los irracionales, sino también los genios y los elementos. Naturalmente piadoso, cumplía tan fielmente con la oración, que probando un día sus caballos, y siendo llegada la hora de orar, abandonólo todo por llenar deber tan sagrado; entretanto los caballos se escaparon, pero para indemnizarle, envióle Dios los vientos, los cuales puso a su disposición para ir adonde quisiese. Así, cuando tenía que emprender un viaje, recostábase en una alfombra, y un suave céfiro le transportaba a las más distantes regiones. De este modo atravesó Salomón los desiertos de la Arabia, burlóse de los más impetuosos torrentes, recorrió todas las islas del Océano indio, y obligó a todo el universo a que reconociese la ley del Eterno. Añaden los Orientales que cuando Salomón hacía justicia, asistían a sus juicios doce mil patriarcas y profetas sentados a su derecha en otros tantos tronos de oro, y a su izquierda estaban en tronos de plata doce mil sabios y doctores de la ley, al paso que las aves del cielo sombreaban su propio trono, que era de riqueza sin ejemplo. Poseía el idioma de los pájaros, de los insectos y de cuanto respira; así no se desdeñó Mahoma de referir por menor las pláticas de Salomón con una hormiga. Tenía una abubilla adiestrada a llevar sus órdenes a todas las partes del globo, y merced a tan prodigioso pájaro supo la existencia de la reina de Saba. Poseía un escudo que le guardaba de encantos y conjuros, y que fue fabricado bajo influencia del cielo, revestido con un carácter místico, compuesto de siete pieles diferentes, y rodeado de siete círculos; además tenía una espada flamígera, y una coraza impenetrable.

El más precioso tesoro de Salomón era la sortija que continuamente llevaba en el dedo, pues con ella leía en el presente y en el porvenir, y sometiera a sus órdenes la mayor parte de los genios, que tan dóciles se habían vuelto, que a un solo mandato del Profeta veía este llenados sus deseos. Por este medio, según los Orientales, edificó el hijo de David el templo de Jerusalén, el palacio de la reina de Saba, y los demás monumentos que han inmortalizado su nombre. Desgraciadamente, estando un día en el baño, apoderóse del anillo un genio pérfido que, no contento con tirarlo al mar, llevó su descaro y osadía hasta el extremo de fingirse Salomón: ficción que obligó al verdadero a andar cuarenta días errante por sus estados sufriendo los más groseros insultos. Por fin, trajóle un pez el milagroso anillo, con que siguió en la carrera de sus triunfos.

Atribuyen a Salomón los Orientales gran ciencia en la magia, opinión que procede de los tiempos más remotos. En el historiador Josefo se lee que en tiempo del rey Ezequías, esto es, tres siglos después de Salomón, ya circulaba su nombre en muchos libros de magia y sortilegio, que Ezequías mandó quemar; mas como quedaron muchas copias, la superstición siguió arraigándose de día en día. En el capítulo segundo del Alcorán asegura Mahoma que no fue Salomón quien escribió aquellos libros sino unos demonios letrados.

Al exhalar Salomón el último suspiro, los genios hicieron mil tentativas para apoderarse del anillo, bien que quedaron burlados sus ardides; los musulmanes creen seriamente que yace en una isla del mar del Sur, y que, a no ser por una larga serpiente alada que guarda su tumba, ya los picaros genios habrían pillado el talismán. He aquí las varias causas que en Oriente han hecho célebre el nombre de Salomón: se ha ponderado su sabiduría, sus raros conocimientos; se le ha llamado ministro de Dios; con su nombre se han designado los grandes monarcas, y de ahí esa multitud de Salomones que figuran en la historia, o más bien en la mitología oriental. Autores hay que han contado sesenta Salomones, y han hecho ascender su larga serie hasta antes de Adán, cuando los genios solos habitaban la tierra; y la mayor parte de estos escritores los han presentado como príncipes igualmente sabios y poderosos, atribuyendo también a todos el escudo místico, la espada flamígera, y la maravillosa sortija.

Otro de los personajes singulares en las tradiciones de Oriente es Kheder, a quien algunos confunden con el profeta Elías, usando de estos dos nombres ya para el uno, ya para el otro. Los Orientales hacen derivar el de Kheder de una palabra árabe que significa ser verde; y en efecto, suponen que todavía no ha muerto, porque bebió de una fuente cuya agua da vida eterna, y la cual debe caer, poco más o menos, al extremo del Oriente, en las regiones llamadas *Países tenebrosos*. Por otra parte, los que ya diferencian a Kheder de Elías, convienen sin embargo en atribuirles la misma duración y rango: ambos, dicen ellos, están ahora recorriendo la tierra y velando por la seguridad de los viajeros, y supónese que Kheder fue el guía de los Israelitas en su travesía; algunos orientales les han particularmente atribuido la vigilancia sobre las cartas y los correos; así es que frecuentemente hállanse sus nombres en los sobrescritos, esperando los que los escriben que de este modo llegarán con más seguridad a su destino.

Profesan los musulmanes gran devoción al profeta Zacarías y a su hijo Jahya, que es S. Juan Bautista; y en el mismo Alcorán así habla Dios al precursor del Mesías: «O Jahya! toma con seguridad el libro. Nos le concedimos la sabiduría desde sus

tiernos años; nos le hicimos partícipe de nuestra caridad y de nuestra misericordia, y él ha dado muestras de piedad. Ha venerado a su padre y a su madre, no ha conocido la maldad ni el orgullo: sea con él la salud para el día en que nació, para el día en que murió, para el día en que resucitará lleno de vida!» Conviene los Orientales con el Evangelio en la austera vida de S. Juan y la cruel muerte que le hizo dar una mujer, cuyos excesos quiso él reprimir; pero añaden que en memoria de crimen tan enorme, incesantemente chorrea la sangre del Santo. Esta muerte, dicen, fue la causa principal de la destrucción del templo de Jerusalén y de la dispersión de los judíos por toda la haz de la tierra. Aun en nuestros tiempos van los musulmanes en romería a Damasco, donde presumen están los restos del Santo, cuyo trágico fin ha venido a ser en Oriente símbolo de todas las calamidades que afligen la especie humana.

Pero mayor consideración merece a los musulmanes el nombre de Jesús, ó Issa.— En el Alcorán se lee que Jesús nació sin padre, y que fué hecho por la sola palabra de Dios; por esto los orientales le llaman el Verbo divino, ó sencillamente el Verbo, y le hacen igual a Adán, porque uno y otro fueron producto de una creación particular. Reconocen los musulmanes todos los milagros que refiere el Evangelio; admiten el poder que el Salvador tenía de resucitar los muertos, dar oído a los sordos, salud a los enfermos, y de hacer andar a los cojos; pero citan milagros de que no se hace mención en la Biblia, tales como que Jesús no estuvo en la cuna más que tres horas, que ya habló en pañales, y que con su soplo animaba pájaros de arcilla. Así se expresa el Alcorán: “A Jesús, hijo de María, hemos dado el poder de hacer milagros, y le hemos asistido y fortificado con el Espíritu Santo.» pero es de advertir que Mahoma sacó de los falsos Evangelios, que en su tiempo circulaban por la Arabia, muchos de los milagros que no se hallan en los libros sagrados. Creen los Orientales que el Divino Redentor hacía los en su mayor parte con su soplo; y en efecto, en el Evangelio leemos que restituyó el oído a un sordo soplándole en la oreja. Todos los escritores orientales hacen frecuentes alusiones al soplo del Mesías; en general profesan los musulmanes gran respeto a Jesús; y en el Alcorán, Mahoma pone estas palabras en boca del Eterno: «O Jesús! yo elevaré a los que te sigan; y abatiré a los que te desconozcan. Desgraciadamente niegan los árabes la divinidad de Jesucristo, y en el Alcorán se leen estas palabras: «Los que dicen que el Mesías es Dios, estos son infieles.” Segun ellos, Mahoma ocupa un rango más distinguido; y uno de sus autores hasta dijo que Abraham no fue más que un oficial del ejército del Profeta, y el Mesías el maestro de ceremonias de su corte. También niegan la pasión y muerte de nuestro Redentor; y he aquí lo que sobre el particular hay en el capítulo cuarto del Alcorán: Los Judíos creen haber dado muerte al Mesías, enviado de Dios; pero no es él a quien mataron, sino otro que se le parecía.

» La opinión de los Orientales es que Jesús volverá a la fin de los siglos, que entonces las dos religiones cristiana y musulmana no formarán mas que una, y que después de esta unión, finirá el mundo.

A consecuencia de este respeto por Nuestro Señor, profesan los musulmanes profunda admiración a la Virgen, que llaman Mariam; creen firmemente que la virgen María y el niño Jesús fueron exentos del pecado original; y Mahoma ha dicho: " No hay hombre que al nacer no lleve las señales de las garras de Satanás; por esto al salir al mundo todos gritamos y lloramos; solo María y su hijo se libraron de esta prueba. "En fin respetan los orientales a los doce apóstoles y a cuantos contribuyeron a la propagación del cristianismo, sin embargo, miran a S. Pablo con cierta repugnancia, y afirman que solo él tiene la culpa de que los cristianos hayan dado divinidad al Mesías en vez de mirarle como un nuevo profeta. Después de Jesús, los orientales no reconocen otro profeta que Mahoma.

Estos son según los musulmanes, los principales personajes que prepararon la senda a su Profeta. De ellos muchos han realmente existido; pero no considerándolos los orientales sino bajo el aspecto poético, se han embrollado en los más ridículos y absurdos detalles. En los artículos siguientes daremos una idea del Alcorán y de la vida de Mahoma.

ARTICULO II(*)².

Tradiciones y leyendas .— Mahoma y el Alcorán.

ERA Mahoma de la tribu de los Coraichitas, la más ilustre de la Arabia, y su raza provenía de Ismael, hijo de Abraham. Nació en la Meca, en la segunda mitad del siglo sexto, esto es, por los años 569 de Jesucristo; en aquel entonces pesaba sobre la Arabia el yugo extranjero, y los emperadores de Constantinopla, los reyes de la Persia y' de la Abisinia ocupaban militarmente la mayor parte de la península. Solo la Meca y los países del interior conservaran su independencia, y no se turbará allí la tranquilidad sino por la sola efervescencia propia de las costumbres de los pueblos nómadas. Además de este feliz estado, ya se reputaba la Meca primera

² (*) Véase el tomo I, página 504. Esta parte está sacada del *Álbum pintoresco universal, adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto. Colección de artículos relativos a toda clase de ciencias y artes: parte recopilados de las obras europeas más acreditadas, y parte originales escritos por los principales escritores españoles, como son: Don Pedro de Madrazo, Don Eugenio de Ochoa, Don Pedro Pidal, Don Patricio de la Escosura, Don Antonio María Segovia (El Estudiante)*. Tomo Segundo, Barcelona, Imprenta de D. Francisco Oliva, Editor, 1842. Biblioteca Nacional de España, pp. 65-72.

ciudad de la Arabia, pues mirábanla los árabes como un santuario, gracias a la memoria de Abraham e Ismael, y a la Caaba ó casa cuadrada que encerraba dentro de sus muros. Pero la dominación de tantos y diversos pueblos influyera poderosamente en los ánimos; de manera que la población de las provincias sujetas a los Romanos y a los Abisinios era casi enteramente cristiana o judía: en las provincias persas dominaba la religión de los Sabeos y la de los Magos, y las demás seguían el culto de los ídolos.

Los habitantes de la Meca eran los que más se dieron a todos los ritos del paganismo. En el interior de la Caaba veíanse las estatuas de Abraham e Ismael con siete flechas en la mano, a favor de las cuales pretendían los idólatras leer en el porvenir; afuera había trescientas sesenta estatuas, cada una de las cuales presidía a un día del año, representando unos ángeles, otros planetas, y todas tenían su culto particular, sus adoradores y sus ofrendas. Invocabánlas para pedir la lluvia ó que madurase la cosecha, y de algunas era fama que daban la riqueza y favorecían el nacimiento de los hombres, como el Plutón y la Lucina de los antiguos. Cada tribu, y aun cada familia podía escoger el dios que le conviniera, y a aquellos ídolos de madera, de piedra, de cristal y de bronce inmolábanse hasta víctimas humanas.

Nació Mahoma en el seno de la idolatría, como que este culto siguieran desde muy antiguo sus predecesores. Perdió ya en su niñez a sus padres Abdala y Amina, que le legaron la herencia de cinco camellos y una esclava etíope; bien que encargóse de su educación su abuelo, que era magistrado muy respetado en la Meca, y muerto este, acogióle en su casa su tío Abou Thaled. Apenas saludara los trece años, ya emprendió Mahoma con su tío el viaje a la Siria: acostumbraban entonces los Mequenses, aun los más distinguidos, darse al comercio; y así transportaban a Damasco los aromas y perfumes de la India y Arabia, recibiendo en cambio trigo, estofas y productos del Oriente. Con todo, la pobreza de Mahoma era un terrible obstáculo para su elevación; y difícilmente lo hubiera superado, a no quitarlo de enmedio Cadigia, rica viuda de la Meca, que confió al joven la dirección de su comercio, y se desposó con él a poco. En su crónica árabe Thabari ha celebrado la magnificencia de las bodas y el esplendor de los esposos: rayaba entonces Cadigia en los cuarenta, al paso que Mahoma no llegara a los veinte y cinco todavía.

Dueño de una fortuna inmensa, pudo este desde entonces ocuparse del proyecto de la revolución que en breve debía operarse. Ya le impresionara vivamente el espectáculo de lo que pasaba en la nación judía y entre los cristianos, porque ellos eran los únicos que odiaban la idolatría, reconocían un solo Dios, y a él y no a otro rendían adoración. Habiéndose hecho leer los libros del antiguo y nuevo testamento,

manifestó Mahoma mucha deferencia para con los judíos y cristianos; y no contento con admitir por base de su religión los libros santos, de ellos sacó también al principio muchas ceremonias. Nada dice la historia sobre esta primera parte de su carrera; con todo, sabido es que cada año retirábase a una caverna vecina a la Meca a meditar sobre las cosas del cielo. Se ha dicho que no sabía leer ni escribir, cosa poco probable; porque ¿quién sabe si se atribuía una ignorancia absoluta para persuadir que sus futuras predicaciones no podían ser fruto de su propio discurso, privado como estaba de toda instrucción, sino que sus palabras debían considerarse como inspiraciones del Altísimo?

En fin, dióse a luz su pretendida misión. Estando un día encerrado en la cueva, apareciósele el ángel Gabriel, según cuenta él mismo, y manifestándole las instrucciones que de los cielos le traía, saludóle con el título de apóstol del Eterno. Al punto regresó Mahoma a su casa, y participó el lance a Cadigia, que lo creyó resueltamente; ejemplo que siguieron Ali, hijo de Abou-Thaleb, y Abou-Bekr, sucesor de Mahoma. A poco la nueva religión contó entre sus discípulos a Osman y otros célebres personajes; y todos recibieron el nombre de *musulmanes*, derivado de una palabra árabe que significa "Ponerse en manos de Dios". Robustecía Mahoma la creencia de sus sectarios y sostenía su fe con las revelaciones que decía le venían del cielo de cuando en cuando. Así anduvo catequizando ocultamente por tres años, al cabo de los cuales resolvió darse a conocer; convidó a un festín a sus tíos y demás parientes, que hasta entonces profesaran el culto de los dioses; y representándoles cuan absurda y defectuosa era la idolatría, probóles que en vano esperaban les diesen la felicidad imágenes informes que no tenían vista ni oído: — "Hay entre vosotros quien quiera ser mi visir y mi lugarteniente, exclamó, como Aaron fue visir y lugarteniente de Moises? —" A estas palabras, el joven Ali, que entonces apenas rayaba en los doce años, contestó: "—Sí, apóstol de Dios, yo seré tu visir y tu lugarteniente!—"

Iba progresando la nueva religión; y entre los prosélitos figuraron Hamza, tío de Mahoma, y Omar, que después fue califa: al primero, espíritu fogoso e irritable, convirtiéronle las persecuciones que empezaban a suscitarse contra su sobrino; y el segundo debió su conversión a la lectura de un pasaje del Alcorán, que le entusiasmó sobre manera. A medida que iba ensanchándose el poderío del innovador, crecía tanto el encono de sus enemigos, que ya no se encontraban ambos partidos sin que viniesen a las manos. Resolvió por tanto Mahoma mantenerse oculto por algún tiempo, no conversando más que con sus amigos. Pero en la época de las ceremonias de la romería, cuando veíanse reunidas en la Meca todas las tribus de la Arabia, aprovechaba aquel inmenso concurso de pueblo para insinuar su

doctrina a los extranjeros, a quienes, llevando aparte, recitábales algunos capítulos del Alcorán, y les decía: «Yo soy el apóstol de Dios; el libro que anuncio es la prueba de la verdad de mi misión. El señor os manda que desechéis lo que de él es indigno, y que solo le sirváis; así mismo quiere que creáis en mí y me obedezcáis.» En esto, llegaron a la Meca algunos idólatras de Medina, en cuya ciudad habitaban a un tiempo idólatras y judíos de la tribu de Leví. Habiéndose declarado la guerra ambas naciones, fueron vencidos los judíos y reducidos a servidumbre; y como en el exceso de sus males exclamaban a veces; «—Si viniera el Mesías, correríamos a su encuentro y nos libraríamos de la tiranía— », los idólatras de Medina, al llegar a la Meca, oyendo hablar de un nuevo profeta, dijeronse: "— Quizás será el profeta de que hablan los judíos! Vamos a encontrarle, y pongámosle de nuestra parte.—" Presentáronse pues a Mahoma, que les predicó la unidad de Dios; convirtiéronse el punto, y tan fervoroso fue su naciente celo, que a su regreso a Medina propagaron el nuevo culto. Gracias a sus esfuerzos convirtiéronse muchísimos de sus compatriotas, y pronto no hubo casa en Medina que no contase algunos musulmanes.

Con tal triunfo cobró Mahoma desmesurada confianza. Hasta entonces reconocíase privado del poder de hacer milagros; en vano dijéronle *un* día sus enemigos: — Tú nos vienes citando siempre los ejemplos de Abraham, de Moisés y de Jesús; haz milagros como ellos, y te creeremos—"; y luego, indicándole una colina de tierra rojiza que hay cerca de la Meca, añadieron: — He ahí una colina de tierra; cámbiala en oro, y nos confesaremos vencidos—» Pero Mahoma contentábase con responder que, si bien Abraham, Moisés y Jesús hicieron milagros, no por esto mejoraron los hombres; que además, siempre que el Eterno tenía que romper o suspender las leyes perpetuamente establecidas, castigaba rigurosamente a los que no querían dar crédito a las señales de su poder, y por lo mismo no quería él acarrear semejante castigo a su desventurada patria.

Mas así que vio el formidable partido que en Medina se formara, ya sin rebozo proclamóse igual a los antiguos patriarcas y profetas; y queriendo hacer un milagro más extraordinario que cuantos se atribuían a los que él llamaba sus antecesores, refirió su viaje nocturno al séptimo cielo. Si Abraham recibió frecuentes visitas de ángeles, si Moisés estuvo cuarenta días en el monte Sinaí conversando con el Señor, si a Jesús concedióle Dios favores más señalados todavía; él, Mahoma, compareció ante el Eterno. He aquí como contó su ascensión prodigiosa.

"Yacía yo, dice, entre las colinas de Safa y Merva, cuando viniendo a mí Gabriel, apresuróse a despertarme. Conducía a Alborak , yegua gris-plateada, que tiene

cabeza de mujer, y cola de pavo real, y que tan aprisa anda, que a cada paso que da aléjase tanto como puede alcanzar la mejor vista. Brillaban sus ojos como estrellas. Desplegó sus dos grandes alas de águila. Acerqueme; y se puso a tirar coces: “Estáte quieta le dijo Gabriel, y obedece a Mahoma. » Respondió la yegua: «No me montará el profeta Mahoma sino después que te prometa que me hará entrar en el paraíso el día de la resurrección.” Prométiselo³. Entonces dejóse montar, y de repente estuvimos a las puertas de Jerusalén. Al entrar en el templo, halléme con Abraham, Moisés y Jesús, y oré con ellos. Cuando acabé de orar, bajó súbitamente del cielo una escala de luz, y con la velocidad el rayo recorrimos las inmensidades de los aires.

"Llegados al primer paraíso, llamó el ángel a la puerta: « Quién llama? preguntaron. — Gabriel. — Quién viene contigo? — Mahoma.— Ha recibido su misión? — La ha recibido.— Bien venido!» A estas palabras, la puerta, que era mayor que la tierra, giró sobre sus goznes, y entramos. Este primer cielo es de plata pura; de su bella bóveda cuelgan las estrellas atadas con fortísimas cadenas de oro; y en cada estrella hay de centinela *un* ángel para que no escalen el cielo los demonios. Vino a abrazarme un anciano llamándome el mayor de sus hijos. Era Adán. No tuve tiempo para hablarle: llamaban mi atención sin número de ángeles de todas formas y de todos colores. En medio de ellos álzase un gallo más blanco y resplandeciente que la nieve, y tan grande, que su cabeza tocaba en el segundo cielo, distante del primero quinientos años de camino. Mucho me hubiera pasmado todo esto, a no referirme Gabriel que aquellos ángeles están allí en forma de animales para interceder con Dios por todas las criaturas de la misma forma que viven sobre la tierra, que aquel gran gallo es el ángel de los gallos, y que su principal oficio es divertir todas las mañanas al Eterno con sus cantos y sus himnos."

» Dejando el gallo y los ángeles-animales, pasamos al segundo cielo, que es de un hierro duro y bruñido. Allí encontré a Noé que me recibió en sus brazos; acercáronse en seguida Jesús y Juan, y me llamaron el mayor de los hombres. Entonces nos remontamos al tercer cielo, mucho más distante del segundo que este del primero. Menester es ser a lo menos profeta para suportar la deslumbrante claridad de este cielo, que se compone enteramente de piedras preciosas. Entre los seres inmortales que lo habitan, distinguí un ángel de una altura que escede los

³ Según ciertos autores musulmanes, la yegua Alburak habitará en el paraíso junto con el perro de los Siete Durmientes, de la leyenda oriental, el carnero que Abraham inmoló, la burra de Balaan, el camello en que Mahoma huyó de la Meca a Medina, el asno en que nuestro Señor entró en Jerusalen, el caballo de San Jorge, y el burro del profeta Esdras.

límites de toda comparación; y tenía a sus órdenes cien mil ángeles, cada uno de los cuales era más fuerte por sí solo que cien mil batallones de guerreros aprestados para el combate. Llámase este gran ángel el confidente de Dios; es tan prodigiosa su estatura que de su ojo derecho al izquierdo hay sesenta mil jornadas; y delante tenía un enorme escritorio en que no cesaba de escribir. Díjome Gabriel que el confidente de Dios era al mismo tiempo el ángel de la muerte, y como tal escribía los nombres de los que debían nacer, calculaba los días de los vivientes y los iba borrando del libro a medida que llegaban al término prefijado por sus cálculos.

“Urgía el tiempo, y ascendimos al cuarto cielo, donde mi presencia causó agradable sorpresa a Enoc. Es este cielo de plata fina, transparente como el cristal; y lo pueblan ángeles de alta estatura, uno de los cuales, si bien menor que el ángel de la muerte, no deja de tener quinientas jornadas de altura. Muy triste es el oficio de este ángel, pues consiste únicamente en llorar los pecados de los hombres y en predecir los males que se preparan, y como sus lamentaciones no cautivaban mi atención de manera que desease pararme a escucharlas, pasamos prontamente al quinto cielo. Recibíonos Aaron y me presentó a Moisés, que me suplicó no le olvidase en mis oraciones. El quinto cielo es de oro puro; los ángeles que lo habitan muestran grave aspecto, y con razón, pues son los depositarios y custodios de las venganzas divinas y de los devorantes fuegos de la ira de Dios, al paso que les está cometido vigilar el suplicio de los pecadores contumaces, y preparar espantosos tormentos para los árabes que no querían adorar un solo Dios. A tan triste espectáculo apresuré el paso, y subí con mi guía al sexto cielo, donde volví a encontrar a Moisés, que se puso a llorar al verme, porque, según decía, estaba escrito que yo conduciría al paraíso más árabes que judíos él condujera.

“Mientras estaba consolando al Profeta hebreo sentíme arrebatado no sé cómo, y de un vuelo llegué al cielo séptimo más veloz que el pensamiento. Es imposible dar una idea de tan bello paraíso; baste saber que es de luz divina. El primer habitante que en él vi excede en extensión a la tierra; tiene setenta mil cabezas, cada cabeza setenta mil bocas, cada boca setenta mil lenguas, que hablan sin cesar y todas a la vez setenta mil idiomas diferentes para cantar las alabanzas de Dios. Después de contemplar aquel ser celestial fui súbitamente arrebatado por un divino soplo, y me hallé sentado al pie del cedro inmortal, hermoso árbol plantado a la derecha del trono de Dios, de aquel trono ante el cual arden incesantemente catorce cirios altos de setenta años de camino; las ramas del cedro, más extensas que lo que el sol dista de la tierra, sombrean a una tropa de ángeles más numerosos que las arenas de todos los desiertos, de todos los mares, de todos los ríos y arroyos. En los ramos hay posados los pájaros inmortales, ocupados en considerar los sublimes pasajes del

Alcorán; las hojas asemejan orejas de elefante; son sus frutos más dulces que la leche, y uno solo de ellos bastaría a alimentar por un día todas las criaturas de todos los mundos. Cada pepino encierra una hurí, vírgenes divinas reservadas a los eternos goces de los musulmanes, las cuales son de cuatro especies: unas blancas, de color de rosa las otras, negras las terceras, y las últimas verdes. Su cuerpo encantador tiene la transparencia del cristal; son tan bellos sus ojos, que si en la noche más oscura una hurí dejase caer una mirada suya en la tierra, le daría tanta luz como el sol en toda su brillantez; y aunque abrirán sus brazos a los fieles, no por eso perderán su virginidad. Cuatro rios nacen al pie del cedro, dos para el paraíso, y dos para la tierra que son el *Nilo* y el *Éufrates*, cuyas fuentes nadie había descubierto hasta ahora.

"Aquí dejóme Gabriel, porque no le era lícito internarse más; y ocupando Rafael su puesto, condújome a la casa divina de la adoración, donde cada día se juntan en romería setenta mil ángeles de primera clase; y es de advertir que jamás van dos veces los mismos. Mucho se parece al templo de la Meca esta casa, que es toda de jacintos, y está cerrada de lámparas que arden eternamente; y si cayera del séptimo cielo a la tierra, como pudiera acontecer, descansaría sobre la Caaba. Cosa es muy extraña, pero muy cierta.

“Apenas puse el pie en la casa de la adoración, presentóme un ángel tres copas, llena de vino la primera, de leche la segunda, y la tercera de miel. Yo escogí la de leche; y al punto una voz fuerte como diez truenos hizo retumbar estas palabras: «O Mahoma ¡, bien has hecho en escoger la copa de leche; porque si bebido hubieres el vino, quedaba tu nación pervertida y desgraciada. «Pero un nuevo espectáculo vino a fascinar mis ojos: con la rapidez de la imaginación hizome atravesar el ángel dos mares de luz, y uno negro como la noche; entonces me hallé en la presencia de Dios; y el terror cundió por todos mis sentidos, cuando una voz, más retumbante que el bramar de las olas agitadas, me gritó: " Acércate, ó Mahoma ! acércate al trono glorioso ! « Obedecí, y a un lado del trono leí estas palabras: “ No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta”. « Al mismo tiempo puso Dios su derecha sobre mí pecho y su izquierda sobre mi hombro; y un frío agudísimo circuló por todo mi cuerpo, y helóme hasta los tuétanos. A tanto dolor siguieron dulzuras inexplicables y desconocidas de los hijos de los hombres, las cuales embriagaron mi alma; y a favor de estos transportes, tuve con Díos una conversación familiar que se prolongó bastante. Dictóme Dios los preceptos que hallaréis en el Alcorán, y me mandó que os exhortase a sostener la santa religión con las armas y con la sangre.

“Cesó de hablar el Eterno; reuníme con Gabriel, que desplegó sus ciento cuarenta pares de alas brillantes como el sol, y fuimos bajando por los siete cielos, en que a menudo nos detuvieron los conciertos de los espíritus celestiales que cantaban nuestras alabanzas. Pero Dios me mandara que la oración debía hacerse cincuenta veces al día; y al llegar al cielo de Moisés, yo le comuniqué esta orden: «Vuelve al Señor, me dijo el jefe de los hebreos; ruégale que suavice el mandato; porque nunca podrá cumplirlo tu pueblo.» Volví pues al Altísimo, y le rogué rebajase el número de las oraciones, que fué reducido a cuarenta. El sabio Moisés me aconsejó que volviera a instar, y tras reiteradas idas y vueltas quedó fijado a cinco el número de las oraciones. Llegando en fin a Jerusalén, replegóse a la bóveda de los cielos la escala de luz. Alborak me estaba esperando. Era noche todavía; y agitando tan solo dos veces las alas me volvió al lugar de donde me sacara. Entonces dije a Gabriel: " Mucho me temo que mi pueblo no querrá creer la relación de este viaje. - Tranquilízate, me contestó el ángel fiel Abou-Bekr y el fiero y santo Ali defenderán la verdad de estos prodigios⁴.

»En efecto, a pesar de las verbales afirmaciones de Mahoma, a pesar de las protestas de Ali y de Abou- Bekr, los mismos discípulos de la nueva religión negáronse a dar crédito a la relación del viaje aereo del apóstol de Dios, nombre que entonces daban al Profeta. Y nótase que en el Alcorán no se atrevió este a explicarse claramente acerca de tan extraña aventura; he aquí lo que dice solamente: " Loores al que transportó su servidor del templo de Meca al de Jerusalén! " y en otro pasaje se lee: « Elevóse a lo alto de los aires, y se acercó a dos arcos de distancia , ó menos quizás, al trono de Dios; y Dios reveló a su siervo lo que le ha revelado, y su corazón no ha imaginado lo que vio. Disputaréis, pues, con el sobre lo que vio? “Si bien los más graves autores consideran el viaje nocturno como una visión, y sostienen que Mahoma solo en espíritu fué transportado al cielo; la tradición ha transmitido este hecho como una verdad que los musulmanes deben creer sin examen; así es que jamás dejan de celebrar su aniversario.

Entre tanto iba extendiéndose el Islamismo por el interior de la Arabia; y habiendo ido a la Meca otra caravana de habitantes de Medina, abjuraron todos la idolatría delante de Mahoma. Entonces, pues, desechó toda moderación y disimulo; y si hasta

⁴ La lámina que acompaña este artículo representa Mahoma montado en la yegua Alborak por encima de la Caaba. Del Profeta no se ven más que los pies, pues la cara y lo restante del cuerpo lo encubre el resplandor celestial. Este dibujo es una copia fiel de los que hay en los libros persas.

entonces predicara a sus discípulos la paciencia, diciéndoles: " Perdonad a vuestros enemigos mientras esperáis la venganza de Dios: "su triunfo hízole cambiar de tono, y usar este: «Los musulmanes pueden pelear contra los que les injurian; porque en verdad Dios está pronto a enviarles socorro. » Tras esto hízose prestar juramento de fidelidad. Juraron los mahometanos defenderle como defenderían sus mujeres, sus hijos y toda su familia, y para enardecer su ánimo, aseguró el que cuantos pudiesen en defensa de su causa entrarían en el séptimo cielo. Al saber esto, espantados los magistrados de la Meca resolvieron dar muerte al innovador. Pero previendo Mahoma el riesgo, huyóles el cuerpo; y despachando secretamente sus fieles para Medina, púsose en camino algunos días después. A este acontecimiento se le dio el nombre de *hégira*, derivado de una palabra árabe que significa *fuga*, y desde entonces sirvió de época para todas las naciones musulmanes. Corrían entonces los años 622 de nuestra era; Mahoma rayaba en los cincuenta y tres, y hacia trece que predicaba su doctrina.

Recibido en triunfo en Medina, arrogóse toda la autoridad temporal y espiritual, y sus discípulos le consideraron como rey y pontífice. Diose ante todas cosas a consolidar su poderío, y a revestir el culto de los musulmanes de formas, que apenas cambiaron después; así principió por edificar una mezquita, donde debía acudir el pueblo a orar; y queriendo incitarlos con el ejemplo, trabajó en la obra con sus propias manos, diciendo: » Todo el que trabajará en esta mezquita, trabajará para la vida cierna, » Edificó también una casa para sí, y lo mismo hicieron sus compañeros. Objeto de la persecución más violenta, solo cuidó de extender sus leyes con la fuerza de las armas; y ya vencedor, ya vencido, atribuía sus triunfos al Eterno, y a los pecados de su gente sus derrotas. Durante el combate de Berd contra los de la Meca, golpeábase el pecho prorrumpiendo en esta plegaria: "O Dios mío! si permites que perezcan tus siervos, ya no tendrás adoradores en la tierra ! »; y estaba tan conmovido, que perdió por un momento los sentidos. De repente, reanimándose, finge que acaba de aparecersele el ángel Gabriel -. «Regocijaos, exclama, Dios nos envia socorro! "; monta a caballo, y temando un puñado de arena, lo arroja a la cara de sus enemigos: «Sea confundida su faz! " grita; hacen sus guerreros un último esfuerzo, huyen los Mequenses, y está ganada la batalla. Pocos días después; en una escaramuza fue derribado del caballo, contuso el rostro y acribillado de heridas su cuerpo; y sereno en medio del peligro, repetía: « Oh ! cómo es posible que conozcan la felicidad los que así ensangrientan el rostro de su Profeta! »

Después de derramada mucha sangre, y de conquistadas y devastadas muchas ciudades, ajustaron los Mequenses treguas por un año, durante el cual podría el

Profeta ir en romería a la Caaba. Entonces fue cuando una joven, que había perdido su hermano en la guerra que Mahoma hizo a los judíos de Khaibar, queriendo vengar su muerte, envenenó un lomo de carnero que ya sabía debía servirse al Profeta. Al primer bocado, conoció Mahoma el envenenamiento, y arrojándolo exclamó: «Este carnero me advierte de que está emponzoñado ¡"Milagro! clamaron los musulmanes, y el lomo de carnero veneróse por mucho tiempo como una reliquia. Pero ya el veneno penetrara en las entrañas del Profeta, y los sufrimientos que le acarreó no cesaron sino con su muerte.

Por fin concibió el proyecto de someter la Meca, su patria, adonde ya había ido en pomposa romería, que le valió la conversión de sin número de idólatras. Aun entre el tumulto de las armas, tuvo su entrada en la Meca un carácter religioso; iba en traje de peregrino, y caminaba recitando en tono solemne estas palabras del Alcorán: “Por cierto, te hemos dado una esclarecida victoria; Dios te ha perdonado tus pecados pasados y futuros, a fin de manifestar su gracia contigo, dirigirte por el camino recto, y ayudarle con poderoso auxilio. Él es quien ha hecho descender el reposo y la tranquilidad en el corazón de los fieles para acrecentar su fe con nueva fe Dios es grande y misericordioso.» Primeramente visitó la Caaba, y oró a Dios en los lugares santos; y luego, ardiendo en deseos de borrar hasta el último resto del culto profano, derribó los ídolos que rodeaban la Casa-cuadrada; para lo cual acercábase sucesivamente a cada uno, y tocándolos con una varita que llevaba en la mano, decía: «Venida es la verdad! sea anonadada la mentira!» y al mismo tiempo los hacían pedazos, sin respetar ni las estatuas de Abraham y de Ismael. Tras esta ejecución, convocó Mahoma el pueblo, y dijo: “No hay otro Dios que el Dios que ha cumplido todas las promesas hechas a su siervo, y puesto en fuga a sus enemigos. En adelante no adorareis a vuestros padres Abraham e Ismael, que solo eran hombres como vosotros”.

Entonces fue cuando, queriendo tratar como a igual con los más poderosos reyes, escribió a casi todos los príncipes cristianos, judíos, ó idólatras de la Arabia y de los países vecinos, invitándoles a que abrazasen su culto. La fórmula de aquella circular era esta: «Mahoma, apóstol de Dios, a , salud, etc.” Cosroes, rey de Persia, irritóse tanto de ver antepuesto al suyo el nombre de uno a quien consideraba como su esclavo, que sín leer más hizo pedazos la carta. Al saberlo, exclamó Mahoma: “Así sea despedazado su reino!” por lo cual no dudan los musulmanes que a consecuencia de este mandato del Profeta fueron poco después víctimas de todo género de desastres Cosroes y sus posesiones.

El año noveno de la hegira fue célebre por la afluencia de embajadores, que de todos los puntos de la Arabia acudían a felicitar a Mahoma por sus victorias; y así se le dio el nombre de *año de las embajadas*, que, según los autores árabes, fueron tan numerosas como los dátiles que caen por otoño. Recibió Mahoma a los diputados con mucha dignidad, y casi toda la Arabia resolvió tenerle por señor y soberano. En una guerra contra ciertas naciones lejanas, el ejército del Profeta tuvo que atravesar el país de los antiguos temouditas (1)⁵, y *no* dejó pasar Mahoma aquella ocasión de trazar a sus soldados la suerte que estaba reservada a un pueblo incrédulo; y mostrándoles las cuevas abandonadas, las desiertas habitaciones, amenazóles con igual destino si caían en semejante impiedad. Al llegar al centro del valle donde los temouditas acostumbraban venir por agua, viendo que devorados por la sed precipitábanse allí a beber los musulmanes: detuvolos, diciendo: “Guardaos de beber de esta agua que sirvió para pueblos injustos; huid de esta morada de maldición, llorad vuestros pecados, y temed no sufráis tan terrible castigo!” y cubriéndose el rostro con su capa, y espoleando su mula, no cesó de correr hasta que estuvo fuera del valle.

Los árabes de Taief, únicos que conservaban el culto de los ídolos, sufriendo continuos ataques de los musulmanes, ofreciéndoles que se convertirían al islamismo con tal que se les dejase por un año seguir profesando su antiguo culto y se les dispensase de la oración; pero respondiendo Mahoma que la verdad no consentía espera, y que no había religión sin oraciones, sometieron los idólatras, y ya no quedó en Arabia ningún pueblo que profesase las prácticas del paganismo. Difícil tarea sería la de seguir a Mahoma en sus esfuerzos para el triunfo de su nombre y de sus principios religiosos; activo é infatigable, y dotado de ambición ilimitada, veíasele llenar de emisarios la Arabia-Feliz, la Arabia Pétreá, las costas del golfo Pérsico, y hasta las tribus nómadas de Mesopotamia. Entretanto volvió la época de la peregrinación, y queriendo Mahoma visitar otra vez su país natal, echáronse de ver en aquella romería los inmensos progresos que hiciera el islamismo. Acompañábanle ciento y catorce mil hombres: al llegar a la Meca, besó con respeto la piedra negra en que se supone está encerrado el pacto de la alianza entre Dios y los hombres; luego dio las siete vueltas acostumbradas alrededor de la Caaba, con la particularidad de que las dio corriendo con bastante ligereza; pues para que no creyeran sus enemigos que sus fuerzas se resentían de la edad y de las fatigas, esforzóse en hacer alarde de extraordinario vigor. Saliendo después de la ciudad, subió a la colina de Safa, de donde, mirando a la Caaba, pronunció estas palabras.” Dios es grande; no hay más Dios que Dios; no tiene compañero ninguno.

⁵ Véase el primer artículo sobre Mahoma.

Suyo es el poder. Loores a Dios. Él es poderoso en todas las cosas; no hay más Dios que Dios. De allí pasó a la colina de Merva, donde hizo una plegaria: visitó en seguida todos los lugares sagrados, y cuando hubo terminado, hizo bajar del cielo estas palabras: "Ahora ya no se atreverán los incrédulos a atacar vuestra religión; no los temáis. ¡Dios es sabio y poderoso!" Hizo piadosamente el sacrificio; con su propia mano inmoló sesenta y tres camellos, número igual a los años de su edad, y mandó a Ali que sacrificase treinta y siete; y acabadas todas las ceremonias, emprendió su vuelta a Medina.

Hallábase entonces en el apogeo de su poder; no había en la Arabia hombre ni pueblo capaz de luchar con él; y dueño absoluto de la península, es de creer que pronto hubiese paseado a lo lejos sus armas vencedoras, cuando una dolorosa enfermedad le llevó al sepulcro. Desde el fatal acontecimiento de Khaibar, siempre sintió los efectos del veneno, y de vuelta a Medina, acreciendo los dolores, a 26 de niayo de 632 tuvo que hacer cama en casa de Aíescha, la que más amaba de todas sus mujeres, y su confidenta. Para tranquilizar a sus sectarios, manifestaba la más completa serenidad; hablaba continuamente de Dios y de la vida futura; y un día, como los que le asistían pareciesen admirarse de sus padecimientos, les dijo: "Ningún Profeta de los que me han precedido sintió lo que siento; pero cuanto más vivo sea el dolor, mayor será la recompensa.» Y añadió: "Acostumbra el Señor ofrecer a la elección de sus siervos este mundo ó el otro; yo he preferido morar con Dios. «A los dos días de su enfermedad, queriendo asistir a la oración con el pueblo, trasladáronle a la mezquita, donde, después de alabar a Dios dijo: «O hombres! si hay alguno entre vosotros a quien haya castigado injustamente, he aquí mis espaldas; si he mancillado la reputación de alguno, mancille la mia; si injustamente he exigido dinero, he aquí mi bolsillo." En seguida dio libertad a todos sus esclavos, y comunicó a sus compañeros su última voluntad, que fue: mandarles que echasen de la Arabia a los idólatras y a cuantos no profesasen el islamismo; que acogiesen todos los prosélitos, sin hacer diferencia entre musulmanes antiguos y nuevos, y por último encargarles la oracion, acabando por maldecir a los judíos, cuyo odio y perfidia eran causa de su muerte. Agravándose el mal, fué decayendo su ánimo; y cuéntase que, dos días antes de espirar, pidió recado de escribir para redactar un nuevo Corán, lo que prueba que, a lo menos en los últimos años de su vida, sabía leer y escribir. "Quiero dejar mi libro, dijo, que quite todo motivo de error después de mi muerte." Al decir esto, hubo en la sala violento tumulto; preguntábanse unos a otros si por ventura no tenían el Alcorán, y si acaso no bastaba este libro para esta vida y la otra; y no faltaron graves y acaloradas disputas siendo tal el ruido, que vuelto en sí Mahoma, despidió la concurrencia, exclamando: «No es por cierto decoroso [querellarse](#) así en presencia del apóstol de Dios."

Murió Mahoma a 8 de junio de 632, a los sesenta y tres años de su edad; a los cuarenta empezara su predicación, y hacia diez que habitaba en Medina. Enterráronlo debajo del mismo lecho donde espiró; y andando el tiempo, edificaron allí una mezquita, donde acudieron en romería los musulmanes. Es falso, pues, lo que afirman ciertos escritores de que los restos de Mahoma fueron depositados en una urna de hierro, que se sostenía en el aire por' la atracción de un grande imán pendiente del techo.

Dos cosas hay que considerar en Mahoma: una, la prodigiosa destreza con que preparó su papel; y otra, la imperturbable serenidad con que lo desempeñó. Era sencillo, modesto, y tan sobrio, que a su muerte oyéronsele a Aíescha estas palabras: “ O tú, que jamás comiste cebada hasta hartarte!”; y en efecto en su casa la comida ordinaria consistía en dátiles y agua, y no era raro que pasasen dos meses sin que en ella se encendiese lumbre. No se distinguía de los demás ni en los vestidos ni en la manera de vivir: al principio llevaba vestido de algodón; pero pareciéndole este demasiado rico, tomó para siempre otro de lana; y Abulfeda refiere que cosía sus zapatos, remendaba su ropa, barría su cuarto y se servía por sí mismo. La mayor parte de la cebada y de los dátiles de su cosecha se repartía a los pobres; mantenía constantemente cuarenta personas, y más de una vez hallóse falto de lo más preciso para su propia subsistencia. Era extremadamente delicado, celoso y complaciente para con sus amigos, a quienes servía con el mismo fervor que ellos a él, medio según decía, el más seguro para hacerlos adictos a su causa; y ponía sobre todo gran cuidado en dar toda la consideración posible a los sujetos que revistiera con su autoridad. Al partir de Medina uno de sus oficiales, a quien sometiera el gobierno de una provincia, púsole con *su* propia mano el turbante, y después de ayudarle a montar a caballo, acompañóle a pie un buen espacio, diciendo; «Bueno es honrar al que va revestido del mando, nada hago que no esté conforme a las órdenes de Dios.» Pero cuanto estaba dispuesto a servir a sus amigos, tanto más odiaba a sus contrarios, y si alguno estorbaba sus proyectos, no consultaba más que su excesivo resentimiento: en esta parte, participaba del genio vengativo de sus compatriotas, y puede decirse que no dio muestra alguna de grandeza de ánimo sino cuando vio sólidamente afirmada su pujanza.

Muchos son los trozos del Alcorán, que prueban que no estuvo enteramente privado del don de la elocuencia. En su proceder, consideraba la religión como un medio político para llegar a sus fines, y a cada paso hacia bajar del cielo máximas que atribuía a Dios; así, a favor del solo Alcorán, puede cualquiera formarse una idea de las épocas más importantes de su vida, y los mismos doctores musulmanes han

consagrado esta verdad, indicando al pie de cada versículo el acontecimiento que lo motivó. No se descuidaba jamás de dar a todas sus acciones un carácter religioso; y gustaba sobre todo de traer a comparación los profetas, de que se titulaba sucesor. En una marcha penosa, viendo postrados de cansancio a sus compañeros, mandó que rezasen una oración, y en seguida añadió: «Los hijos de Israel sufrieron igual fatiga en el desierto, y sin embargo no tuvieron el saludable recurso de una tal oración!» Cuando su hermano de leche fue a pedirle perdón de haberse proclamado tan elocuente como él, respondióle con las palabras de José a sus hermanos: «No haya hoy ninguna querrela entre nosotros; Dios os perdona, porque Dios es el misericordioso entre los misericordiosos.» En fin, logró fascinar el pueblo de tal manera, que este acabó por creerle exento de pecado, aun del más leve, no obstante, de que en varios pasajes de su Alcorán ya expresamente pedía a Dios el perdón de sus faltas; y en nuestros días casi ha pasado a dogma la opinión de su impecabilidad. Como los judíos, sirvióse al principio de una trompeta ó especie de bocina, para llamar sus discípulos a la oración; después echó mano de una carraca, como la que usa nuestra iglesia en la semana santa; y no pareciéndole ni una ni otra correspondientes a la majestad del Altísimo, decidió que solo la voz humana era digna de llenar tan sagrado ministerio.

Ningún retrato nos queda de Mahoma; solo existe un medallón de metal, en que están esculpidas sus formas, acompañadas de la siguiente inscripción: «*En* nombre de Dios clemente y misericordioso.

«Era de buenas proporciones y de brillante color; exhalaba un olor muy suave; tenía las cejas bien puestas; sus cabellos eran grises.

"Azul el fondo de sus ojos, ancha la frente, pequeñas las orejas, aguileña la nariz, y los dientes muy bien formados.

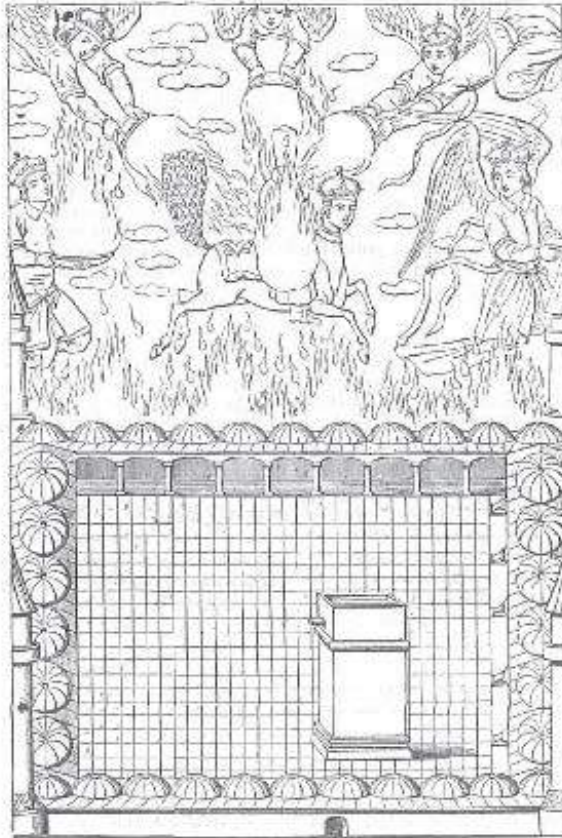
Eran redondas su cara y su barba, largas sus manos, afiados sus dedos, y grueso su talle; no tenía en todo su cuerpo más vello que desde el hoyo de la garganta hasta el ombligo. Entre sus hombros había el sello de la profecía, y se leían estas palabras: «Vé adonde quieras, siempre vencerás.» "

Creer los musulmanes que los que llevan alguna descripción del cuerpo del Profeta gozarán de muy notables privilegios; y citan las siguientes palabras de Mahoma: «*El* que, después de mí muerte, lea la descripción de mí cuerpo, aquel me ve en persona; y a cualquiera que la mire por amor de mí, librarále Dios del fuego del infierno, será exento de la pena del sepulcro, y el día de la resurrección no aparecerá

desnudo." Tanto veneran los orientales su nombre, que en Constantinopla, cuando peligraba el estado, elige el sultán noventa y dos musulmanes llamados Mahomed y Mahoma, y les encarga que recen ciertos capítulos del Alcorán, esperando que las súplicas de los que llevan nombre tan santo preservarán de su ruina al imperio.

Pero debemos también considerar al Profeta respecto de su proceder para con los cristianos. En los principios de su poderío, fuese por verdaderas disposiciones de tolerancia y moderación, fuese por una hipocresía hija de la astucia y del cálculo, mostróse benigno a los discípulos del cristianismo, y para garantir el ejercicio de su culto en Arabia, firmó con ellos un tratado, que se imprimió en 1630 con texto árabe y traducción latina, con el título de *Testamentum et Pactiones initoe inter Mahomeddum et christianae fidei cultores*; y en él se nota el siguiente trozo: "Prometo dar protección a los cristianos, defenderlos contra sus enemigos, conservar sus iglesias, templos, oratorios, conventos y los lugares a donde van en romería, ya estén situados en montes, ya en valles, en cavernas o en casas, en el campo ó en el desierto, en el mar o en la tierra, a oriente o a occidente, de la misma manera con que me conservo a mí mismo, y a los demás fieles creyentes." No falta quien trate de apócrifo semejante tratado, naciendo de ahí graves disputas entre los historiadores. Sea como fuere, lo cierto es que bien pronto cambió Mahoma de lenguaje, y no contento con hacer leyes terribles contra los cristianos, en el capítulo del *Combate* del Alcorán escribió estas palabras que los árabes leen antes de presentarse al campo de batalla: «Cuando vengáis a las manos con infieles, cortadles la cabeza, matadlos, exterminadlos, y no ceséis de perseguirlos hasta que sean dispersados y vencidos.»

ASCENSION DE MAHOMA



Tomo II

1

© Biblioteca Nacional de España

EL ISLAMISMO.

ARTICULO III (*)⁶.

/Tradiciones y leyendas. — Mahoma y el Alcorán.

CUAL es el código religioso y moral de los Orientales? el Alcorán. Cual el civil y criminal? el mismo Alcorán; de manera que en este libro hállanse los preceptos de moral y las prescripciones civiles; si se infringen unos u otras, se peca igualmente contra la religión y la sociedad; y el Alcorán, al señalar el crimen, indica también su castigo. Dando el Alcorán como venido del cielo, solidó Mahoma los cimientos del imperio que fundaba; porque, en efecto, pareciendo obra de solo Dios el código religioso y civil de los Árabes, y de ninguna manera obra de hombres, quedaron sagrados para ellos así su contenido como su verdadero autor. En esta parte ya habían proclamado la intervención de Dios en las cosas terrestres todos los antiguos legisladores, que, al obligar a los hombres a observar escrupulosamente las leyes, quisieron que lo hiciesen tanto por un motivo de conciencia como por el temor del castigo.

La palabra *Corán* significa *Escritura*, y con la particular *al*, *la Escritura*, bien que, ateniéndonos al uso añadimos nosotros el artículo que deberíamos suprimir, diciendo: *el Alcorán*. No tienen los Orientales más leyes escritas que este, y el Sunna que es su complemento; el primero es la colección de los capítulos que Mahoma dio sucesivamente al pueblo árabe; y el segundo la relación de las principales acciones del Profeta, ordenadas y recogidas por los que las presenciaron, esto es, por sus discípulos.

Divídese el Alcorán en ciento y catorce capítulos, que los Árabes llaman *sowars*; y para que no puedan jamás falsearse ni alterarse, están contadas no solo las líneas, que se denominan versículos, sino también las letras; de manera, que como todo buen musulmán debe saber exactamente su número, es imposible añadir ni quitar

⁶ Véase la página 66. Continúa en *Album pintoresco universal, adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto. Colección de artículos relativos a toda clase de ciencias y artes: parte recopilados de las obras europeas mas acreditadas, y parte originales escritos por los principales escritores españoles, como son: Don Pedro de Madrazo, Don Eugenio de Ochoa, Don Pedro Pidal, Don Patricio de la Escosura, Don Antonio María Segovia (El Estudiante)*. Tomo Segundo, Barcelona, Imprenta de D. Francisco Oliva, Editor, 1842. Biblioteca Nacional de España, pp. 90-93.

una sola palabra. Todos los capítulos llevan títulos que no anuncian las materias, que en ellos se tratan, y son:

Cap. 1. La Introducción.

— 2. La Vaca.

— 3. La familia de Amram.

— 4. Las Mujeres.

— 5. La Mesa.

— 6. Los Rebaños.

— 7. Elaraf.

— 8. El Botín

— 9. La Conversión.

—10. Jonás. La paz sea con él.

—11. Houd. La paz sea con él.

— 12. José. La paz sea con él.

—13. El Trueno.

—14. Abraham. La paz sea con él.

—15. Hegr.

— 16. Las Abejas.

—17. El Viaje nocturno.

—18. La Caverna.

—19. María. La paz sea con ella.

—20 T. H.

—21. Los Profetas. La paz sea con ellos.

—22. La Peregrinación.

—23. Los Fieles.

- 24. La Luz.

—25. El Corán.

—26. Los Poetas.

—27. La Hormiga.

—28. La Historia.

—29. La Araña.

—30. Los Griegos.

—31. Locman.

—32. La Adoración.

—33. Los Conjurados

—34. Saba.

—35. Los Ángeles.

—36. J. S.

—37. Los Ordenes.

- 38. S.
- 39. Las Tropas.
- 40. El Creyente.
- 41. La Explicación.
- 42. El Consejo.
- 43. El Adorno.
- 44. El Humo.
- 45. La Genuflexión
- 46. Hacal.
- 47. El Combate.
- 48. La Victoria.
- 49. El Santuario
- 50. K.
- 51. El Soplo de los vientos.
- 52. La Montaña
- 53. La Estrella.
- 54. La Luna.
- 55. El Misericordioso.
- 56. El Juicio.
- 57. El Hierro.
- 58. El Lamento.
- 59. La Asamblea,
- 60. La Prueba.
- 61. La Orden.
- 62. El Viernes.
- 63. Los Impíos
- 64. La Bellaquería.
- 65. El Repudio.
- 66, La Defensa
- 67. El Reino.
- 68. La Pluma.
- 69. El Día inevitable.
- 70. Los Preceptos.
- 71. Noé. La paz sea con él.
- 72. Los Genios.
- 73. El Profeta revestido de sus hábitos.
- 74. La Capa.
- 75. La Resurrección.
- 76. El Hombre.

- 77. Los Mensajeros
- 78. La gran Noticia.
- 79. Los Ministros de la venganza
- 80. La Frente severa.
- 81. Las Tinieblas.
- 82. El Rompimiento.
- 83 La Medida injusta.
- 84. La Abertura.
- 85. Los Signos celestes.
- 86. El Astro nocturno.
- 87. El Altísimo.
- 88. El Velo tenebroso
- 89. La Aurora.
- 90. La Ciudad.
- 91. El Sol.
- 92. La Noche.
- 93. El Sol en lo más alto de su curso.
- _ 94 La Dilatación,
- 95. La Higuera.
- 96. La Unión de los sexos.
- 97. La Noche célebre.
- 98. La Evidencia.
- 99. *El* Terremoto.
- 100. Los Corceles.
- 101. El Día de' las Calamidades.
- 102. La Concupiscencia.
- 103. La Tarde.
- 104. El Calumniador.
- 105. El Elefante.
- 106. Los Coreisthas.
- 107. La mano caritativa.
- 108. El Kautser.
- 109. Los Infieles.
- 110. El Socorro
- 111. Abou—Jahab
- 112. La Unidad.
- 113. El Dios de la mañana.
- 114. Los Hombres.

Sin duda habrá notado el lector, que algunos capítulos solo llevan iniciales; pues más particular es todavía que la mayor parte de los mismos capítulos del Alcorán principian con letras mayúsculas separadas; letras misteriosas, a las cuales nadie en Oriente ha podido hasta ahora dar una interpretación razonable, sin que por esto dejen los musulmanes de atribuirles los más sorprendentes milagros. De los comentadores del Alcorán unos dicen que estas letras eran las iniciales de ciertos atributos de Dios; otros han creído ver en ellas un testimonio de los méritos de Mahoma ó de ciertos ángeles; y otros en fin pretenden que son la predicción de los principales acontecimientos de este mundo, fundando este aserto en una tradición de Ali, que dice que el Alcorán contiene la historia de lo pasado, presente y futuro. Pero el vulgo no se cura de penetrar semejantes misterios, y se contenta con decir que sin duda con esto Dios y Mahoma quisieron probar la fe de los creyentes. A estas palabras puede aplicarse lo que Mahoma solía decir de ciertas oraciones: esto es, distinguía dos especies de oraciones, unas que están a nuestro alcance, y otras que, si se divulgaran, romperían las arterias de la garganta.

Todos los capítulos del Alcorán, excepto el noveno llevan este epígrafe: "En nombre de Dios clemente y misericordioso." Para explicar su devoción a esta fórmula, citan los Orientales el testimonio del mismo Mahoma, que afirmaba que estas palabras podían por *si* solas dar la salud a todo el género humano, y envidiaba la dicha de los que, por su posición, estaban en disposición de hacerlas repetir a los demás, añadiendo que quien las pronunciase aseguraba su felicidad y la de los suyos. Los musulmanes atribuyen el origen de ellas al mismo Dios: "Apenas resonaron, exclama uno de sus doctores, las nubes corrieron hacia el Oriente, y los ángeles rebeldes huyeron del cielo.» Otros doctores observan que los vocablos "En nombre de Dios clemente y misericordioso» constan en árabe de diez y nueve letras, y que así como hay diez y nueve demonios que presiden a los tormentos de los condenados, así mismo Dios destinó aquellas diez y nueve letras para que fuesen otras tantas impenetrables armaduras para aquellos que las pronuncian con la piedad conveniente. Usan los musulmanes esta fórmula al levantarse, al acostarse, al sentarse, y al ponerse a la mesa; se encuentra al principio de sus escritos y de los objetos de que habitualmente se sirven; en una palabra, recurren a ellas en todas las acciones de su vida. Igual costumbre atribuye a Adán, Noé, Abraham, Moisés, Salomón, a todos los patriarcas y a todos los Santos, diciendo que a favor de aquellas palabras estos grandes siervos de Dios alcanzaron, el grado de virtud que es la admiración de los siglos.

Publicóse el Alcorán en veinte y tres años, parte en la Meca, parte en Medina, y según necesitaba el legislador de hacer hablar al cielo; y escribiéronse los versículos

en hojas de palma y en pergamino, que se encerraban confusamente en un cofre. Muerto Mahoma, recogiólos Abou-Bekr en un volumen, pero con tanto desorden, que el postrer capítulo que había el Profeta hecho bajar del cielo es el noveno de la colección de Abou-Bekr, al paso que se hallan al principio del capítulo noventa y seis los versículos, que fueron los primeros que se revelaron a Mahoma. Semejante desorden ha producido en el Alcorán una confusión, que a menudo degrada su mérito; y este es el motivo que nos decide a no escoger más que los trozos de los *sowars* más notables así por la forma como por el concepto.

Cap. 2 " No hay que dudar acerca de este libro; es la regla de los que temen al Señor, de los que creen en las verdades sublimes, oran y derraman en el seno de los pobres una porción de los bienes que les dimos; de los que creen en la doctrina que le enviamos del cielo y tienen profundamente grabada la creencia de la vida futura. El Señor será su guía, y la felicidad su recompensa. Los infieles, ora les prediques ó no el islamismo, persistirán en su ceguedad; Dios ha estampado su sello sobre sus corazones; sus oídos y ojos están cubiertos con un velo, y destinados están a sufrir el rigor de los tormentos. Cuando se les dice: No os corrompáis sobre la tierra, responden: Muy ejemplar es nuestra vida. Son corruptores, y no lo echan de ver. Cuando se les dice: Creed en lo que los hombres creen, responden: Hemos de seguir la creencia de los insensatos? Y acaso no son ellos los insensatos y lo ignoran? Oh mortales! adorad al Señor, que os crió a vosotros y a vuestros padres, que os dio por cama la tierra, y el cielo por techo; que hace descender la lluvia de los cielos para producir todos los frutos de que os alimentais. Si dudáis del libro que hemos enviado a nuestro siervo, presentad un capítulo como los que contiene; y si sois sinceros, atreveos a apelar a otros testimonios sino a Dios. Si no lo habéis podido hacer, jamás lo haréis. Temed, pues, el fuego, que se alimentará de infieles. Anunciad a los que creen y hacen bien que habitarán en sus jardines donde manan los ríos. Allí encontrarán mujeres purificadas, vírgenes de ojos negros. Aquella morada será su mansión eterna. Los creyentes saben que la palabra de Dios es la verdad; y sin embargo dicen los infieles: Porqué propone parábolas el Señor? De esta manera extravía a los unos y dirige a los otros. Pero no extravía sino a los impíos. Habiéndoles Dios enviado el Alcorán, y, después de recibir este libro que les está profetizado, no han querido creerlo: pero el Señor los ha herido con su maldición. Han vendido miserablemente su alma por no creer en aquel que el cielo les envía; prepáraseles ignominioso suplicio. Díles: "Quién se declara enemigo de Gabriel? El es quien, por la permisión de Dios, depositó sobre tu corazón el Alcorán, para que confirmase los libros sagrados que antes que él vinieran, para que fuese la regla de la fe y llenase de gozo a los fieles. Hémoste enviado señales bien manifiestas: sólo los perversos se niegan a su evidencia. Cuando hacen un pacto

con Dios, una parte de ellos lo desecha. La mayor parte no tienen fe.—Los judíos y los cristianos se envanecen de que solo ellos entran en el paraíso. Tales son sus deseos. Diles: Presentad pruebas, si habláis verdad. Todo el que dirija su rostro al Señor, ore y dé limosna, este tendrá su recompensa ante él y será exento de los tormentos. Aquellos, a quienes hemos dado el Alcorán y que leen su doctrina verdadera, estos tienen la fe; los que en ella no crean, son del mismo número de los réprobos." Os hemos enviado un apóstol de vuestra nación para predicaros nuestras maravillas, purificaros y enseñaros el libro de la sabiduría, y lo que ignoráis. Dadme gracias: no seáis desagradecidos. Oh creyentes! implorad el socorro del cielo por medio de la oración y de la perseverancia. Dios está con los pacientes. No digáis que han muerto los que perecen bajo el estandarte de la ley; al contrario, viven; pero vosotros no lo comprendéis. Vuestro Dios es el Dios único. La misericordia es su herencia. La creación de los cielos y de la tierra, la sucesión del día y de la noche, la nave que hiende las olas en bien de los humanos, la lluvia que descendiendo de las nubes, los animales que cubren la haz de la tierra, la vicisitud de los vientos y de los nublados que se columpian entre el cielo y la tierra, señales son del poder del Altísimo. — Cuando uno insta los infieles a que abracen la doctrina que Dios ha revelado, responden: Nosotros seguimos el culto de nuestros padres. Por ventura deben seguirlo si sus padres anduvieron en la noche de la ignorancia y del error.? Semejantes son los incrédulos al que oye los sonos de la voz sin entender nada. Sordos, mudos, y ciegos, carecen de inteligencia. Para justificarse, no basta dirigir el rostro a Oriente y Occidente; menester es además creer en Dios, en el día final, en los ángeles, en el Alcorán, en los profetas, menester es, por el amor de Dios, socorrer a los parientes, huérfanos, pobres, viajeros, cautivos y a todos los que piden; es preciso orar, cumplir las promesas, soportar con resignación la adversidad y los males de la guerra".

En seguida condena Mahoma una costumbre ridícula. Al volver los Árabes de la peregrinación de la Meca, creíanse santificados; y teniendo por profana la puerta por donde solían entrar en sus casas, hacían abrir otra al lado opuesto: así escribió el Profeta: «No consiste la justicia en que entréis por detrás en vuestra casa, sino en temer a Dios. Entrad en vuestras casas por la puerta, y temed al Señor, a fin de que seáis felices. —¡No os caséis con idólatras, hasta que tengan fe. Una esclava fiel vale más que una mujer libre infiel, cuando esta sea más de vuestro agrado. Los infieles os llaman al fuego, y Dios os abre el paraíso. Dios es sabio y poderoso; es el patrón de los creyentes, y los conducirá de las tinieblas a la luz. El demonio es el patrón de los incrédulos; y los conduce de la luz a las tinieblas, y serán precipitados en fuego eterno. "

Cap. 3. "No hay otro Dios que el Dios viviente y eterno. El es quien te ha enviado el libro. De los versículos que lo forman, unos contienen principios evidentes, otros son alegóricos. Los inclinados al error dedícense solo a estos, y queriendo interpretarlos, producirán un cisma. Solo Dios tiene su explicación. Más los hombres consumados en la ciencia dirán: Nosotros creemos en el Alcorán; cuanto contiene viene de Dios. Lenguaje de sabios es este. Qué de más agradable puedo anunciar a los que tienen piedad que jardines regados por los ríos, una vida eterna, esposas purificadas, y la beneficencia del Eterno, que tiene abierto el ojo sobre sus siervos? Tal será la herencia de los que desde la mañana han implorado la misericordia divina. La religión de Dios es el islamismo. Todo el que profese otro culto ningún fruto sacará de él, y será contado entre los réprobos. Dios no guía a los perversos; su recompensa será la maldición de Dios, de los ángeles y de los hombres. Algunos hay que dicen: Nosotros hemos jurado a Dios de no creer a ningún profeta, a no ser que presente una ofrenda que el fuego del cielo consuma. Respóndeseles: Antes que yo viniera ya teníais profetas; e hicieron milagros, y también este de que habláis. Porqué teñisteis en su sangre vuestras manos? Si niegan tu misión, lo mismo hicieron con los profetas que le han precedido, a pesar de que poseían el don de hacer milagros."

Cap. 4. "A los fieles que practiquen la virtud ha prometido Dios la entrada en los jardines por donde corren los ríos. Allí habitarán para siempre. Las promesas del Señor son verdaderas. Los que habrán ejercido la beneficencia y profesado el islamismo entrarán en el paraíso y no serán engañados. Qué religión hay mas santa que el islamismo? qué cosa más grata al Señor que dirigir a él la frente, y hacer bien? Dios es el soberano de los cielos y de la tierra. Él ha predicho en el Alcorán que cuando se explicará su doctrina, la mayor parte no la creerán y se burlaran de ella. No os sentéis junto con los que tal conducta observaren: Tratándolos, llegaréis a ser semejantes a ellos; y Dios reunirá en el infierno al impío y al infiel."

Cap. 5. En este capítulo, encarga Mahoma a sus sectarios que huyan la compañía de judíos y cristianos. "Hacen escarnio de vuestro culto, exclama. No os unáis con los que se mofan de la oración a que se les invita. Están en la ignorancia. —Los judíos incrédulos han sido maldecidos por boca de David y de Jesús, hijo de María; rebeldes é impíos, no se cuidarían de abandonar la senda del crimen, ¡Ay de las maldades de que son culpables! La mayor parte están pervertidos.— Oh creyentes ! el vino, los juegos de suerte, las estatuas y la muerte de las flechas son una abominación inventada por Satanás: absteneos de ella, si no queréis pervertiros.» Este último versículo ha dado margen a frecuentes interpretaciones.

Algunos comentadores del Alcorán creen que el Profeta prohíbe tan solo el exceso de vino, y que es lícito beberlo con tal que no llegue uno a embriagarse; y otros juzgan que la prohibición es absoluta. El historiador Jahia afirma que Dios apartará su vista por espacio de cuarenta días del mahometano que beba vino, y que si se embriagare, no querrá oír su arrepentimiento sino después de otros cuarenta. Sí entretanto muriera el culpable, será tratado como los idólatras, y bañado en ponzoña.

EL ISLAMISMO.

CONTINUACION DEL ARTICULO III (*)⁷.

Tradiciones y leyendas.— Mahoma y el Alcorán.

Cap. 6. Continúa el Eterno hablando a Mahoma: "Aun cuando te hubiésemos enviado un libro escrito, los infieles, tocándolo con sus propias manos, exclamarán: Es una impostura. Si no viene un ángel, dicen, a acompañar al profeta, no lo creemos. Pero, aunque Dios hiciese descender uno del cielo, permanecerán incrédulos. Cierta es su perdición. Sabemos cuánto te afligen sus discursos. No te acusan de impostor, pero los impíos niegan la doctrina divina. También fueron acusados de embusteros los profetas que le han precedido; y sufrieron con resignación la injusticia de los hombres hasta que fuimos a socorrerles, porque la palabra de Dios es Infalible. Ya sabes su historia. Los idólatras llevarán la carta de sus crímenes; terrible carga!»—Creen los musulmanes que al salir un infiel de la tumba, el mal que haya hecho en vida se ofrecerá a sus ojos bajo una forma horrible, y su espantoso rostro y apestado aliento irán acompañados con palabras injuriosas. Aterrado con su presencia, dirá el infiel: Como le llamas?—Soy el mal que tú me has hecho, le contestará el monstruo. En el mundo yo te llevaba; ahora te toca llevarme. Y al punto le saltará sobre los hombros.»

En seguida habla Mahoma con los Árabes: «Qué cosa más impía, exclama, que hacer a Dios cómplice de la mentira? qué cosa más impía que atribuirse revelaciones que jamás han existido? y decir: Yo haré que baje del cielo un libro

⁷ *Álbum pintoresco universal, adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto. Colección de artículos relativos a toda clase de ciencias y artes: parte recopilados de las obras europeas más acreditadas, y parte originales escritos por los principales escritores españoles, como son: Don Pedro de Madrazo, Don Eugenio de Ochoa, Don Pedro Pidal, Don Patricio de la Escosura, Don Antonio María Segovia (El Estudiante).* Tomo Segundo, Barcelona, Imprenta de D. Francisco Oliva, Editor, 1842. Biblioteca Nacional de España, pp. 103-106.

semejante al Alcorán, este libro enviado por Dios? Mirad a los perversos en la agonía de la muerte, cuando el ángel, extendiendo sobre ellos su brazo, pronunciará estas palabras: Volvedme vuestras almas! hoy sufriréis un suplicio ignominioso, digno premio de vuestras blasfemias! —Dios separa el grano de la espiga, el hueso del dátil, y la aurora de las tinieblas; de la vida hace salir la muerte, y de la muerte la vida; él hizo la noche para el reposo. Él es quien puso los astros en el firmamento para guiaros por entre la oscuridad sobre la tierra y sobre los mares. El sabio en todo el universo ve el sello de su poder. Él es quien hace descender la lluvia para fecundar las plantas, quien cubre de verde el suelo, quien hace crecer las palmas, con sus racimos de frutos; a él debéis esas vides, esos olivos, esos granados que enriquecen vuestros huertos. Considerad el nacimiento y la madurez de los frutos, y si tenéis fe, en ellos reconoceréis el poder del Altísimo. Por ventura pueden los impíos darte por iguales dioses que nada crean, que han sido creados, y que son tan incapaces de ayudar a los demás como de ayudarse a sí mismos? Llamadlos al camino de la salvación, y no os seguirán. Orad a ellos, y oigan vuestras súplicas, si es verdacero vuestro culto. Tienen acaso pies para andar, manos para asir, ojos para ver y oídos para oír? No creáis que yo los tema. Es mi protector quien hizo descender el Alcorán.

El protege los justos. Los ídolos a quienes ofrecéis vuestro incienso no pueden socorremos: ni podrían socorremos a sí mismos! Es verdad que veis que sus ojos os miran, pero no os ven.»

Por más que se diga, la religión de Mahoma no es tan absurda como hasta ahora se ha creído; y la mayor parte de esas extrañas y falsas opiniones nacieron en la edad media y [debense](#) a los cristianos del Occidente. Consiste el mahometismo en circular la creencia de que no hay más que un Dios creador del universo, y que Mahoma es su profeta. Aunque llena de mil errores, no deja esta religión de ser sublime si se compara con el culto que Mahoma abolió en su país, y con el de los dos grandes pueblos de la antigüedad, los Griegos y los Romanos, quienes, como que adoptaran el politeísmo, tenían divinidades en las cuales competían lo ridículo y lo obsceno.

Los capítulos 8 y 9 del Alcorán proclaman la necesidad de la venganza: «El incrédulo, que no quiera creer' en el islamismo, es más abyecto a los ojos del Eterno que el bruto. Los que violan el pacto que contigo contrajeron no temen al Señor. Si la suerte de las armas los pusiere en tus manos, aterra con su suplicio a sus secuaces para que escarmienten. Trátalos conforme a sus obras; porque Dios aborrece a los mentirosos. Unid vuestros esfuerzos, reunid vuestros caballos para lanzar el terror

en el corazón de los enemigos de Dios, que son los vuestros. Oh Profeta! la protección de Dios es un asilo suficiente para tí y los fieles, anima a los creyentes para el combate; veinte de ellos destrozarán doscientos infieles; ciento ahuyentarán mil porque los idólatras no tienen fe: Dios es sabio y prudente.

«Anunciad a los infieles suplicios dolorosos; cuando hayan pasado los meses sagrados, dadles muerte do quiera que los encontréis; sitiad sus ciudades, ponedles emboscadas en todas partes. Si se convierten, si cumplen con la oración, dejadlos en paz. El señor es indulgente, y misericordioso. Si os llevan ventaja, ni los vínculos de la sangre ni la santidad de sus alianzas serán bastantes para retraerles del perjurio: Han vendido por un vil interés la doctrina del Alcorán; todas sus acciones llevan el sello de la iniquidad. Os negaréis por ventura a pelear contra un pueblo perjuro que ha echado a vuestro Apóstol? acaso le temeis? Pero acaso no debe ser mas fuerte el temor de Dios, ya que sois fieles? Atacadlos; Dios los castigará por vuestra mano; los cubrirá de oprobio, y hará gracia a quien quisiere, porque es sabio y poderoso. —Los idólatras no pueden entrar en el templo santo; la irreligión que profesan les hace indignos de ello. Sus obras son vanas, y el luego será su morada eterna. Más los que creen en Dios y en el día final, estos visitarán su templo. Juzgáis vosotros que los que se pasean alrededor de los lugares santos tienen igual mérito que el creyente que defiende la fe con las armas en la mano? No a todas sus obras da el Señor igual premio. Los creyentes, que abandonarán el seno de su familia para alistarse bajo los estandartes de Dios, sacrificando así sus bienes y sus vidas, ocuparán en el cielo los puestos más señalados. Dios les promete su misericordia; ellos serán su complacencia, y habitarán los jardines de delicias; donde gozarán eternos placeres, porque magníficas son las recompensas del Señor. Oh creyentes! cesad de amar a vuestros padres y hermanos si estos prefieren la incredulidad a la fe. Si vuestros padres, vuestros hijos, vuestros hermanos, vuestras esposas, vuestros deudos, las riquezas que hubiereis adquirido, el comercio cuya ruina os asuste, el amor a vuestras casas señorean vuestro corazón más que Dios, más que su Enviado y la guerra santa, esperad el juicio del Altísimo. Él no es el guía de los prevaricadores.— Los idólatras son inmundos. No se acerquen al templo de la Meca de este año en adelante. Pelead contra los que no crean en Dios, que no defienden lo que está prohibido por el Eterno y por el Profeta; pelead contra ellos hasta que sean sojuzgados. Dios no ilustra a los impíos. A los que amontonan el oro en sus arcas, y no quieren emplearlo en sostén de la fe, predíles que sufrirán dolorosos tormentos; día vendrá en que este oro, hecho ascua en el fuego del infierno, les será aplicado sobre su frente, sobre su costado y sobre sus riñones; y después se les dirá: He aquí los tesoros que amontonasteis; gozad de ellos ahora! —Oh creyentes! si no marcháis al combate, Dios os castigará severamente; en vuestro lugar pondrá otro

pueblo, y no podréis detener su venganza porque su poder es infinito. Jóvenes y ancianos, sacrificad vuestras riquezas y vuestras vidas en defensa de la fe. No os cabe suerte más gloriosa. ¡Si lo supierais! —Los impíos se unen para imponer el crimen y abolir la justicia; cerradas están sus manos a la limosna; no se acuerdan de Dios porque son prevaricadores. Dios prometió a los malvados y a los infieles el fuego del infierno. Allí expiarán sus maldades, cargados con su maldición y devorados por tormentos eternos. —Los fieles, al contrario, forman una sociedad de amigos. Hacen florecer la justicia, proscriben la iniquidad, son constantes en la oración, pagan el tributo, y obedecen a Dios y a su Enviado. Ellos alcanzarán la misericordia del Señor, porque es sabio y poderoso; y les destina jardines regados por muchos ríos. Cuando estén en las deliciosas mansiones del Edén, gozarán eternamente las gracias del Señor y el placer supremo. —Oh Profeta! combate contra los incrédulos y los impíos; trátalos con rigor. Su morada será el infierno. Los que hacen burla de la limosna de los fieles generosos, de los que para vivir no tienen más que el fruto de su trabajo, y de su credulidad, estos serán la risa de Dios y la víctima de sus tormentos. En vano implorarás por ellos setenta veces la misericordia divina. Dios no los perdonará. Las limosnas deben emplearse en alivio de los pobres, de los menesterosos, de los que se resignan a la voluntad de Dios, en la redención de los cautivos, en socorrer a los que tienen deudas, a los viajeros y en el sostén de la guerra santa. Tal es la distribución prescrita por el Señor. Él es sabio y prudente. — Ni el Profeta ni los creyentes deben interceder por los idólatras, aunque sean sus propios padres, cuando sepan que están sumidos en el infierno, Guerread contra vuestros vecinos infieles. Hallen enemigos implacables, y acordaos que el Altísimo asiste a los que le temen.»

¡Cuánta nobleza de pensamientos y cuántas desapiadadas prescripciones en estos pasajes! Mahoma quiere aterrar a sus enemigos para atraerlos a su creencia; y sin cesar les promete recompensas infinitas en los jardines regados por muchos ríos, recompensas que debían de tener muy poderoso atractivo para aquellas tribus del desierto, que plantan sus tiendas en medio de los ardientes arenales, privados de la límpida corriente de las fuentes y de los ríos. He ahí porque en tiempo de guerra, cuando sus jefes le han fanatizado con algún motivo de religión verdadero o falso, cuando se cree amenazado en su existencia territorial, es el Árabe tan cruel y feroz; pues ninguna repugnancia debe encontrar en cometer los mayores excesos, ya que a ello le autoriza el Alcorán. El Árabe recibe, digámoslo así, con la leche los principios del Alcorán, que de este modo vienen a ser la regla de todas sus ideas, y el móvil de todas sus acciones. Por el Alcorán arrostra la muerte con sorprendente resignación; su creencia le muestra una eternidad más feliz de la vida terrenal; y se lanza a este porvenir sin curarse ni echar menos lo presente. Pero si esta creencia

acalla en él el instinto de su conservación, que es natural al hombre, ¡a cuántos excesos puede arrastrarle cuando prescribe el exterminio de lo que le es extraño! y esto es lo que sucede con este pueblo en las guerras de religión. El Alcorán, que contiene bajo muchos respetos principios de moral dignos de elogio, en tales casos de guerra manda el degüello de los enemigos de la fe musulmana. Todo musulmán está obligado a batirse hasta la muerte con los infieles cuando se declara la guerra: porque del contrario no solo se vería privado los deleites que el Profeta promete a los sucumben en defensa de la fe; sino que tal vez labraría su propia condenación: y gracias a esta creencia, vense ejemplos de un valor fanático que raya en furor.

Cap. 10. "Cuando les explicamos el islamismo, dicen los incrédulos: Tráenos otro Alcorán, o cambia este. Respóndeles: Nada puedo cambiar; yo no escribo más que lo que me es revelado. Si desobedeciese a Dios, amenazárame el suplicio del gran día. Díles: A quererlo Dios, no os hubiese yo leído sus preceptos, ni os los enseñaría. ¿Por ventura no he vivido muchos años entre vosotros? Los impíos no medrarán. Ellos rinden honores divinos a ídolos que ni pueden socorrerlos ni dañarlos, y dicen: He aquí nuestros protectores cerca de Dios. ¡Anatema contra sus dioses quiméricos! El Alcorán es la obra de Dios; confirma la verdad de las escrituras que le preceden, y las interpreta a no dudarlo. El Soberano de los mundos lo hizo descender de los cielos. Acaso diréis que Mahoma es su autor? Respondedles: Traedme un capítulo semejante a los que contiene, y llamad en vuestro auxilio cualquier otro menos Dios, si habláis verdad. (Ya había Mahoma propuesto este desafío, que repite frecuentemente en el Alcorán.) Acusan de falso un libro, cuya doctrina no comprenden y cuyo cumplimiento han podido ver. El Señor conoce los hombres corrompidos. Si le acusan de mentiroso, díles: Mis obras me abonan. Hablen las vuestras en vuestro favor. No seréis responsables de lo que hago; y yo soy inocente de lo que haceis. **Algunos** hay que escucharán tu doctrina; pero puedes acaso bacer que oigan los sordos? carecen de entendimiento. Otros fijarán en tí sus miradas; pero puedes tú alumbrar a los ciegos? Cerrados están a la luz sus ojos!.

Cap. 16. "Yo sé sus propósitos. Un hombre, dicen, dicta el Alcorán a Mahoma. El que ellos sospechan habla; un *idioma extranjero*, y el árabe del Alcorán es puro y elegante.»

Debemos advertir que varias veces acusaron a Mahoma de que no ángeles, sino hombres le instruían. Ciertos escritores pretenden que de cuando en cuando le visitaba un cristiano llamado Caín: otros creen que era un esclavo cristiano librero de profesión; estos afirman que era un musulmán llamado Aich; aquellos dicen que se tomaron este encargo Habert e Infert, dos armeros de la Meca; y efectivamente,

siempre que Mahoma pasaba por delante de su casa, entraba, y ellos le leían el Pentateuco y el Evangelio. La mayoría de los comentadores del Alcorán están acordes en la opinión de que aquellas palabras *un idioma extranjero* designan el persa Salman, en quien tenía Mahoma extremada confianza. Sea como fuere; ello es cierto que el verdadero estilo del Alcorán es purísimo y sumamente elegante, pues está escrito en el dialecto de la tribu de los Loreishs, que es el más limpio y el más noble de los dialectos árabes. El Alcorán es reputado en Arabia modelo de lenguaje, y los musulmanes más ortodoxos, fundándose en el mismo creen que ningún escrito humano podría imitar aquel estilo, cuya perfección consideran como superior a las fuerzas humanas, como un milagro permanente, mayor que el resucitar a un difunto, milagro, en fin, que por sí solo basta para convencer' al mundo del origen celestial del libro; y a este prodigio apeló Mahoma para confirmar su misión. Hormigueando entonces la Arabia en varones cuyo único estudio y ambición se cifraban en sobresalir por la elegancia del estilo, desafió públicamente al más elocuente, a que hiciera un solo capítulo que pudiese sostener la comparación con el Alcorán: y relativamente a este asunto, se cuenta un hecho bastante curioso: Habiendo sido fijado a la puerta del templo de la Meca un poema de Abid, que era uno de los mejores poetas de la Arabia, honra que solo se concedía a las obras más estimadas; no hubo otro poeta que se atreviese a presentar una composición que compitiera con aquella. Mas habiendo sido clavado al lado del poema el segundo capítulo del Alcorán, el mismo Abid, aunque idólatra, entusiasmóse tanto al leer los primeros versículos, que al punto se convirtió a la nueva religión, declarando que tales palabras solo podía dictarlas una persona inspirada por un ser sobrenatural.

La lámina que acompaña este artículo representa la capilla del serrallo de Constantinopla, donde se conservan algunas reliquias de Mahoma , su bandera verde, un vestido de camelote negro, dos dientes, parte de su barba, la estampa de su pie, y algunos vasos y armas. También hay un tapiz de Adoración de Abu-Bekr y el turbante del califa Omar.

EL ISLAMISMO.

Tradiciones y leyendas. —Mahoma y el Alcorán.

ARTICULO IV (*)⁸.

Muchas sectas cuenta la religión mahometana; pero el cisma versa tan solo sobre puntos de la fe muy poco importantes, pues el Alcorán, código civil y sagrado, es venerado igualmente por todos los musulmanes. He aquí los principales puntos de las disidencias que se han suscitado entre los discípulos del Profeta, y producido el cisma de los Persas, que es el más notable:

1 ° Estos reconocen a Ali, yerno de Mahoma, por legitimo sucesor inmediato del Profeta; y no quieren admitir como tales a Abou-Bekr, a Omar y a Ottoman, que le sucedieron antes que Ali.

2º. Los Persas no admiten el *Sunna*, libro de las tradiciones que explica las acciones y palabras del Profeta, porque aquel libro designa como los tres primeros sucesores de Mahoma a Abou-Bekr, a Omar y a Ottoman; y los Turcos, al contrario, consideran el *Sunna* como la obra más sagrada después del Alcorán.

3º. En fin, el tercer punto del cisma concierne al libro de la ley; no que ninguna secta ponga en duda una sola de sus líneas, sino porque motivó la cuestión teológica de si era creado o increado.

Cuando el califato de Almanon y de sus sucesores, ya varios teólogos mahometanos habían promovido esa cuestión con discusiones interminables y extremadamente sutiles; y la mayor parte estuvieron por la creación del Alcorán: más como a poco persiguieron la creencia contraria, formáronse dos sectas, que con el hierro y el fuego respondieron a los argumentos que no podía la razón soltar. Llevado ante el

⁸ Véase las páginas 66, 89 y 103. *Álbum pintoresco universal, adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto. Colección de artículos relativos a toda clase de ciencias y artes: parte recopilados de las obras europeas más acreditadas, y parte originales escritos por los principales escritores españoles, como son: Don Pedro de Madrazo, Don Eugenio de Ochoa, Don Pedro Pidal, Don Patricio de la Escosura, Don Antonio María Segovia (El Estudiante).* Tomo Segundo, Barcelona, Imprenta de D. Francisco Oliva, Editor, 1842. Biblioteca Nacional de España, pp. 306-308.

califa Almanon, un teólogo *sunnita* le recordó que varias veces y bajo juramento había afirmado Mahoma que no compuso él el Alcorán, sino que los capítulos fueron descendiendo del cielo, uno a uno, conforme los había ido anunciando al pueblo. Así pues, decía el doctor, ya que estos escritos han salido de la mano de Dios, deben ser eternos como Dios. No sabía que responder el califa, que no se atrevía a negar la autoridad y cita de Mahoma; bien que, como mejor se servíai del sable que del ingenio, zanjó la cuestión de una vez cortando la cabeza a su adversario. La persecución como siempre sucede, aumentó el número de los prosélitos; y adoptándose después la opinión del Alcorán increado por todos los Persas que forman la secta de los Shutas, pretendieron que ya había sido del mismo dictamen Ali, el yerno y discípulo de Mahoma. Por esto los Turcos los tienen por cismáticos y herejes, y les profesan mayor aversión que a los pueblos cristianos. Continuemos empero las citas de los principales pasajes del Alcorán:

Cap. 18. "Lee el Alcorán que Dios te ha revelado. Su doctrina es inmutable. No hay abrigo contra el Altísimo. Se asiduo con los que le invocan de día y de noche, é imploran su gracia; no apartes de ellos los ojos para darte a los goces de la vida mundana; no seas tú aquel cuyo corazón nos ha olvidado, y que no reconoce otro guía que sus deseos y sus pasiones. Di: La verdad viene de Dios. El hombre libre es de creer o de persistir en la incredulidad. Hemos encendido hogueras para los malos, a quienes rodeará un torbellino de llama y de humo. Y si pidieren alguna mitigación, se les ofrecerá agua que les abrasará la boca como bronce derretido. Ellos tragarán esta espantosa bebida, y serán tendidos sobre un lecho de dolor. El creyente virtuoso no verá morir el bien que hubiere hecho; dueño de los jardines del Edén, donde fluyen los ríos, engalanado con brazaletes de oro, vestido con ropas verdes tejidas de seda, y radiante de gloria, reposará en el lecho nupcial, dichoso premio de la mansión de las delicias.

Cap. 21. El que leerá este capítulo, dice Mahoma, juzgado será con dulzura el día de la resurrección; y los profetas mencionados en el Alcorán le tenderán la mano y le saludarán- «Se acerca el tiempo en que los hombres darán cuenta; y ellos, descuidados, se olvidan de este pensamiento. Solo para mofarse escucharon la lectura del Alcorán. Dado su corazón a los placeres, se han dicho en secreto los impíos: ¿Por ventura Mahoma no es un hombre como nosotros? ¿Y escucharemos a un impostor? Di: Dios sabe lo que pasa en el cielo y en la tierra; todo lo sabe y lo oye. Este libro, añaden ellos, no es más que una confusa porción de fábulas, que él ha inventado y puesto en verso; ¿por qué no nos hace milagros como los demás profetas? Ninguna de las ciudades que hemos destruido ha abrazado la fe. Ellos no creerán. Antes que a ti, hemos enviado hombres inspirados, a quienes no dimos un

cuerpo fantástico; no habitaron por siempre en la tierra; vieron cumplidas nuestras promesas; les salvamos junto con nuestros elegidos, y los incrédulos perecieron. Os hemos enviado un libro para instruiros. ¿Acaso no abriréis los ojos?»

Cap. 22. «El Alcorán es el depósito de la verdadera religión, pero el Señor ilumina a los que quiere. El día de la resurrección juzgará a los creyentes, a los judíos, a los sabeos, a los cristianos, a los magos y a los idólatras, porque él ve todas las cosas. ¿No ves que el sol, la luna, las estrellas, los árboles, los animales y los hombres adoran al Señor? pero muchos mortales están destinados a los suplicios. Aquel a quien Dios despreciare, cubierto será de infamia. El hace lo que quiere. Los creyentes y los incrédulos disputan de Dios; pero los incrédulos tendrán vestidos de fuego, y sobre su cabeza se les echará agua hirviendo que devorará su pellejo y sus entrañas. Serán azotados con palos armados con hierro. Cada vez que el dolor les hiciera salir frenéticos de las llamas, se les volverá a ellas y se les dirá: Catad, catad la pena del fuego. Si te acusan de impostura, recuerda que también así trataron a sus profetas los pueblos de Noé, de Abrahan, de Loth, y de Madian. ¿Acaso a Moisés no se le acusó de embustero? He dejado vivir a los perversos por algún tiempo; después los he castigado, y mis castigos han sido terribles. Cuando se recitan los versículos del Alcorán, véase pintada la indignación en la frente de los infieles, que están a punto de lanzarse sobre el lector. Dí: ¿Os anunciaré algo más amenazante aun? el fuego del infierno es lo que Dios ha prometido a los incrédulos. ¡Ay de los que sean precipitados en él! ¡O idólatras! escuchad esta parábola! Los Dioses, a quienes servís son incapaces de crear una mosca; en vano reunirían sus esfuerzos; y si ese pequeño insecto arrebatara una partícula de lo que les ofrecí, no pueden recobrarla. El adorador y el ídolo son igualmente impotentes."

Cap. 23. «En vez de abrir los ojos, los impíos repiten lo que han dicho sus padres. Preguntadles: ¿Quién es el soberano de los siete cielos, y del trono sublime? Es Dios, responden ellos; ¿y no le temen? Preguntadles: ¿Quién tiene las riendas del universo? quién es aquel que protege y no es protegido? lo sabéis? Dios, responden ellos. ¡Vuestros ojos, pues, siempre estarán cerrados a la luz! Les hemos traído la verdad, y persisten en la mentira. Dios no tiene hijos; ni parte el imperio con otro Dios. Si así fuese, cada uno de ellos querría apropiarse su creación y elevarse sobre un rival. ¡Llor al Altísimo! lejos de él esas blasfemias! su ojo ahonda en la sombra del misterio! todo lo ve. ¡Anatema a los ídolos! Dí: Señor, hazme ver los tormentos que les preparas; no me confundas con los perversos."

Cap. 24.- "Las obras del infiel se parecen al vapor que se eleva en el desierto; el viajero sediento corre a él por agua, y cuando se le acerca, desaparece la ilusión.

Dios castigará a los perversos según su merecido; porque es exacto en sus cuentas. Las obras del infiel también son semejantes a las tinieblas que yacen en los abismos del mar, cubiertas de olas hacinadas y de la oscuridad de las nubes, tinieblas tan espesas, que el hombre que allí se hundiese apenas vería su propio brazo. Aquel a quien Dios niega la verdadera luz, ciertamente ciego es.”

Cap. 25. "Quién es ese apóstol? dicen ellos; bebe y come lo mismo que nosotros; y se pasea en medio de las plazas públicas. Acaso ha bajado del cielo un ángel para inspirarle? nos ha enseñado algún tesoro?. ¿Ha producido un huerto adornado de frutos?, hemos de seguir a un impostor engañado por encantos? Mira a que le comparan! están ciegos. Bendito sea aquel que puede darte bienes más preciosos, jardines regados por ríos, adornados con palacios magníficos, y con deliciosos apartamentos para dormir el medio día ¡”.

Sabido es que los Orientales suelen dormir la siesta. Despachan todos sus quehaceres por la mañana, comen ligeramente a las once, y luego duermen durante las horas más calurosas del día; necesidad engendrada por el ardor del clima. Los Turcos, que entonces pueden descansar junto a un arroyo y a la sombra de unos naranjos, ya se creen dueños del jardín de delicias que Mahoma les promete.

Cap. 27. -Dicen los infieles. Cuando la tumba haya reunido nuestras cenizas con las de nuestros padres; ¿es posible que otra vez volvamos a la vida? Esta promesa con que se nos halaga, y con que se entretuvo a nuestros padres, no es más que una fábula de la antigüedad. ¡Oh! impíos! Cuando se pronuncie el fallo de su perdición, haremos salir de la tierra un monstruo horrible que sin cesar les atormente”.

Este monstruo, que cada comentador del Alcorán ha pintado a su antojo, tendrá cincuenta codos de largo, crines, plumas y dos alas, y correrá con velocidad prodigiosa. Un escritor árabe lo describe con cabeza de buey, ojos de cerdo, orejas de elefante, astas de ciervo, cuello de avestruz, pecho de león, el centro del cuerpo de gato, y los pies de camello. Saldrá de la gran mezquita de la Meca.

EL ISLAMISMO.

Tradiciones y leyendas.—Mahoma y el Alcorán.

ARTICULO IV (*)⁹.

Cap. 29. «Antes del Alcorán, tú no habías leído libro alguno. No es escrito por tu mano; lo caracterizan señales muy marcadas, que están grabadas en el corazón de los que poseen la sabiduría. Solo los malos niegan su evidencia. No quieren, dicen ellos, creerlo hasta que les autoricen a ello algunos milagros. Respóndeles: Los milagros están en la mano *de* Dios, y yo solo de la predicación estoy encargado. El testimonio de Dios me basta contra vosotros. Los que creen en vanos simulacros y niegan el islamismo, perecerán. Te desafían a que apresures el efecto de tus amenazas. Si no estuviese prefijado el instante de la venganza, *ya* hubieran recibido su castigo, pero ella les asaltarán cuando menos la esperen. El infierno rodea a los infieles.»

Cap. 33. Son muy curiosos algunos párrafos de este capítulo: «O profeta! dice el Señor a Mahoma, lícito te es desposarte con las mujeres que hubieres dotado, con las cautivas que he hecho caer en tu poder, con las hijas de tus tíos y de tus tias que huyeron contigo, y con toda mujer fiel que te entregare su corazón. Te concedemos este privilegio. Sabemos cuáles son las leyes del matrimonio que establecimos para los creyentes; y no temas hacerte culpable usando de tus derechos. Dios es indulgente y misericordioso. Tu puedes recibir la mujer que habías desechado, a fin de restituir la alegría al corazón donde reinaba la tristeza. Tu voluntad será su ley. No puedes aumentar el número de tus esposas (Mahoma tenía entonces nueve), ni podrás cambiarlas por otras cuya hermosura te enamore; pero siempre te es lícita la comunicación con tus mujeres esclavas. Dios todo lo observa; es sabio y

⁹ Véase las páginas 86, 89, 103 y 306. *Álbum pintoresco universal, adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto. Colección de artículos relativos a toda clase de ciencias y artes: parte recopilados de las obras europeas más acreditadas, y parte originales escritos por los principales escritores españoles, como son: Don Pedro de Madrazo, Don Eugenio de Ochoa, Don Pedro Pidal, Don Patricio de la Escosura, Don Antonio María Segovia (El Estudiante).* Tomo Segundo, Barcelona, Imprenta de D. Francisco Oliva, Editor, 1842. Biblioteca Nacional de España, pp. 338-340.

vigilante. ¡Oh creyentes! no entren sin su permiso en la casa del Profeta, excepto cuando os convidare a su mesa! Salid de ella separadamente tras la comida; y no prolonguéis vuestras visitas, porque le ofenderíais. Él se sonrojaría de decíroslo, pero Dios no se sonroja de la verdad. Sí algo tenéis que preguntar a sus mujeres, hacedlo a través de un velo; así vuestros corazones, y los de ellas se mantendrán en la pureza. Cuidad de no ofender al ministro del Señor. ¡Oh Profeta! manda a tus esposas, a tus hijas y a las mujeres de los creyentes que se cubran el rostro con un velo, el cual será la señal de su virtud, y el freno de las hablillas del vulgo. Dios es indulgente y misericordioso.»

Cap. 35. " Preguntad a los idólatras: ¿Qué pensáis de vuestros dioses? enseñadme lo que han creído sobre la tierra. Parten con el Todopoderoso el imperio de los cielos? les hemos dado acaso un libro en que puedan fundar su culto? Ellos, esos impíos, prometido han a Dios con los más solemnes juramentos, que si les enviaba un apóstol, seguirían gustosos y solícitos su doctrina. El apóstol ha parecido, y ellos han cobrado mayor aversión a la fe. Que esperan sino la suerte de sus predecesores? porqué los decretos de Dios en inmutables. Acaso no han visto cual fue el fin deplorable de los pueblos, que antes que ellos anduvieron por las sendas de la iniquidad? eran más fuertes y más poderosos que ellos ahora. Mas nada puede oponerse a las voluntades del Altísimo."

El capítulo 36 es el que los Árabes rezan en los entierros, y acompañan grandes recompensas a su lectura. Cuando se lee al lado de un moribundo, a cada letra que se pronuncia bajan del cielo diez, ángeles, que rodean el lecho y oran fervorosamente. Si el enfermo muere, ellos asisten a las abluciones de un cadáver, y siguen silenciosamente el cortejo funeral. El ángel de la muerte respeta al fiel que leyó este capítulo antes de espirar; no puede apoderarse de su alma sino despues que el custodio del paraíso los ha vivificado con ella ya no necesita bañarse en la piscina de los profetas para entrar en la mansión de las delicias.

Cap. 37. "Los verdaderos siervos de Dios tendrán un alimento escogido, frutas exquisitas, y se les servirá con honor; comerán esas frutas para su recreo y no para conservar la salud; dotados de cuerpos inmortales, ninguna necesidad tendrán de preservativos contra las enfermedades. Habitarán en los jardines del placer: llenos de mutua benevolencia, reposarán en el lecho nupcial. Se les ofrecerán copas llenas de agua límpida y de un sabor delicioso. A su lado habrá vírgenes intactas, bajos modestamente sus hermosos ojos,»

Tan seductoras promesas acrecen el fervor de los musulmanes, quienes, cuando creen que no han observado religiosamente los preceptos del Alcorán, o cuando cometieron algún delito, se imponen un castigo llamado el *riadhiat*. Es un absoluto recogimiento que consiste en encerrarse por algunas semanas en un sitio completamente oscuro, sin tomar otro alimento que pan y agua una vez cada veinte y cuatro horas; y durante aquel espacio, y casi sin intervalo, pronuncian el nombre de todos los atributos de Dios en forma de letanía. Como tan penoso ejercicio sumerge en un sueño agitado al que se condena a él, y dándole la dieta sueños ascéticos, no se descuida después de publicar el resultado de sus éxtasis.

Cap. 41. "No escuchéis la lectura del Alcorán, dicen los infieles; haced por sepultarlo en el olvido. Los tormentos castigarán su incredulidad. Les devolveremos el mal que han hecho; llamas eternas serán el premio de los enemigos de Dios que negaron la verdad de su religión. No menos se cebará en tí la calumnia que se cebó en los profetas que te han precedido. Si hubiésemos escrito el Alcorán en un idioma extranjero, hubiesen clamado los impíos: ¿Porqué no está escrito en nuestro idioma? Pregúntales: ¿Es acaso bárbaro su estilo? es Árabe su autor? Los incrédulos tienen un peso en los oídos, no te oirán. Una nube cubre sus ojos; no le verán.»

Cap. 43. "Lo juro por el libro de la instrucción. Lo hemos enviado en árabe para que lo comprendierais; y conservamos el original en el cielo. ¿Porqué sois prevaricadores os hemos de privar de la instrucción divina? Cuántos profetas han anunciado nuestras leyes a los pueblos! y ninguno se libró de las burlas de estos, pretenden los infieles que los ángeles, esos siervos de Dios, son doncellas. Asistieron ellos por ventura a su creación? Añaden: Si Dios lo hubiese querido, nosotros no los hubiéramos adorado. Acaso el Cielo les encargó ese culto? blasfeman. Les hemos acaso enviado libro alguno antes del Alcorán? tienen alguno? Nosotros, continúan, hemos hallado una ciudad, lo mismo les dijeron los principales del pueblo: Nosotros seguimos el culto de nuestros padres. Pero nosotros os traemos una doctrina mejor, decían los apóstoles. Nosotros, respondían los incrédulos, desechamos cuanto nos venís a anunciar. Ved cual fue el castigo de los idólatras."

Cap. 49. «O creyentes! no os anticipéis a la orden del cielo y de su ministro; no levantéis la voz más que el Profeta, ni le habléis con la familiaridad que reina entre vosotros, para que no sean vanas vuestras obras. Dios ha probado la piedad de los que hablan con respeto a su apóstol. Los Árabes dicen: Creemos. Respóndeles: Vosotros no creéis; todavía no ha penetrado la fe en vuestros corazones. Los verdaderos fieles son aquellos que, libres de duda, creen en Dios, en su apóstol, y sacrifican su vida y sus riquezas en defensa de la santa causa. Ellos te dan gracias

de haber abrazado el islamismo. Respóndeles: Esta religión no viene de mí; es un don del cielo.»

Cap. 52. "Oh Mahoma! predica a los infieles; gracias al cielo no eres tu ni mágico ni inspirado por Satanás. Dirán ellos acaso que eres un poeta, y que preciso es esperar a que la suerte disponga de tí? Respóndeles: Esperad, yo esperaré con vosotros. Les inspiran los desvaríos del sueño o la impiedad? no tienen la fe. El Alcorán, dicen, es una ficción ingeniosa, cuyo autor él es. Si esto es cierto, hagan un libro semejante. Han sido sacados de la nada, o se han criado a si mismos? han formado ellos el cielo y la tierra? tienen en su poder los tesoros de los cielos? poseen el imperio supremo? Pueden ellos elevarse a los aires para oír los canticos de los espíritus celestiales? Cuenten lo que oyeron, y den pruebas de ello. Les pedirás tú el precio de tu celo? están cargados de deudas. Saben el porvenir? te preparan emboscadas? los infieles caerán en ellas los primeros. ¡Anatema a sus ídolos!

EL ISLAMISMO.

Tradiciones y leyendas. — Mahoma y el Alcorán.

ARTICULO IV (*)¹⁰.

Cap. 58 y 59. «O creyentes! haced una limosna antes de hablar al Profeta; esta obra será meritoria y os purificará. Si la pobreza se opone a vuestros buenos deseos, Dios es indulgente y misericordioso. —Los que enarbolan el estandarte de la rebelión contra el Señor y su Profeta, cubiertos serán de oprobio. El Eterno ha escrito: Daré la victoria a mis ministros.

- Si hubiésemos hecho descender el Alcorán sobre una montaña, herida de temor religioso se hubiera partido, y abajado respetuosamente su cima. Proponemos estos

¹⁰ Véase las paginas 66, 89, 103, 306 y 338. *Álbum pintoresco universal, adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto. Colección de artículos relativos a toda clase de ciencias y artes: parte recopilados de las obras europeas más acreditadas, y parte originales escritos por los principales escritores españoles, como son: Don Pedro de Madrazo, Don Eugenio de Ochoa, Don Pedro Pidal, Don Patricio de la Escosura, Don Antonio María Segovia (El Estudiante).* Tomo Segundo, Barcelona, Imprenta de D. Francisco Oliva, Editor, 1842. Biblioteca Nacional de España, pp. 354-356.

ejemplos a los hombres para que los mediten. — El Alcorán es el libro por excelencia; ningún libro sagrado lo ha acusado de falsedad.»

Muchos musulmanes, convencidos de ello, saben de memoria el Alcorán y las principales tradiciones de Mahoma; pero esta costumbre de aprender el Alcorán procede de los primitivos tiempos del islamismo, pues al principio las revelaciones del Profeta solo se conservaron en la memoria de sus discípulos. Siempre se han envanecido los Árabes de su asombrosa facilidad en retener cuanto aprenden; y antes del Profeta, no de otro medio se valían para conservar las obras de sus poetas y cuanto interesaba a la gloria nacional. Creían que todo lo que está notado en papel puede alterarse, al paso que esto es imposible en lo que queda encerrado en la memoria; y se comparaban con las arenas de sus desiertos, que absorben todas las aguas pluviales. Mas cuando cundió el islamismo fuera de la Arabia, y luego que los discípulos de Mahoma derramáronse por las naciones extranjeras, fue ya preciso confiar a la pluma todo lo concerniente a la religión y a las instituciones civiles; y de este modo, al mismo tiempo que lo comunicaban a los pueblos conquistados, establecían una especie de tradición que subsistiese en los siglos venideros. Entonces fue cuando salió a luz esta máxima de Mahoma, verdadera o falsa: "La ciencia que no está en el papel, es como perdida;» a la cual se añadió estotra: - La ciencia es la caza, y la escritura es el lazo que la detiene.» Todo se empezó a poner por escrito, particularmente el Alcorán, que los musulmanes deseaban con fervor esparcir por toda la tierra. Sin embargo, muchos han continuado reteniendo de memoria el libro sagrado; y en las historias orientales se lee que Zobeida, esposa del califa Araoun-al-Raschíd, tenía a su servicio cien jóvenes esclavas que cada día recitaban parte del Alcorán, y con el fervor de su celo asemejaban el palacio de Zobeida a un coro celestial; y varios sultanes y califas ha habido que se han envanecido de tan piadosa costumbre: A consecuencia del alto concepto que del Alcorán se han formado los musulmanes, lo leen para el bien de los difuntos; y en todas las mezquitas, y junto a las tumbas de los grandes, véanse hombres que no tienen otra ocupación. También lo recitan para la salud de los enfermos, ó cuando les amenaza algún peligro; y un historiador persa refiere que el hijo de Tamerlán, a punto de dar una batalla decisiva, mando leer doce mil veces el capítulo intitulado la *Victoria*, el mismo que Mahoma pronunció el día de su entrada triunfal en la Meca.

Cap. 68. "Jurólo por la pluma y por lo que escriben los ángeles; no es Satanás, sino el cielo quien te inspira. Te aguarda una recompensa eterna. Tú profesas la religión sublime. Pronto tu veiás, y verán ellos, quien de vosotros es el que yerra. Dios sabe quiénes van extraviados, y quienes andan a la luz de la fe. No sigas los deseos de

los que abjuraron la verdad. Si se portan con mansedumbre, solo lo hacen para excitar tu condescendencia. No imites al blasfemo que se envilece. Huye del maldiciente que sigue la calumnia; huye del que estorba el bien, huye del prevaricador y del injusto. Aléjate del hombre violento y del impúdico. ¡No te fascinen ni el brillo de sus riquezas, ni el número de sus hijos! Le estamparemos en la nariz una señal de fuego.»

Cap. 69. No jurare yo por' lo que veis, no juraré por lo que no veis que el Alcorán es la palabra del Profeta. No es el lenguaje de un poeta; ¡cuán pocos creen esta verdad! No es la obra de un mágico; ¡cuán pocos abren los ojos! El soberano del mundo lo envió del cielo. Si Mahoma hubiese cambiado en algo su doctrina, al punto le hubiéramos asido, y rotóle la vena del corazón. Nadie hubiera podido suspender el cumplimiento de nuestra venganza. El Alcorán instruye a los que temen al Señor; sabemos que muchos de vosotros lo acusan de falsedad, pero el hará que los infieles lancen dolorosos suspiros.»

Todos los demás capítulos no son más que la reproducción de las ideas ya vertidas, en otra forma y estilo; solo en el 98 se nota el siguiente trozo: -Los cristianos, los judíos y los idólatras no se han apartado de tí sino cuando han conocido la evidencia de tu doctrina; los que han recibido las escrituras, no se han dividido sino cuando la verdad ha brillado a sus ojos. Sin embargo, solo se les mandaba que sirviesen al Señor, le manifestasen una fe sincera, adorasen su unidad, observasen la oración, y pagasen el tributo sagrado. Esta es la verdadera religión. En verdad los cristianos, los judíos incrédulos y los idólatras arrojados serán a las hogueras del infierno, donde estarán eternamente, pues son los más perversos de los hombres. Mas los creyentes que practican la virtud son lo más perfecto que crió el cielo. Su recompensa está en las manos de Dios, que puso en ellos toda su delicia.”

Los mahometanos tienen grandísima fe en la eficacia de las palabras contenidas en los capítulos 113 y 114, que son los últimos, míranlas como un soberano específico contra los efectos de la magia, las influencias de la luna, y las tentaciones del maligno espíritu, y rara vez dejan de rezarlas a la mañana y por la noche. Cuentan los comentadores del Alcorán el siguiente hecho para probar la virtud de aquellas palabras: Habiendo un judío, llamado Lobeid, por medio de su arte mágica atado a Mahoma con una cuerda invisible, donde había once nudos; Dios reveló al Profeta el modo de romper el conjuro, haciéndole ver la cuerda encantada, y mandándole que implorase el auxilio del cielo y rezase los dos últimos capítulos del Alcorán. Luego que hubo pronunciado un versículo, desatóse uno de los nudos, y se sintió algo aliviado. Continuó su lectura, y al acabar, ya estaban rotos todos los nudos,

levantándose él gozoso y enteramente libre. Las hijas de Lobeid, que habían encantado al Profeta, soplaban sobre los nudos que hacían en las cuerdas mágicas, de aquí el texto de los dos capítulos venerados.

Cap. 113, " Di: Pongo mi confianza en el Dios de la mañana, para que me libre de los males que cercan a la humanidad, de las influencias de la luna cubierta de tinieblas, de los maleficios de aquellas que soplan sobre los nudos, y de los negros proyectos que trama la envidia.

Cap. 114. "Di; Pongo mi confianza en el Señor de los hombres, rey de los hombres. Dios de los hombres, para que me libre de las seducciones de Satanás que infiltra el mal en los corazones, y me defienda contra las asechanzas de los genios y de los malos.»

En resumen, el islamismo nada contiene que sea incompatible con la sociedad; si así no fuese, ¿cómo se explica su larga existencia en la tierra? Su dogma es el más sencillo: un Dios único y su apóstol. Su moral a veces rebosa justicia y nobleza, y por vía de ejemplo permítasenos citar el juramento que Mahoma hacia prestar a las mujeres que se declaraban musulmanas: «No adoraremos más que a un solo Dios; no robaremos; no procuraremos, y no desobedeceremos al Profeta en cosas justas.» Mucho se engaña quien cree que todos los que abrazaron el islamismo lo hicieron llevados de su afición al robo o de cualquier otro motivo de interés, pues entre tantos precisamente muchos debía haber, que realmente tenían ideas de virtud. Oigamos sobre el particular al intendente de los ídolos de la Caaba, cuando abrazó el islamismo: "Hasta ahora, dice, adorábamos a la piedra que ni ve ni oye; ¿a qué, pues, está el hombre destinado en la tierra sino a hacer buenas obras, para recibir la recompensa en el cielo?.» Y los primeros Medinenses, que se hicieron musulmanes, así hablaron delante de Mahoma:» Nuestros compatriotas hasta el presente se han dado a la borrachera y a todo género de vicios; y nosotros esperamos que, por vuestra poderosa intercesión, Dios les volverá a la senda de la virtud.»

Una causa contribuyó por fatalidad al triunfo del islamismo: el deplorable estado del Oriente. Hallábase entonces el imperio romano reducido a la última postración; los cristianos, únicamente ocupados en sus querellas religiosas, no se cuidaban de contener al enemigo; y no menos triste era la situación de la Persia, donde disputas muy distintas traían agitados los ánimos, al paso que el Estado se desangraba en guerras desastrosas. Apareciendo de repente, con el Alcorán en una mano y el sable en otra, tan pocos obstáculos debían de encontrar los Árabes; que los musulmanes presentan como un milagro la rapidez de sus conquistas, pero, al contrario, el

milagro existiera si, con los medios que tenían a su disposición no hubiesen triunfado.

Mas, ello es que el islamismo solo a la fuerza de las armas debió la mayor parte de su engrandecimiento; y esta única circunstancia basta para distinguirlo del cristianismo, que solo con la divina persuasión *empezó a* esparcirse por el mundo.

LA MECA¹¹.

La Meca está situada en un profundo valle rodeado de montes y peñascos, y es antigua capital de la Arabia, centro de la religión musulmana, y objeto de la veneración de todos los sectarios de Mahoma. Fue conocida de los Griegos bajo el nombre de Macoraba, cuya terminación expresa la extensión de esa ciudad, la que no obstante en el tiempo de su más floreciente estado no llegó a una cuarta parte de la de París. En el día contiene más de 30000 habitantes, y subsiste únicamente por la grande afluencia de peregrinos que de todas partes acuden a visitar la santa Kaaba, templo principal de los mahometanos.

Se ha exagerado mucho la magnificencia del templo de la Meca, sus cien puertas, su dorada cúpula; pero cierto europeo, que entre los árabes se presentó como adorador del Profeta, pudo examinarla a su sabor y circunstanciadamente; y sobre él dice lo que sigue: La gran mezquita de la Meca, llamada la Casa de Dios, o el *Haram*, solo es digna de atención por contener la Kaaba. Entrase a un vasto patio, rodeado de cuatro hileras de columnas, unidas por medio de unos arcos ojivales, de que penden numerosas lámparas, parte ardiendo por la tarde y todas durante la noche del Ramadán. Las columnas tienen 20 pies de altura parte son de mármol blanco, parte de granito y parte de pórfiro. En el centro del patio elévase la Kaaba, edificio que tomó el nombre de su forma cuadrada y al que conducen siete galerías bastante anchas para dar paso a cinco personas que caminen de frente ó alineadas en batalla. Cúbrela una especie de tienda de campaña, de seda negra, y se ve escrita en letras doradas la profesión de fe de los creyentes: «No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta." La costumbre de tener cubierta la Kaaba existía ya antes de Mahoma entre los árabes idólatras.

¹¹ Publicado en *Álbum pintoresco universal, adornado con exquisitas láminas intercaladas en el texto. Colección de artículos relativos a toda clase de ciencias y artes: parte recopilados de las obras europeas más acreditadas, y parte originales escritos por los principales escritores españoles, como son: Don Pedro de Madrazo, Don Eugenio de Ochoa, Don Pedro Pidal, Don Patricio de la Escosura, Don Antonio María Segovia (El Estudiante)*. Tomo Tercero, Barcelona, Imprenta de D. Francisco Oliva, Editor, 1843. Biblioteca Nacional de España, pp. 471-473.

Al lado de la Kaaba, cerca de la puerta de plata hay la célebre piedra negra gastada y pulida en su superficie, por los besos y contacto de los innumerables peregrinos. Trájola según dicen el ángel Gabriel, y Abraham se sentaba en ella mientras se construía la Kaaba. En frente de cada cara de las cuatro que tiene este monumento, hay otros tantos edificios pequeños, en los cuales los imanes de los cuatro ritos de la secta se colocan para dirigir las oraciones de sus comunidades. Antes de Mahoma, hubo en el sitio que ocupa la Kaaba un célebre templo, punto de reunión religiosa de todas las tribus de la Arabia. Destruyólo Mahoma juntamente con trescientas sesenta imágenes a las cuales se hacían sacrificios de carneros y camellos. La puerta de la Kaaba no se abre más que tres veces al año: una para los hombres; otra para las mujeres, y la otra para limpiarla. Los peregrinos dan en torno de ella siete vueltas rezando oraciones y besándola en cada vuelta: las cuatro primeras deben darse de priesa a imitación del profeta, pues ya sabemos que Mahoma para desmentir a sus enemigos que propalaban hallarse gravemente enfermo se echó a correr en torno de la Kaaba rodeándola cuatro veces seguidas.

En cierta parte de la gran Mezquita, se encuentra el pozo de Zemzen, cuya agua amarga y salobre beben los peregrinos y emplean en las abluciones. Este pozo, según dicen los mahometanos, lo abrió milagrosamente el ángel del Señor en favor de Agar, cuando echada de la casa de Abraham iba a perecer de sed en el desierto con su hijo Ismael. Así que llega a la Meca algún peregrino de distinguida clase se inscribe inmediatamente su nombre en el gran libro del jefe del pozo de Zemzen; al mismo tiempo encarga el jefe a un criado que suministre agua al viajero, y lo hace con toda asiduidad. Acostumbran a extender en el suelo del patio muchas esteras con cántaros medio llenos de agua de modo que los que van a sentarse en dichas esteras hallan un piadoso refresco, lo que no deja de tener sus ventajas en ese ardiente clima, y atrae mucha gente al templo muy antes de la hora de las oraciones.

En el templo hay su jefe principal, a quien llaman sheik el haram. Desempeñan el servicio de la Kaaba cuarenta eunucos negros, guardas y criados de la Casa de Dios: llevan como señal distintiva una túnica de lienzo

blanco encima de los ordinarios vestidos atada en la cintura; y además un gran turbante también blanco y una varita en la mano. No trataremos de especificar la innumerable multitud de empleados del templo: tales como los lamparistas o luminarios, despabiladores de lámparas, criados de Ibraim, de la Kaaba y de cada uno de los lugares de los cuatro ritos, porteros, criados de los minarettes, imanes del Cadi, cantores del coro, monkis u observador del sol para avisar la hora de la oración, guarda de la llave, mufti, guías; de suerte que puede decirse *que* la mitad de los habitantes de la Meca o son empleados o sirvientes del templo, aunque no gozan de más salario que las limosnas de los peregrinos: Así es que a la llegada de alguno: todos le cercan y se afanan en prestarle sus servicios, llenarle de atenciones y respetos; todo el mundo se interesa en su salvación y se esfuerza en abrirle las puertas del cielo. En otro tiempo, el gran número de caravanas que acudían allí desde todas las comarcas en que domina el Islamismo subvenía con sus gastos a las necesidades de los habitantes de la Meca, pero ahora que ha menguado muchísimo el concurso de peregrinos, sin disminuir por esto el número de empleados en el templo, las prácticas religiosas resultan a los fieles mucho más caras: todos los empleados acuden al lado del forastero, quien necesita dejar inmensas cantidades para limosnas y gratificaciones; y hasta los peregrinos más pobres, incluso los que solo hacen el viaje a expensas de la caridad pública, se ven obligados a dejar algunos escudos.

Antes debían los peregrinos hacer diferentes estaciones devotas, lo que también producía grandes beneficios a los servidores de la Kaaba, pero los pueblos enemigos todo lo destruyeron. La mezquita y capilla donde nació el Profeta, el lugar en que recibió la primera revelación del cielo, la casa Aboutaleb en que pasó parte de su vida: el sitio a que bajó la milagrosa piedra negra, las capillas de Fathma, hija del Profeta las de Sidi-Mahmoud y otros varios santos lugares en el día ya no existen; y por consiguiente el peregrino se ve privado del mérito espiritual que ganaba visitando esos sitios, al paso que los habitantes de la ciudad han perdido los bienes temporales que les resultaban de tales actos de devoción.

Los Árabes dan a la Meca los títulos más pomposos: llamanla Om el Kara (la madre de las ciudades) la noble, la sublime, la patria de los fieles: está

abierta de todos lados y no tiene más defensa que una fortaleza de grosera construcción residencia del cherif. Las calles en general son regulares y el pavimento arenoso; las casas son de piedra y muy sólidas, con las fachadas adornadas de pinturas lo que les comunica un gracioso aspecto. Imitan estos edificios el estilo pérsico o indiano que se introdujo durante la residencia de los califas en Bagdad. Las peregrinaciones a la Meca forman seis ó siete caravanas: la de Damasco o de Siria, que es la más importante conducida por el pachá; la de Egipto, mandada por un Bey; la de los árabes de Berbería que se junta con las de Damasco, a pocos días de haber salido de la Meca; y las cuatro últimas que llegan de Bagdad y países circunvecinos, sin contar un tropel de viajeros que salen de la India, de Java, de Sumatra, y hasta del fondo de la Nubia. Tanto como el principio de la peregrinación presenta un aspecto alegre y animado, su fin es lúgubre y penoso: a las fatigas consecuentes a un largo viaje suceden los malos resultados de unos alimentos y habitaciones insalubres; estas causas y con frecuencia la falta absoluta de víveres llenan las mezquitas de moribundos, que se hacen conducir a ellas para que les cure la vista de la Kaaba.

Se halla escrito en los sagrados libros de los árabes que el Dedjal, es decir, el Anticristo no entrará nunca en la Meca. Acaso es esta la ciudad entre las mahometanas que más desconoce las artes y las ciencias: pues todo el saber de la población se concreta en leer el Corán. Los habitantes desde la infancia aprenden las oraciones y ceremonias de la Santa peregrinación a la Casa de Dios, a fin de poder ganar dinero desde muy chiquillos guiando a los peregrinos: de modo que se ven niños de cinco y seis años desempeñando estas funciones, yendo en los brazos de los peregrinos. Estas criaturas rezan con voz aguda las oraciones sacramentales al mismo tiempo que dirigen al forastero, y las ceremonias de las varias estaciones. La Meca carece de escuelas regulares; y solo hay algunos doctores que, por capricho, vanidad, o cebo de una retribución van a sentarse debajo las galerías del Haram, donde empiezan a leer en alta voz a fin de atraer a los oyentes que van a alinearse en corro delante del lector: tales son los medios de instrucción con que cuenta la Santa Ciudad: y de ahí resulta que la población es tan ignorante que a ninguna otra puede compararse sobre este punto. Contribuye también a ello la particular situación de la Meca, que se halla en medio del desierto, lejos de todo camino de tránsito. La Arabia está cercada

por las aguas: al oriente tiene el golfo Pérsico; al mediodía, el Océano; al norte el Mediterráneo: el centro de esta península, no puede ser por lo tanto un punto de comunicación entre los países circunvecinos a los que puede irse por mar.

La Meca pues, no está destinada a ser una plaza *de* comercio; y en el árido desierto en donde está situada, sus habitantes no pueden ser agricultores ni pastores: ¿qué recursos pues les queda? La fuerza de las armas que obliga a los demás pueblos a cederles parte de sus productos, o el entusiasmo religioso que lleva a los extranjeros a gastar sus caudales en este país. Estos dos medios juntos hicieron de la Meca una ciudad opulenta en tiempo de los Califas; pero así antes como después de esa gloriosa época la ha sostenido únicamente el entusiasmo religioso, el cual se va enfriando de día en día y de ahí la precaria existencia en que vemos a esa ciudad lo mismo ahora que antes de la misión del Profeta. La Meca siempre ha sido el centro de devoción de los diferentes pueblos; el origen de las peregrinaciones, y la primitiva fundación de su templo asciende a la más remota antigüedad. Mahoma derribo los ídolos que manchaban la Casa de Dios; pero después de una época muy corta de gloria y riquezas adquiridas con las armas cayó de nuevo en la miseria que parece ser su patrimonio: si el templo dejase de existir antes de dos años se hallaría abandonada y desierta.

El árabe es por naturaleza de flaca complexión; pero los habitantes de la Meca en particular parécense a unos esqueletos ambulantes, con un pergamino pegado a los huesos. Esto no es exageración; y sin verlo es imposible formarse una idea de una reunión de hombres tan flacos y descarnados, como los empleados de todos grados y servidores del templo, de modo que parece imposible que estos esqueletos, ó mejor que estas sombras puedan mantenerse en pie. No obstante, los placeres que les aguardan en el Paraíso son una recompensa de sus privaciones y fatal situación en la tierra.

Puede decirse que todos los habitantes de la Meca, o son forasteros, o hijos de tales, excepto algunos beduinos o sus descendientes y un corto número de ancianos oriundos de Mahoma; sin embargo toda esa población heterogénea ha adoptado las mismas costumbres y traje Las mujeres gozan

en esta ciudad de más libertad que en cualquier otra de las mahometanas; acaso en la época floreciente de la Meca el gran concurso de extranjeros contribuyó a pervertirlas; y la miseria y tristeza de los habitantes han acabado por darles una absoluta indiferencia para todo, pues así la opulencia como la pobreza son dos extremos opuestos ambos a la conservación de las antiguas costumbres.

Las mujeres se cubren el rostro como las de Egipto con un lienzo abierto en la parte que corresponde a los ojos, lo que deja visible la mayor parte de la cara, y aun algunas la dejan enteramente descubierta: llevan una especie de capa rayada de azul y blanco y ajustada con gracia, pero al verles la cara se desvanece toda ilusión; pues esta y las manos están pintorreadas de negro, azul o amarillo, y les comunica un aspecto muy desagradable y repugnante, que sin embargo los indígenas encuentran muy bello por la fuerza del hábito. El traje de las mujeres de la Meca puede verse representado exactamente en la lámina que acompaña al presente artículo.

En general, todas las riquezas de los habitantes de esas comarcas consiste en un camello y algunas cabezas de ganado: y viven en tiendas o barracas, sin más muebles que algunas tazas, un caldero, un cántaro, etc., una estera que les sirve de cama, y dos piedras para moler el grano.

Los Historiadores celebran la nobleza del pueblo árabe porque nunca dobló la cerviz al yugo de los Griegos o de los Romanos; pero es una falsa consecuencia de los acontecimientos; puesto que si la Arabia ha tenido la fortuna de conservarse libre de todo dominio extranjero, debe esta ventaja antes a la naturaleza particular de su suelo que al valor de sus habitantes. En efecto, ¿qué general había de ir a sacrificar hombres y caudales en la conquista de unos vastos desiertos y de unas tribus dispersas sin cohesión ni lazo que las una? En la Meca no hay que buscar nada parecido a un prado o a un jardín, allí solo hay piedras y arenas enteramente estériles. Sin embargo, los poetas orientales tan propensos a la hipérbole no han dejado de cantar las delicias de aquel clima.

VIAJE AL MAR ROJO¹².

Aden – Moca. – Bjedda – La Meca. – Medina.

Para recuerdos e inspiraciones no hay como el Oriente; el viajero puede recoger allí un rico botín de sensaciones, cerca de la cuna del mundo, próximo a los sitios donde se cumplieron los destinos de sus primeros padres en las misteriosas épocas antiguas. El mar Rojo, ese lago sagrado que vio desarrollarse junto a sus orillas todas las páginas de esos diferentes dramas sagrados, que son en el día la base de las creencias de todos los pueblos del mundo, ofrece vasta materia a los trabajos favoritos del sabio, del poeta y del artista.

Ése vasto espacio de agua, largo de unas 300 leguas, con 70 de ancho, tiene la forma de una elipse larga cuyo eje principal se dirige del NN. E. al SS. E., su nombre de mar Rojo lo debe un animalillo microscópico de color purpurino que en cierta época del verano cubre la superficie de sus aguas, pues el fondo se halla compuesto de **formaciones** corálicas y de alteraciones submarinas que reposan en arenas amarillas suministrada por la desagregación de las rocas yesosas del litoral y del viento que arrastra eternamente el viento del desierto.

Todos los años reinan en esos parajes dos brisas contrarias y opuestas; el viento del S. sopla desde Mandeb hasta Dejedda, y el del N. desde Suez hasta ese mismo punto; una zona de calmas y de brisas variables separa el lugar donde se encuentran las dos columnas de aire, y permite al cabotaje árabe una comunicación siempre fácil entre ambas orillas. La causa de ese fenómeno meteorológico es muy sencilla; cuando se piensa en la inmensa extensión de arenas ardientes que ofrece la península arábica al enrarecimiento del aire, y por consiguiente en la traslación de columnas más frías llamadas del N. y del S., parezca extraño que no se le haya ocurrido a Mahoma el cubrir con un velo religioso esas consecuencias puramente

¹² "Viaje al Mar Rojo. Aden.- Moca.- Ejedda.- La Meca.- Medina", *Álbum Universal, periódico semanal de ciencias y artes, con retratos, vistas, costumbres y biografías. Bajo la dirección de los srs. Acosta y Pérez, Habana, 1860, pp. 190-195.*

físicas, porque es de notar que de todos los puntos donde se halla esparcido el islamismo es favorable el viento hacía la época del Rhadaman, para todos los buques que llevan a Djedda los peregrinos atraídos por la santa cuaresma.

A la entrada del mar Rojo, y en los confines del océano indico, se eleva un volcán apagado, en cuyo cráter los árabes habían fundado la ciudad de Adén, capital de un estado del mismo nombre. Después de largos años, un príncipe que dependía del imanato de Yemen, gobernaba allí una población activa y numerosa, una rada segura y profunda cuyas aguas bañan el lado N. del volcán, recibía diariamente buquecillos árabes cargados de productos de la India, y numerosos ganados cuidados por los pastores de la ribera abisinia. Esas ventajas hacían de Adén un puerto comerciante y naturalmente fortificado; los ingleses lo conocieron, y después de haber establecido en la ciudad algunas relaciones comerciales, tomando por divisa *dividir es reinar*, introdujeron en todo ese país su fatal política, y bien luego un hermano ambicioso, guiado por sus inspiraciones, se puso a la cabeza de una revolución; y les vendió por una renta crecida el resultado de su victoria y de su crimen, entonces fue en 1839, cuando la Europa sorprendida supo que la Inglaterra poseía su Gibraltar más a las puertas del mar Rojo, y en el camino principal de la India.

La península de Adén se halla formada por inmensos trozos de lavas apagadas, y solo está unida con el Yemen por una lengua de arena estrecha y baja, *más* allá la vista se pierde en medio de masas de arenas y de áridas llanuras de un aspecto desolado. La naturaleza había hecho mucho para que esa roca fuera inexpugnable, lo demás lo hizo el arte. En cada punto de la roca accesible a los pasos del hombre, se puso un cañón, que después amenazó al árabe errante todavía alrededor de su primera morada, ninguno de ellos puede llegar a esa gigantesca fortaleza sin pasar por un largo túnel practicado en la roca, y a la entrada del túnel se registra a todo el mundo. La población, pequeña y sucia, ofrece el aspecto de todos los pueblos árabes, callejuelas infectas, donde reina un calor eterno, una mezquita pequeña, malos bazares, *y* algunos grandes cuarteles donde el tifus y la peste diezman la guarnición de soldados ingleses, tales son los objetos que allí se encuentran.

El comercio y el gobierno han fijado su residencia en la falda de las rocas y sobre el golfo de Adén. Allí se embarcan y desembarcan sin cesar millares de toneladas de carbón de piedra capaces de alimentar grandes flotas de vapores, por la playa desolada se ven algunos persas discípulos de Zoroastres, grandes adoradores del fuego, con sus largos gorros de Astrakan y sus vestidos blancos, a cuya cintura cuelgan el tintero y el clásico pergamino que sirven para las transacciones comerciales; por que aquí la energía de la Inglaterra ha debido ceder ante la inclemencia de un cielo tan terrible, dejando en manos de infelices proscritos el estandarte industrial que ha enarbolado en todos los pueblos del mundo.

Saliendo de Adén en el momento que los altos picos de su volcán principian a desaparecer en el horizonte, se presenta la villa africana del lado opuesto, y ambas tierras, estrechando el brazo de mar que las separa, vienen a dibujar al N. el estrecho de Bab-el-Mandeb.

El cabo de Bab el-Mandeb se halla situado sobre la costa de Asia. Bajo y arenoso, forma con las rocas africanas llamadas las *Hermanas* el estrecho que lleva su nombre, el cual se halla dividido en dos por el islote volcánico de Melum.

La tierra de Abisinia, más alta que la de la Arabia, ofrece a la vista montones de rocas calcáreas que parecen las ruinas de un edificio gigantesco. Sin duda por el aspecto terrible que presentan esos lugares, llamaron los árabes la Puerta de las Lágrimas.

Siguiendo el paseo del mar; y acercándose a las orillas arenosas del Yemen, los buques pueden continuar su marcha. Bien luego, en medio de un fondo de verdura se presenta una ciudad con las paredes blancas sobre la espalda de una colina que acaba al borde de la mar; es Moca. Los pocos buques que se mecen en su rada abierta a todos los vientos, son los que esperan del interior la llegada de las caravanas cargadas de exquisito café de universal renombre. El aspecto pintoresco que presenta la ciudad vista desde las aguas, se desvanece al poner los pies en ella; entonces no se ven más que

ruinas, una calle larga y una mezquita de atrevida concepción son las únicas curiosidades que merecen mencionarse.

Alejándose de Moca, donde los ingleses ejercen una influencia que se aumenta más y más cada día, se sigue la costa arábiga indicada solamente en el horizonte por el resplandor ardiente debido al reflejo de las arenas. Bajo un sol de fuego que inflama el aire con sus rayos, la brisa seca del desierto aumenta todavía la angustia del viajero, cuyos ojos nada distrae, si no es algunos islotes calcinados y las pesadas barcas árabes impelidas con una brisa que llaman fresca, aunque no lo sea.

Sin embargo, entra el azul oscuro del mar, se destaca ya el minarete de una mezquita en ruinas; un buque de palos, donde flota el estandarte del Profeta, oculta apenas un grupo de casas construidas sobre las rocas de la ribera, las que forman la ciudad de Djedda. Este es el último descanso de la peregrinación, pues ese valle árido y arenoso conduce a la ciudad sagrada. Por todas partes se ven tiendas, dromedarios y grupos de peregrinos; todos, desde el osmanlítico y civilizado, hasta el negro de Marruecos, salvaje y haraposo, llevan el turbante verde, indicio seguro de la sagrada caminata; a orillas del camino, indicado por las tumbas de los fieles, y por los muchos esqueletos de dromedarios que cayeron muertos de fatiga, piden limosna los pobres y los santones, unos mostrando llagas asquerosas, y otros ofreciendo rosarios gruesos, en medio de un éxtasis letárgico.

Más allá se presenta el Oriente con todo su horror solemne, no el desierto tal como lo hacen ver los pintores y poetas, sino formando una llanura inmensa y desigual, cubierta de menudos guijarros lisos y brillantes; en esas soledades desoladas nada se encuentra que recuerde la vida; al borde se descubren algunos matorrales raquíuticos, algunas palmeras aisladas, el chacal y la hiena son amos allí, y sí a veces una gacela tímida se aventura a pasar el camino, pronto desaparece en las rocas vecinas.

A 6 leguas de Djedda, en el fondo de aquel estrecho, se ve la Meca, patria de Mahoma, el suelo removido que la rodea atestigua los trabajos de fuegos subterráneos apagados hoy. Y, sin embargo, en medio de ese recinto de rocas cenicientas es donde se oculta el tesoro de gracia que los musulmanes

van a buscar allí de todas las partes del mundo. Todo es sagrado en ese sitio: ¡cuántas frentes inclinadas por la fe besan ese polvo y esas rocas! En medio de todas esas poblaciones devoradas por una ardiente piedad, a las mismas puertas de esos monumentos sagrados, se ve como esa religión se va acabando a la imperecedera luz del cristianismo.

Ocultándose en las ruinas del sagrado recinto, se domina y descubre a media milla de distancia la ciudad de las ciudades, la Meca, capital de Hehjaz que puede parecer algo bonita a los viajeros que no conocen más que las callejuelas tortuosas de las **poblaciones** árabes. Calles anchas, casas elevadas y blancas, con balcones verdes, tejidos con latas de palmera, y adornados con cortinas de mil colores, todo eso da a algunos barrios cierto aspecto que solo se ve en las principales ciudades de Oriente. En primer término, los palacios y las escuelas elevan sus muros **sobre** las azoteas uniformes de las demás casas, más allá los baños, las posadas y las tiendas donde se acampan caravanas enteras, se extienden en anfiteatro hasta la falda de las rocas; las calles arenosas y sin empedrado están cubiertas de un polvillo menudo que el menor soplo levanta en gruesos remolinos. El agua es poquísima y mala; sin embargo, en una de las colinas se distinguen a lo lejos las ruinas de un acueducto que mandó construir la hermosa *Zobeida*, aquella esposa favorita del esposo, del héroe de las *mil y una noches*.

En esa tierra sagrada que no puede alimentar a sus habitantes, el comercio es nulo, toda la industria se limita al alquiler de las posadas y a la venta de ricas telas que los fieles compran a pedazos para colgarlos de los venerados muros de Kaaba.

En medio de la ciudad que ocupa un círculo cuyo diámetro tendrá un kilómetro, se eleva el templo a que debe su celebridad. La mezquita compuesta de un infinito número de construcciones de todos los tiempos, tiene la forma de un inmenso paralelogramo, cuyas paredes desnudas de todo adorno, están blanqueadas con cal; **19** puertas siempre abiertas permiten la entrada a los fieles, en la fachada Norte **se** abre al exterior una galería por medio de una serie de columnas sosteniendo arcos en ojiva, allí se manda llevar los enfermos que desean morir al abrigo de los sagrados pórticos; por último, se elevan sobre el edificio, irregularmente colocados,

siete graciosos minarettes, el 7 es un número misterioso. Solo entrando en la mezquita se puede conocer lo grande que es; más de mil columnas de 30 pies de altura hechas de los mármoles más preciosos, sostienen con las paredes exteriores tres naves formadas por arcos de dos distintos géneros de arquitectura; allí los fieles alumbrados de día y de noche por lámparas de plata maciza, cumplen con los ritos de la religión de Mahoma.

En medio del atrio se eleva el sagrado templo de la Kaaba, el monumento religioso más antiguo que se conoce en el mundo, levantado, según dicen, por Abraham para el culto del Dios verdadero; este edificio, construido con rocas blanquecinas de las que se hallan allí cerca, tiene la forma de un cubo de unos 25 pies de lado, todo el año está cubierto de negro, excepto en los días del Ramadán. Por dentro presenta un vasto salón, con un rico pavimento de mosaico, y **en** sus paredes hay escritas algunas máximas del Alcorán, **eternamente** alumbradas por la luz de las lámparas de **oro macizo**. En el mismo atrio hay otras varias construcciones que sirven de sepultura a los santos **más** venerados; entre ellas se distingue, a la izquierda de la Kaaba, un monumento cuadrado **con** una cúpula, que encierra **una** fuente de agua límpida y fresca, la misma, dice la tradición, que a las súplicas de Agar saltó de una arena ardiente para llamar a la vida a su hijo Ismael, el padre de los árabes. Sobre la puerta principal **se** ve todavía **una** piedra negra encajonada en la pared, de la que sobresale algunas pulgadas. Ese mármol, objeto del cubo más antiguo, es aquel que mucho antes de Mahoma iban a besar los árabes, **como un** precioso fragmento de la roca que los ángeles llevaron a Abraham cuando construía el santuario de la Kaaba.

Por el N. continúa serpenteando el triste valle en medio de la arena y de las rocas; en el camino se distinguen aun las caravanas de los peregrinos que se dirigen hacia Medina para adorar allí la tumba del Profeta. Este viaje no es obligatorio, y no **se** halla comprendido en el de la peregrinación sagrada. Medina, segunda ciudad de Djad, está colocada en el límite del gran desierto arábigo. Distante de la Meca **unas** cien leguas, divide con su compañera el triste privilegio de vivir de la caridad de los fieles; allí fue donde Mahoma, arrojado de su país natal, fue a predicar su nueva doctrina, en el mismo sitio donde hoy se ve su tumba. El templo, construido a imitación del de la **Meca**, es mucho más pequeño; en medio del atrio se

elevan dos palmeras veneradas, plantadas por mano del Profeta; un poco **más** allá, se ve una cúpula sostenida por columnas de mármol blanco. Al rededor del suelo está cubierto con ricas alfombras, y entre las columnas una verja muy cerrada y una gruesa colgadura de damasco verde impiden que descubra el aire el sepulcro de Mahoma. Allí también **duermen** a su lado sus discípulos **Omar** y Abou-Beckr, que deben, el día del juicio, ser despertados por **Jesucristo**, anunciando desde lo alto de ese monumento el fin de los siglos, cerca de la tumba existe el pulpito donde predicó Mahoma las primeras veces. La ciudad, pequeña y mal construida, se halla rodeada de una triple hilera de murallas, hoy en ruinas; en medio se eleva una fortaleza donde flota el pabellón egipcio.

Tales son los santos lugares, los monumentos cuya posesión disputada a la Puerta por el Egipto victorioso, estuvo a punto de perder la paz del mundo.

LOS IMPERIOS ARABES

Su civilización desde el siglo VIII al XIII

I.—Imperios árabes

LOS CALIFAS.

La revolución que derribó a los omniadas en provecho de los abasidas fue obra de un partido religioso que la había preparado desde hacía un siglo, aprovechándose de la agitación del país o haciendo una oculta propaganda.

Los nuevos califas no fueron ya a Damasco. Operábase en Siria una marcada reacción en favor de la dinastía destituida, y prefirieron establecerse en Irak, que desde hacía mucho tiempo se había declarado por su causa. Kufa y Haschmey sirviéronles de residencia primeramente, y hacia el año 760, Abu-Djafar-el-Mansür, el segundo de los abasidas, fundó junto al Tigris la ciudad de Bagdad, de la cual hizo la capital de su Imperio. Con esto se apartaba demasiado de las provincias de Occidente, que no tardaron en emanciparse de una autoridad ejercida desde muy lejos para que fuese efectiva.

España, que dependía del gobierno árabe de Africa, hallábase desamparada, viéndose perturbadísima a cada momento por las discordias y las guerras civiles. El omniada Abderrahman, que había llegado a ella huyendo a través de Africa, fue acogido con gran entusiasmo por las colonias sirias, que por una tradición de fidelidad permanecían ligadas a su dinastía. Se apoderó del país, derrotó a Ala-ibn-Moghir, enviado contra él desde Bagdad, y como testimonio de su victoria remitió al califa la cabeza de su adversario juntamente con sus credenciales. Dueño ya del reino, lo conservaron sus descendientes durante más de tres siglos; pero hasta el año 929, gobernando el más notable de todos, Abderrahman III, no tomaron el título de califas. Hasta entonces los soberanos de Córdoba, corte del nuevo Imperio musulmán, se llamaron emires, sultanes ó hijos de los califas.

Aunque independiente de hecho y enemiga de los abasidas, España no se había separado en todo de su obediencia.

Mientras tanto, se sucedieron en Africa cincuenta años de completa anarquía, promoviéndola las rivalidades de los gobernadores, las sediciones de las milicias árabes y la insurrección de los bereberes, que acabaron por formar al Oeste los principados de Tiaret y de Sidjilmeza, aclamando a Alí Edris, que se tituló califa e imán. Su hijo, Edris II, fundó, en 808, la ciudad de Fez. A partir del año 800, Ibrahim-ben-el-Aghlab y sus descendientes los aghlabitas fueron investidos por los califas abasidas con la autoridad de gobernadores hereditarios de Africa. Dispusieron de ejército y de una armada, conquistaron la isla de Sicilia y amenazaron constantemente a Italia, pero en la antigua Mauritania y en el Moghreb tropezaron con la poderosísima influencia de los omniadas españoles, no pudiendo reconquistar aquellos territorios, ni los reinos de Fez, Tiaret y Sidjilmeza.

Al comenzar el siglo X aparecieron los fatimitas, que se titulaban verdaderos descendientes de Alí y de Fátima (hija de Mahoma); pero este origen no estaba bien probado, y uno de ellos, Moez, en un arranque de brutal franqueza, decía, golpeando su espada: «He aquí mi genealogía.» Apoyados por los bereberes de Ketama y Senhadja, derrotaron a los aghlabitas, arrebatándoles su poder; instalaron su capital en Cairuán, como califas y no como virreyes, y consiguieron la preponderancia sobre el Mediterráneo, disputando el Moghreb a los omniadas, mientras que los kármatas, sus aliados, recorrían Arabia y Siria. En 969, los fatimitas conquistaron Egipto, fundando la ciudad del Cairo, a la que trasladaron su capitalidad, que después de Cairuán, había estado en Mehedia (Túnez).

Los abasidas continuaban entronizados en Bagdad. Después de los grandes reinados de Abu-el-Abbas (750-754), Abu-Djafar-el-Mansur (754- 775), El Mahdi (775-785), Harun- el-Raschid (785-809), Mamun (813-833), y Motasim (833-842), comenzó la decadencia de esta dinastía.

Sucedieron nueve califas hasta el año 908, y otros tres hasta el 940, en que los emires-el-omra (emires de emires) subordinaron al califato. En todas partes aparecían dinastías militares o indígenas que desgarraban en su propio beneficio trozos del Imperio: Korasan, Afghanistan, Persia, Mesopotamia y Egipto fueron emancipándose del yugo de Bagdad.

La unidad política había dejado de existir poco después de la caída de los omniadas; pero en los siglos VIII y IX, excepción hecha de los edrisitas y algunos reducidos principados de Africa, todos los Estados musulmanes reconocían aún la soberanía de los califas de Bagdad. Su autoridad religiosa apenas si era discutida en España. Existía, pues, un solo califa, cuyo poder temporal había sufrido más de un agravio, pero que seguía siendo á pesar de todo el jefe espiritual del Islamismo.

En el siglo X cambió esta situación. Después de las victorias del fatimita Obeidalah y de la proclamación de Abderrahman III, hubo tres califas que mandaban en Bagdad, en Córdoba y en Africa, repartiéndose el mundo musulmán. Sus fuerzas no eran iguales.

Mientras que los fatimitas y los omniadas aparecían como conquistadores y como jefes de un imperio, los abasidas holgaban, sirviendo de juego a los mercenarios turcos y a los mayordomos de palacio, los emires-el-omra. Aún conservaban, sin embargo, el mayor territorio y el mayor número de fieles y su dinastía había de sobrevivir a las otras.

EL CALIFATO DE BAGDAD.

La época más floreciente del califato de Bagdad fué desde fines del siglo VIII a los comienzos del IX. Por entonces se afirmó la dinastía de los abasidas, desapareció (en Oriente, cuando menos) la amenaza de los omniadas y se sofocaron prontamente las insurrecciones que habían provocado los alides. En el exterior, los cázaros de las fronteras de Armenia y los bizantinos del Asia Menor, únicos enemigos que eran de temer, fueron contenidos o rechazados. La emperatriz Irene y su sucesor Nicéforo I suscribieron tratados humillantes. El califato comprendía 28 provincias, extendiéndose del Indo al Atlántico y del Cáucaso hasta el Sahara. El extremo occidental, España y Moghreb, se había separado, pero todo lo demás del antiguo Imperio le estaba sometido.

Una organización de sencillo mecanismo, muy fácil de manejar, enlazaba todas las partes de este inmenso cuerpo. Los artesanos y los mercaderes formaban agrupaciones al mando de síndicos. Los cristianos tenían sus metropolitanos y sus obispos que al mismo tiempo que religiosos eran jefes civiles. Los judíos contaban con su príncipe del cautiverio, que residía en Bagdad. El cadi administraba justicia en la ciudad y el mohtesib, encargado de la vigilancia de las calles y los mercados, mantenía el orden, castigaba el fraude y apaciguaba las contiendas. Por encima de estas autoridades locales, estaba el gobernador que mandaba el ejército, guardaba las fronteras, reprimía las sublevaciones, y hacía pagar el impuesto. Si estaban muy lejos como los aghlabitas, convertíanse en una especie de virreyes inamovibles y hereditarios que podían mandar como mejor les pareciere, siempre que remitieran puntualmente los tributos. Los otros gobernadores tenían una autoridad más limitada sometidos á los divanes de Bagdad que inspeccionaban sus actos, señalaban el reparto de los impuestos y nombraban sus tesoreros y recaudadores.

Los jefes de postas salían directamente nombrados de Bagdad. Estaban encargados del servicio de correos y de palomas mensajeras; tenían que informar al poder central de cuanto ocurría, denunciando las arbitrariedades de los gobernadores.

Si el caso era grave, el castigo no se hacía esperar. Siendo califa Harun, se sublevó el Korasan ante ciertas depredaciones cometidas por el emir Alí. El califa fue informado oportunamente; pero el Korasan estaba muy lejos, Alí disponía de las tropas y podía temerse una sublevación. Hartama, hombre de confianza del califa, fue encargado ostensiblemente de conducir refuerzos al emir. Llegó hasta él con la mayor cortesía, le cedió el paso para entrar en Merv, y después, súbitamente, le comunicó su destitución. Fue preso, confiscados sus bienes, y todos los días, cargado de cadenas, tenía que asistir a la audiencia abierta en la mezquita por su sucesor para oír las quejas de los perjudicados. Todo aquel que probaba su daño era indemnizado inmediatamente a costa de los bienes de Alí.

Valiéndose de estas ejecuciones, logró Harun imponer su autoridad hasta en los últimos límites del Imperio, desembarazándose de los agentes infieles y peligrosos. Su sobrenombre de Rachid, el Justo, vivirá siempre en la historia.

El tesoro de los abasidas era alimentado por los mismos impuestos directos que habían establecido el profeta y los primeros califas: una contribución territorial, zekkat, que pagaban los propietarios musulmanes, y jarach, los no musulmanes, y un impuesto personal, la capitación o djezich, que tributaban los no musulmanes, atemperándola a los recursos del contribuyente, que eran clasificados en tres clases, por regla general.

El Estado, además de las contribuciones indirectas provenientes de sus dominios, percibía los derechos de aduanas, explotaba las minas, disponía de las tierras baldías e incultas, y recogía los bienes que quedaban sin herederos.

Los impuestos eran pagados parte en metálico y parte en especie, para lo cual cada provincia tenía que destinar lo mejor de sus productos agrícolas o industriales. Las cifras de las rentas variaban entre 300 a 400 millones de dirhems, o sea de 180 a 240 millones de francos, que teniendo en cuenta el valor actual del dinero, representa una suma diez veces mayor. Así, pues, los califas disponían de un presupuesto de ingreso de dos mil millones, aproximadamente, y como la mayor parte de los gastos de administración eran por cuenta de los poderes locales, podían aplicar aquella enorme suma a su ejército, a obras de utilidad general o de magnificencia, al dispendio de su lujo y a sus larguezas imperiales.

El ejército era permanente. Se reclutaba por alistamiento voluntario, percibiendo la misma soldada en tiempo de paz. Para ingresar en él se necesitaba ser musulmán, de condición libre, haber llegado a la mayor edad, estar sano de cuerpo y espíritu, y ser apto para los ejercicios militares. Este ejército se distribuía en divisiones que ocupaban las provincias; las divisiones más aguerridas se repartían por las fronteras o guarnecían la capital. El ejército de Bagdad contaba hasta 50.000 hombres.

Al principio, estas divisiones locales estuvieron formadas por colonias militares árabes, diseminadas por todas partes, después de la conquista; pero, poco a poco, se introdujeron los elementos indígenas, que acabaron por predominar.

Estas tropas se batían bien. En las guerras contra el Imperio bizantino casi siempre se llevaron la mejor parte, pero amaban el pillaje más que la guerra y eran insaciables, turbulentas e indisciplinadas. Las milicias árabes de las provincias repetían de cuando en cuando las antiguas querellas de tribu. Los indígenas se asociaban al emir que los mandaba, sobre todo si era de su raza, y le seguían hasta la rebelión.

La guarnición de Bagdad se aprovechaba de los cambios de poder para exigir una gratificación a los nuevos califas. En 785, a la muerte de Mahdi, amenazó con rechazar el juramento de su sucesor si antes no le abonaba la paga de dos años. Después de muchas discusiones llegó a conformarse con la mitad de lo exigido. A la muerte de Harun, su primogénito El Amin le pagó, sin regatear, dos anualidades. Era como el donativum romano. En vista de esto, los califas se decidieron a reclutar mercenarios singularmente entre los turcos, cuyas poblaciones, necesitadas y belicosas, facilitaban hombres a bajo precio. Siendo califa Motasim habían ya siete mil en la guardia imperial y en los cuerpos principales; pero, andando el tiempo, estos mercenarios habían de ser más exigentes y más peligrosos que el antiguo ejército árabe.

Los divanes estaban al frente de los diversos asuntos de gobierno. Uno se cuidaba del ejército, ocupándose de reclutamientos, sueldos y aprovisionamientos; era el ministro de la Guerra. Otro, que venía a ser el de Hacienda, dirigía lo referente a los impuestos y al dominio público. Otro nombraba al personal, otro liquidaba las cuentas de ingresos y ordenaba los gastos, otro publicaba los decretos del califa. El personal ocupado en estas dependencias era más estable y estaba menos expuesto a las revoluciones palatinas que los altos funcionarios y dignatarios que se hallaban más cerca del sultán: el director general de postas, el jefe de la policía, el hadjib o gran chambelán, el visir.

El califa residía unas veces en Bagdad y otras en el campo, en sus quintas de Samua, cerca de la capital, o de Raca, en los alrededores de Mosul. En Bagdad, el palacio imperial, con los edificios en que estaban instaladas las oficinas, los cuarteles para la guardia y las mansiones de los grandes personajes, formaba en las afueras de la ciudad, atareada y ruinoso, una población distinta, un Versalles oriental, en el que vivía un pueblo de funcionarios, cortesanos, teólogos, poetas, cantores, eunucos y pretendientes. Toda aquella multitud estaba allí para el servicio del Imperio y más aún para el del amo, para obedecer sus órdenes, para cumplir sus caprichos, para divertir sus ocios y para formar en sus fiestas.

Los salones de recepción estaban decorados con un lujo maravilloso; llenos de columnas de mármoles magníficos, alicatados de estuco y porcelana, maderas preciosas talladas, muebles incrustados de nácar, vasos de oro, de plata y de cristal, armas recamadas de pedrería, mullidos tapices de infinidad de colores y colgaduras de seda bordadas en oro. Siete mil eunucos y seiscientos servidores, vestidos de riquísimos tejidos, servían de viviente decoración entre aquellas magnificencias. Cien leones rugían en las jaulas. Un árbol de oro y de plata, con diez y ocho ramas cargadas de hojas y de pájaros, levantábase en el centro de un salón. Las hojas y los pájaros eran joyas de piedras preciosas. Y aquel árbol, como los de los bosques, balanceábase al impulso del viento, sus ramas se agitaban, movíanse sus hojas y cantaban sus pájaros. Allí daba el califa sus audiencias solemnes y allí recibía a los embajadores extranjeros, bizantinos, chinos o francos, que salían deslumbradas de aquel esplendor de riqueza y de poder. Al fondo de los jardines, recatados por la sombra y en medio de flores y de fuentes, estaban los pabellones íntimos, los gabinetes perfumados en que el príncipe descansaba de las fatigas de reinar.

En medio de estas magnificencias, el califa no era ya el vicario del enviado de Dios, el jefe religioso del pueblo árabe. No recordaba a los primeros sucesores del profeta, sino a los antiguos señores del país, los poderosos déspotas de Caldea y de Persia, los monarcas sasanidas, cuya herencia había recogido y cuya tradición continuaba. Para los persas era el sucesor verdaderamente, pues obedecíanle como príncipe y adorábanle como Dios. Ciertos hombres del Korasan, los ravendianos fueron a prosternarse ante Mansur: «He ahí a Dios—exclamaban—, tiene algo de él.» Mansur aceptó estos homenajes hasta que, pasado algún tiempo, pudo advertir que no estaban conformes con la ortodoxia musulmana y entonces exterminó sin piedad a sus adoradores. Fue un enérgico hombre de Estado, pero nunca sintió la piedad.

En el apogeo de la dinastía abasida, aparecen los conquistadores y los grandes políticos, pero todos son violentos, perversos y sanguinarios. Harun el Justo asesinó, como medida de precaución, a todos los descendientes de Alí que pudo alcanzar,

incluso a los que sabía que eran completamente inofensivos y hasta los que acudieron a su corte confiados en la eficacia de un salvoconducto. Durante su último viaje al Korasan, enfermo ya y moribundo, hizo llamar a un cierto Bechir, que había tomado parte en una revuelta. «Dispuso que un matarife le amputase todos los huesos, le arrancara las falanges de las manos y de los pies y le descuartizase.» Este espíritu, cauteloso y cruel, se manifestó singularmente en la tragedia de los barmecidas. Eran de una familia de origen persa; se habían convertido recientemente al mahometismo y estaban mal mirados por los devotos musulmanes.

Su gran inteligencia se había demostrado en señaladísimos servicios. El primero de los barmecidas, Kalid, fue ministro de Abu-el-Abbas y de Mansur, y a él, indudablemente, se debió la reorganización administrativa realizada por este último califa. Yahía, hijo de Kalid, había sido preceptor de Harun y después ejerció el visirato, al cual fueron asociados sus hijos Fadhl y Djafar, compañeros de infancia del califa. Harun les manifestó la más viva amistad y la más afectuosa confianza, siendo merecedores de ella.

Su indiscutible suficiencia, y más que esto, su generosidad sin límites, les habían proporcionado un gran número de adictos. Los poetas cantaban sus glorias: eran «astros refulgentes; mares inmensos; torrentes avasalladores; benéfica lluvia.» ¿Sintió envidia, Harun, ante la popularidad de estos ministros, o quiso solamente atender las acusaciones de impiedad que contra ellos se levantaban? Durante mucho tiempo nada manifestó. A Djafar, el barmecida preferido, le concedió por esposa a su hermana Abbasa. Después, por un capricho de déspota, interrumpió sus relaciones, pero fueron renovadas y nació un hijo de esta unión. Desde entonces, resuelta la pérdida de los barmecidas, se fue preparando con un verdadero refinamiento de crueldad. El califa les llevó consigo a la Meca, colmándoles de beneficios y atenciones. Al regreso se detuvo en Anbar y recomendó a Djafar que fuera muy feliz. «Hacia la hora de la plegaria vespertina un servidor de Harun le llevó dulces, frutas y perfumes de parte del califa. Antes de la oración de la noche le envió nuevos presentes y aun le obsequió por tercera vez.» A media noche, el califa abandonó la tienda de sus mujeres, llamó al eunuco Mesrour, y le ordenó: «Busca a Djafar, llévale a tu tienda, donde le cortarás la cabeza y traémela en seguida.» El anciano Yahía murió en una prisión. Fadhl y todos sus parientes perecieron asesinados. Esta tragedia produjo una sensación profunda; los barmecidas fueron llorados por todos.

«Desde que os ha perdido el mundo ¿hijos de Barmak!— exclamaba el poeta Abu Nonas—, ya no se ven los caminos cubiertos de viajeros al nacer la aurora y al morir el astro del día.» Harun mismo confesó públicamente que había perdido mucho con sacrificar a tales servidores.

Antes de los barmecidas, y aun después de ellos, sufrieron la misma suerte otros muchos ministros. Estos califas no se conducían mejor con su familia. El Hadi, hermano de Harun y predecesor suyo, meditó la muerte de todos los alides y de todos los parientes que pudieran ser sus competidores. Quiso envenenar a su madre Kaizoran, pero ésta se le anticipó haciéndole estrangular por dos esclavas. El Amin y Mamun, hijos de Harun, se disputaban el Imperio, el mayor fue muerto en Bagdad y el asesino envió la cabeza a su hermano. Motasim, califa por la renuncia de su sobrino Abbas, le mandó matar. Motaokel fue asesinado por los soldados en presencia de su hijo Mintasir, que lo había ordenado. Todas estas atrocidades, todos estos asesinatos, parricidios y traiciones los relatan tranquilamente los historiadores musulmanes, sin que les inspiren ninguna indignación. En cambio, no escatiman elogios, ensalzando las generosidades y grandeza de alma de estos mismos califas. Mahdi, en su peregrinación a la Meca, gastó 500.000 dinars, treinta millones de dirhems. A un poeta, por una sola composición, le dió 70.000 dirhems. Harun pagó 10.000 dirhems a un cantor. Después, entusiasmado ante una fiesta que le habían preparado Zobeida, su mujer, y su hermana Olajja, con cien mil esclavas cantantes, hizo repartir entre los artistas y los concurrentes todo el dinero que había en el Tesoro. Estas extravagantes liberalidades les ponían muy alto, a juicio de sus subditos, disculpándoles de todos sus crímenes. Uno solo de los abasidas, Mahdi, pareció animado de verdadera piedad. Levantábase de noche para orar, fundíase en lágrimas leyendo el Corán y perdonaba a sus enemigos al salir de estas efusiones. Para los otros, la religión no fue más que un asunto de práctica externa, un motivo de brillantes manifestaciones y un pretexto de peregrinaciones fastuosas. Lo prueba el que tuviesen en su corte infieles, herejes y librepensadores como los barmecidas y como Afchin, ministro de Motasim, tan poco musulmán que declaraba no estar circuncidado. Ciertamente es que Mamun, segundo hijo de Harun, persiguió a los ortodoxos y que más tarde Motaokel, emprendió una sangrienta reacción en la que fueron envueltos los cristianos y los judíos con los librepensadores y los herejes; pero ortodoxos o herejes, creyentes o escépticos, todos los califas de Bagdad llevaron la misma existencia de placeres. La voluptuosidad nativa de su raza se refinó y se desbordó en el enervamiento del placer continuo. Las fiestas se sucedían sin cesar, y cuando el califa se apartaba del cuidado de los negocios y de la fatiga de los sentidos, lo hacía bebiendo vino a copa llena y escuchando a músicos y cantores.

«Contra todo disgusto y toda cólera te recomiendo tres copas rebosantes, espumosas y aun otras tres y cuatro más, que hacen diez...»

Así cantaba el músico Ibrahim en presencia de Harun.

Terminada la canción, el califa se hizo escanciar tres copas, y después otras tres. Mandó repetir la canción, bebió cuatro copas más, hasta completar las diez, y luego, el señor del mundo se sumió en el sueño bestial de la borrachera.

EL CALIFATO DE CÓRDOBA.

Hasta en los días de su mayor esplendor, el califato de Córdoba se redujo a un territorio limitado. Fuera de la Península sólo tenía las Baleares y una parte del Moghreb y en España lo estrechaba el crecimiento de los Estados cristianos. El principado de Pelayo, convertido en reino de León, traspasaba el Duero. A fines del noveno siglo, el condado de Castilla constituyó una especie de puesto avanzado. Las antiguas marcas francas, transformadas en el reino de Navarra y el condado de Cataluña, oprimían a Aragón que aún era musulmán. El resto de la Península no se vio sometido a su sola autoridad, sino hasta el siglo X. Durante todo el período anterior los jefes árabes, investidos de la función de valí ó gobernador, fueron otros tantos reyes en sus respectivas demarcaciones. Al lado de ellos, los jefes bereberes o indígenas, encerrados en sus castillos o fortificados en las ciudades sólo por fórmula admitían la autoridad del califa omniado o se rebelaban francamente contra él.

Omar-ben-Hafsum, acantonado en las montañas entre Málaga y Ronda, luchó victoriosamente contra los sultanes Mohammed, Almondir y Abdalá, fundando en plena Andalucía un reino completamente español. En 912, al advenimiento de Abderrahman III, Omar seguía luchando a pesar de haberle restado fuerzas entre los musulmanes españoles su conversión al cristianismo. Después de su muerte, Abderrahman III derrotó a sus hijos, apoderándose de la inexpugnable fortaleza de Bobastro. Destruyó o sometió los otros principados árabes, bereberes o españoles, conquistando Sevilla a los Beni-Hadjadj, la frontera superior, o sea Aragón, a los Beni Casi, sometiendo a Toledo y reuniendo en su mano todo el poder de la España musulmana. Los Estados cristianos del Norte se dispusieron prontamente a la lucha, pero vencidos en combates sangrientos y debilitados por sus discordias, acabaron por pedir la paz.

Sancho, rey de León, acudió a Córdoba con su tío, el rey de Navarra, y su abuela la reina Toda, para solicitar contra un rival la ayuda del califa. Abderrahman, queriendo fomentar las divisiones entre los príncipes cristianos, no se la concedió. Contra los fatimitas, sus adversarios más poderosos, halló en el Moghreb y en el Mediterráneo, aliados de todas clases, desde el bereber Abu-Yezid, hasta el rey de Italia, Hugo de Provenza y el emperador de Constantinopla. Las embajadas italianas, francas, alemanas y bizantinas se sucedían en Córdoba.

Este contemporáneo de Carlos el Calvo, pensaba y se conducía como un soberano moderno. Los prejuicios de raza y de religión no le impulsaban ni le contenían. Su política sólo se inspiraba en la razón de Estado.

El poder de los omniadas se mantuvo a la misma altura durante el reinado de Alhacam II, hijo de Abderrahman, príncipe culto, humanitario, apasionado por los libros y amigo de los filósofos, de los sabios y los poetas. Aún alcanzó mayor esplendor en el largo reinado de Hixem II, gobernando el gran ministro Ibn-Abi-Ámir, que mereció el sobrenombre de Almanzor, el Victorioso. Procedía de la nobleza árabe y se había preparado para la carrera administrativa siguiendo los cursos que se explicaban en la Universidad de Córdoba.

Comenzó desempeñando los empleos más humildes, pero su inmensa ambición, una extraordinaria fuerza de voluntad, su talento, sus servicios y sus intrigas le elevaron hasta las más altas funciones.

Después de la muerte de Alhacam II, derrotó a sus rivales, dominó a la nobleza, contenida ya por la dura mano de Abderrahman III, puso en tutela a Hixem, y no atreviéndose a tomar el título de califa se hizo llamar sultán. Jamás el imperio de Córdoba había sido tan fuerte. Almanzor condujo en persona cincuenta expediciones contra los cristianos. Tomó muchas ciudades, entre ellas tres capitales: León, Pamplona y Barcelona, y Santiago de Compostela, que ya se reverenciaba en toda la Europa latina. Gallegos, navarros y catalanes le temían. En una de sus campañas, un portaestandarte olvidó su bandera frente a una plaza, y la bandera tremoló allí varios días, sin que nadie se atreviese a salir para averiguar si los musulmanes se habían marchado.

En sus líneas generales de organización, el califato de Córdoba recordaba al de Bagdad. Realmente no podía ser de otro modo, puesto que la legislación religiosa, de la cual provenía todo el derecho público y privado, era en ambos Estados la misma. El califa, jefe supremo, delegaba sus poderes en los emires o walies de las provincias, que reunían el mando y la administración. Los walíes tenían como lugartenientes a los visires, y éstos a los caídes, jefes de ciudad o de cantón. Administraban justicia los cadíes, pudiéndose apelar ante un magistrado regional, el cadí de los cadíes, y en última instancia, ante el mismo príncipe. Cobrábase, como en Oriente, el zekkat, el jarach y la capitación o djezich. La propiedad, las minas y las aduanas contribuían con sus impuestos. Los califas establecieron un sistema de contribuciones indirectas que más tarde copiaron los reyes cristianos. Tal eran los impuestos por consumo, muy impopulares, calificados de arbitrarios por muchos

musulmanes, que sólo reconocían al príncipe el derecho a cobrar los impuestos canónicos establecidos por el Corán.

En tiempos de Abderrahman III, fuera de los ingresos adquiridos en especie, la renta anual ascendía a piezas de oro 6.245.000, que representan unos setenta millones de nuestra moneda, y un valor del décuplo, cuando menos. Esta renta casi se dobló durante el reinado de Alhacam II. Abderrahman hacía tres partes de su presupuesto de ingresos: una de ellas para sus gastos, otra para construcciones y la otra para imprevistos.

El ejército estaba formado por cuerpos permanentes, distribuidos en regimientos, compañías y escuadras, que correspondían a las fracciones y subdivisiones de las tribus. Los soldados de estos jonds eran árabes siriacos que habiendo llegado a España después de la conquista no alcanzaron al reparto de tierras.

Para atender a su subsistencia se le asignaba, en tiempo de paz, un tercio de las cosechas de los cristianos. Durante la guerra vivían del botín y la soldada. Cada jond tenía dos jefes, que se turnaban en el mando y que percibían 2.000 piezas de oro. El jefe llevaba consigo a sus parientes o aliados y a los voluntarios.

Los primeros recibían diez piezas de oro y cinco los demás. Los árabes no siriacos, los baladis, no formaban en el ejército de primera línea; constituían una reserva que sólo era llamada en los casos de extrema necesidad, y entonces percibían soldada. La solidez y la disciplina de estas instituciones militares decayó visiblemente; los jonds sólo obedecían a sus jefes hereditarios.

Entonces se reclutaron indígenas, africanos y extranjeros para la guardia del califa y sus tropas especiales (chorta). Regimientos enteros de la guardia quedaron formados por eslavos y cautivos alemanes, francos, lombardos y calabreses, que habían sido comprados para aquel servicio.

Almanzor destruyó los cuadros tradicionales del ejército árabe, distribuyendo los soldados, sin tener en cuenta su tribu. Alistó un gran número de bereberes y de mercenarios cristianos, leoneses, catellanos y navarros. Los atrajo con el incentivo, de una crecida paga; les dejó practicar su religión, les dió un excelente trato y procuró hacerles suyos por todos los medios. En aquellas tropas, árabes o extranjeras, había una inflexible disciplina. Cierta día, en una parada, hizo cortar la cabeza a un soldado que había tirado del sable antes que se lo mandara. Al pasar revista, el orden, la inmovilidad y el silencio eran absolutos. «Hasta los caballos— dice un autor árabe— parecían penetrados de su deber. Rara vez se les oía ni relinchar.»

Almanzor, y en general los primeros ministros, llevaron en España el título de hagib.

El de visir quedó para los simples ministros, entre los que se distinguía el visir en jefe. Seguían a éstos, el prefecto de Córdoba, el director de la Moneda, el de las Aduanas, los comandantes de las tropas especiales, los oficiales de la corte, el maestro del guardarropa, el gran halconero, los mayordomos, los chambelanes, la multitud de empleados de la administración y el numerosísimo personal de servidores, eunucos, esclavos y libertos. No había una separación rigurosa entre los cargos de la corte y las funciones administrativas, los unos llevaban hacia los otros cuando no se reunían en la misma mano o se sumaban a un mismo título. No estaban reservados exclusivamente para los árabes, pues a todos ellos podían llegar los indígenas y los extranjeros a gusto del califa. La corte de Abderrahman III hallábase poblada de esclavos, que tenían los primeros puestos civiles y hasta los mandos militares. Los grandes dignatarios de palacio eran muchas veces eunucos o antiguos esclavos.

Los cristianos y los judíos podían ser empleados de la administración, ascendiendo por sus méritos hasta los cargos importantes. En tiempo de Abderrahman II, encomendáronse comisiones de mucha confianza a un cristiano llamado Gómez.

El judío Hasdaí-ibn-Charbrut fue director de Aduanas durante el reinado de Abderrahman III, desempeñando una embajada cerca de los reyes de Navarra y de León. Un obispo figuraba entre los embajadores enviados a Otón el Grande por aquel califa.

Lejos de perseguirse sistemáticamente a los cristianos, ni a los judíos, las diferencias de condición establecidas por la conquista tendieron a atenuarse. La capitación y el jarach eran los únicos signos de inferioridad. Los cristianos y los judíos podían practicar su culto sin más abstención que las manifestaciones exteriores, procesiones, toque de campanas, y en casi todas las ciudades, al lado de la mezquita levantábase la iglesia y la sinagoga. Los cristianos conservaban su clero regular y secular. Los obispos eran nombrados por los califas, usando de la prerrogativa que habían tenido los reyes godos, aunque en realidad casi siempre se limitaban a ratificar la elección hecha por el clero. El fanatismo del populacho estallaba algunas veces exacerbado por los alfaquíes, pero el gobierno hacía lo posible por reprimirlo. La única persecución que hubo en tiempo de Abderrahman II provocáronla unos exaltados que, ansiando el martirio, insultaron públicamente la religión musulmana, siendo censurados por la mayoría de los suyos, y

desautorizados solemnemente en un concilio presidido por el metropolitano de Sevilla.

La religiosa alemana Rosvita, contemporánea de Otón, llamaba a Córdoba “la perla del mundo». En realidad, nada de Occidente podía compararse a esta capital de 500.000 vecinos, con 28 arrabales, 113.000 casas y 3.000 mezquitas; con la animación de sus barrios populosos, la extensión del Guadalquivir, los hermosos paseos plantados de árboles y cubiertos de flores, los jardines, los palacios y las quintas rodeadas de vergeles. Al Norte, elevábase Azarha, construida por 10.000 obreros en veinticinco años, y a la cual la favorita de Abderrahman III había dado su nombre. Al Sur, sobre el Guadalquivir, erguía la ciudad de Zahira, construida por Almanzor. Nada queda de la una ni de la otra. Solamente ha llegado hasta nosotros la descripción de aquel palacio de Abderrahman III, en que vivían 6.340 mujeres, 3.350 pajes o eunucos eslavos y 13.750 servidores. Cuatro mil trescientas columnas de mármol sostenían el edificio. Las salas tenían por pavimento mármoles y ricos mosaicos. Los muros, también de mármol, ostentaban frisos de brillantes colores. Los techos estaban pintados de azul con adornos de oro. Las vigas eran de cedro esculpido. Las puertas de hierro labrado, de bronce plateado o dorado y de marfil o ébano. En medio de la gran sala llamada del Califa, alzábase una fuente de jaspe con un cisne de oro, portentosa maravilla hecha en Constantinopla. En lo alto, pendía del techo, una admirable perla regalada por un emperador bizantino. En los jardines, entre los macizos de árboles frutales, entre los bosques de laureles y mirtos, y los plantíos de flores deslizábanse los frescos arroyuelos y extendían su tranquila superficie los estanques, reflejándose en ella los árboles y el cielo. Allí estaban los pabellones y las salas de baño, con pilas de mármol, tapices y colgaduras. Sobre un alto, dominándolo todo, y abarcando el soberbio panorama de los jardines, hallábase el pabellón del califa. Columnas de mármol blanco con capiteles dorados soportaban la techumbre. Dábanle entrada ocho puertas con arcos de marfil y de ébano, incrustados de oro y piedras preciosas. En el centro, saliendo de una taza de pórfido, fluía un surtidor de azogue que se elevaba y volvía a desplomarse como un salto de agua. Cuando a esta cascada, que parecía de plata fundida, la hería un rayo de sol, el recinto se llenaba de inmensos resplandores, y deslumbrados los cortesanos, tenían que apartar los ojos.

CALIFATO DEL CAIRO.

La corte del Cairo rivalizaba, en esplendor, con la de Córdoba.

El palacio de los soberanos de Egipto, tal como lo describe Guillermo de Tiro, refiriéndose a los relatos de los embajadores cristianos, se parecía mucho al de Abderrahman y al de Harun. «Después de atravesar un gran número de corredores

y pasadizos, los embajadores se encontraban en una galería de columnas de mármol y techos dorados, adornada con labores exquisitas. Todo reflejaba el esplendor de la realeza. La riqueza de los materiales y lo magnífico de los trabajos lo hacían tan bello todo, que los embajadores no podían apartar la mirada, como si no se saciaran los ojos en la contemplación de aquellas obras que superaban a cuanto habían visto hasta entonces. Existían viveros de mármol, llenos del agua más pura, y pájaros de toda especie, desconocidos entre nosotros, de voces diversas, de formas y colores maravillosos para nuestros compatriotas.

Los eunucos condujéronles a otros recintos que sobrepujaban en belleza a cuanto acababan de ver. Había una multitud admirable de diversos cuadrúpedos, como sólo el pincel de un pintor, la fantasía de un poeta y las quimeras de un ensueño podrían crear, tal como se producen en los países del Mediodía y de Oriente, mientras que en Occidente jamás se ven, y rara vez se ha hablado de ellos.» Conviene advertir que esta embajada fue en el siglo XII, mucho tiempo después que el califa Monstancer, para saciar la rapacidad de su guardia turca, había tenido que desprenderse de la maravillosa colección de objetos preciosos reunida por sus antecesores: las esmeraldas, los rubíes y las perlas medidas en almudes, 18.000 vasos de cristal de roca, 400 arcas de oro, 6.000 búcaros de oro, 50.000 piezas de damasco recamado de oro, 2.000 tapices, uno solo de los cuales había costado 22.000 diñars, el turbante cuajado de pedrería, que valía 130.000; los pavos reales, las gacelas y los gallos, de tamaño natural, hechos de oro con incrustaciones de perlas y rubíes; la palmera de oro, con su estuche del mismo metal; el jardín, cuyo sol era de plata sobredorada, la tierra de ámbar, los árboles de plata y los frutos de oro y pedrería; y, por último, la tienda de terciopelo y brocado, que medía 64 codos de altura y 500 de circunferencia, teniendo que cargarse en cien camellos.

Tal era el ahorro, la reserva de los fatimitas lograda en los años de prosperidad, con el excedente de sus rentas, el impuesto sobre Egipto, que ascendía a treinta millones de dinars (300 millones de francos), el producto de los monopolios, el de las aduanas que intervenían el tráfico del Mar Rojo al Mediterráneo, el botín de las correrías en tierra cristiana y los tributos de Africa, Siria y Sicilia.

El imperio fatimita, además de Egipto comprendía Túnez y Argelia, la Ifrikia donde había tenido su cuna. Poseía en el Mediterráneo central las islas de Cerdeña, Córcega, Malta y Sicilia. Siria y una parte de Arabia eran también suyas.

Mois, al ir a tomar posesión del Cairo, había dejado como gobernador de Túnez a Bolukin-ibn-Siri, jefe berebere en cuya familia se vinculó aquel vicerreinato.

Sicilia tuvo también sus emires hereditarios, los Beni-Kelb, que residían en Palermo

y lucharon continuamente contra los emperadores alemanes, contra los bizantinos y contra las ciudades marítimas de Italia, cuando quisieron establecerse en la Península. Africa y Sicilia fueron dos principados anejos que cada vez tendieron a separarse más. En realidad, la acción directa de los sucesores de Moez sólo se ejerció en Egipto y en los países comarcanos.

Los califas de Egipto gobernaban como los de Bagdad y los de Córdoba, con el mismo personal administrativo, el mismo sistema de impuestos y la misma política de tolerancia para los musulmanes, excepción hecha del reinado de Hakin. El ejército que al mando del general Djuher había conquistado Egipto, se componía de bereberes que siguieron teniéndolos a sueldo los sucesores de Moisés. Un siglo más tarde aún los había en el ejército de Mustansir. Los fatimitas tuvieron además tropas negras y mercenarios turcos, siendo muy raros los sirios y los nómadas árabes. No se vio que pidieran a Egipto sus soldados

DESMEMBRACIÓN DE LOS CALIFATOS.

En el siglo X, durante el reinado de Moisés (935-975), y el de su hijo El Azis (975-996), el poderío fatimita llegó a su apogeo. El reinado de Hakim (996-1021), señaló una crisis de tiranía religiosa. Maltrató a los musulmanes, persiguiendo a los ortodoxos y a los ultra-siitas; pero su intolerancia se hizo sentir principalmente contra los cristianos y los judíos. Restableció las leyes que les obligaban a vestir un traje distinto; mandó que en sus templos se construyeran minaretes desde los cuales el muecín anunciaba la oración y dispuso después que todas las iglesias y todas las sinagogas fuesen demolidas. Por último, convertido súbitamente a unas nuevas creencias, abolió casi todas las prácticas del culto mahometano y se proclamó encarnación de la divinidad. Diez y seis mil habitantes del Cairo suscribieron una declaración en la que le reconocían Dios.

Cuando desapareció en 1021, probablemente asesinado, dejó quebrantadísimo el prestigio de la dinastía. Esta decadencia se hizo más señalada durante el reinado de su hijo Mustansir (1036-1094). Los visires y los generales absorbieron el mando, y después de haberlo ejercido durante muchos años, el cadí Yazuri, pasó a manos del emir Nasir-el-Daula, jefe de los mercenarios turcos, y luego, el armenio Bedr-el-Gemalí, que se había apoderado de Siria. A los asesinatos y las matanzas siguieron las guerras civiles, y tras éstas llegó el hambre. En 1050 perdió el Imperio la isla de Cerdeña y en 1060 los normandos ocuparon Sicilia.

En Kernán y en El-Cala (Argelia), gobernaban príncipes bereberes, descendientes de Bolukin-ibn-Siri. En 1049, el príncipe de Kernán, Moisés-ibn-Badis, hizo matar a los siitas y decir la plegaria en nombre del califa de Bagdad. Esto equivalía a una

ruptura completa con los fatimitas. Mustansir se vengó lanzando las tribus nómadas de los hilal y los solem, que se hallaban acantonadas en el Alto Egipto, pero aquella invasión, aunque asoló la Ifrikia, y no logró someterla. Los descendientes de Moez-ibn-Badis se sostuvieron al Este, mientras que la otra rama, la de los hamaditas, se trasladaba de El-Cala á Bugia. Oprimidos por los árabes nómadas y por los almorávides¹ (1), que acababan de conquistar el Moghreb, no podían durar mucho aquellos reinos, pero ya se habían perdido para el Cairo, que perdió también sus dependencias orientales. Los emires turcos y turcomanos constituyeron principados militares en Siria. Ya se aproximaban las Cruzadas. Los fatimitas, reducidos a la sola posesión de Egipto y dominados por sus visires y generales, fueron decayendo durante un siglo más, hasta que Adid, el último de ellos, fue depuesto por Saladino (1171).

El califato de Córdoba había sucumbido mucho antes. El gran ministro Ibn-Abí-Amir, Almanzor, murió en 1002, dejando a sus hijos la herencia de su fortuna y su poder, que parecían muy duraderos; pero antes de transcurridos siete años, Abderrahman, el último de sus hijos, sucumbió en una revolución. Fue el comienzo de una crisis formidable.

Andaluces, eslavos y bereberes acometiéronse les unos contra los otros. Acudieron los príncipes cristianos, y sin combatir, se hicieron entregar más de doscientas fortalezas. En 1009 fue asaltada Zahira; en 1010, los bereberes saquearon a Azarha, y en 1013, Córdoba fue tomada por asalto, degollados sus habitantes e incendiados sus palacios. El viejo califa Hixem II, alternativamente depuesto y restaurado, los otros omniadas Mohamed-el-Mahdi, Duleiman, Abderrahman IV, Abderrahman V, y los hamudites, descendientes del gran Ali, pasaron y desaparecieron en un torbellino de guerras civiles, sublevaciones y matanzas. El último omniada, Hixem III, proclamado en 1029, vio, dos años después, asesinado en un motín a su ministro Hakam, un enérgico advenedizo en quien había puesto su confianza. El mismo califa, prisionero de los patricios cordobeses, recibió con estúpida mansedumbre el anuncio de su destitución, y sólo pidió un poco de pan para sus hijos hambrientos. A esto había llagado el califato; su desmornamiento prosiguió hasta el final. Los humuditas reinaban en Málaga, Granada, Carmona, Badajoz, Almería, Denia, Valencia, Toledo y Sevilla fueron capitales de otros tantos reinos pequeños y Córdoba se constituyó en una especie de república aristocrática. Algunos de aquellos fragmentos de Estado absorbieron a otros; pero no lograron restaurar la unidad desaparecida.

¹ De mrabet, ligado, obligado.

En Sevilla, la dinastía de los abaditas, había de conseguir durante el reinado de Motamid y durante el de su hijo Motamid, un momento de efímero esplendor. Los musulmanes, destrozados por sus luchas y no pudiendo sostenerse contra los cristianos, tuvieron que llamar en su ayuda a los almorávides, de obscuro rostro, que habían conquistado el Moghreb. Esta nueva invasión bereber había de barrer los reinos y la brillante civilización de Andalucía.

En Oriente, comenzó la desmembración del califato de Bagdad cuando en el siglo IX los taheritas, descendientes de un gobernador rebelde, constituyeron un principado en los límites del Korasan. Después llegaron los safaridas, familia persa, descendiente del calderero Leis, que a su vez fue suplantada por los samanidas, pretendidos parientes del rey Bahram-Tchoubin.

En el mismo corazón del Imperio los buweihidas, hijos de un pescador, se apoderaron de Persia y de las provincias inmediatas, imponiéndose a los califas como emires-el omra.

Egipto pasó de los tulunidas, dinastía turca, a los ikhiditas, también turcos, y de éstos a los fatimitas. Los hamdamidas, descendientes del emir Hosein-ibn-Hamdan, se apoderaron, en 930, de Mesopotamia, a la que añadieron una parte de Siria, gobernándola durante un siglo y teniendo por capitales a Mosul y Alep.

Luego llegaron las hordas turcas. Los gaznevidas destruyeron a los samanidas, se engrandecieron a expensas de los buweihidas, y dominaron en las provincias orientales, comenzando con Mahmud la conquista de la India. Otros turcos, los seldyucidas, rechazaron a los gaznevidas, y su jefe Togrul, llamado por el califa Kaim, marchó, sobre Bagdad. El califa lo recibió; en una solemne ceremonia delegó en él su poder temporal y lo proclamó sultán de Oriente y Occidente. En adelante, el califa sólo fue un jefe religioso. El antiguo imperio abasida era de Togrul y de sus belicosos sucesores. Aún tuvo el califato, a mitad del siglo XII, un supremo despertar; pero no tardó en caer bajo los golpes de la invasión mongola. En 1258, el terrible mongol Hulagu mandó que estrangularan al último califa de Bagdad.

CAUSAS DE LA DESMEMBRACIÓN.

En los tres imperios árabes la acción de unas mismas causas destructoras determinó el desmoronamiento y luego la catástrofe final. Todos los poderes estaban reunidos en las manos del califa, que para cumplir airoosamente su tarea necesitaba ser un hombre superior o encontrar buenos ministros que le sirviesen bien y no quisieran dominarle. Los primeros abasidas, los fundadores de la dinastía fatimita, y muchos omniadas españoles, entre otros Abderrahman III, mostráronse como soberanos de

elevado valor. Pero la vida de corte y de harén, llevada en Córdoba, en el Cairo y en Bagdad, era para abatir la energía de las razas más vigorosas. Las dinastías, degeneradas, no tardaron en producir príncipes insignificantes, sin carácter y sin energía, no siendo mejores que ellos sus ministros. Las monarquías absolutas ofrecen, generalmente, la condición de su estabilidad; pero en los califatos, aunque se hallaba establecida la herencia, no hubo ley que regulara la sucesión y los políticos previsores, comprendiendo la gravedad de este defecto, hicieron algunas tentativas a fin de corregirlo.

Los abasidas designaban anticipadamente al presunto heredero, a quien se juraba obediencia al mismo tiempo que al soberano reinante. En España mandó firmar Hakam II a los grandes del reino una especie de pragmática a favor de su hijo Hixem, de la cual se enviaron copias a provincias, para recoger las adhesiones de los notables y hasta la gente del pueblo. Ni uno ni otro medio dieron el resultado apetecido. En Bagdad no descansó Mansur hasta que logró despojar en beneficio de su hijo Mahdi, a su primo Isa, presunto heredero. En Córdoba, inmediatamente después de morir Hakam, se organizó una intriga palaciega para entronizar en lugar de Hixem, a otro omniada, llamado Moghira. El visir Mozhafí y Almanzor mandaron estrangular al pretendiente, pero fue (afortunadamente para Hixem) porque a aquellos ambiciosos les convenía defender su derecho. El orden de sucesión quedaba confiado al acaso. Cuantos andaban cerca del trono, sentían la tentación de ocuparlo si eran príncipes, o de dárselo a un soberano elegido por ellos, si eran ministros, dignatarios o jefes de ejército. Aquello originaba maquinaciones, bandos, competencias y guerras civiles. Quebrantada por estas sacudidas periódicas, se debilitó la autoridad suprema, y a cada momento trastornaron el Estado las ambiciones de los ministros, las intrigas de los eunucos y los actos de violencia de los emires.

La aristocracia árabe, al llevar a cabo la conquista de Oriente y de Occidente, no había perdido su naturaleza indisciplinable, y sus instintos anárquicos no se avenían con la instalación de un gobierno regular. Los califas se vieron obligados a buscar entre otra gente sus funcionarios y sus soldados, prefiriendo al apoyo de los árabes al de los elementos indígenas (persas, bereberes, coptos o españoles), que en ocasiones utilizaron contra aquéllos. Esta política tenía sus peligros: favorecía inconscientemente en los países conquistados el resurgimiento del espíritu nacional, hostil a la unidad y hasta a la existencia del Imperio. En Oriente, los abasidas debieron el trono a la reacción persa y ellos mismos eran más persas que árabes. Pero cuando se debilitó el califato, cuando surgieron por todas partes generales rebeldes y jefes de turbas que se improvisaban reyes, aquellos usurpadores se apresuraron a invocar el sentimiento nacional, alardeando de legitimidad con el apoyo de tradiciones antiguas y de recuerdos anteriores al Islam. Los samanidas,

que eran tártaros, alegaban la ascendencia de Baram-Chubin; los buidas se llamaban descendientes de los sasanidas. Lo mismo ocurrió en Africa, donde el Imperio fatimita fue fundado por los berberiscos, como el de Bagdad por los persas, pero donde se separaron los virreinos bajo el mando de dinastías bereberes. Lo mismo aconteció en España, donde los omniadas, cogidos entre los Estados cristianos del Norte y la insurrección de sus súbditos españoles, renegados o cristianos, no sucumbieron en el siglo X gracias al genio de Abderrahman. Como no podían contar con sus compatriotas árabes, ni con sus súbditos indígenas, trataron entonces los califas de constituir con otros elementos una fuerza militar imponente, que fuese completamente suya. Alistaron mercenarios extranjeros y armaron esclavos. Los abasidas tenían una guardia turca; los fatimitas disponían de bereberes, negros y turcos; los omniadas de España, de esclavos, berberiscos y castellanos. Pero también les falló este cálculo; también aquel instrumento de mando se les escurrió de entre las manos o se volvió contra ellos. Trabajados por las intrigas, solicitados por los partidos, tentados de la ambición o la codicia, los mercenarios se lanzaron a la pelea y entronizaron, destronaron, tiranizaron, envilecieron y asesinaron a los califas. En Bagdad, Motauakkel fue degollado por los jefes de la milicia turca, que dispusieron del Imperio en favor de su hijo Muntasir, y después de su sobrino Mostain, y por último, de su otro hijo Motaz. Como no podía atender a las exigencias de los soldados, invadieron el palacio, se apoderaron del califa, le maltrataron, le pegaron y le expusieron desnudo a los rayos del sol. Abdicó, aterrado, y entonces le metieron en una cárcel, donde le dejaron perecer de hambre y de sed. En Egipto no fue Monstancer mejor tratado por su guardia turca, que le obligó a pagar un sueldo exorbitante, arruinó su tesoro, despojó los sepulcros de sus antepasados y saqueó la magnífica biblioteca del Cairo. El emir Nasr-ed-Daula, rebelado contra él, le encontró en su palacio arruinado, sentado en tosca estera, vestido de harapos, servido por tres esclavos medio desnudos. «Ya ves (le dijo el soberano) la situación a que me habéis reducido; llévate también mi esterilla, estos tres esclavos viejos y los andrajos que apenas me cubren.» La España del siglo XI presenta el mismo espectáculo: el califato de Córdoba, como los otros dos, se venía abajo entre la anarquía militar.

LAS SECTAS RELIGIOSAS.

Las sectas y sus contiendas contribuyeron también a la destrucción de los imperios musulmanes. Formado por un movimiento religioso, y religioso en su propia esencia, experimentaba el Estado árabe la influencia de todas las crisis que agitaban al Islamismo. Nunca, ni siquiera en la sociedad cristiana de la Edad Media, habían estado tan íntimamente enlazadas la historia política y la historia religiosa.

Tres fueron las sectas importantes que aparecieron en el primer siglo de la era musulmana: los motasilitas, los kharedjitas y los siitas.

Los motasilitas eran los racionalistas del Islamismo; negaban los atributos de Dios, como irreconciliables con la unidad divina; proclamaban el libre albedrío humano, admitían una especie de purgatorio para los creyentes pecadores, enseñaban que las verdades necesarias para la salvación podían adquirirse sólo con las luces del entendimiento, rechazaban la revelación y los milagros, y afirmaban que el Corán había sido creado y no era un verbo divino existente de toda eternidad. Perseguidos durante el califato de Abdedmelik, los motasilitas habían de desquitarse en el reinado de Walid III, y más adelante, bajo el mando de los primeros abasidas. La secta de los kharedjitas era mucho menos especulativa, y la habían formado aquellos partidarios de Alí que le echaban en cara haber aceptado en Ziffin un arbitraje entre él y Moauya. Fué aumentando con todos los descontentos, con todos los musulmanes rígidos que reprobaban la ambición de los compañeros del profeta, con todos los independientes que no querían aceptar la dominación de los koraichitas. El kharedjismo no tardó en tomar el aspecto de una oposición democrática y predicó la igualdad y la fraternidad: «Todos los musulmanes son hermanos... no nos preguntéis por nuestra tribu ni por nuestra condición social; todos somos hijos del Islamismo». Sus secuaces, resignados al principio a los malos tratos y a los suplicios, acabaron por perder la paciencia y empuñar las armas contra los omniadas. Los más exaltados declararon que todos los demás hombres eran pecadores o infieles, y que se les debía hacer una guerra de exterminio si se negaban a abrazar la creencia del pueblo de Dios. Esta insurrección ensangrentó el Irak durante cerca de veinte años. Sofocada en Asia, renació entre los bereberes, se extendió por Africa y por España, y nunca quedó reprimida por completo. Los reinos africanos que había fundado no fueron destruidos más que por el movimiento siita del siglo X.

Los siitas eran los partidarios de Alí y de su familia, pero muy imbuidos del espíritu persa, consideraban hereditario el poder espiritual y temporal. Mahoma se lo había transmitido a Alí, yerno y primo suyo; Alí a sus hijos, nietos del profeta. Era un derecho divino, que consagraba al imán jefe del Estado y de la religión. Los moderados se atuvieron a esta doctrina política, pero los exaltados del partido, adaptando al Islamismo creencias antiguas persas e indias, llegaron hasta admitir que la divinidad se había encarnado en las personas de Alí y de sus descendientes. Para ellos, el imán no fue sólo el rey - pontífice, sino también el rey-Dios. Ya hemos hablado de la participación de los siitas en la revolución completamente oriental que derribó a los omniadas en beneficio de los abasidas.

No triunfaron en absoluto las doctrinas siitas. Los abasidas vacilaron mucho tiempo entre las sectas, sin atreverse a romper abiertamente, ni con los siitas, a quienes debían el trono, ni con los ortodoxos, cuyo influjo temían. Estos, al ver que las herejías surgían por todas partes, se organizaron para la resistencia, y formaron, en los siglos VIII y IX, las cuatro sectas, o más bien escuelas, a las cuales dieron sus nombres los grandes doctores Abu-Anifa, Malik, Ech-Chafei e Ibn-Hanbal. Acordes en el dogma y la fe, no diferían más que en puntos de derecho y de interpretación. Los hanbalitas y los malekitas eran más estrictos y más intolerantes, los chafeitas y más todavía los hanefitas, se inclinaban con preferencia a las soluciones moderadas. En general, no pudieron jactarse de la benevolencia de los califas. Reinando Mansur, el doctor Malik se atrevió a decir que el juramento prestado a los abasidas carecía de valor por no haber sido espontáneo, y fue apaleado tan cruelmente que se le dislocó un brazo. Reinando Motasim, también fue apaleado Hanbal por sostener que el Corán no había sido creado. La corte de Bagdad no era, en realidad, ni ortodoxa ni siita. Había en ella hombres que apenas eran musulmanes, los filósofos, los racionalistas y los representantes de religiones persas. Los librepensadores más audaces, los zendiks sólo veían en Mahoma un hombre muy hábil y un sabio legislador. No contentos con emanciparse de las prescripciones del culto, se burlaban de ellas. «Cuando veían rezar a un grupo de fieles, exclamaban: ¡vaya una fila de camellos! A los que se prosternaban les decían que mostraban á Dios la parte posterior. Durante las procesiones alrededor de la Kaaba, interrogaban, riéndose, á los peregrinos: ¿Qué buscáis en esta casa? El día del sacrificio de las ovejas, preguntaban: ¿Qué crimen han cometido estos pobres animales para que derraméis su sangre?» (Tabari). Era el tiempo en que un teólogo español, de paso por Bagdad, se indignaba al ver reuniones a que asistían herejes de todas las sectas, infieles de todas las iglesias y de todas las escuelas, cristianos, judíos, zoroastrianos y materialistas. En ellas se discutía cortésmente, dando de lado a la autoridad del Corán y del profeta y ateniéndose únicamente a los argumentos de orden racional. En Occidente nunca llegó a tal extremo la tolerancia. Los librepensadores y los filósofos, aunque fueran bastante bien acogidos en la corte de Córdoba, siempre tuvieron que temer la malevolencia del clero y del fanatismo popular. Momentáneamente, pudieron imponerse en los reinos pequeños procedentes del desmembramiento, pero a la conquista almoravid (solicitada por el clero musulmán, a causa de su aborrecimiento a los príncipes españoles, a quienes tachaba de impíos) siguió una violenta reacción religiosa.

Hasta en Oriente recobraron los ortodoxos el dominio con Motauakkel, que persiguió a los infieles y a los herejes. Desde entonces los califas abasidas y tras ellos los turcos, herederos de su poder temporal, fueron los campeones de una ortodoxia feroz. Además de los motazelitas y chiitas, sufrieron otras sectas los

rigores de aquella reacción. La más importante fue la de los zufitas, cuyos fundadores fueron una mujer llamada Rabia, el persa Abu-Said-ben-Abi-el Kair. El misticismo de los zufitas se convirtió muy pronto en panteísmo. Bestami, uno de sus doctores, decía: "Cuando los hombres se figuran adorar a Dios, es Dios quien se adora a sí mismo.» Creían que el mundo, creado desde toda eternidad, era una emanación de Dios, del cual procede todo, y a quien todo vuelve, para abismarse en él. El objeto de la vida debe ser, pues, la unión con Dios, a la cual se llega mediante una iniciación gradual. Primero hay que pasar por la ley, es decir, por la observación lisa y llana de la religión del Islam. En seguida se entra en la vía, en la cual se aprende que el culto externo no es más que una apariencia, santificándose con el ascetismo, hasta que se produzca el hal, especie de éxtasis del alma y de los sentidos. El tercer grado es la certidumbre. El zufi ha encontrado a Dios en sí mismo, y sabe que forma parte de la divinidad. En apariencia, podrá seguir siendo musulmán, pero el Islamismo ya no es para él más que una religión tan vana como las demás. Tolerado cuando disimulaba sus verdaderas doctrinas y perseguido cuando las manifestaba, el zufismo nunca ganó a las masas. Fue creencia de gente escogida, e inspiró las efusiones de los grandes poetas persas. El chiismo había sobrevivido al abandono en que lo dejaron los abasidas, y conservó bastante fuerza vital para entronizar en el siglo X la dinastía nueva de los fatimitas, para procrear otras sectas, algunas de las cuales representaron papel importante en la historia, y para perpetuar en el Islamismo un cisma que todavía dura. Los chiitas se habían dividido en ismaelianos y duodecimanos. Djafar el Verídico, sexto imán desde el tiempo de Alí, había desheredado a su hijo mayor Ismael, culpable del pecado de embriaguez, y transfirió sus derechos a su hermano menor Musa. Los duodecimanos aceptaron aquella sentencia y reconocieron después de Musaa a otros cinco imanes legítimos, descendientes suyos; el último había desaparecido en una caverna, pero había de reaparecer en día determinado para hacer triunfar la verdadera fe. Los ismaelianos sostenían el derecho de Ismael: «Dios no puede cambiar de opinión; el imán designado ha de ser imán, ocurra lo que ocurra. Cuanto manda y hace el imán es justo; de modo que Ismael no pudo pecar, y, por consiguiente, sus derechos subsisten en absoluto.»

Los ismaelianos encontraron un jefe formidable en el ocultista persa Abdalá-Ibn-Maimún, que transformó su secta en una vasta asociación, la cual abarcaba, no sólo a chiitas, sino también hombres de todas las naciones y de todas las creencias. Profesaba la doctrina del imanato: el imán existía siempre, ya visible, ya oculto; escondidos desde el tiempo de Ismael, ya se revelarían los imanes cuando llegase a ocasión propicia. Los adeptos tenían que vivir en aquella espera mesiánica, siempre dispuestos y siempre dirigidos por misterioso santo y seña. Gracias al sistema de iniciaciones sucesivas, la propaganda ismaeliana podía entrar en todas partes; aceptaba a los chiitas puros y a los infieles, a los creyentes y a los filósofos. Los

jefes negaban hasta a negar el valor de la tradición a los términos del Corán, a no considerar las prácticas religiosas más que como meros símbolos y a lanzarse a las especulaciones libres de la filosofía más osada. Pero la mayor parte de los adictos no pasaban de los grados inferiores, y sin dejar de ser musulmanes convencidos, seguían con fanática docilidad los impulsos dados por el gran maestro. Los manejos de los ismaelianos determinaron, a fines del siglo IX, la sublevación de los harmatas, especie de Jacques de los aldeanos nabateos de Irak y de Bahrein, con los cuales se unieron los persas, los judíos, los cristianos de esta última provincia, y los beduinos del desierto. Handán-Karmata, promovedor de la revuelta, decía que nadie estaba ya obligado a rezar ni a ayunar y que todo el mundo podía dedicarse libremente al asesinato y al saqueo. Los beduinos no necesitaron que se lo dijera dos veces. Casi al mismo tiempo, en Africa, unos ketamas proclamaron imán y califa al sedicente Alida-Obeidalá, gran maestro de los ismaelianos y probable descendiente de Abadalá el Ocultista. Ya hemos dicho cómo se instaló en Africa y después en Egipto la dinastía fatimita fundada por él. Entretanto, los karmatas derrotaban a todos los ejércitos enviados contra ellos y hacían temblar a Irak, a Arabia y a Siria. Los fatimitas, que los desautorizaban, eran secretamente aliados suyos. En 930, el karmata Abu-Tahar sorprendió a la Meca, hizo gran matanza en los peregrinos, saqueó la ciudad santa y se apoderó de la Piedra Negra, que no quiso devolver en muchísimo tiempo, hasta que se lo mandó Mansur, tercer califa fatimita. El poder de los karmatas empezó a declinar en 969, cuando los fatimitas llegados a Egipto rompieron con aquellos vecinos demasiado comprometedores.

También salió del ismaelismo, en el siglo XII, la religión de los druzos, cuyos fundadores, Darazi y Hamza, habían sido los consejeros religiosos del califa Hakam. Los druzos creían en la unidad de Dios sin atributos, admitiendo la revelación de Dios en encarnaciones sucesivas. La última vez se encarnó en el califa Hakam, que había de reaparecer un día entre los hombres para triunfo de la verdadera fe y castigo de los impíos. Los druzos se separaban en absoluto de los musulmanes, y los consideraban a todos como infieles, sin excluir a los chiitas, de los cuales procedían. Por la misma época organizaron los ismaelianos orientales una especie de congregación que se extendió por Siria y parte de Persia, y que en la época de las Cruzadas se convirtió en una de las potencias más temibles de Oriente. El jeque de la montaña o gran maestro, tenía a sus órdenes a los tres grandes dais o provinciales, a los simples dais o misioneros, a los refiks o compañeros y a los laciks o adeptos. Entre éstos se elegía a los terribles fidais, avezados a la obediencia pasiva, embriagados con haschich en la residencia de Alamut, donde les hacían saborear anticipadamente la delicias del paraíso. De allí salían dispuestos a todos los sacrificios, y, sin piedad y sin miedo, daban de puñaladas a los enemigos del gran maestro, fueran emires musulmanes o príncipes cristianos. La orden de los

asesinos (haschichin, bebedores de haschich) no desapareció hasta la invasión mongólica, cuando Hulagú tomó a Alamut.

II.—La civilización árabe.

ORÍGENES, CENTROS Y CARACTERES.

Desde el siglo VIII hasta el XII, el mundo antiguo no conoció más que dos civilizaciones: la de los bizantinos y la de los árabes. Esta última, animada por una fuerza de expansión mucho mayor, pudo extenderse por Asia, Europa y Africa, desde China hasta España. La civilización de los árabes nació de su contacto con las civilizaciones orientales. La dominaron principalmente dos influencias: la de los persas y la del helenismo. Persia, en tiempo de los sasanidas, había experimentado una especie de renacimiento. Colocada entre tres grandes Imperios, Bizancio, China y la India, había sido durante cuatro siglos «el centro de intercambio del espíritu humano», y mientras recibía embajadas chinas y renovaba en las fuentes indias su literatura y su pensamiento, recogía a los frailes nestorianos y a los platónicos de Atenas y Alejandría, que le pagaban su hospitalidad traduciendo para ella las obras de los filósofos y los sabios griegos. Después de los seleucidas de Siria, de los Ptolomeos y de los partos arsácidas, había contribuido a la difusión de la cultura helénica que los árabes encontraron instalada en todos los países que invadieron primeramente, en Siria, en Egipto y en Irak. Por la frontera del Asia Menor confinaban con el Imperio bizantino. A través del neo-helenismo entrevieron el genio griego; a través de Persia columbraron las lejanas civilizaciones de la India y de China, y en Caldea y Egipto hallaron los recuerdos, los monumentos y las obras de la más remota antigüedad, descollando todavía entre el aluvión de los siglos.

Cuando el Imperio árabe alcanzó su completo desarrollo, y aun después de haberse fraccionado, se profesó la misma religión, se habló el mismo idioma y se obedecieron las mismas leyes desde el Indo hasta las columnas de Hércules. Entre tantos pueblos diversos se estableció una comunidad; actuaban unos sobre otros por los cambios, la circulación de los individuos, los movimientos de ejércitos y naciones y la propagación de creencias, ideas y costumbres. Al chocar, al mezclarse, al unirse y al penetrarse, cada cual comunicaba a los demás aquello que le reportaban sus tradiciones, su historia y sus aptitudes naturales. La civilización, debida a los esfuerzos de tantos colaboradores diferentes, no era meramente árabe; era también, según los modelos en que se había inspirado y según el medio en que había crecido, griega, egipcia, siria, persa, española e india. Pero, aun reservando su parte a cada cual, no puede negarse que la mayor corresponde a los árabes. No fueron meros mediadores que llevaran a las poblaciones ignorantes de Africa, de España y de Europa latina los conocimientos, artes e invenciones de Oriente y del

Extremo Oriente; supieron trabajar los materiales dispersos que iban recogiendo por todas partes. De tantos elementos diversos, fundidos en una amalgama homogénea, hicieron brotar una creación viva que ostentaba la huella de su genio. Ellos lograron que aquella civilización musulmana de la Edad Media, en la cual pusieron mano otros muchos, conservase su unidad y su carácter. La imitación se nota, pero no es servil; la autoridad de los maestros antiguos no fue obstáculo para las investigaciones científicas ni para descubrimientos nuevos, ni el espectáculo y estudio de las obras maestras del pasado dificultó el florecimiento de un arte que tenía toda la frescura de la inspiración original.

Aquella civilización se formó en Oriente, y fueron sus primeros centros: Damasco, capital de los califas omniadas, la ciudad risueña con su fresco río de siete brazos, sus árboles siempre verdes y sus jardines siempre floridos; después, Bagdad, «la ciudad de las maravillas», donde ostentaban los abasidas el esplendoroso aparato de su magnificencia; luego, El Cairo, edificado por los fatimitas en el emplazamiento de la antigua Fostat, y que no tardó en tener sus palacios, sus mezquitas, sus escuelas, sus bibliotecas y sus observatorios. El esplendor de Córdoba fué anterior a la fundación de El Cairo; pero los omniadas de España eran emigrados sirios que miraban siempre a Oriente, y queriendo que su capital les ofreciese una imagen de Damasco, mandaban llamar de Bagdad a los poetas, los artistas y los sabios que adornaban su corte. Córdoba, a su vez, se convirtió en metrópoli. Emigrados cordobeses, después de la revuelta del Arrabal, en tiempo de Hakam I, fueron a poblar la ciudad de Fez, que a la sazón construía Edris I, y que había de llegar a tener 500.000 habitantes y 600 mezquitas. Rivalizaron con Fez, Keruan, en tiempo de los aghlabitas, y de los príncipes Senhadja, y después, en los siglos XII y XIII, reinando las dinastías africanas de los hafsidas, los Beni-Zian y los Merinidas, Túnez, Bugía y Tlemecén. A este grupo africano pertenecía también Palermo, colonia musulmana fundada en Sicilia y que mucho tiempo después de la conquista normanda había de subsistir como una capital árabe gobernada por príncipes cristianos. Fez y Tlemecén procedían de Córdoba; Palermo, Túnez y Bugía, de Keruan; pero Keruan, que casi siempre dependió de los abasidas o de los fatimitas, experimentó constantemente la influencia de El Cairo o de Bagdad, influjo que se extendió también por las profundidades del mundo asiático. Al llegar la hora de la decadencia de Bagdad, todavía florecía la civilización árabe en la corte de los ghaznevidas y de los guridas, en las de los emperadores mongoles y tártaros, en Delhi reinando Kotbud-Din, en Meraga en tiempo de Hulagú y en Samarcanda bajo el dominio de Schah-Rokh y Ulug-beg.

AGRICULTURA.

La riqueza de los países musulmanes deslumbraba a los de Occidente, demostrando la fecunda actividad de una sociedad laboriosa. Los pueblos del Imperio árabe fueron durante mucho tiempo los primeros agricultores, los mejores obreros y los comerciantes más osados del mundo antiguo. La agricultura, que habían aprendido en buena escuela, en Babilonia, Siria y Egipto, llegó a ser entre ellos una verdadera ciencia, cuya teoría escribían en tratados metódicos, enriqueciéndola con sus observaciones y experimentos, que practicaban con habilidad consumada. Los personajes más elevados no se desdeñaban de poner mano en aquella labor de la tierra, despreciada en otras partes como ocupación servil. «El que planta—dice el agrónomo Abu-Zacarías-el-Auam—, el que siembra y hace producir alimentos para el hombre y los animales, da una limosna que se le tendrá en cuenta en el cielo»².

Sobresalieron especialmente los árabes en la horticultura, en la aclimatación de plantas y en la hidrografía agrícola. Bien sabido es cuánto les encantaban la contemplación y el perfume de las flores. Los príncipes y los particulares ricos no escatimaban gasto alguno con tal de tener hermosos jardines, y mandaban traer de muy lejos y a mucha costa los plantones, las semillas y hasta los jardineros. Así se introdujeron en Europa los jazmines, las camelias blancas y encarnadas y las rosas azules y amarillas. No se necesitó menos arte y esmero para importar plantas útiles: el arroz, traído de la India por Egipto, Sicilia y España; la caña de azúcar, por Andalucía y Asia Menor; la morera, naturalizada en España y en Sicilia; el azafrán, el cáñamo, el naranjo, el albaricoquero, el cidro, la palmera, el espárrago, la alcachofa y la habichuela.

En los países secos y cálidos, como los que forman el contorno del Mediterráneo, la riqueza del suelo depende del buen uso del agua. Siglos hacía que los habitantes de Irak y de Egipto sabían utilizar las aguas corrientes, alumbrar las subterráneas y repartir unas y otras en canales de riego. Todos los gobiernos regulares que se habían sucedido, comprendieron la vital importancia de las obras hidrográficas.

Los árabes reanudaron aquellas tradiciones y transportaron por dondequiera que el clima y las condiciones naturales lo permitieron, los procedimientos ingeniosos cuya valía habían experimentado. Los califas abrieron pozos a sus expensas, construyeron acueductos y ofrecieron premios a los que descubriesen manantiales.

² La obra en que así se expresa, es un tratado completo de agricultura, dividido en 34 capítulos. Se ocupa del conocimiento de las tierras, de abonos, de riegos, de labores, de siembras, de recolección, de ganadería, de jardines, de árboles, de injertos y de enfermedades de las plantas.

En Oriente, Mansur llenó de pozos el camino de los peregrinos; Zobeida, mujer de Harún, gastó 1.700.000 dinares en un acueducto. La primera diligencia de Amr, conquistador de Egipto, fue componer los diques y los canales del Nilo, y los tulunidas y los fatimitas siguieron su ejemplo. En España se instalaron norias, presas para embalsar las aguas, acequias para su distribución en todos sentidos y un tribunal de la aguas³, que entendía en los riegos y en los litigios que de éstos se derivaban. La obra maestra de la hidrografía árabe fue el riego de la huerta de Valencia. Se construyó una presa en el Turia á dos leguas más arriba de su desembocadura. Siete canales practicados en sus orillas y subdivididos en ramas secundarias, irradiaban por toda la llanura. Tarjeas de sifón o pequeños acueductos salvaban las fragosidades del terreno. Cada día de la semana se abría uno de los canales, y después que estaba lleno, las ramas secundarias, abiertas y cerradas a hora fija, daban a cada campo su parte de fecunda humedad.

INDUSTRIA.

Lo mismo que los métodos agrícolas, casi todas las industrias árabes eran oriundas de Oriente. Trasladadas a los diversos países de dominio musulmán, sacaban partido de los recursos locales y se adaptaban a las necesidades de las poblaciones, pero con preferencia se dedicaron a fabricar artículos de lujo, solicitados en todas partes por la riqueza de los materiales y lo elegante y acabado de la mano de obra. En Persia, en España, en Sicilia y en Africa, los árabes explotaban minas y canteras. Sabían tallar, pulir y modelar el mármol, y extraer y trabajar los metales. De tiempo atrás existían famosas fábricas de armas en el Yemen y en Bassora; Damasco se dedicó al acero templado; Toledo forjó sus célebres espadas, sus piezas de armaduras defensivas, cascos, corazas, cotas de mallas, verdaderos tejidos de acero, flexibles y sólidos, que protegían al guerrero sin abrumarlo. Las hermosas armaduras se adornaban con cincelados, las empuñaduras de las espadas se enriquecían con piedras preciosas, y las hojas damasquinadas con incrustaciones de plata y oro. Los vasos, palanganas, fuentes, mesas, lámparas y otros utensilios de plata, de cobre y de bronce, también se damasquinaban y cincelaban, adornándose con dibujos cuyos modelos hacia variar hasta lo infinito una fantasía inagotable. Había piezas de cerrajería, como llaves, cerraduras y candados, que eran verdaderas obras de arte. Con el mismo esmero y misma perfección se trabajaba la madera, adornándola con tallas y realzando con incrustaciones de nácar y márfil los muebles de taracea. A imitación de Persia, España fabricó porcelana y alfarería esmaltada y

³ Este tribunal existe todavía en Valencia, y se reúne en una de las puertas de la Catedral para juzgar las reclamaciones de los labradores.

dorada. El jarrón de la Alhambra, de un metro y 35 centímetros de altura, cubierto de dibujos azules y dorados sobre un fondo de blanca amarillenta, con arabescos, inscripciones y animales fantásticos, da una idea de lo que era la cerámica hispano-árabe. Bagdad, Egipto y Siria descollaron en las cristalerías, que tal vez imitó Venecia. Fabricaban también perlas falsas y jarrones dorados y esmaltados. Cuanto a la orfebrería y joyería, gran número de piezas exquisitas demuestran la perfección a que llegaron. Los artistas musulmanes sabían tallar las piedras finas y grabar en ellas figuras e inscripciones; sabían trabajar el cristal de roca y ejecutar labores como las magníficas vinajeras del siglo X que posee el Museo del Louvre. En Occidente como en Oriente se tejía la lana, el hilo, el algodón, el pelo de cabra y de camello, la seda y el oro. Damasco fabricaba alfombras, terciopelos, sederías finas, brocados con flores y con figuras. Musul tenía la especialidad de las telas vaporosas, y dio su nombre a la muselina. En el siglo IX contaba Edrissi, sólo en la provincia de Jaén, 600 ciudades y pueblos que vivían de la industria de la seda. Valencia, Granada, Almería y Sevilla rivalizaban con Damasco en la fabricación de sederías y telas de brocado. Los árabes no tenían competidores en el tinte, en la preparación y trabajo de las pieles, ni en tafiletería, zapatería y guarnicionería. La reputación de los cueros de Córdoba era universal. Persia, Bagdad y España fabricaban azúcar, jarabes, vinos secos, conservas y esencias. La industria del papel fue traída a Europa por los árabes. Desde los primeros siglos de la hégira había fábricas de papel de seda en Samarcanda, muy cerca del Imperio chino. Bagdad imitó a Samarcanda, y más adelante, en Játiva, se empleó para ello el cáñamo y el lino.

COMERCIO.

El Imperio árabe era bastante vasto para que el movimiento de cambio entre sus diversas partes alimentara un importante comercio. Por su posición geográfica, era el mediador obligado entre el Extremo Oriente, el continente africano y Europa latina y griega. La profesión de mercader era muy considerada y nadie tenía por desdoro dedicarse al oficio que había desempeñado el profeta. Cada ciudad tenía su barrio mercantil o bazar, donde se encontraban los almacenes y depósitos, y donde se reunían los comerciantes para tratar de sus asuntos y fijar los precios. El poderío de la marina árabe, que dominó tanto tiempo el Mediterráneo, el mar de las Indias y el Caspio, permitía utilizar para los transportes la vía marítima, que era la más rápida y la menos costosa. Las caravanas efectuaban grandes recorridos, deteniéndose en las etapas de las ciudades para comprar o vender, siguiendo las pistas que hacían las veces de caminos, y que se consideraban buenas con tal que tuviesen caravaneras y pozos. Los puertos más frecuentados eran: Siraf, a la entrada del Golfo Pérsico; Bassora, a la cual se llegaba por un gran canal; Aden, Alejandría, Tánger, Cádiz, Málaga, Cartagena y Barcelona. Los caminos de caravana irradiaban alrededor de Bagdad en dirección a Damasco, la Meca, Bassora, Trebisonda y

Samarcanda; alrededor del Cairo, hacia Siria, el mar Rojo, el Alto Nilo, y al Oeste hacia Ifrikia y el Moghreb. Otros, que arrancaban de Trípoli, Keruan y Fez, se internaban en el Sahara para llegar a los oasis y a Sudán. Por Socotora, Melinda, Mombaza, Quiloa y Sofala, una línea de factorías seguía la costa oriental de Africa. El comercio árabe penetraba así por todas partes en el continente negro y sacaba de él esclavos, marfil y polvo de oro. Con la India, se establecía la comunicación por los caminos terrestres de Samarcanda y Cabul y por los puertos del Golfo Pérsico y del Mar Rojo. Los navios árabes iban a buscar a Calicut y a Sumatra las especias, los perfumes, la madera de lujo, las perlas, las piedras preciosas y los hermosos tejidos de seda. Los llevaban a Siraf o a Bassora, de donde se transportaban a Bagdad o a Aden, para que llegaran por fin a Egipto y al Cairo. Los mismos puertos veían llegar juncos chinos con su cargamento de sedas crudas o labradas, porcelana, lacas y te. Pero la mayor parte del comercio con China se hacía por mediación de las caravanas, ya por Cabul y Kaschmir, ya por Samarcanda y Mongolia. Los productos de Extremo Oriente llegaban a Europa latina por los puertos de Siria, y, principalmente, por Alejandría, donde iban a recogerlos los buques de Barcelona, Amalfi, Pisa, Venecia y Génova. Hasta fines de la Edad Media, el camino predilecto del gran comercio internacional era el que atravesaba a Egipto. Se iba al Imperio bizantino por el camino de Trebisonda y por el Mar Negro. Hacia la llanura sármata y los países del Norte, por el Caspio y el Volga, que remontaban los mercaderes árabes hasta Bolgary, capital de los búlgaros del Volga. Allí encontraban traficantes cazaros, búlgaros, eslavos y escandinavos que les abastecían de pieles, ámbar, miel, cera y esclavos blancos. Las monedas acuñadas por los califas, con las cuales se pagaban estas compras, se encuentran en todas las costas del Báltico y hasta en Polonia y Silesia.

LITERATURA.

En aquella atareada vida de la sociedad árabe, todavía quedaba espacio para las cosas del ingenio. Se entregaban con ardor al estudio, ya por la utilidad inmediata que daba, ya por satisfacción meramente intelectual. Organizábanse sociedades científicas y círculos literarios, que celebraban sus sesiones en las mezquitas, donde se leían las obras nuevas y se discutían desde las cuestiones más elevadas hasta las más fútiles. Se daba una enseñanza metódica en las escuelas, en los «medresses» (madrazas) y las universidades. El «medresse» era un colegio fundado por un príncipe o por un particular rico. Tenía habitaciones dispuestas alrededor de un patio central, una biblioteca y una capilla. Disponía de rentas constituidas para atender a la retribución de los profesores, a la manutención de los alumnos y a la hospitalidad que ofrecía a los literatos y sabios forasteros. Las universidades estaban instaladas en las mezquitas, sostenidas también por donativos, legados y fundaciones piadosas. En ellas se enseñaba la gramática, la retórica, la historia,

especialmente la religiosa, las matemáticas y la astronomía. La enseñanza que contaba con más discípulos era la del fikh, teología y derecho, que abría el camino a los destinos administrativos. El programa de los estudios venía a ser el mismo en Bagdad, Córdoba y el Cairo. Las varias universidades se prestaban recíprocamente los profesores y cambiaban los alumnos. La del Cairo, instalada inmediatamente después de la conquista fatimita en la mezquita de El-Azhar, donde se encuentra todavía, llegó a tener hasta 12.000 estudiantes. Formáronse bibliotecas, y simples ciudades de provincias, como Chiraz, las poseyeron muy valiosas, con director, bibliotecario y vigilante. Estaban establecidas en salas abovedadas, en cuyos costados había armarios de la altura de un hombre, con libros tumbados en estantes. Cada ramo de la literatura tenía su rótulo y su catálogo. La primera biblioteca del Cairo, perdida en tiempo de Mustansir, contenía 120.000 volúmenes. En España, el califa Hakam II había reunido hasta 400.000, cuyo catálogo ocupaba 44 cuadernos. Este príncipe tenía pasión por los libros; sostenía en Bagdad, en el Cairo, en Alejandría y en Damasco, agentes encargados de copiar o comprar para él, al precio que fuese, las obras antiguas y modernas. Su palacio estaba lleno de copistas, de encuadernadores y de iluminadores. Leía sus libros y los anotaba personalmente; colmaba de obsequios a sabios y escritores, fueran o no subditos suyos, llamaba a los más famosos a su universidad de Córdoba, y fundaba y sostenía escuelas en todas partes. No hubo soberano del Renacimiento que se mostrase más liberal y más ilustrado que aquel príncipe árabe.

La hermosa biblioteca de Hakam fue destruida en parte por Almanzor, que para adular al partido devoto encargó a una comisión de ulemas que echase al fuego todo lo que les pareciera sospechoso. Pocos libros se salvaron. El clero musulmán desconfiaba de las investigaciones científicas y de las libres especulaciones del pensamiento, que, a su juicio, no podían producir más que la herejía o la irreligión, pero no pudo evitar que se formaran fuera de las sectas heterodoxas del Islamismo, verdaderas escuelas filosóficas. Los filósofos árabes eran como continuadores de los maestros griegos, a los cuales conocieron primeramente por versiones siriacas o persas, leyéndolos después en traducciones árabes. Estudiaron principalmente a Aristóteles y a los neo-platónicos de la escuela alejandrina. Alkindi, Alfarabi, Avicena, Ibn-Badja e Ibn-Tofail pertenecen todos al aristotelismo y al neoplatonismo alejandrino. Ibn-Rochd o Averroes (1126-1198), el más célebre y el más grande de todos, escribió sus comentarios sobre Aristóteles y varios tratados filosóficos, donde expone un sistema que se aparta bastante del peripatetismo. Admitía la eternidad de la materia, siempre viva y siempre en movimiento. Distinguía en el hombre un intelecto pasivo y un intelecto activo; éste, impersonal, imperecedero, único para toda la humanidad entera, se unía por una jerarquía ascendente con los intelectos superiores, que formaban el alma de los planetas y llegaban hasta Dios. El intelecto pasivo debía tender a unirse con el intelecto activo,

y, una vez realizada esta primera unión, tratar de alcanzar a los inteligibles, a los intelectos superiores a los cuales se llega por medio de la ciencia. Averroes no creía en la creación, ni en la resurrección, ni en la acción providencial; su dios no conocía más que las leyes generales del Universo, se ocupaba de la especie y no del individuo. La moral de los castigos y recompensas le parecía de calidad inferior. «Hay que mencionar entre las ficciones peligrosas (escribía), las que sólo tienden a presentar la virtud como un medio de lograr la felicidad. De este modo, nada es la virtud, puesto que el hombre se abstiene de la voluptuosidad únicamente con la esperanza de que se le indemnice con usura. Conozco hombres perfectamente morales que rechazan todas estas ficciones y no son inferiores en virtud a quienes las admiten.» Estas doctrinas audaces, recogidas por las escuelas judías y propagadas por traducciones hebreas y latinas, se esparcieron por las universidades cristianas. Ya en el siglo XIII las profesaba parte de la Universidad de París, y se habían de sostener en Italia hasta el siglo XVI. Su suerte fue muy distinta en el mundo musulmán. La escolástica árabe, o kalam, se había consagrado a la polémica contra los filósofos. Gazzali había compuesto su Destrucción de los filósofos, en la cual intentaba derribar los sistemas unos contra otros, oponiendo a su diversidad y confusión la unidad y certeza del dogma. En aquel desafío desigual en que la teología invocaba el auxilio del brazo seglar y de las pasiones populares, la victoria no estuvo dudosa mucho tiempo. El mismo Averroes tuvo que sufrir persecuciones, y después de él no hubo más que teólogos, pero no filósofos árabes.

Con la teología se enlazó la jurisprudencia, que se basaba toda en el Corán y en la tradición. Las grandes autoridades jurídicas eran los fundadores de las sectas ortodoxas y los coleccionadores de tradiciones, como el sabio y piadoso Bokhari. El estudio del texto sagrado y la necesidad de fijar su lectura para formular su sentido, dieron origen a la gramática árabe. Había ya una prosodia y hubo una retórica. Los filólogos, los lexicógrafos y los escoliastas fueron innumerables. Sólo en la biblioteca de El Escorial se han encontrado 300 tratados de retórica.

El más antiguo de los historiadores fue el persa Tabari, que murió en 922, después de haber llegado, en sus Anales de los reyes, hasta el año 914 (302 de la hégira). Después compuso Mazudi (fallecido en 956) sus Historias del tiempo y sus Praderas de oro. Pertenecen al siglo XIII el jacobita sirio Abulfaradj, que escribió en sirio y árabe; Ibn-el-Atsir, a quien llamaban sus contemporáneos la gloria de la religión, y Behaeddin, que contó la vida de Saladino después de haberlo conocido y servido. En el siglo XIV florecieron el príncipe historiador Abulfeda, el berberisco Ibn-Caldun, el egipcio Nouairi y el granadino El-Kathib. Makrisi, historiador de los sultanes mamelucos de Egipto, es del siglo XV, y hasta el XVII no compuso Makkari sus dinastías musulmanas de España. La mayor parte de estos escritores no fueron más que recopiladores y analistas.

Carecían de ideas generales y de sentido crítico, hasta el mismo Mazudi, cuya erudición, para su tiempo, era universal. Hay que considerar, de todos modos, como verdaderos historiadores, a Ibn-el-Atsir, que trabajó casi siempre bebiendo en fuentes originales, y más todavía a Ibn-Kaldun, que en sus Prolegómenos formuló las reglas de la crítica histórica y planteó con la amplitud de miras de un Montesquieu la teoría del desarrollo y de las diversas formas de las sociedades humanas.

Las obras de pura imaginación convenían más al genio árabe. Los cuentistas, fabulistas y novelistas abundaron en esta literatura. El marco preferido era la makama (sesión), relato bastante corto, a fin de que pudiera leerse de una sola vez, y que por sí mismo formaba un todo, aunque enlazado con vínculo frágil a otros relatos del mismo género. Tal es la colección de las Mil y una noches, y tal es también la de las Sesiones, de Hariri, más árabe en forma y color y menos mezclado con reminiscencias indias o persas. Hariri (1054-1121) presenta a un personaje llamado Harits - ben - Hammam y le hace contar, delante de una reunión literaria, sus aventuras y las de su amigo Abu - Zeid - el - Sarudji. Este es verdaderamente el héroe del libro. Cada una de las 50 makamas le encuentra en una situación diferente: predicador ambulante, abogado, mendigo, cojo, ciego, maestro de escuela, improvisador, médico, devoto, libertino. Este Panurgo árabe desempeña todos los oficios, representa todos los papeles, va engañando por todas partes, pero con tanto ingenio y buen humor, que casi se le agradecen sus graciosas fechorías.

Pero como, al fin y al cabo, se trata de instruir divirtiendo, y después de «las chanzas que hagan olvidar sus penas al desdichado, hacen falta exhortaciones que puedan hacer llorar al pecador», Hariri termina con una conversión esta arriesgada odisea. El perdido acaba por ser un santo.

Todo árabe culto era poeta. El perfecto caballero, además de la generosidad, el valor, la hermosura del cuerpo y el conocimiento de la equitación y de las armas, debía poseer el talento poético.

Quien lo tenía era amado de las mujeres, solicitado y mimado por los poderosos y los príncipes. Un soberano árabe no se habría creído completamente feliz si no hubiera tenido cerca de sí a los poetas para que le dijeran en hermoso lenguaje que era rico, dichoso, ilustre y magnífico, para que improvisasen en medio de las fiestas las canciones alegres que ponderaban su esplendor o el canto melancólico que delataba su infortunio. Abu-Nuas, El-Motanebby, Abu-Temamy Abu-el-Ala vivían en la corte de los califas o de los príncipes de Oriente. El cordobés Ahmed ben-Mohamed-Abdurabihy tenía por editor al califa Hakam II, que cuidaba

personalmente de formar la colección o diván de sus obras. En España, muchos príncipes y grandes personajes merecían que se les mencionase entre los mejores poetas, como el omniada Abderrahman V y su visir Ibn-Hazm, el rey de Sevilla Motamid y su ministro Ibn-Ammar. Quedan de Motamid canciones de amor, en las cuales se encuentra, con forma más fina, la inspiración sensual de los antiguos poetas árabes, pero nada puede compararse con la varonil tristeza de las elegías que compuso, cuando destronado por los almorávides y prisionero en una ciuaad de Africa, «lamentaba no poder contestar al llamamiento del oprimido y del pobre, y lloraba al pensar en la miseria de sus hijas, vestidas de harapos y obligadas a pisar con los pies desnudos el lodo de las calles».

CIENCIAS.

Los árabes encontraron las ciencias en la situación en que las habían dejado los últimos maestros de la escuela de Alejandría. Se les atribuye la invención de los guarismos llamados árabes y de la numeración decimal. «Leonardo de Pisa fue, al parecer, el primer europeo que empleó la palabra latina zephirum, que procede del árabe sifir (vacío, nulo). Los italianos han hecho de ella zeuro o zefiro, de la cual procede la palabra francesa zéro. La palabra cifra proviene también del árabe sifir. Los mismos árabes daban a estas cifras el nombre de cifras indias. Hoy se ha puesto en claro que tales cifras no tienen relación alguna con las letras indias, y parece, además, que parte de estos caracteres era conocida en Europa antes de que los árabes fueran un pueblo civilizado. El italiano Boecio, ministro del rey ostrogodo Teodorico, y decapitado en 225, sustituía ya los guarismos romanos con caracteres que llamaba ápices, cuya serie es la siguiente:

Apices semejantes se encuentran en el Abacus de Barnelino, discípulo del célebre Gerberto, que vivía a principios del siglo XI:

Nótese que en Boecio los ápices 1, 7, 8 y 9 son casi nuestros guarismos actuales, que su 2 es un 2 al revés, y que el 6 es muy parecido al nuestro. ¿Qué parte corresponde, pues, a los árabes en la propagación de las cifras que llevan su nombre? Acaso completaran esta serie incompleta con algunos caracteres nuevos; quizá fuesen poco conocidas estas cifras antes de su tiempo, y tuvieran el honor de vulgarizarlas en Europa. Hay en esto cuestiones que todavía no se han aclarado. La

gran innovación introducida a principios del siglo XIII con el sistema de numeración atribuido a los árabes, es el uso del cero, único que da a los antiguos ápices un valor llamado de posición; los ceros añadidos a la derecha de una cifra le dan el valor de decena, centena, millar, etc., y permiten expresar los millones, billones y las cantidades más prodigiosas. Eso es lo que no se encuentra en Boecio, ni en Gerberto, ni en Barnelino. Créese que fue Mohammed-Ibn-Musa, apellidado el Alkharismi por haber nacido en la provincia de Kharizm (Asia), el primero que empleó este sistema, y por una corrupción de su nombre la numeración llamada árabe ahora, se llamó en la Edad Media algoritmismo, y algoritmistas a los que la usaban.» (A. Rambaud, Historia de la civilización francesa.) Toda la geometría árabe se basa en los Elementos de Euclides. Este y los demás matemáticos griegos, como Teodosio, Apodomio e Hipsicies, fueron traducidos en tiempo del califa Mamún. Mohammed-Ibn-Musa se inspiró en ellos para componer, en 820, su Tratado de Algebra, que había de ser hasta el siglo XVI el manual de Europa. Contenia las ecuaciones de segundo grado, pero otros matemáticos árabes llegaron hasta el cuarto. El mismo Ibn-Musa y su discípulo Tsabit-ben-Cora fueron los primeros que trataron de aplicar el álgebra a la geometría. Los sabios árabes de los siglos IX y X perfeccionaron la trigonometría esférica y estudiaron la física matemática. Battany sustituyó las cuerdas de los arcos con las semicuerdas de los arcos dobles, es decir, con los senos. Abu-el-Uefa usó las tangentes, las cotangentes y las secantes. Hassan-ben-Haithem compuso una obra sobre la visión directa, refleja y quebrada, y sobre los espejos ustorios. Alhazen, un tratado de óptica, en que se habla de la refracción, del foco de los espejos, del sitio aparente de la imagen en los espejos curvos y del tamaño aparente de los objetos.

Se instalaron observatorios en Bagdad, en Raqqa, en Damasco, en el Cairo, en Samarcanda, en Córdoba y en Fez. Se usaron en ellos el astrolabio, el sextante, los espejos de metal y el cuarto de círculo. El apasionado interés con que los árabes se entregaron a tales estudios no era mero efecto de curiosidad científica. Creían firmemente en el influjo de los astros y de sus conjunciones en todos los acontecimientos humanos. Cuando fundaban una ciudad nueva, determinaban su emplazamiento y el instante de la fundación por medio de observaciones y cálculos astrológicos. Así procedieron los abasidas en Bagdad. Las primeras piedras del Cairo no se pusieron hasta que los astrólogos anunciaron el paso por el meridiano del planeta Marte (El-Kaher en árabe), y de ahí el nombre de El-Kahirat, ciudad de Marte, ciudad victoriosa. Pero al perseguir tales quimeras, los sabios árabes ejecutaban trabajos útiles y llevaban a cabo descubrimientos importantes. Los astrónomos de Bagdad, Battany (Abbatagnius), Fergahani (Alfraganus), los hijos de Muza-ben-Chakir, los Beni-Amagdur, verificaron la revisión del Almagesto de Ptolomeo, emprendieron la medida de un grado de meridiano en la llanura de Sennaar, calcularon la oblicuidad de la elíptica y llegaron, por medio de

observaciones del equinoccio, a una apreciación casi exacta de la longitud del año. Abu-el-Uefa, en el siglo X, descubrió la tercera desigualdad lunar, conocida con el nombre de variación, y con la cual volvió a dar después Tyco-Brahe. Al declinar Bagdad, las demás dinastías árabes u orientales recogieron el patronato ejercido en otro tiempo por los abasidas. Era consejero de Mahmud el Ghaznevida, el astrónomo Albiruni, que publicó tablas de longitud y latitud de los principales lugares del mundo. El seldjukida Malek-Shah dispuso la práctica de observaciones en virtud de las cuales se llegó después a una reforma del calendario. El mongol Hulagú edificó en el siglo XIII el observatorio de Meraga, y su hermano Kublai-Khan llevó a China la astronomía árabe. En Egipto florecía la escuela del Cairo en tiempo de los fatimitas; el feroz Hakim estimuló los trabajos de Ibn-Yunis, inventor del péndulo y del gnomón con agujero, y que redactó en honor del soberano la gran Tabla hakemita. En España hizo Arzachel (siglo XI) numerosas observaciones para determinar el apogeo del sol y el valor real de la precisión de los equinoccios.

Con los astrónomos y los matemáticos, los viajeros árabes hicieron progresar mucho las ciencias geográficas. En el siglo IX, el mercader Solimán relató su viaje a China. Mazudí, el autor de las Praderas de oro, describió las provincias del Imperio musulmán y los países limítrofes. Mokadassy e Ibn-Haukal dieron una descripción completa de las comarcas que habían visitado. Albiruni publicó observaciones sobre el Sindh y el Norte del Indostán, a donde había ido con el conquistador Mahmud. Abu-el-Hassan, en el siglo XIII, recorrió toda la costa Norte de Africa y tomó la posición de 44 lugares entre Marruecos y Egipto. Ibn-Batuta salió de Tánger en 1325, visitó Africa del Norte, Egipto, Palestina, Mesopotamia, parte de Arabia, Rusia meridional y Constantinopla. Desde allí, por Bukharia, el Korassan y Kandahar, se dirigió a la India. Aceptó una misión para el emperador de China, y por la vía marítima, pasó por Ceilán, Sumatra y Java, y llegó a Pekín. Al regreso de aquel inmenso, viaje, se volvió a poner, en camino, recorrió España y avanzó por el interior de Africa hasta Tombuctú. Las noticias recogidas por aquellos infatigables viajeros permitieron rectificar muchos puntos de la geografía de los antiguos. El Rasm-el-Ardh, o descripción de la tierra, redactada en Bagdad, reinando el califa Mamún, reproduce el sistema de Ptolomeo, pero con notables cambios respecto a las provincias centrales del imperio musulmán. En el siglo XI el Kanun de Albiruni indicaba correcciones de la misma clase para la región oriental. En el siglo XIII, Abu-el-Hassan rectificó los errores relativos a Occidente, y redujo a sus verdaderas proporciones el litoral de España y de Africa del Norte. La longitud del Mediterráneo, calculada por Ptolomeo en 62°, se redujo primero a 54°, y después á 42°, o sea próximamente a su valor exacto. Se componían trabajos de conjunto y tratados metódicos. “He descrito la tierra a lo ancho y a lo largo—decía en su prólogo Ibn-Haukal— y he dado a conocer las provincias musulmanas.

Cada región particular va acompañada de un mapa que indica su situación respectiva. Señalo los límites de cada región, los distritos y ciudades que comprende, los ríos que la riegan, los depósitos de agua que modifican su superficie, los recursos con que cuenta, los impuestos de varias clases que paga, los caminos que la atraviesan, las distancias que la separan de las comarcas vecinas, y el género de comercio que da mejores resultados.» Se ha conservado el tratado de geografía, acompañado de mapas, escrito en el siglo XIII por Edrissi, que vivía en la corte semi-árabe del rey normando Roger II. Europa y Asia están figuradas de una manera casi exacta. El Sur de Africa está completamente ignorado, pero el Nilo y el Congo, al cual llama el Nilo de los negros, aparece como saliendo de los lagos ecuatoriales. Los naturalistas árabes vinieron a ser meros comentadores de Aristóteles, o simples descriptivos; pero enriquecieron la ciencia, especialmente la botánica, con numerosas nociones nuevas. Los médicos árabes reconocían a los griegos como maestros suyos, y leían traducciones de Hipócrates, Galeno y Paulo de Egina; pero no toda su ciencia procedía de los libros ni consistía en fórmulas aprendidas. Poseían algunos elementos de fisiología y sanas nociones de higiene; estudiaban las enfermedades en clínicas de hospital y crearon la farmacia. La mayor parte de los preparados y medicamentos que se usan todavía, como jarabes, cocimientos, pomadas, ungüentos, casia, sen, ruibarbo, alcohol, nuez vómica, etcétera, fueron descubiertos por ellos. Su terapéutica abarcaba tratamientos empleados o vueltos a usar en nuestros días, como los sedales, las ventosas en la apoplejía, el agua fría en las fiebres cotidianas. Sus cirujanos practicaban la litotricia y la operación de la catarata, bajando o extrayendo el cristalino. Parece que conocieron la anestesia, pues recomendaban en las operaciones dolorosas dormir al paciente «hasta que perdiera el conocimiento y la sensación». Rhazes de Rei (850-932), que dirigió sucesivamente los grandes hospitales de Bagdad, Rei y Djondischabur, y que consiguió en su Continente y en su Mansury los resultados de sus prolongados estudios y de sus cincuenta años de observaciones; Avicena (Abu-Ali-Hosein-ben-Sina), nacido en 980 en las cercanías de Chiraz, y cuyo Kanun se ha enseñado durante seis siglos en las universidades de Europa como la última palabra de la ciencia médica; el cirujano Abulcasis (Abu-el-Kacem), de Córdoba; el sevillano Aben-Zohar, que fue médico de Motamed y de Yusef-Ibn-Tachefin, todas estas glorias de la medicina árabe se nos presentan, si no como teóricos profundos, por lo menos como observadores sagaces, experimentadores ingeniosos y prácticos habílisimos.

Rhazes, y antes Djeber (siglo VIII), fueron los precursores de la química moderna. Sus trabajos y los de todos los químicos árabes tendían al descubrimiento del elixir que había de dar la inmortalidad y la juventud, y a encontrar la piedra filosofal para transmutar todos los metales en oro. No se desperdiciaron por completo tan quiméricas investigaciones.

Los sabios árabes aprendieron a ejecutar operaciones fundamentales como la destilación, la sublimación, la cristalización y la solución. Encontraron cuerpos desconocidos o compuestos nuevos como el alcohol, que obtenían destilando materias azucaradas o féculas fermentadas; el ácido sulfúrico, que sacaban del sulfato de hierro por medio de la destilación; el ácido nítrico, el agua regia, la potasa, el amoníaco, el nitrato de plata y el sublimado corrosivo. Aplicaban sus descubrimientos a la industria, a la medicina y a la guerra. Sabían hacer el fuego griego, cuyo secreto habían hurtado a los bizantinos, y fabricaron, acaso después de los chinos, pero seguramente antes que los europeos, la pólvora que desde el siglo XIII emplearon sus ejércitos.

ARTE. ARQUITECTURA.

El Corán prohíbe la representación de la figura humana. Se sabe que esta prohibición no siempre fue obedecida por los califas, y no impidió que tuvieran en su palacio retratos y estatuas. El caso es que no han dejado obras notables ni en pintura ni en escultura. Pero, sin hablar de sus piedras talladas, de sus medallas grabadas, de sus marfiles, de sus esmaltes y de su orfebrería, lo que queda de sus monumentos es una prueba suficiente de sus aptitudes artísticas. En esto, como en todo, empezaron por ser imitadores. Hicieron sus ensayos de arquitectura copiando los primeros modelos que encontraron, especialmente los bizantinos. Tímidos al principio, no tardaron en modificar, innovar e inventar, dando vida a un arte nuevo, original e independiente. No sabemos si existió un estilo árabe anterior al profeta, porque de la época preislámica no quedan más que ruinas casi informes. Desde la hégira hasta el siglo X reinó el estilo bizantino-árabe, que es el de la mezquita de Omar en Jerusalén y el de las grandes mezquitas de Damasco y de Córdoba. Bien se manifiesta la influencia bizantina, que aparece en los arcos de medio punto, en los capiteles con follajes y en los adornos dorados, pero los artistas musulmanes ya habían inventado la ojiva, los arabescos y las pechinas. En el siglo X se constituyó el estilo árabe puro. Su período de fecundidad no se interrumpió hasta el principio de la época moderna, cuando ya florecía el Renacimiento. Cubrió con sus monumentos Egipto, España y Sicilia, y Africa berberisca. En cambio, tuvo escasa representación en los países de Oriente, donde la persistencia de los influjos indio y pérsico creó obras a veces admirables, pero casi siempre compuestas.

Los monumentos árabes son de dos clases: mezquitas y palacios. La mezquita suele ser un edificio de forma rectangular, cuyas construcciones rodean un patio interior. En medio está la fuente con su taza, destinada a las abluciones, y en derredor galerías con arcadas, que dan acceso a las salas. La mayor de éstas, en la cual se celebra el culto, es una alta nave abovedada, sostenida y dividida por columnatas.

Hacia el centro, al lado del pulpito (minbar), se prolonga, en forma de nicho, el mihrab o santuario, orientado hacia la Meca, al que hay que mirar durante el rezo. Una cúpula, acompañada a veces de otras más pequeñas, corona el edificio. En los ángulos se yerguen torres, que son los minaretes, desde los cuales el muecín llama a los creyentes á la oración. Algunas mezquitas son extraordinariamente grandes; la de Hassan, en el Cairo, tiene 140 metros de largo por 75 de ancho; la cúpula mayor tiene 55 metros, y el más alto de sus minaretes se eleva a 86. Los palacios, vistos desde fuera, presentan sus fachadas casi desnudas, con aberturas escasas, o aparecen con murallas macizas provistas de torres almenadas. Pero, en cambio, en el interior se extienden las galerías con arcadas, los salones suntuosamente decorados, los patios a cielo abierto, en los que saltan las fuentes en sus tazas de mármol. Caracterizan la arquitectura árabe la variedad de formas y la extremada riqueza de la ornamentación. La cúpula rebajada en Africa o en Siria, como en los monumentos bizantinos, se eleva por la cima y se estrecha por la base en Egipto, y afecta en Persia la forma bulbosa. El minarete es cónico en Persia, cuadrado en España y en Africa, y de figura distinta en cada piso en las mezquitas egipcias. Su exterior es unas veces liso y otras revestido de relieves o de azulejos de colores; tan pronto terminado en forma picuda, como recortado en merlones.

Las columnas son de todas clases: lisas, estriadas, redondas, salomónicas, de fuste libre, empotradas en el muro o reunidas en forma de pilar. Unense para sostener arcadas alargadas en forma de ojiva por la rotura del arco en lo alto, o recortadas en forma de herradura por la rotura del arco en la base. La ojiva y el arco rebasado se encuentran en las puertas y las ventanas, cuya elegante abertura surge de un marco rectangular. En la unión de los muros, bajo las bóvedas circulares que se apoyan en ellos, desaparecen los ángulos, ocultos por huecos en saledizo que se juntan para formar panales ó cuelgan como estalactitas. Ni una sola de las superficies del interior aparece desnuda. Los techos son de casetones esculpidos, pintados y dorados. Por los muros, entre los vanos de las puertas y ventanas, y los entrepaños de madera, trabajados como encajes, corren arabescos cuyo dibujo reproduce guirnaldas de follaje, figuras geométricas enlazadas, inscripciones conmemorativas o versículos del Corán. Están esculpidos en madera, cincelados en piedra o incrustados en finas molduras de yeso. Más abajo brillan los revestimientos de azulejos barnizados, y el pavimento de mármol o mosaico. Los mármoles polícromos, los mosaicos, los tonos claros de los alicatados, las pinturas de los arabescos, y los dorados de la techumbre, donde se refleja la luz, bañan en una armonía de colores y hacen destacar con mayor relieve lo caprichoso de las líneas y la rica variedad de los contornos.

A pesar de lo frágil de los materiales que se solían usar (madera, ladrillo, yeso), quedan numerosas mezquitas de la mejor época. En el Cairo están muy estropeadas las antiguas mezquitas de Amr y de Tulún; la de El-Azhar ha sido objeto de restauraciones que han alterado su carácter primitivo; pero todavía se puede admirar el estilo árabe puro en la de Kalaum (siglo XIII), la de Hassan (siglo XIV) y la de Kait-Bey (XV). Jerusalén posee la mezquita de Omar, con paredes revestidas de mármoles y de magníficos azulejos esmaltados, y la mezquita El-Aksa, con sus ventanales y su pulpito de madera esculpida y enriquecida con incrustaciones de nácar y marfil. Africa tiene las mezquitas de Keruán, Argel, Sidi-bu-Medina, cerca de Tlemecen, Fez y Tánger. España posee la gran mezquita de Córdoba, convertida en catedral cristiana, mutilada por bárbaros deterioros, pero que ha conservado, con su bosque de columnas multicolores, sus arcadas superpuestas y su delicioso mihrab, algo de su antigua belleza.

La graciosa torre de ta Giralda, en Sevilla, era el minarete de una mezquita que ha desaparecido.

Más escasean los palacios. Apenas quedan únicamente los de Sicilia, la Ziza y la Cuba (Kubba, en árabe), cerca de Palermo, monumentos del décimo siglo, de un estilo algo severo dentro de su sobria elegancia. En España existen la Alhambra de Granada y el Alcázar de Sevilla. El Alcázar, adoptado como residencia por los reyes cristianos, ha podido evitar la destrucción y no ha sido muy maltratado por los restauradores. Ciertas partes, como el salón de Embajadores y el patio de las Doncellas, son hermosísimas; pero en la Alhambra, detrás de las recias murallas pintadas de rojo que dominan todo el paisaje de la Vega, en el patio de los Leones, en las salas de Embajadores, de las Dos Hermanas y de los Abencerrajes, es donde se puede contemplar en sus obras más exquisitas y más acabadas el arte hispano-árabe llegado a su mayor esplendor.

BIBLIOGRAFÍA

G. Weil, *Gesch. d. Chalifen*, tres volúmenes en 8.º, Manheim, 1846-1854; más los tomos IV y V sobre Egipto en tiempo de los abasidas, ídem, 1865.—W. Muir, *The Caliphate, its rise, decline and fall*, Londres, 1891.—A. Müller, *Der Islam in Morgen und Abehndland*. dos volúmenes, Berlín, 1885-1887. Ibn-Khaldoun, *Histoíre des Berbères et des dynasties musulmanes de l'Áfrique*, traducción de Slane, 1852-1856, cuatro volúmenes en 8.º; *Histoire de l'Áfrique sous les Aghlabites et de la Sicile sous les Musulmans*, traducción Desvergers, París, 1841, en 4.º.—H. Fournel, *Les Berbers: étude sur la conquête de l'Áfrique par les Arabes*, dos volúmenes en 4., 1875-1881.—Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*,

Leyde, 1861, cuatro volúmenes en 8.º; Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne au moyen âge, Leyde, 1860, dos volúmenes en 8.º.— Viardot, Histoire des Arabes et des Maures d'Espagne, París, 1851, dos volúmenes en 8.— Coude, Histoire de la domination des Arabes et des Maures en Espagne et en Portugal, traducción francesa, París, 1825, tres volúmenes en 8."— Stanley-Lanc-Poole, The Moors in Spain, Londres, 1889, un volumen en 12.— Mercier, Histoire de l'Afrique septentrionale, París, 1889, tres volúmenes en 8.º— Ed. Cat, Histoire de l'Algérie, Alger, 1889, un volumen en 12.— Reinaud, Incursions des Sarrasins en France, Savoie, Piémont, Suisse, París, 1836.— G. de Rey, Les Invasions des Sarrasins en Provence, Marsella, 1878.— Amari, Storia dei Musulmani da Sicilia, Firenze, 1854-1869, cuatro volúmenes en 8.º— Marcel, Histoire de l'Égypte depuis la conquête des Arabes, París, 1848, en 8.º— Quatremère, Mémoires sur l'histoire des Khalifes Fatimites, París, 1837; Hist. des Sultans Mamelouhs de l'Égypte, 1837-1841. — F. Wüstenfeld, Gesch. des Fatimiden Chalifen, Goett., 1881.— Quatremère, Mémoire sur la dynastie des Khalifes Abbassides, 1837 (extracto del J. Asiatique).— Playfair, History of Arabia Félix or Yemen, Bombay, 1859.— R.-E. Brünnowr, Die Charidschiten unter den ersten Omayyaden, Leyde, 1884.— J. Darmesteter, Coup d'oeil sur l'histoire de la Perse, París, 1885. Kremer, Kulturgeschichte des Orients, Viena, 1875-1877, dos volúmenes en 8.º— Le Bon, la Civilisation des Arabes, París, 1884, en 4.º— Renán, l'Islamisme et la science, París, 1883, en 8.º; Averroés et l'Averroisme, París, 1867, tercera edición.— Delambre, Histoire de l'astronomie au moyen âge, París, 1819, en 4.º— Leclerc, Histoire de la médecine arabe, París, 1876, dos volúmenes en 8.º— Sédillot, Recherches pour servir á l'histoire des sciences mathématiques chez les Orientaux, París, 1837, en 4.º— Woepke, Recherches sur l'histoire des sciences mathématiques chez les Orientaux, París, 1860, en 4.º— Wüstenfeld, Die Academien d. Araber, Goett, 1837; Geschichte der arabischen Aerzte und Naturforscher, 1840; Die Geschichtschreiber d. Araber, 1881.— M. Berthelot, La chimie au moyen âge (la alquimia griega, siria y árabe), tres volúmenes en 4.º 1893 (con la colaboración de Rubens Duval y Houdas, respecto a las lenguas orientales).— Bourgoïn, Précis de l'art arabe, París, en 4.— Batissier, Histoire de l'art monumental, París, 1880, en 8.º— Ch. Blanc, Grammaire des arts du dessin, París, 1867-1870, en 8.º— Prisse d'Avesnes, L'art arabe d'après les Monuments du Caire, París, 1878, tres volúmenes en folio. — Girault de Prangey, Essai sur l'architecture des Arabes et des Maures en Espagne et en Sicile, París, 1842, en 4.º— Jones, l'Alhambra, Londres, 1830, dos volúmenes en folio.— Théophile Gautier, Voyage en Espagne, París, en 12. — Rafael Contreras, Los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba, etc., tercera edición, Madrid, 1885.— Th. Kutschmann, Meisterwerke Saracenischnormannischer Kunst in Sicilien und Unteritalien, Berlín, en folio, sin fecha.

RESUMENES

MAHOMA: FUNDACIÓN DEL IMPERIO ARABE HASTA EL FIN DE LOS ABASIDAS (622 a 843).

103. *Estado geográfico, político y religioso de Arabia.*

104. *Vida de Mahoma, la Hegira.*

105. *Conquista de Arabia.*

106.. *El Corán.*

107. *Sucesores de Mahoma, sus conquistas.*

108. *Los Omeyas, extensión del imperio árabe.*

109. *Los Abasidas, principios de la civilización árabe.*

110. *Harúm-al-Raschid, prosperidad y decadencia del imperio musulmán.*

103. *Estado geográfico, político y religioso de Arabia.*— Al sur de Siria y al oriente de Egipto se halla situada una vasta península que los antiguos geógrafos dividieron en tres partes, *Arabia Desierta*, *Arabia Pétrea* y *Arabia Feliz* o el Yemen. Al principio de la Edad Media habitaban Arabia dos poblaciones distintas en origen y costumbres: los *Sabeos*, de costumbres sedentarias y pacíficas; y los *Ismaelitas*, errantes por el desierto como los hijos de Abraham, de los cuales descendían.

Arabia, a la aparición de Mahoma, no formaba un estado compacto y homogéneo; estaba dividida en tribus, y gobernadas estas por un jefe llamado *emir*, elegido por todas las familias que componían la tribu. Las ciudades, así como la Meca, se regían por una especie de oligarquía, y cierto número de magistrados constituían un senado presidido por el decano de edad. También algunas tenían reyes.

El *cristianismo*, *el judaísmo* y *el sabeismo* eran las religiones del país: la primera, establecida entre los *Houdritas* por alteraciones sucesivas, se había hecho *nestoriana*, la segunda predominaba en Medina y a lo largo de las costas occidentales y meridionales del país; el sabeismo, culto *idolátrico*, dominaba el resto de la península arábiga.

Un hábil impostor iba a combinar estas religiones para formar de ellas una nueva: iba a aparecer un hombre para lanzar en nombre de Dios a los salteadores del desierto a conquistar el mundo, este era *Mahoma*.

104. *Vida de Mahoma, la Hegira.* *Mahoma*, de la tribu de los Koreischitas, descendiente de Ismael, nació en la *Meca* en 570. Huérfano a la edad de cinco años, casó a los veinte y cinco con una viuda rica, a cuyo servicio había hecho el comercio

de las *caravanas*, y pasó en el retiro los quince primeros años de su matrimonio, ocupado en combinar la extraña empresa que había de cambiar la faz de la mitad del mundo. A los cuarenta años se anunció como un *profeta* enviado para destruir la idolatría, y para enseñar a los hombres una religión más perfecta que la de los judíos y la de los cristianos, según le había revelado *San Gabriel*, decía, de parte de Dios.

No pudiendo disuadirle algunos de su familia de un proyecto que tenían por una locura, y creciendo el número de prosélitos, traía tan inquietos los ánimos que el *emir* de la tribu de los Koreischitas, se vio precisado a proceder contra él, de cuyas resultas huyó a Yatripa o Yatrib, llamada desde entonces *Medina* (ciudad por excelencia), siendo esta huida o *Hegira el* 15 de julio del año 622, lo que sirvió posteriormente de base a la cronología musulmana.

105. *Conquista de Arabia. Desde esta* fecha data el triunfo de Mahoma: los habitantes de *Medina* se declararon en su favor, tanto por su enemistad contra los de la *Meca*, como por la confianza en las palabras del profeta. Luego que Mahoma creyó bastante fuerte su partido, le hizo tomar las armas, y entrando en lucha con los Koreischitas (631), se apoderó de esta tribu, continuando la guerra y aumentándose sus prosélitos; Arabia entera cayó en su poder, recibiendo de grado o por fuerza la nueva ley. Entonces fue cuando se atrevió a escribir al emperador *Heraclio*, al rey de *Persia*, al rey de *Abisinia*, a todos los emires árabes y al gobernador de Egipto: «En nombre del que ha criado el cielo y la tierra, os mando que creáis en Dios y en Mahoma su profeta.» Muerto al poco tiempo (632), no pudo presenciar los triunfos que había de alcanzar esta intimación.

106. *El Coran.* Al morir Mahoma nada dejó escrito sobre su religión. Su suegro *Abubeker* se apresuró a recoger las sentencias del profeta, y todas las revelaciones que dijo haber tenido, y de ellas formó el *libro por excelencia*, el Corán. Para obligar a aceptar sus dogmas, unió Mahoma al atractivo de una moral fácil y corrompida, el terror que inspiraban los propagadores del islamismo. *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta:* tal es la máxima fundamental del Corán. A fin de inspirar a sus sectarios ciega fe en sus palabras y de hacerlos invencibles en la guerra, les enseñó el dogma de la *fatalidad* que los hizo indiferentes al peligro, prometiendo un lugar preferente en el paraíso al musulmán valiente que muriese en el campo de batalla, y el infierno, al cobarde que huyera a la vista del enemigo. La oración, la limosna, el ayuno y las peregrinaciones son prácticas obligatorias para los musulmanes.

107. *Sucesores de Mahoma, sus conquistas.* Abubeker sucedió a Mahoma con el nombre de *Califa o Vicario*. Dio inmediatamente la señal de *guerra santa*, y *Jerusalén* cayó en poder de los árabes en 636. *Siria* fue atacada por el valiente Kaleb, llamado *cuchilla de Dios*, y la señalada batalla de *Yermuh* sometió este país en el califato de *Omar*, quedando vencido el emperador' *Heraclio* (638). *Amru* marchó en el mismo año contra Egipto, *Menfis* le abrió sus puertas, *Alejandro* cayó en su poder después de catorce meses de sitio, y el bárbaro *Omar* mandó poner fuego a su famosa biblioteca. La terrible batalla de *Kaddesiah* (636) arrojó a los persas más allá del Tigris, y en 642 la *victoria de las victorias* completó su conquista, dando fin con *Yezdegerdes III* la dinastía de los *Sasanidas*.

A Omar sucedió *Othman*, que murió luego asesinado, *Ali*, fiel compañero del profeta, obtuvo en seguida el califato (655) no sin una fuerte oposición. Ayesca (Aisa) excitó contra él a Amru, gobernador del Egipto, y a Moavia de Siria, y después de una guerra civil de cinco años, pereció Ali y fue proclamado *Moavia jefe de los Omeyas u Ommyadas* (661).

108. *Los Omeyas, extensión del imperio árabe.* Esta revolución. fue causa de otra que cambió la índole electiva del califato, pues Moavia (664) proclamó a su hijo comendador de los creyentes, e hizo la dignidad hereditaria. Moavia fue el primero que envió sus flotas contra Constantinopla, pero por medio del *fuego griego* fue destruida, y se vio obligado a pagar un tributo (678). Más felices sus ejércitos en África, *Muza* redondeó la conquista de éste país hasta el litoral del Océano Atlántico en 698, apoderándose luego en 711 de la península española.

En el califato de *Valid I* se elevó el poder musulmán a su mayor pujanza y extensión. En *Europa* tenían España y las Islas Baleares: en *África* toda la costa septentrional desde el Océano Atlántico hasta el mar Rojo: en *Asia* Arabia, Palestina, Siria, Persia, Armenia y las provincias del Cáucaso, el Turkestan, las dos Bukarias y casi toda la península del Indostan.

109. *Los Abasidas (754), principios de la civilización árabe.* Los sucesores de Valid se dejaron corromper con toda clase de vicios. Sus enemigos, que reputaban su advenimiento al trono como una usurpación, se aprovecharon de estos momentos de descontento general, y las dos familias descendientes de Mahoma, los *Alides* y los *Abasidas* tomaron las armas, dando principio a una guerra entre los *abasidas* y los *omeyas*, entre la *bandera negra* y la *bandera blanca*, que terminó con la muerte de *Meruan II*, último califa de los Omeyas, y con el degüello de toda la familia, habiéndose salvado únicamente el célebre *Abderrahman*, fundador del *emirato de Córdoba*. El *Califato* de Damasco pasó a la familia de Abul Abbas, tío de Mahoma.

Con la caída de los **Omeyas** y la elevación de los **Abasidas** al califato cambió la nación musulmana de carácter y de objeto. En tiempo de los Omeyas su objeto había sido la guerra y la conquista, y su carácter bárbaro y destructor: los Abasidas, abandonando casi del todo las conquistas, y prefiriendo las dulzuras de la paz a la guerra, se ocuparon de las artes y de las ciencias, naciendo entonces la verdadera civilización árabe. El segundo de los Abasidas, **Almanzor**, fundó a Bagdad (762), que fue en adelante la capital de los Abasidas, siendo también el primer califa que protegió las ciencias y **dio** principio a la ilustración literaria de los árabes, preparando éste y su sucesor **Mahomed**, el famoso califato de **Harum al Raschid**.

110. **Hrum al Raschid (786-809), prosperidad y decadencia del imperio musulmán.** **Bajo** el cetro de este ilustre príncipe elevóse el califato al más alto grado de esplendor. Vencedor por muchas veces de los griegos, impuso Harum un tributo a la emperatriz Irene. Brillaron por este tiempo las artes y las ciencias entre los árabes, porque cansados de amontonar ruinas, se dedicaron al fin a reconstruir y a cultivar. El palacio del califa por la maravillosa riqueza de sus adornos, era el tipo de esas habitaciones encantadas **que** nos pintan **en** las **Mil y una noches** de los cuentos orientales. Los árabes se hicieron poetas y filósofos, y muchos de ellos estudiaron con más ahinco a **Aristóteles** que al Corán. A ellos se debe el conocimiento de los **guarismos** que con tanta ventaja reemplazaron a las cifras romanas, y también si no la invención, al menos la aplicación del **Algebra**, de ese admirable instrumento de los descubrimientos matemáticos.

Este reinado tan brillante bajo el punto de vista **que** le hemos considerado, era no obstante de decadencia en otro sentido. Dos desmembraciones de consideración ocurrieron en África: la de los **Edrisitas** en la Mauritania (788), y la de los **Aglabitas** en 800, que por espacio de dos siglos dominó en el Mediterráneo y se apoderó de las islas de **Córcega, Cerdeña y Sicilia**. La capital de los Edrisitas **era Fez**, la de los Aglabitas el **Cairouan**.

LOS EMIRES, EL CALIFATO DE CÓRDOBA. MONARQUÍA DE ASTURIAS HASTA D. ALFONSO EL CASTO (718 a 791).

111. *Diferentes pueblos que ocupaban la península después de la invasión árabe, su estado político.*

112. *Gobierno de los Emires, sus conquistas, sus faltas.*

113. *Establecimiento del califato de Córdoba.*

114. *'Abderrahmán I, su gobierno, civilización árabe.*

115. *Principios de la reconquista.*

116. *D. Pelayo, batalla de Covadonga, D. Favila.*

117. *Alfonso I el Católico, Don Fuela.*

118. *Reyes usurpadores.*

111.- *Diferentes pueblos que ocupaban la Península después de la invasión árabe, s estado político.* Para comprender este período de nuestra historia, conviene tener **presente** que la Península española era una agregación de pueblos de orígenes, creencias, idiomas y costumbres diferentes. Los musulmanes, los propiamente originarios de la península arábiga, unidos con los *sirios* sus vecinos inmediatos y sus primeros aliados, y con los *egipcios*, que les habían ayudado a conquistar el norte de África, formaban la clase alta, la conquistadora, dedicada al cultivo de las ciencias y de las artes. Los *moros o* berberiscos, convertidos al islamismo, constituían la clase media, de donde salían los soldados, los artesanos y labradores.

Los *cristianos* eran la parte más numerosa de la población: de estos, los antiguos iberos, los de raza indígena, no abandonaron su hogar, y tomaron el nombre de *mozábares*, (*mozárabes*) que valió para designar a los cristianos que vivían entre los moros y mezclados con ellos. A estos les concedieron los emires, y después los califas, el regirse por sus leyes y el profesar libremente su religión, con la condición de abstenerse de todo acto exterior y público, y con. la obligación también de pagar a los árabes los mismos tributos establecidos durante la monarquía goda: los de origen *godo* fueron los que abandonando su domicilio huyeron al norte de la Península, esperando desde allí la reconquista.

Los *judíos* establecidos en España desde el año 125 de la era cristiana bajo el reinado de Adriano después de la sublevación de *Barcochebas*, gozaban de igual

libertad que los cristianos con respecto a su culto. Los *esclavos*, destinados al servicio del califa y de los grandes del imperio, unos eran *prisioneros* de guerra hechos en los combates o en sus irrupciones verificadas sobre el territorio enemigo, ya de los cristianos, ya de los rebeldes de África; otros eran negros, que el comercio de sangre humana entregaba como bestias a los extranjeros.

112. Gobierno de los emires, sus conquistas, sus faltas. -Conquistada la Península por los *árabes* a consecuencia de la batalla de Guadalete, era natural que trataran de asegurar la conquista. Al efecto se estableció en España el gobierno de los *Emires* o gobernadores generales, dependientes del califa de Damasco, y que duró desde 713 hasta 756 en que se estableció el emirato de Córdoba. Los tres primeros emires *Abdalasis*, *Ayub* y *Alahor*, se dedicaron exclusivamente a conquistar la Península, como lo verificaron, excepto las montañas de Asturias, Navarra, Aragón y los Pirineos.

Los que siguieron desde *Alkama* hasta *Abdelmaleg* (719 a 737) no quedándoles ya nada por conquistar en España, pues miraban con desprecio a los refugiados en las montañas, pasaron los Pirineos y se apoderaron de toda la Galia Gótica. De éstos emires el que amenazó más seriamente la existencia del reino de los francos fue el emir *Abderraman*, que cual otro Atila hizo temblar el Occidente. Entrando con un poderoso ejército en la Galia, pasó el Garona avanzando hasta el Loira, y puso sitio a *Tours* donde fue derrotado (734) por el célebre Carlos Martell, salvándose con esta victoria Francia y quizás la cristiandad entera. Los emires que siguieron, perdiendo las conquistas hechas en la Galia, dando origen su mal gobierno a diferentes guerras civiles con los *walis* o gobernadores de las provincias que luchaban por hacerse independientes.

Los musulmanes cometieron tres faltas muy notables que dieron tiempo a que los cristianos, volviendo en sí del abatimiento y de la consternación a que debió reducirles una conquista tan rápida, se rehiciesen, pensando desde luego en oponerse a la dominación musulmana. Estas fallas consistieron ya en despreciar como insignificantes los *primeros movimientos* de los cristianos, ya en empeñarse demasiado en la conquista de los estados francos, y ya en el *mal gobierno de los emires* a que **dio** lugar su codicia, originándose de eso grandes escisiones entre ellos.

113. Establecimiento del califato de Córdoba. Los *últimos* tiempos del gobierno de los emires fueron tan calamitosos para España por las guerras civiles de que fueron causa los diferentes partidos que se disputaban el gobierno, que los hombres prudentes conocieron que este estado de cosas exigía un remedio pronto y eficaz. No esperándolo del Oriente, despedazado por divisiones intestinas, en medio de las

que había sido arrojada del trono la antigua familia de los *Omeyas*, y elevada la de los *Abasidas*, se reunieron secretamente en *Córdoba* muchos nobles árabes y convinieron en la necesidad de crear en España un imperio independiente de los califas de *Damasco*.

Afectos a los *Omeyas*, y sabiendo que uno de ésta familia se había salvado y refugiado en África, acordaron invitarle con este objeto. *Abderraman*, éste era su nombre, aceptó y desembarcó en *Almuñecár*. Junta en seguida un ejército, se dirige a *Sevilla* y luego a *Córdoba*, vence al emír *Yusuf* que se oponía en nombre de los *Abasidas*; y el 756 es proclamado Abdérraman *Emir* Al-Mumenin, estableciendo en *Córdoba* el segundo imperio musulmán. Desde entonces desmembrada la España musulmana del grande imperio de los *árabes*, formó sola un estado poderoso.

114. *Abderraman I* (756 a 788), su *gobierno, civilización árabe. Dividió* España en seis gobiernos además de la capital (*Córdoba*) que dependía directamente del emir, a saber: *Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia*, y cada gobierno de estos en cuatro distritos. Fijó un tributo a los cristianos de concierto con ellos, y bajo condición del pago de estos subsidios anuales, les concedió carta de protección y seguridad, el que pudiesen, regirse por sus leyes civiles y religiosas, obteniendo libertad para sus personas, seguridad para sus bienes y tolerancia para su culto; promoviendo al mismo tiempo, por una política: muy hábil los casamientos entre *árabes* y *cristianos*.

La brillante civilización que ilustró en Asia los reinados de *Harum* y de *Al-Mamum*, reflejó con igual brillo en la España musulmana. La agricultura, el comercio y las artes tomaron un prodigioso vuelo. *Abderraman* comenzó la grande *Aljama* (mezquita), hoy catedral de *Córdoba*, admiración de naturales y extranjeros. *Córdoba* fue el santuario de las letras y de las ciencias. Franqueaban sus puertas al público setenta bibliotecas y setenta escuelas, había una *Academia* compuesta de cuarenta miembros donde se controvertían las cuestiones más importantes de filosofía y de literatura.

115. *Principios de la reconquista* (718). Desde esta fecha va a empezar España esa prolongada y admirable lucha de siete siglos con el pueblo *árabe*, y en la que a despecho de multiplicados reveses se irá reconquistando y reconstituyendo la nación española: lucha sin igual en la historia por la constancia y por el vencimiento; empezada por *Pelayo* en las quebradas montañas de *Asturias*, y concluida por los reyes Católicos en las hermosas llanuras de *Granada*.

116. **D. Pelayo** (718 a 737), **batalla de Covadonga**, **D. Favila**. Los españoles refugiados en las cavernas espantosas de los montes de **Asturias**, y resueltos no solo a defenderse sino a conseguir la honrosa empresa de reconquistar su **patria**, eligieron por rey a **Pelayo**, descendiente **de** los príncipes godos , hombre de acción y de experiencia, héroe digno de respeto porque supo **conjurar** el peligro cuando todo se creía **perdido**.

El primer hecho de armas con que se encabeza esta historia es la célebre batalla **de Santa María de Covadonga (718)**, contra las tropas del **emir Alahor** sobre la cumbre de una montaña que domina un profundo abismo. **Las** consecuencias de esta primera victoria de los Cristianos fueron extender sus conquistas hasta **Leon**. **Falleció Pelayo en 737**, dejando su trono asegurado a su hijo **D. Favila**, que despedazado por una fiera, **murió en 739**.

117. **Alfonso I el Católico (739 a 759) Don Fruela**. D. Alfonso, merced a las desavenencias **de** los árabes entre sí y a sus guerras con Francia, consiguió extender los límites de su dominación desde el mar **Cantábrico** hasta **el Duero**. **Es** increíble cuánto trabajó en beneficio de estos nuevos dominios: restableció las arruinadas poblaciones , restauró las ciudades y fortalezas , y reedificó los templos destruidos por el furor de los conquistadores.

Le sucedió su hijo **D. Fruela (757 a 768)**, quien después de derrotar en varias ocasiones a los sarracenos, manchó tan esclarecidas hazañas con el asesinato de su hermano **Vimarano**, cuya dulzura y amabilidad le habían conciliado la estimación del pueblo. Conjuráronse contra él varios guerreros y le mataron a **puñaladas**. **Fruela** fundó a **Oviedo**, donde estableció su corte y dio principio a los reyes de **Asturias**.

118. Reyes usurpadores. Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo I el **Diácono**, que siguieron, fueron en rigor usurpadores del trono, porque le obtuvieron en perjuicio de **D. Alfonso II el Casto**, **hijo** de Fruela, hasta que por fin D. Bermudo renunció en él la corona. Ello es que estos reyes nada adelantaron las conquistas, antes bien hubieron de comprar la paz a los árabes, haciéndose tributarios suyos.

CONTINUACIÓN DEL CALIFATO DE CÓRDOBA: CONTINUA LA MONARQUÍA DE ASTURIAS EN ALFONSO II HASTA LA DE LEON.

119. Hixem I y su hijo Al-Hakem.

120. *Abderrahman II.*

121. Sus sucesores hasta Abderrahman III.

122. *Victorias de Alfonso el Casto, otros sucesos.*

123. *Ramiro I y su hijo Ordoño.*

124. *Glorioso reinado de Alfonso III el Magno.*

125. *Su abdicación y D. García.*

126. *Estado de la España cristiana a principios del siglo X.*

119. Hixem I y su hijo Al-Hakem. Después de la muerte de Abderrahman I, fue perturbado el imperio de los moros con revoluciones y guerras entre el nuevo emir Hixem I y sus hermanos, sus tíos y otros príncipes de sangre real. Estas guerras eran inevitables en un gobierno en que el orden de sucesión no estaba arreglado por ley alguna. Hixem y su hijo y sucesor *Al-Hakem I*, se sostuvieron en el poder a pesar de tan continuas revueltas. Hixem remató la bella mezquita de Córdoba, comenzada por su padre, que fue después el centro de la religión de los musulmanes de España, adonde iban en peregrinación, como los de Asia y de África iban a la Meca: publicó lo que ellos llamaban la *guerra santa* contra los infieles, es decir, contra los cristianos, enviando dos ejércitos, uno a la Galia Gótica y otro a Asturias; pero sin resultado alguno notable.

Al-Hakem (796 a 822), después de algunas *algaradas*, esto es excursiones rápidas que hacían los moros y los cristianos en el país dominado por su enemigo, con objeto de destruir y hacer botín, firmó la paz con Luis, rey de Aquitania. Poco antes, y a consecuencia de algunos empeños sin resultado, había concluido una tregua con Alfonso el *Casto*. Descontentos, se dice, por esto sus correligionarios, se sublevaron contra él y murió en medio de un motín, sucediéndole su hijo Abderrahman.

120. *Abderrahman II* (822 a 852) fue contemporáneo de Alfonso el Casto y Ramiro I. Abderrahman fue un príncipe **sabio**, prudente, sincero y justo, protector de las letras y de los literatos. Córdoba llegó a ser en su tiempo el templo de las artes, de las ciencias y del buen gusto. Las diferentes ambiciones al trono fueron causa de

que estableciese una ley en virtud de la cual la corona, debía pasar siempre de padres a hijos.

121. *Sus sucesores hasta Abderrahman III.* Los reinados de *Mahomed* y de sus sucesores *Almondir* y *Abdalla* no ofrecen por espacio de sesenta años sino una serie continuada de guerras civiles y de revoluciones de las ciudades principales cuyos gobernadores intentaban hacerse independientes, auxiliados de los cristianos de Asturias. *Toledo*, castigada muchas veces, pero siempre rebelde, tuvo reyes particulares, Zaragoza siguió su ejemplo, y el imperio de los emires estaba a punto de perecer cuando *Abderrahman III, nieto* de Abdalla, obtuvo el poder.

122. *Victorias de Alfonso II el Casto* (791 a 842), *otros sucesos.* El valor de Alfonso el Casto se manifestó en el reinado de D. Bermudo en la batalla de *Bureba* contra Hixern I, cuya victoria le valió tal vez la corona. Apenas empuñó el cetro, salió al encuentro del ejército de Hixern, mandado por Mohait, general muy experimentado. La batalla de *Lutos*, hoy Lugo (801), ganada por Alfonso, hizo que extendiese sus conquistas hasta la desembocadura del *Tajo*, y que plantase su pendón sobre los muros de *Lisboa*, teniendo por tan gloriosa esta conquista, que juzgó conveniente dar noticia de ella al rey de los francos *Carlomagno*.

En este reinado colocan los historiadores la existencia de *Bernardo del Carpio*, de cuyas aventuras y proezas militares, hay tanto escrito en nuestras novelas y antiguos romances, con no pocas fábulas y exageraciones. También reinando D. Alfonso parece que vino a España, el emperador Carlomagno, siendo derrotado en Roncesvalles por el ejército español aliado con Mársilio, rey moro de Zaragoza; y ayudado de Bernardo del Carpio, y cuyo hecho de armas llegado hasta nosotros por medio de tradiciones no siempre desapasionadas, ha dado motivo a que los españoles hayan atribuido a Bernardo del Carpio, y los franceses a su héroe Roldan, increíbles hazañas, careciendo de noticias claras e individuales acerca de aquellas guerras y de los motivos que hubo para ellas.

123. *D. Ramiro I* (842 a 850), y su hijo *Ordoño*. Son de sentir algunos escritores, que careciendo D. Alfonso de sucesión, recomendó a los grandes del reino a su sobrino o primo D. Ramiro, el que no tiene duda que le sucedió y cuyo reinado fue una serie continuada de rebeliones, invasiones y triunfos. Estando ausente D. Ramiro, un conde de Asturias llamado *Nepociano*, intentó arrebatarle la corona; voló Ramiro a cortar los progresos de la sedición, encontró al rebelde en las márgenes del *Narcea*, y viniendo a las manos quedó éste vencido. *Abderrahman II* invadió las tierras de los cristianos con un poderoso ejército, poniéndoles en grande aprieto. Sin embargo, redoblando estos sus esfuerzos acometieron a los infieles con valor y denuedo y los derrotaron junto a *Logroño*. Esta es tal vez la

famosa batalla que se dice de *Clavijo* puesta en duda por muchos historiadores. D. Ramiro rechazó también a los normandos, que desembarcaron en las playas de Galicia derrotándolos completamente y quemándoles setenta naves.

Sucedió a D. Ramiro su hijo *Ordoño I* '(850 a 866) que en sus guerras con los sarracenos recobró las ciudades de Salamanca y Soria, y reedificó a Tuy, León y Astorga.

124. *Glorioso reinado de Alfonso III el Magno (866 a 910)*. Este reinado fue borrascoso y turbulento por demás, pues en él se sucedían contra D. Alfonso las conspiraciones con una celebridad que asombra, contándose en el número de los sediciosos hasta su mujer y sus hijos, sin que la historia haya podido explicarnos la causa de estas rebeliones. Esto es tanto más significativo, cuanto que como rey fue uno de los soberanos más valientes, magnánimos y píos de cuantos ha tenido España. Nueve conspiraciones y siete batallas campales, sofocadas aquellas y ganadas estas, han hecho su reinado memorable, y merecidole el renombre de *Magno* con que le apellida la posteridad.

Desalojó de las riberas del *Duero a* los moros toledanos que infestaban las fronteras, y penetró por tierras de moros hasta las riberas del *Tajo* y del *Guadiana*: empresa que ninguno de sus antecesores había conseguido, ni quizá intentado. Las famosas jornadas de *Orbieja*, de *Villorico*, de *Pancorbo* y de *Zamora* harán perpetuamente célebre su nombre, pudiendo contar sus triunfos por el número de sus expediciones militares.

125. *Su abdicación, D. García*. Coronada ya su frente de laureles, apeteecía el grande Alfonso descansar en el seno de la paz; pero su familia misma contribuyó no poco a llenar en sus últimos días de amargas inquietudes su magnánimo corazón. Rebelóse contra él su hijo primogénito D. García sostenido por su suegro Nuño Fernández, conde de Castilla, por la reina su madre y por sus hermanos. Tuvo preso Alfonso al infante tres años en el castillo de *Gauzon*, pero creciendo el número de los descontentos y conociendo que no podía hacerse respetar sino a costa de mucha sangre, y que aun así quedaría fluctuante su corona, resolvió abdicarla, como lo *hizo* en una junta que reunió en *Bordes*, lugar de Asturias, en 910 en presencia de sus ingratos hijos, dando el tronó a D. García, a D. Ordoño el gobierno de *Galicia*, y a D. Fruela el de *Oviedo*. A este rey se debe una *crónica* de los reyes sus predecesores, la cual empieza desde Wamba y sigue hasta Ordoño I.

Su hijo **D. Garcia** falleció a los tres años, y ganó a los moros, algunas victorias.

126. **Estado de la España cristiana a principios del siglo X.** Con el reinado de Alfonso **III** y de D. García da fin la monarquía de Asturias para principiar la de León. Por este tiempo se habían formado ya cuatro **Estados** en la España cristiana, que aunque independientes y sin confederarse, conspiran todos a un mismo fin, a la expulsión de la **raza árabe**. Tales son el reino de **León** donde Ordoño va a establecer su corte, el de **Navarra, parte del de Aragón** y el condado de Barcelona independiente ya de la dominación de los francos. Estos estados a medida que se extiendan, se tocarán y acabarán por confederarse, tal es el trabajo de los cinco siglos que faltan hasta el fin de esta historia.

CONTINUACIÓN DEL CALIFATO, MONARQUÍA DE LEÓN HASTA BERMUDO II.

127. *Abderrahman III.*

128. *Al-Haken II.*

129. *Ordoño II, primer rey de León, D. Fruela II.*

130. *Alfonso IV el Monge.*

131. *Ramiro II.*

132. *Reinados siguientes hasta Bermudo II.*

127. *Abderrahman III* (913 a 961), fue el primero que tomó el título de *califa*, y el tiempo de su califato fue el más brillante de la dominación musulmana. Los rebeldes a quienes no habían podido sujetar sus predecesores, fueron deshechos, disipadas las facciones, y el orden y la tranquilidad restablecidos. Atacado por los cristianos, imploró el socorro de los moros de *África*, y sostuvo dilatadas guerras contra los reyes de *León* y los condes de *Castilla*, quedando vencedor en *Val de Junquera*, y vencido en las célebres batallas de *San Esteban de Gormaz* y de *Simancas*.

A pesar de las continuas guerras que ocuparon su reinado, y de sus enormes gastos, ostentaban en su corte un lujo y una magnificencia que excedía a la de Roma cuando esta capital del mundo estuvo en su mayor gloria. La agricultura llegó en su reinado al último grado de perfección, y Córdoba fue entonces también el centro de la industria y el asilo de las ciencias. Abderrahman fue el soberano más poderoso y más rico que se conoció en Europa y tal vez en el mundo, al decir de los historiadores, y su reinado solo es comparable al de Augusto.

128. *Al-Hakem II*, su hijo, le sucedió (961 a 976). Su reinado fue el de la justicia y de las letras. En beneficio de la paz estrechó más su alianza con los príncipes cristianos, que divididos entre sí, no pensaban en inquietar a los moros, e hizo un tratado solemne de paz con el rey de León Sancho el Craso. Por su amor a la justicia y a las letras se dedicó con todas sus fuerzas a hacer la felicidad de sus súbditos, a cultivar los buenos estudios y a formar en su palacio una biblioteca escogida. La época de *Al-Hakem* y de su padre, señaló el punto más elevado de la civilización árabe.

129. *Ordoño II, primer rey de León (914 a 923) y D. Fruela*. La historia de los primeros años del reinado de Ordoño, es la de sus gloriosos triunfos. *Abderrahman III* con un ejército de veinte mil hombres se presentó en las fértiles riberas del

Duero; pero atacado en *San Esteban* de *Gormaz*, fueron rotas las filas de los árabes por los guerreros cristianos, y completamente destruidas. León, testigo de este triunfo, participó de la gloria de su soberano, que estableció allí su corte, abandonando el título de *rey de Asturias*, para tomar el de rey de *León*, y dando también principio a la construcción de su magnífica iglesia catedral en 916.

Yendo después en socorro de D. *García*, rey de Navarra, pelearon los dos reyes con valor en la reñida y sangrienta batalla de *Val de Junquera*, quedando la victoria por los moros. Ordoño después de esta batalla, para no aparecer vencido, rehizo sus huestes y llevó la desolación hasta una jornada de Córdoba, causando grandes pérdidas a su enemigo. Oscureció no obstante su memoria con la muerte dada a los condes de Castilla.

Aunque dejó D. Ordoño de su primera mujer dos hijos, Alfonso y Ramiro, jóvenes; los obispos y los grandes eligieron a su hermano *D. Fruela o Froila*, que por su genio feroz y cruel se hizo detestable. Negaron la obediencia a este rey los castellanos, y eligieron dos nobles caudillos con título de jueces, para que los gobernasen. Murió Fruela de lepra a los catorce meses de su reinado, entrando a sucederle el primogénito de su hermano Ordoño, Alfonso IV, llamado el Monge y el ciego.

130. *Alfonso IV el Monge (924) y Ramiro II (927 a 950)*. A los cinco años y medio abdicó. D. Alfonso la corona en su hermano *D. Ramiro*, y se retiró al monasterio de *Sahagun*, de donde le vino el sobrenombre de Monge; pero arrepentido de haber trocado el cetro por la cogulla, se salió del monasterio reclamando la corona, haciéndose fuerte en León. Apoderándose de él D. Ramiro y de los hijos de su tío D. Fruela que le habían socorrido, los encerró en un calabozo y les privó de la vista. Tuvo D. Alfonso de su mujer doña Urraca, un hijo llamado *Ordoño*. Es preciso no confundir a éste con *otro Ordoño*, hijo de Don Ramiro y de doña Urraca su primera mujer.

131. *Ramiro II*. Sofocada la discordia civil volvió sus armas contra los infieles, y sus empresas rivalizaron con las de sus más ilustres predecesores. Atacó y tomó por asalto a *Madrid*, arrasando sus murallas; y extendiendo hasta Toledo sus conquistas. Venció en la batalla de *Ocaña*, sostuvo cerca de *Simancas una reñida* y sangrienta pelea contra más de cien mil árabes, mandados por *Abderrahman III* en persona, matándole, se dice, ochenta mil. Este triunfo, que la piedad de los cristianos atribuyó al patrocinio de *Santiago*, dio origen a que el nombre de este santo quedase

desde entonces por grito de guerra entre los españoles, pareciendo ser esta batalla por muchas circunstancias la misma que la supuesta de *Clavijo*, de suerte que confundidos los Ramiros se ha tomado una por otra. Su última victoria fue la derrota que hizo a los moros en la famosa batalla de *Talavera*.

132. Reinados siguientes hasta Bermudo II.- La historia intrincada y revuelta de estos reinados se explica por los manejos secretos de los condes de Castilla, interesados en debilitar el reino de León para hacerse independientes. **Ordoño III** sucedió a su padre D. Ramiro (950 a 955), sin otro hecho notable más que haberse defendido contra su hermano menor. D. Sancho, ayudado del rey de Navarra D. García Sánchez, su tío, y de su suegro el conde Fernán-González, por cuyo motivo se divorció de su hija doña Urraca, y tomó por esposa a una señora llamada doña Elvira, de quien tuvo a D. Bermudo, que después fue rey de León.

Llegó por fin a ocupar el trono **Sancho I el Craso** (955 a 967), y después de dos años, el mismo conde de Castilla, **Fernán González**, que lo había elevado, le derribó, haciendo que se eligiese a **Ordoño** (que no figura en la historia de los reyes de León) hijo del rey Monge; y en prueba de gratitud al conde de Castilla se casó con su hija doña Urraca, la repudiada de D. Ramiro, que volvió a ser reina de León. Pero se condujo tan mal D. Ordoño, que por este concepto le llamaron el **Malo. D. Sancho**, después de destronado, pasó a Córdoba, y aprovechándose del mal gobierno de Ordoño, y auxiliado de Abderrahman III y de don García, rey de Navarra, le destronó, volviendo a reinar en León por los años de 960, muriendo a los siete años.

Ramiro III (967 a 982). Los grandes eligieron rey a su hijo D. Ramiro, encargándose de la regencia durante su menor edad doña Teresa su madre y su tía doña Elvira, las cuales **renovaron el** tratado de paz con el rey de Córdoba Al-Hakem.

Apenas salió D. Ramiro de su minoría cuando despreciando los consejos de su madre y tía, se hizo abominable por sus vicios y por su carácter despótico y dominante, habiendo sido proclamado en Galicia **D. Bermudo II el Gotoso**, hijo natural de Ordoño III. Después de haber venido a las manos ambos competidores cerca de **Monterroso** en Galicia, quedó indecisa la victoria; por fortuna murió luego D. Ramiro, sucediéndole Bermudo II.

FIN DEL CALIFATO: CONTINUA LA MONARQUÍA DE LEÓN HASTA LA DE CASTILLA.

133. *Bermudo II y Almanzor.*

134. *Batalla de Calatañazor, sus consecuencias.*

135. *Alfonso V el Noble.*

136. *Bermudo III, último de los reyes de León.*

137. *Fin del califato de Córdoba.*

138. *Por qué es notable este punto de nuestra Historia.*

139. *Causas que favorecieron y causas que contrariaron el engrandecimiento de los estados cristianos.*

140. *Monarcas que durante esta época contribuyeron más al engrandecimiento de los estados cristianos.*

133. *Bermudo II y Almanzor.* El año 976 empezó el reinado de *Hixem II*, bajo la tutela, que duró toda su vida, de su *hagib o* primer ministro *Mahomed*, llamado después *Almanzor o* el Victorioso. El año 982 entró a reinar en León *Bermudo II*, en circunstancias en que los estados cristianos estaban desgarrados por facciones y guerras intestinas, y en que el ministro de Hixem II reunía al genio político los talentos de gran capitán.

Almanzor, el enemigo más temible que hasta entonces había combatido a los cristianos, se propuso la conquista de toda la península. *Barcelona, Pamplona, Santiago* y otros muchos pueblos volvieron a sufrir el yugo sarraceno. *León*, la corte de sus reyes, quedó reducida a una inmensa mole de ruinas; Galicia y Portugal no tuvieron fuerzas bastantes para resistirle, y España se encontró otra vez casi como en los primeros tiempos de la reconquista, expuesta a perecer para siempre, si los españoles, desnudándose de sus odios hereditarios, no se hubieran reconciliado.

134. *Batalla de Calatañazor, sus consecuencias.* Confederados el rey de León, el de Navarra y el conde de Castilla, marcharon contra el moro (998). Avistáronse ambos ejércitos junto a *Calatañazor en* las fronteras de León y Castilla, y los cristianos derrotaron tan completamente a los árabes, que recobraron la mayor parte de las plazas que les habían usurpado. Avergonzado Almanzor de verse vencido, se dejó morir de hambre en *Medinaceli*. Bermudo acabó sus días en 999.

Almanzor, gobernando cincuenta años durante el califato del débil e incapaz *Hixem*, y ganando cincuenta y siete batallas, marcó el punto más alto adonde llegó el poder militar y conquistador de los árabes. Con él murieron las esperanzas de los

moros de recobrar España; y desde este día se engrandecieron los españoles con sus despojos.

135. Alfonso V el Noble (999 a 1028). Nombrado por los grandes y puesto en el trono, se confió durante su menor edad la regencia a su madre *doña Elvira*, y su educación a **D. Mendo**, señor de Galicia. Llegado a mayor edad, las disensiones de los moros no solo dieron lugar para reparar los muros de León, fortificar Zamora y ocuparse del bien de sus estados, sino que le animaron a recobrar parte de Portugal.

136. Bermudo III (1028 a 1037). Sucedió a su padre Alfonso, Bermudo, que muriendo en el valle de Tamara a manos de su cuñado D. Fernando, después rey de Castilla, y no dejando descendencia, se extinguió en él la segunda línea masculina de los reyes godos, que traía su origen de D. Pelayo y de D. Alfonso el Católico.

137. Fin del califato de Córdoba. Los hijos de Almanzor reemplazaron sucesivamente a su ilustre padre en igual destino, pero, con su valor no heredaron sus talentos; lo que dio lugar a que se renovasen las facciones: El imbécil **Hixem II**, califa, fue hecho prisionero, volvió a subir al trono, y tuvo que renunciar al fin la corona por evitar la muerte. Una caterva de conjurados fueron sucesivamente proclamados califas, y depuestos o degollados. En **Jalmen ben Mahamed** acabó el imperio de los califas de Occidente, que habían ocupado el califato por tres siglos, desde 756 hasta 1027. Aun no habían pasado 30 años desde que el célebre Almanzor disponía de los **recursos** de África y España, y ya Africa estaba perdida, **los** españoles eran señores **de** las dos terceras partes **de** la Península; y **diez y nueve Walis o** gobernadores convertían en reinos sus gobiernos; siendo de estos los más notables **Zaragoza**, que se hizo reino en **1009**, **Toledo** en **1013**, **Valencia** en **1026**, **Córdoba** en **1043**, **Sevilla** en **1043**, **Granada** en **1236**.

Córdoba no fue más la capital del imperio árabe Conservó solamente el primado religioso que debió a su mezquita. La caída del califato de Córdoba no tiene igual en la historia, porque cayó de la plenitud de su fuerza en el más completo anonadamiento. Enervados los moros con sus discordias, y sujetos a tantos monarcas, no pudieron resistir ya a los españoles, cada vez más compactos y unidos.

138. Por qué es notable este punto de nuestra historia. El **fin** del reinado de **Bermudo III** y el principio del de **Fernando I**, es una época notable de nuestra historia, porque en el uno **concluye la línea goda** de los reyes de León y **comienza en el otro** la dinastía de **los** de **Navarra**, porque **tiene fin** el condado de Castilla, y éste país se erige en **reino** unido con León en Fernando **1**, y últimamente porque este reinado que coincide con la caída del Califato de Córdoba, **anuncia la**

decadencia y ruina de la dominación musulmana., y el *poderío y engrandecimiento de los reinos cristianos*. Justo será que después de tres siglos de lucha y de combates, hagamos alto, y digámoslas causas, ya favorables, ya adversas que contribuyeron al engrandecimiento de los estados cristianos.

139. *Causas que favorecieron, y causas que contrariaron el engrandecimiento de los estados cristianos*. Entre las causas favorables deben contarse: la pobreza y esterilidad de los países donde se hicieron fuertes los cristianos, y el poco interés de los árabes en conquistarlos: el proyecto de conquistar Francia, en el siglo VIII por parte de los sarracenos: la creación del condado de Barcelona, que puso coto a las conquistas de los musulmanes en la España oriental: las dos guerras civiles de los árabes, la primera antes de establecerse el califato, y la segunda a la caída de este: el cuidado de los cristianos de no adelantar sus fronteras hasta estar bien poblados los países, que quedaban detrás; de ellos: y finalmente, la diferencia de religión, que hacía imposible la fusión entre ambas razas.

Tres causas sin embargo contrariaron el engrandecimiento de los reinos cristianos de España en sus principios; las turbulencias y rebeliones de los señores que desde el siglo IX. aspiraron a hacerse independientes de los reyes: las guerras harto frecuentes entre los reyes de *León, Navarra y el condado de Castilla*: y el derecho electivo a la sucesión del poder real: por cuyas indicadas causas se vio dos veces en esta época España en peligro de volver a ser conquistada; en el reinado de *Mauregato*, y en los tiempos de *Almanzor*.

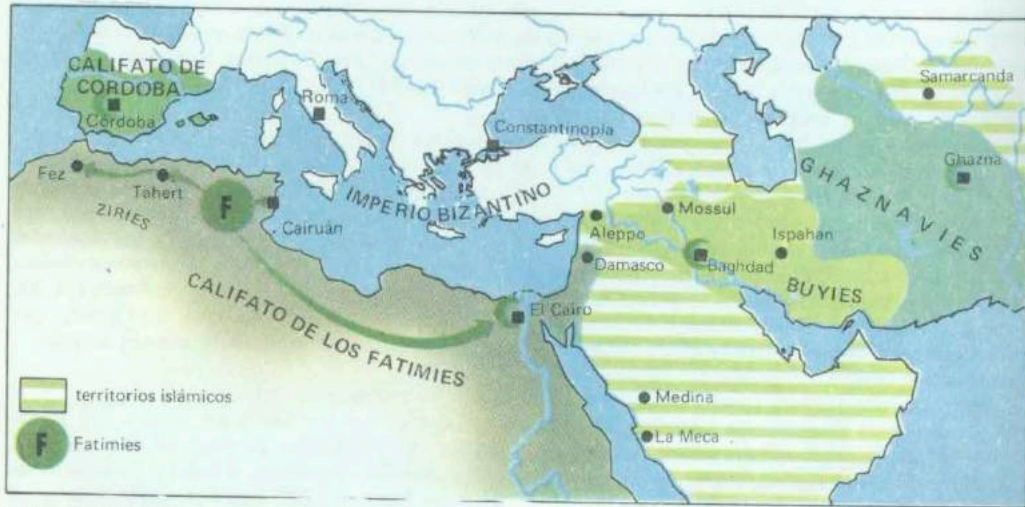
140. *Monarcas que durante esta época contribuyeron más al engrandecimiento de los estados cristianos*. En resumen, los grados del engrandecimiento de los estados cristianos hasta *Fernando I*, y los reyes que contribuyeron a él, fueron *estos*: *Pelayo* puso los límites de su pequeña monarquía en los *montes* que *separan a Asturias de León*: *Alfonso I* los extendió por la parte de Galicia hasta el *Océano*: *Alfonso II el Casto* hasta el Miño: *Alfonso III el Grande* hasta el *Duero*, en donde permanecieron hasta *Fernando I*.—*En* tanto los *navarros y catalanes* tenían sus límites puestos en *el Ebro*, y los aragoneses en las montañas de *Sobrarbe*.

MAPAS ISLAM

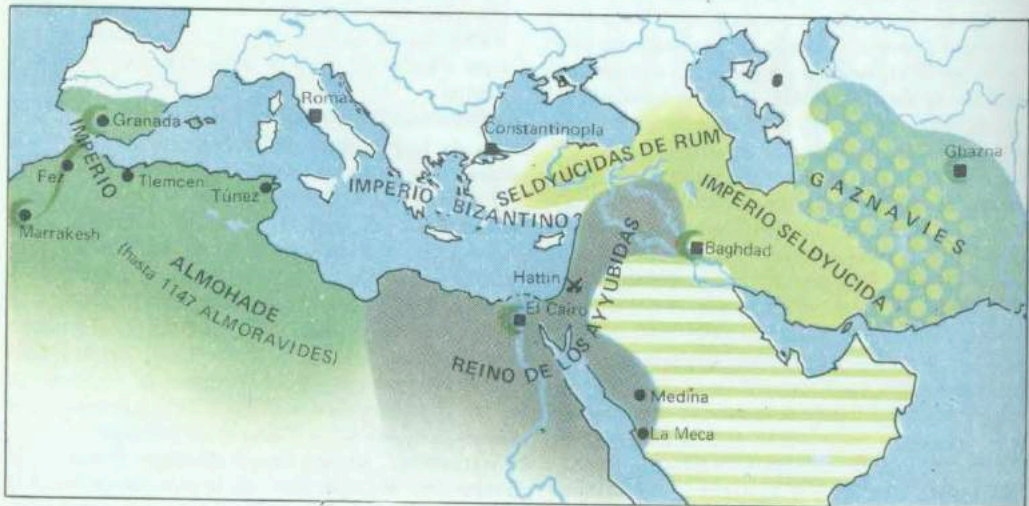




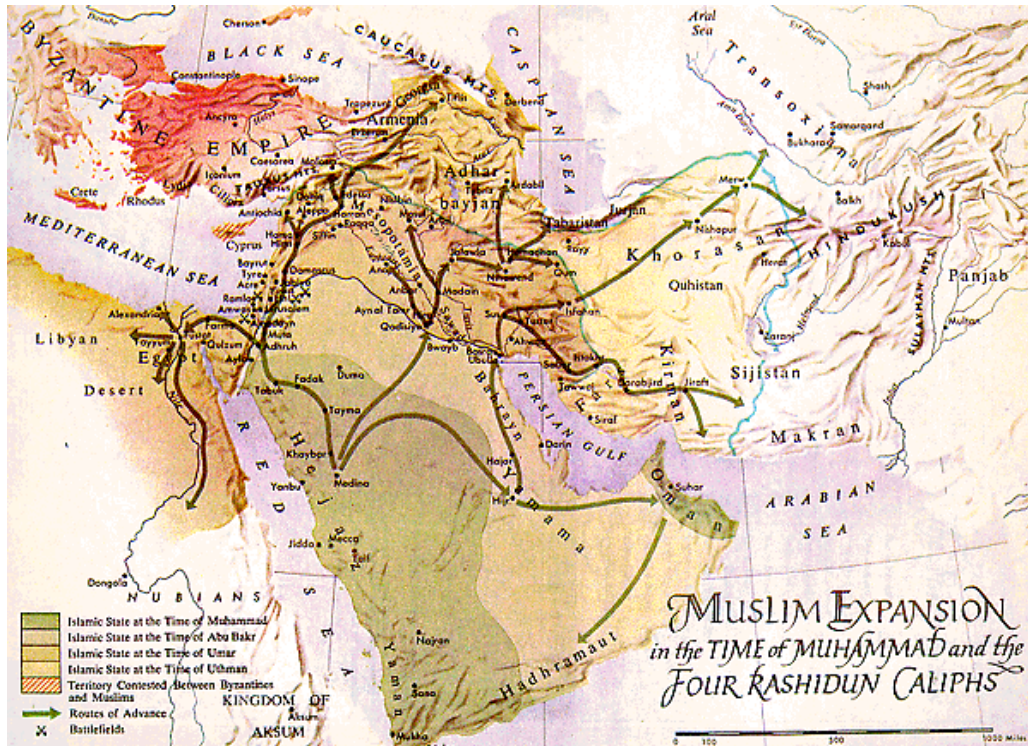
Expansión del Islam en los ss. VIII, IX y X

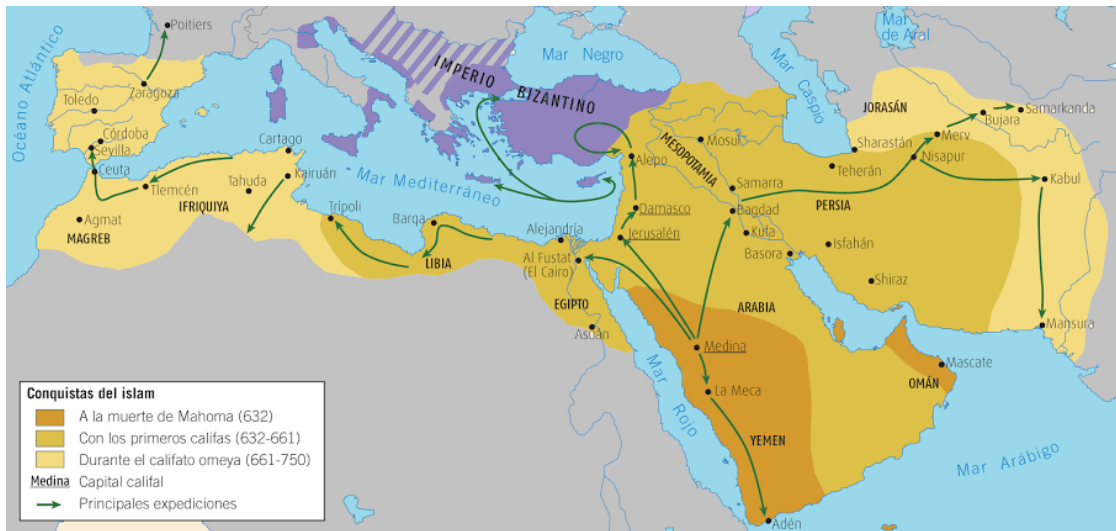
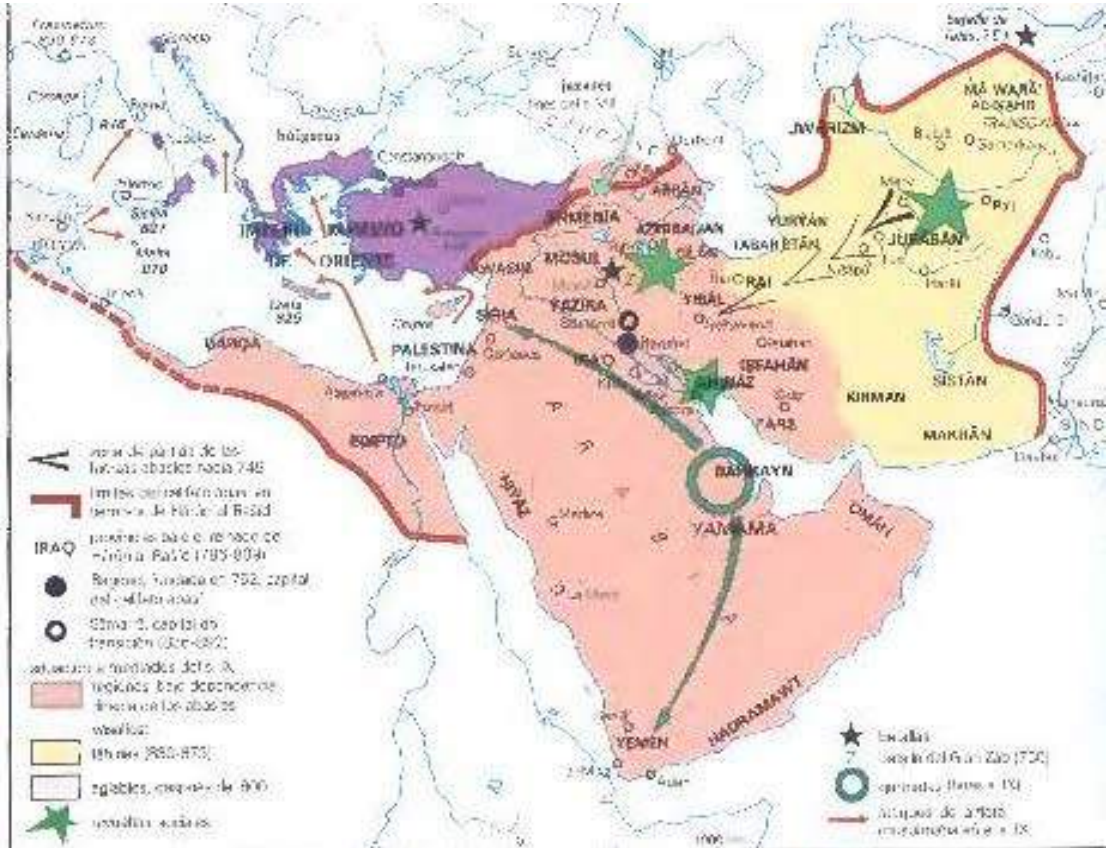


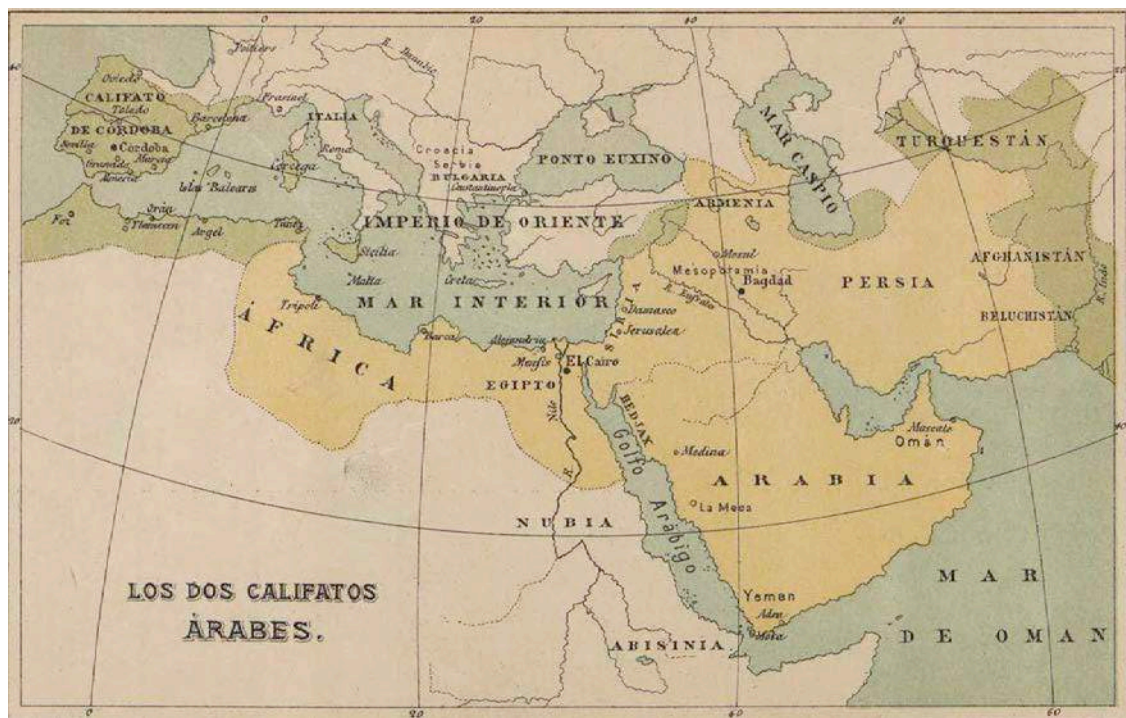
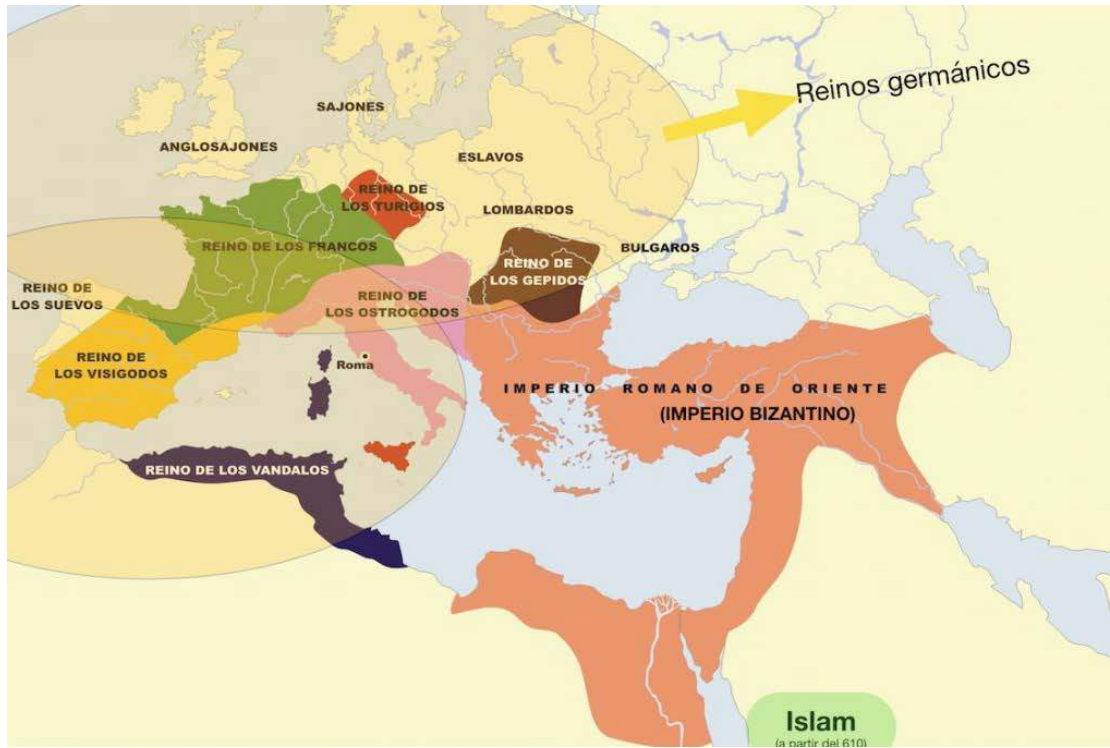
Reinos islámicos h. el año 1000



Reinos islámicos h. el año 1180







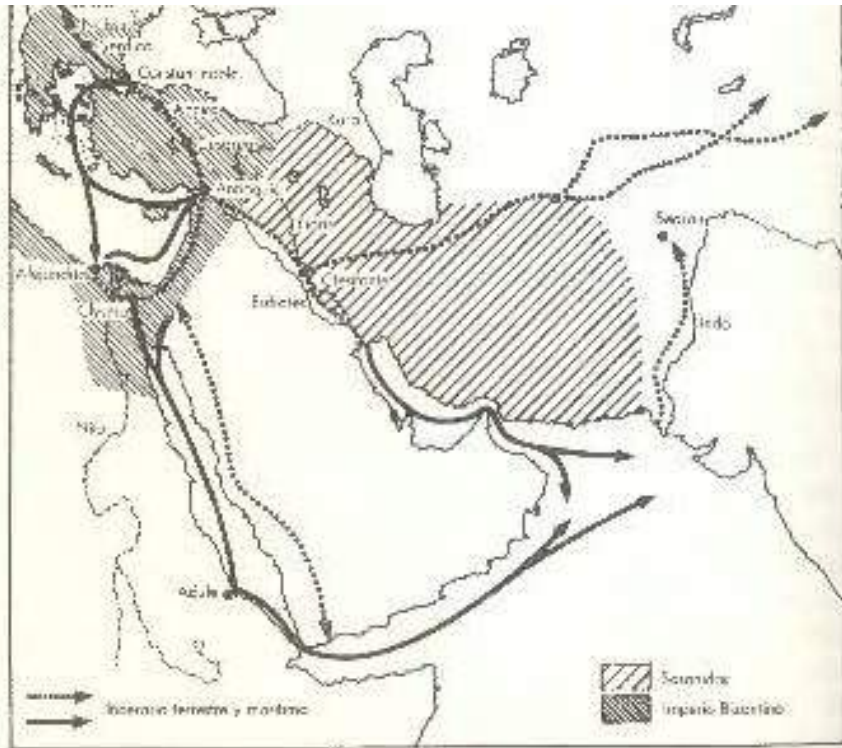
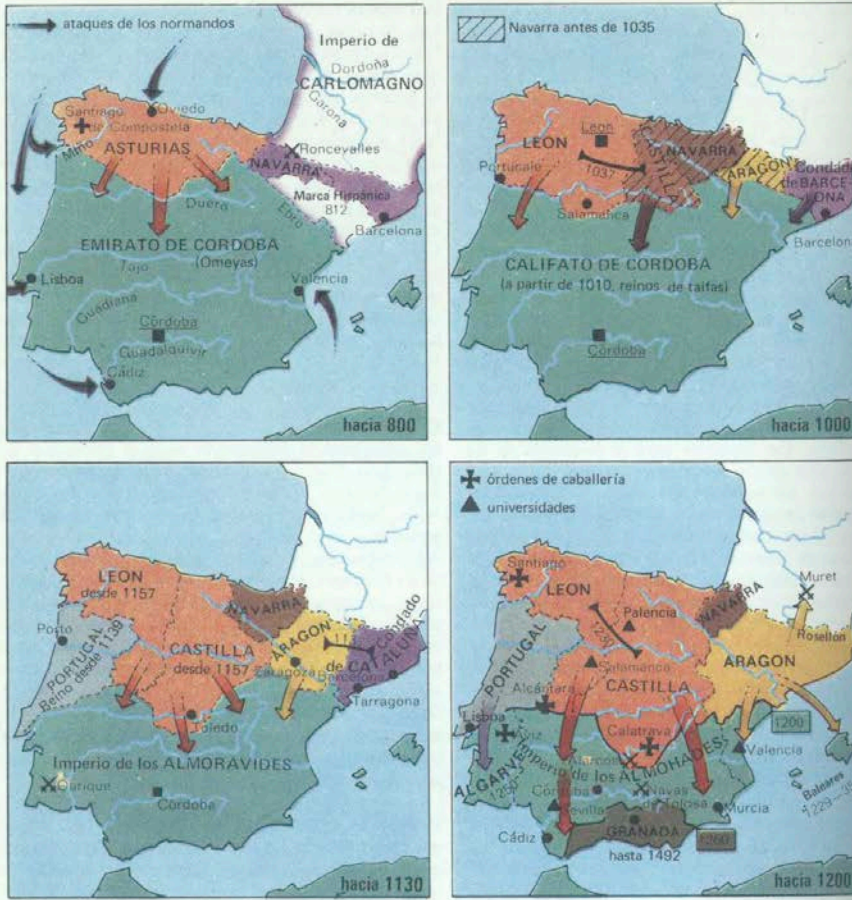


Fig. 5. Los itinerarios comerciales en el siglo VI.



La Reconquista española



La Península ibérica en los ss. XIV-XV

